

Andrés Mourenza · Ilya U. Topper

LA DEMOCRACIA ES UN TRANVÍA

El ascenso de Erdoğan
y la transformación de Turquía



PENÍNSULA **HUELLAS**

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

MAPA

CRONOLOGÍA

PRÓLOGO. LA DEMOCRACIA ES UN TRANVÍA

1. UNO DE LOS NUESTROS

2. EL REGRESO DE DIOS

3. LA CREACIÓN DE UN HOMBRE NUEVO

4. TAYYIP, ALCALDE

5. EL GOLPE POSMODERNO

6. EL TRIUNFO DEL EUROISLAMISMO

7. EL MIEDO A LAS MASAS

8. LA COMUNIDAD DEL VENERADO MAESTRO

9. EL HÉROE DE LA CALLE ÁRABE

10. LA REVUELTA DE GEZI

11. LA CONSTRUCCIÓN DEL SILENCIO

12. LA COFRADÍA CONTRAATAACA

13. EN LA CORTE DE ERDOGAN

14. EL TRAIADOR

15. IMPERATOR

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

GLOSARIO DE SIGLAS Y CONCEPTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

«La democracia es un tranvía: cuando llegas a tu parada, te bajas.» Dos décadas después de pronunciar esa frase, el líder turco Recep Tayyip Erdogan parece haber llegado a su destino y tras considerarse durante años un paradigma de conciliación entre islam y democracia, Turquía parece hallarse a las puertas de una nueva época.

Tomando como hilo conductor la vida de Erdogan —desde las duras calles de un humilde barrio de Estambul hasta la cúspide del poder—, Mourenza y Topper analizan el modo en que el rais ha convertido Turquía en un actor geopolítico de primer nivel. Erdogan está embarcado en una misión: transformar el país a su imagen y semejanza. Para ello, recupera el legado del Imperio otomano, con sus aspectos religiosos. Todo ello sin derrocar formalmente las instituciones democráticas, sino más bien aprovechándose de ellas.

Con un estilo a caballo entre el reportaje y el ensayo, Mourenza y Topper combinan en este libro con maestría el componente biográfico, la explicación sociológica y la crónica que captura un momento crucial.

La democracia es un tranvía

Andrés Mourenza

Ilya U. Topper

El ascenso de Erdoğan
y la transformación de Turquía

ediciones península

A Sinem, que me abrió las puertas de este país.

ANDRÉS MOURENZA

A Carmen Jiménez, que me enseñó a ser periodista.

ILYA U. TOPPER





CRONOLOGÍA

1919-1923

Guerra de la Independencia

Década de 1920

Ahmet Erdoğan emigra de Rize a Estambul

1923

Mustafa Kemal Atatürk proclama la república

1950

Primeras elecciones libres. Victoria del conservador Adnan Menderes

1954

Nace Recep Tayyip, hijo del segundo matrimonio de Ahmet Erdoğan

1960

Golpe de Estado. Menderes es ahorcado

1965

Erdoğan inicia sus estudios en una escuela religiosa

1971

Golpe de Estado

1976

Erdoğan rechaza fichar como futbolista del Fenerbahçe y se afilia al partido islamista MSP

1973-1980

Años de caos político

1980-1983

Golpe de Estado, Junta Militar.
Se prohíben los partidos políticos

1983

Erdoğan se afilia al partido islamista Refah

1984

El grupo kurdo PKK inicia la lucha armada

1994

Erdoğan es elegido alcalde de Estambul

1995

El Refah gana las elecciones generales

1997

Golpe de Estado contra el Gobierno islamista. El Refah es ilegalizado

1999

Erdoğan, en la cárcel

2000-2001

Severa crisis económica

2001

Erdoğan y sus compañeros fundan el
AKP

2002

El AKP gana las elecciones

2003

Erdoğan asume el cargo de primer ministro

2005

Se inician las negociaciones de adhesión a la Unión Europea

2007

Protestas laicas y crisis institucional.
Segunda mayoría absoluta del AKP

2008

La Judicatura intenta ilegalizar el AKP.
Se inician los procesos de Ergenekon contra militares

2011

Primavera Árabe.
Tercera mayoría absoluta del AKP

2013

Inicio de las negociaciones de paz Gobierno-PKK.
Revolta de Gezi.
El AKP y la cofradía de Gülen rompen su alianza

2014

Erdoğan es elegido presidente de la república

2015

El AKP pierde la mayoría absoluta (junio).
Ruptura de las negociaciones de paz con el PKK.

Atentados de PKK y Dáesh.
El AKP recupera la mayoría absoluta (noviembre)

2016

Intento de golpe de Estado.
Purgas en la Administración, la Policía y las Fuerzas Armadas

2017

Aprobada en referéndum la reforma constitucional presidencialista

2018

Erdoğan es elegido presidente bajo el nuevo sistema de gobierno

PRÓLOGO

LA DEMOCRACIA ES UN TRANVÍA

Cuando toma el micrófono se transforma. De pie, en la tribuna, ante decenas de miles, cientos de miles, quizás un millón de ciudadanos, Recep Tayyip Erdoğan deja de ser un político —primer ministro, presidente— y se torna una estrella. No un cantante de *rock* ni un deportista celebrado: algo mucho más grande. Un líder. Un líder nacional. El futuro líder del islam.

Así se ve él, y así lo ven sus seguidores. Recep Tayyip Erdoğan, un chico de barrio humilde que lo tenía todo en contra en la vida, pero que siempre ha tenido a Dios de su parte. Un joven que ha trabajado duro, contra viento y marea, contra el sistema, contra las élites de su país, contra los poderes fácticos y contra mil conspiraciones, para llegar a donde ha llegado: a liderar Turquía. A hacer Turquía grande de nuevo.

Y no solo Turquía. Erdoğan agarra el micrófono. «Os saludo, los que tenéis los ojos fijos en Turquía, los que anheláis las noticias que llegan desde Turquía. ¡Os saludo, pueblos amigos, hermanos, en Bagdad, en Damasco, en Beirut, Amán y El Cairo, en Túnez, Sarajevo y Skopie, en Bakú y Nicosia!»

Atruenan los altavoces. La megafonía repite machaconamente una marcha en su honor:

Él es el grito de los oprimidos,
él es la voz libre del mundo silenciado...
Él, que es lo que parece,
y cuyo poder emana de la nación:
Reeeeeeecep Taaaaayyip Erdoooooğan.

La escena se repite, con mínimos cambios, año tras año: en los congresos del partido —Partido de la Justicia y el Desarrollo, más conocido por sus siglas AKP—, en los mítines electorales, en los discursos tras unos comicios ganados por goleada. Siempre gana por goleada. Desde que alcanzó el poder en 2002, no ha parado de ganar.

Pero al mismo tiempo se le advierte envejecido. Su larga figura se ha encorvado y su voz suena cansada. Los años no perdonan. Ni el poder. Ni los disgustos. Media Turquía lo odia. Lo odian los periodistas presos y los diputados expulsados del Parlamento. Los militares, jueces y policías destituidos de forma deshonrosa. Los viejos aliados defenestrados. Los desplazados por su guerra sin cuartel en el sudeste kurdo de Anatolia. Los funcionarios purgados. Los exiliados. Aquellos que, en palabras de Erdoğan, son «izquierdistas, ateos, terroristas». Lo odian profundamente.

Tienen motivo. Recep Tayyip Erdoğan no es un presidente más en la historia de la República de Turquía, un Estado que cumplirá cien años de existencia en 2023. Es la persona que acumula más poder en sus manos desde los días del fundador, el padre de la patria, Mustafa Kemal Atatürk. Fue Atatürk quien certificó la defunción del Imperio otomano, extinguió la dinastía de los sultanes, abolió el califato, destituyó a muftíes y mulás, y relegó la religión a un ámbito secundario. Fue quien abrió la vía a las mujeres para ser pilotos, diputadas, ministras o juezas. Quien, sobre las ruinas del imperio, edificó un país laico con vocación de ser Europa.

Y es Recep Tayyip Erdoğan quien tiene en sus manos cambiar el rumbo. No tanto para volver hacia atrás, pero sí para apartarse de la ruta pautada por Atatürk y crear una propia: una Turquía tecnológicamente moderna, poderosa, pero profundamente conservadora. Una Anatolia que, sin modificar sus fronteras políticas, quiere ser de nuevo el polo del mundo islámico, liderar la quinta parte del planeta.

Tras unos minutos de discurso hueco observando el telepínter, sus seguidores comienzan a jalearse a Erdoğan: «¡Turquía está orgullosa de ti! ¡Mantente firme!». Él levanta la vista. Es un animal político. A medida que entra en calor, va elevando el tono y, pese al cansancio evidente, deja el atril y pasea por el escenario. Ignora a sus compañeros, a los delegados del partido, al palco de autoridades. No es a ellos a quien habla. Erdoğan fija la vista en el

público. Habla al pueblo. Ahora comienza de verdad su discurso. «No nos hemos arrodillado nunca ante nadie y jamás nos arrodillaremos. Si alguien quiere desandar el camino, que lo haga. Yo seguiré adelante.» Ahí es donde se siente bien, en el papel de líder que se bate contra los elementos. Tienta al público, le toma la temperatura y se lo mete en el bolsillo: lo dirige como a una orquesta. Él se adapta al ambiente, y ellos, al discurso, como las melodías de una partitura. Engancha a sus seguidores, se los lleva, los hace estallar de júbilo. Ellos, en realidad, no lo escuchan. O no sus palabras, pero sí su tono, que transmite orgullo, confianza, poder. No han venido tanto a oírlo como a sentirlo.

Los seguidores de Erdoğan agitan banderas, bufandas, pancartas con su nombre y su rostro. Corean cánticos como los de las tardes de liga. Son sus *fans*, sus peñas, sus barrabruvas. Y, como en el fútbol, sus seguidores lo apoyan incondicionalmente, sin preguntarse por sus virajes ideológicos o por sus cambios de políticas.

Porque media Turquía lo adora. Sincera y fervientemente. Erdoğan es uno de ellos. Es ellos. Se expresa con sus palabras y conoce sus preocupaciones. Su condición de hombre hecho a sí mismo, de triunfador, despierta una gran fascinación en una Turquía donde el obrero explotado y sin protección social sueña con abrir un colmado, y el pequeño comerciante aspira a dar con el negocio definitivo. Erdoğan es el hombre que ellos desearían ser, la mano firme y generosa, el paterfamilias, el empresario que no se arredra ante la adversidad, el comandante heroico y temido, el líder de masas.

Ya es el político más exitoso de la república. Ha sumado tres legislaturas como primer ministro y está en la segunda como presidente. Lleva dieciséis años en el poder, y todo indica que serán, como mínimo, veintiuno cuando culmine su actual mandato. Si lo deja. Lo más seguro es que, con Dios de su parte, enlace otro periodo en el poder, y otro, hasta donde su vida alcance. Porque él es el único que puede hacerlo. Solo él puede modelar el país a su imagen y semejanza, tal y como hizo Atatürk, pero en sentido inverso.

Cualquiera en su lugar se habría retirado a disfrutar de los laureles, lo habría dejado en el momento en el que aún el mundo entero lo consideraba un ejemplo por su equilibrada combinación de islam y democracia. Cualquier

otro político dedicaría su dorada jubilación a dar charlas bien pagadas, o a ver florecer su legado dando sabios consejos a sus discípulos desde el panteón de los ilustres.

Pero a Erdoğan no le basta.

Quiere ser Turquía y quiere que Turquía sea él. Cueste lo que cueste: no importa la tierra quemada que deja a su paso. «La democracia es un tranvía: cuando llegas a tu parada, te bajas», se cuenta que dijo a inicios de los noventa, cuando comenzaba a despuntar su carrera política. Quizás no lo dijo así, sino solo: «La democracia es un instrumento, no el objetivo». Ambas frases se citan respecto a la misma anécdota, y ambas contienen el mismo mensaje. En todo caso, la parada en la que hay que bajarse hoy parece más cerca que nunca.

Este libro cuenta la historia de Erdoğan: alguien que ha escalado hasta la cima, transformándose y transformando un país. Es una historia de poder, de pactos y traiciones, de golpes y contragolpes, de autoritarismo y represión. De política, al fin y al cabo. Pero este libro no es solo una biografía. Es también la historia de la Turquía que ha producido a Erdoğan y que ha cambiado junto a él.

UNO DE LOS NUESTROS

Una noche a mediados de los años ochenta, Ümmühan Engin escuchó un sollozo que procedía del exterior de su vivienda. Salió al balcón y asomó la cabeza buscando el origen del llanto. Casi en estado de trance, con las lágrimas rodando por sus mejillas, vio a su joven vecino elevar una plegaria al Altísimo:

—Dios mío, Dios mío, si me haces líder de este país, seré la voz de los oprimidos.

El joven era Recep Tayyip Erdoğan, hoy presidente e indiscutible líder de Turquía. ¿Aquello ocurrió realmente o es una anécdota inventada? Ümmühan Engin la refiere con total convicción, punteando sus recuerdos con caladas constantes a sus cigarrillos Winner.¹ Ümmühan es una mujer creyente, pero no una santurrón que se haya apuntado al erdoğanismo por sus ideales religiosos, sino porque de verdad confía en el líder turco. Lo conoce desde niño. La historia que narra bien podría ser cierta, del mismo modo que podría no serlo y, con todo, seguir mostrando la devoción que profesan a Erdoğan sus seguidores incondicionales, quienes no solo lo consideran un representante de los débiles, sino también alguien tocado por la gracia de Dios.

Aquel balcón en el que Ümmühan vio llorar a quien hoy dirige Turquía está situado en el tercer piso de un edificio pintado de color marrón en la cima de una empinada cuesta del barrio de Kasımpaşa, en Estambul. De los balcones cuelgan sábanas deslavadas, blusas baratas y pijamas gastados. Es uno de esos vecindarios de aluvión tan típicos de las grandes ciudades, de pendientes que desafían la gravedad. Un barrio que desciende desordenadamente sobre una avenida de seis carriles y cuyas únicas vistas son

el mar de cemento en el que se ha convertido Estambul. Nacer y vivir aquí — en vez de en mansiones a orillas del estrecho del Bósforo, como han hecho casi todos los que han regido la metrópolis turca durante siglos— confiere perspectiva.

La perspectiva de ver a chatarreros empujar sus carros cargados de trastos viejos, a niños que corretean por las calles con ropas ajadas, a obreros esperando al amanecer los autobuses que los llevarán a las fábricas a echar toda la jornada, a amas de casa que acarrear las bolsas de la compra pendiente arriba o que caminan hacia la fuente, pues entonces el Ayuntamiento no era aún capaz de proveer de agua corriente a estos barrios («¡Anda que no recuerdo los trompazos que nos pegábamos él y yo cuando subíamos con los cubos a la fuente por las cuestas heladas en invierno!», recuerda la vecina de Erdoğan). Conocer los sueños de estas personas, sus lágrimas, sus esperanzas y frustraciones, si algo confiere, desde luego, es perspectiva. Como señala otra mujer que lo conoció, Semiha, la hija del propietario del colmado situado frente a la casa en la que vivió Erdoğan: «Ha sido siempre un chico del barrio. Ha sido siempre uno de los nuestros».

Recep Tayyip Erdoğan nació unas calles más abajo del mentado edificio (al que se trasladó en su juventud), en este barrio de casas de colores cenicientos y tristes como la nieve sucia, y que en invierno huelen al humo de carbón barato que emana de las estufas y se mezcla con la niebla produciendo nubes sofocantes. Era el primer hijo del segundo matrimonio de Ahmet, un emigrante de la provincia de Rize.

AHMET, EL CAPITÁN

Situada a orillas del mar Negro, Rize es una provincia conservadora que se asemeja a la Galicia profunda, con sus gaitas y sus hórreos, pobre y conservadora, de habitantes apegados a leyendas y supersticiones. En el resto de Turquía corren chistes sobre la obcecación e ingenuidad de quienes proceden de la región del mar Negro: son gente orgullosa y testaruda, de

sangre que hierve con facilidad, y así debía serlo también Ahmet, un joven de nariz prominente, labios gruesos y grandes orejas, cuando abandonó Pulihoz, su aldea natal, en la década de 1920.

Eran tiempos convulsos. Prácticamente en guerra continua desde 1911, el Imperio otomano se deshacía en los despachos de las grandes potencias, que pretendían repartirse sus despojos como castigo por haberse alineado en el bando perdedor durante la Primera Guerra Mundial. El imperio que, bajo el estandarte de la media luna, se había extendido desde las puertas de Viena hasta el golfo de Adén y desde los desiertos de Argelia hasta las montañas del Cáucaso quedaba ahora circunscrito a una exigua porción de territorio en el interior de la península de Anatolia. Merced al Tratado de Sèvres: Grecia se anexionaba la Tracia Oriental casi hasta los confines de Estambul y pretendía tomar Esmirna; la recién nacida República de Armenia buscaba quedarse con las provincias nororientales; los italianos querían establecer una colonia en las playas de Antalya y expandir su zona de influencia hasta la sagrada Konya; Francia, que se arrogaba el protectorado sobre Siria y Líbano, extendía su zona de influencia desde las costas de Cilicia —con una importante presencia de población armenia— hasta más allá de Sivas, y, finalmente, los ingleses ejercerían su mandato sobre los diferentes Estados establecidos del Yemen a Jerusalén y, dentro de Anatolia, gozarían de un área de influencia sobre las provincias surorientales, de población kurda.

Pero un grupo de oficiales, comandados por el héroe de guerra y avezado general Mustafa Kemal —quien posteriormente adoptaría el apellido Atatürk—, no estaban dispuestos a permitirlo. Abandonaron al sultán en la antigua Constantinopla y se embarcaron en una misión para sublevar a Anatolia y liberar cuanto pudiesen de los restos del moribundo imperio. El 19 de mayo de 1919, Mustafa Kemal desembarcó en la localidad de Samsun, también en el mar Negro, iniciando la guerra de Liberación o de Independencia (*Kurtuluş Savaşı*). Si bien en la mente del joven general ya comenzaba a perfilarse un plan para construir una nueva y moderna república lo más étnicamente homogénea posible —es decir, turca— y que rompiese con el sultanato que había regido los destinos de aquella tierra durante cinco siglos, Mustafa Kemal se cuidó mucho de no dar a conocer sus intenciones, de manera que mulás e imames, turcos, kurdos y demás población musulmana se uniesen

contra la ocupación de las potencias cristianas. En 1923, una vez expulsados los franceses, italianos, ingleses y griegos de Anatolia, la victoriosa contienda llegó a su fin y, mediante la firma del Tratado de Lausana, quedaron configuradas las nuevas fronteras de la moderna Turquía. El sultanato fue abolido y se proclamó la república.

Ahmet, hijo de un aldeano llamado Teyyüp, había nacido en torno a 1905. Por razón de edad, escapó de ser reclutado durante la Primera Guerra Mundial, y, quizás porque debía hacerse cargo de la familia —el padre murió cuando Ahmet contaba con solo tres años—, tampoco se unió a la campaña contra la ocupación. Al término de la guerra contrajo matrimonio. Poco sabemos de los motivos que empujaron al entonces imberbe joven a desposar a Havuli, una viuda de su pueblo doce años mayor que él, cuyo anterior marido jamás regresó del frente y con la que tuvo dos hijos.

Hoy, carteles y pancartas con la efigie de Recep Tayyip Erdoğan cuelgan de las fachadas de las instituciones públicas y los balcones de viviendas de Dumankaya, como se denomina actualmente la antigua Pulihöz; la universidad provincial de Rize lleva el nombre del presidente, colegios y centros de salud, los de sus progenitores... Sin embargo, en aquellos primeros años de la república, la familia Erdoğan no era nadie. Pobre, tal vez no de solemnidad ni más que sus vecinos, pero sí humilde en extremo. «Las condiciones de vida de aquella época eran muy malas: no había trabajo, así que había mucha emigración», relata el propio Recep Tayyip Erdoğan.² El té que en la actualidad cubre los bancales de las montañas de Rize y provee sustento a sus habitantes no arribaría hasta la década de 1940, cuando el Gobierno turco decidió plantarlo y sustituir con esta infusión el consumo de café, cuyo suministro había quedado cortado al perder Turquía sus posesiones en la antigua provincia otomana del Yemen. «Entonces solo había maíz y coles en esta tierra, no se podía plantar mucho más», recuerda el anciano imam Mehmet Ali Azaklı. Como hicieron muchos otros jóvenes en aquella época, Ahmet, el hijo de Teyyüp, decidió tomar sus bártulos y probar suerte en Estambul.

Quizás hubo otro motivo más para poner tierra de por medio. En 1924, Mustafa Kemal, ya establecido como presidente de la nueva república en su flamante capital, Ankara, decidió que había llegado el momento de emprender las reformas modernizadoras que tanto necesitaba el nuevo Estado: abolió el

califato, igual que había depuesto al sultán un par de años antes, y la *sharía*, la ley islámica, dejó de ser una fuente de derecho. Ese mismo año, durante una visita a Rize, anunció el cierre de las madrasas o escuelas coránicas, con la intención de arrebatarse la educación de manos de los mulás y ponerla bajo la tutela del Estado. Aquello era más de lo que podía soportar la conservadora población de Anatolia. Justo después de liberar a su patria de la ocupación de los infieles, ¿iban a adoptar el mismo sistema por el que esos se regían? En febrero de 1925 se levantaron los kurdos en el este del país, comandados por el jeque Said Pirani. Fueron masacrados por el nuevo ejército de Mustafa Kemal. A finales de noviembre, el imam de Potamya (hoy, Güneysu, el término municipal al que está adscrita la aldea de Pulihoz), convocó a la población en la mezquita del pueblo. La gota que había colmado la paciencia de los más conservadores era la recién aprobada ley del sombrero, que prohibía a los hombres cubrirse la cabeza con otra cosa que no fuesen gorras o sombreros de corte occidental. Quedaban fuera de la ley, por tanto, el fez y el turbante que durante siglos se habían utilizado en Anatolia.

Al grito de «¡No llevaremos sombrero ni iremos al Ejército!», los habitantes de Potamya amenazaron con tomar la guarnición militar y marchar sobre Rize, donde el imam de la Gran Mezquita, Hafiz Saban, se dirigió a los fieles al término del rezo:

El Gobierno ha mostrado su cara contraria a la religión y obliga a todos los habitantes de esta patria a llevar sombrero. El que no se oponga a la medida está cometiendo un pecado contra nuestra religión. Ha llegado el momento de la rebelión. A nadie obligamos a convertirse a nuestra religión; solo pretendemos que el Gobierno la respete y no persiga a los musulmanes ni al islam.³

En Ankara, el telégrafo hervía con noticias sobre el levantamiento de Rize, y Mustafa Kemal envió a la zona el acorazado *Hamidiye*. Los soldados no dudaron en disparar contra las masas enfurecidas, y en pocos días la revuelta fue aplacada por la vía expeditiva. En menos de un mes, ciento cuarenta y tres personas fueron juzgadas y condenadas a diversas penas. Ocho de ellas —casi todas, imames— fueron ejecutadas. La imagen de los cuerpos

de estos piadosos hombres colgando de la horca es, según algunos, lo que en realidad movió a Ahmet a escapar de su pueblo y buscar refugio en la antigua capital imperial.

Hoy, los ancianos de Potamya y Pulihoz (Dumankaya) prefieren no hablar del tema: «Son cosas del pasado».

EN ESTAMBUL LAS CALLES ESTÁN EMPEDRADAS DE ORO

Una leyenda que circulaba en el pasado entre los habitantes de las zonas más pobres de Anatolia decía que las calles de Estambul estaban empedradas de oro. Pero los varios millones de personas que, como Ahmet, emigraron a la ciudad del Bósforo durante todo el siglo XX se estrellaron contra una urbe hostil que rápidamente diluyó sus sueños de prosperidad. El padre de Erdoğan, con todo, tuvo la suerte de ser uno de los primeros en llegar y de hacerlo en una época en la que, debido a guerras y persecuciones, Estambul había perdido un tercio del millón de habitantes con el que contaba en el año 1900 (fundamentalmente, sus minorías cristianas). Aun despojada de su capitalidad, la antigua Constantinopla continuaba siendo, mucho más que la provinciana Ankara, la metrópolis de Turquía. Y se hallaba inmersa en una espiral de cambios sin precedentes.

La pintoresca mezcolanza de representantes de las tribus de Siria y el Yemen, funcionarios otomanos en levita de corte francés, albaneses en falda con sus largos cuchillos atados al cinto y pendencieras cuadrillas de bomberos en calzones de cuero que hacía las delicias de los escritores orientalistas europeos se había esfumado. El fez y el turbante que punteaban las cabezas de sus habitantes fueron trocados por panamás y boinas de proletario. Los negros *çarşaf* con los que se cubrían de la cabeza a los pies las damas otomanas fueron sustituidos por los *clochés* que triunfaban en los salones de *jazz* de todo el mundo o por simples pañuelos. Los letreros de toda la vida, en la grafía árabe que utilizaba la lengua otomana, daban paso a anuncios en los desacostumbrados caracteres latinos, y lo mismo ocurría con archivos, cartas y formularios en las oficinas: una auténtica revolución. Nuevos edificios,

bulevares y plazas surgían entre los escombros de ruinas otomanas, y el rugido de los nuevos vehículos importados se sumaba a la tradicional algarabía de Estambul.

No es difícil imaginar el asombro con el que vería Ahmet su nuevo hogar, deslumbrado por los avances tecnológicos y las diferencias respecto al pueblo, donde la vida no había cambiado ni habría de cambiar en generaciones. Con ayuda de parientes lejanos y conocidos de su provincia que habían hecho piña para sobrevivir en la metrópolis, se instaló en un modesto apartamento del barrio de Kasımpaşa, a orilla del Cuerno de Oro, entonces aún centro del transporte marítimo del país: allí llegaban los buques para ser inspeccionados en las aduanas, se descargaban los fletes y los calafateadores reparaban las barcas. Ahmet logró empleo como capitán de barco en la Şirket-i Hayriye, la empresa de transbordadores que operaba en la ría de Estambul, el estrecho del Bósforo y el mar de Mármara.

En 1934, a raíz de la reforma que instituyó la obligatoriedad del apellido, Ahmet adoptó el que al cabo de ochenta años se convertiría en la palabra más repetida de Turquía: Erdoğan, que se puede traducir como ‘el que nace hombre’ o ‘valiente’ (la masculinidad y sus símbolos siempre han estado presentes, como obsesiones, en la historia de la familia). Pero, pronto, todos sus vecinos lo conocerían como Reis Kaptan, el Capitán Jefe, debido a su oficio. Un oficio que le permitió conocer la vida de los marineros, las noches del cercano barrio de Pera, la diversión, el ocio, la modernidad. Pese a sus ideas conservadoras, la gran ciudad no tardó en seducirlo.

Igual que otros emigrantes, Ahmet regresaba a su aldea natal durante las fiestas de guardar, y en cada una de sus visitas trataba de convencer a su mujer, Havuli, de que marchase con él a Estambul, porque un hombre no debe permanecer solo ante tantas tentaciones. Pero la respuesta de Havuli era siempre la misma: «No». Vahdettin Delibalta, pariente lejano de la familia, explica: «No se llevaban bien. Y ella no estaba por la labor de emigrar a Estambul». En uno de aquellos viajes, entre las verdes montañas de Rize, Ahmet Erdoğan conoció a Tenzile Mutlu, una mujer de Potamya (Güneysu) que contaba ya con veintinueve años y que aún no se había casado. Aunque sí estaba dispuesta a emigrar a Estambul. Ahmet Erdoğan no lo dudó un instante y decidió tomarla como esposa. Se casaron en un rito religioso sin validez legal,

pero que algunos hombres han utilizado y utilizan todavía para tomar a más de una esposa, siguiendo la tradición coránica. Ahmet no registraría el nuevo enlace en los archivos de la Administración turca hasta años más tarde, una vez hubo muerto su primera esposa.

EL HIJO DEL CAPITÁN

El 26 de febrero de 1954, menos de un año después de que Ahmet y Tenzile se uniesen en un matrimonio religioso, nacía su primer hijo: Recep Tayyip Erdoğan. Tayyip, como el padre de Ahmet (Teyyüp era la versión en el dialecto de Rize), una palabra árabe-otomana que significa ‘bueno’; Recep, como el séptimo mes islámico (*rayab*, en árabe), uno de los cuatro sagrados del calendario musulmán. De su padre heredaría el carácter irritable y la terquedad de espíritu; de su madre, el característico bozo que cuelga ampliamente bajo su nariz, sobre un prominente labio inferior.

Ahmet Erdoğan era un hombre sensible y a la vez colérico, acostumbrado a obedecer solo las leyes de Dios y del mar. En las noches de hogar relataba a sus hijos con los ojos húmedos por la emoción las penurias que había atravesado en su infancia para dar un futuro decente a la familia. Pero era igualmente capaz de castigarlos sin piedad ante la menor travesura. En una ocasión dejó a Tayyip colgado del techo durante veinte minutos después de oírlo insultar a una vecina. Tras aquel episodio, el futuro presidente turco no volvería a decir un taco en toda su infancia.

«Cada barco es un Estado. Y el capitán es el jefe de ese Estado. El barco tiene sus reglas particulares, su propia disciplina. No hay cabida para quienes no las respetan. En tierra puede hacer lo que le parezca, pero, cuando se hace a la mar, el marinero debe transformarse en otra persona. Y aquel que no respeta esas reglas, sufre el castigo.» Así define el periodista Fehmi Çalmuk la filosofía de Ahmet Erdoğan.⁴ El hogar era para él como su barco, regido con la mano firme del capitán, del padre de familia que hace respetar la disciplina y que infunde los valores a su descendencia. Por las buenas o por las malas.

Durante sus habituales accesos de furia, ninguno de sus hijos se atrevía a acercársele, pero Tayyip, de temperamento parecido al de su padre, descubrió cómo mitigar esos enfados: se inclinaba ante él y le besaba los pies.⁵ Aparentemente, este gesto de sumisión lograba aplacar el alma tormentosa del patriarca.

Tayyip se convirtió rápidamente en el hijo predilecto. Sin embargo, en el fondo de su alma sabía que no era el verdadero primogénito de entre los descendientes del capitán Ahmet, por lo que constantemente se veía en la necesidad de suscitar la aprobación de su padre, haciendo lo que se le exigía mejor que ningún otro. Sabía que, para obtener el reconocimiento final, debía hacer algo grande, de lo que su familia se sintiera orgullosa. Pero, al mismo tiempo, en su interior ardía un sentimiento de rebeldía, de apartarse del camino marcado, de tomar las sendas prohibidas.

En su biografía del presidente turco, el psiquiatra Cemal Dindar sostiene que la figura paternal y autoritaria de Ahmet Erdoğan ejerció una influencia determinante sobre Recep Tayyip Erdoğan.⁶ No solo porque el presidente se vea, siguiendo el ejemplo de su progenitor, como un hombre hecho a sí mismo que salva todos los obstáculos que le interponen, sino porque, en una tendencia que muestra signos de algún complejo edípico, busca plantar cara a esa figura paterna para reemplazarla. No porque odiase a su padre personalmente —todo lo contrario—, sino por esa pulsión contradictoria entre la atracción y la repulsa hacia el símbolo de quien personifica la autoridad. Lo mismo ocurriría con otros personajes que influyeron en el político turco a lo largo de su carrera, como el líder del movimiento islamista, Necmettin Erbakan, que durante varias décadas fue su mentor y maestro y a quien Erdoğan definía con gran respeto y cariño como su «padre ideológico», aunque eso no fuera óbice para que, llegada la oportunidad, lo destronase. Podríamos estirar la reflexión de Dindar hasta la época actual, con Erdoğan al frente de la jefatura de Estado, desde la cual pretende *matar* y sustituir como Gran Líder al fundador de la república, al «padre de los turcos», pues ese es el significado del apellido de Mustafa Kemal Atatürk.

HAN MATADO A UN BUEN HOMBRE

La década que vio nacer a Erdoğan fue testigo de la llegada de la democracia a Turquía y del inicio del desarrollismo que transformaría la faz de Estambul. Tayyip apenas conocería los últimos retazos de la ciudad cosmopolita que había vivido su padre. El puerto de Karaköy, en el que recalaba el barco que manejaba el capitán Ahmet, vería el triste desfile de buena parte de la población judía de la ciudad, que en 1948 partió hacia Israel con la promesa de una nueva vida, pues muchos aún estaban afectados por la memoria de su internamiento en campos de trabajo turcos durante la Segunda Guerra Mundial.⁷ En la década de los cincuenta, el propio barrio de Karaköy fue sometido a una extensa remodelación urbana en la que se echaron abajo las carnicerías que vendían cerdo a la población cristiana. Solo un año después del nacimiento de Recep Tayyip, un pogromo contra los griegos espantaría a esa comunidad, que abandonó casi íntegramente su amada Constantinopla. El hecho de que Erdoğan no llegase a conocer de primera mano la diversidad religiosa del Estambul previo a su nacimiento probablemente contribuyó a ver su país, a idearlo, en una clave monolíticamente islámica.

El cemento y las ansias de prosperar rápidamente, a la americana, tomaron Turquía tras los años de privaciones que caracterizaron la etapa del partido único. En las elecciones de 1950 —las primeras verdaderamente libres de la historia de Turquía— venció el Partido Demócrata (DP), una formación creada por liberales y conservadores molestos por el excesivo estatismo y jacobinismo del Partido Republicano del Pueblo (Cumhuriyet Halk Partisi, CHP), que había gobernado sin oposición desde 1923. La noche en la que se anunció la victoria demócrata, los habitantes de Kasımpaşa se congregaron en la plaza central del barrio al son de tambores y dulzainas para festejar el fin de las casi tres décadas del autoritario Gobierno de la formación fundada por Mustafa Kemal Atatürk. El periodo se había caracterizado por una modernización vertiginosa, pero en gran medida impuesta por la fuerza a una población que seguía apegada a sus antiguas tradiciones.

Dos meses después del nacimiento de Recep Tayyip Erdoğan, el DP renovaba su mandato de forma arrolladora —recibió el 58 % de los votos—, y lograría un tercero en 1957. Al frente de esta formación, que congregaba a toda la derecha turca, se hallaba un joven y ambicioso terrateniente de la provincia de Aydın, en la costa del mar Egeo, Adnan Menderes, empeñado en

dirigir el país con la misma determinación con la que administraba sus fincas. Durante la primera mitad de la década, todo fue viento en popa; los créditos de Estados Unidos fluían hacia Turquía con el objetivo de hacer del país un bastión contra el comunismo soviético. Y Menderes supo corresponder: rompió con la política de neutralidad de sus predecesores y envió un contingente de cuatro mil soldados a combatir del lado de los norteamericanos en la guerra de Corea (1950-1953). En 1952, Turquía fue admitida como miembro en la recién creada OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) bajo el apadrinamiento de Washington.

Menderes, además de buscar el apoyo de los terratenientes y la incipiente burguesía, quiso contentar al electorado más tradicional: relajó las prohibiciones que afectaban a la práctica religiosa y promovió la construcción de mezquitas y la apertura de escuelas de formación religiosa. Pero, al mismo tiempo, el incansable primer ministro turco se labró importantes enemigos por su personalismo. La revista estadounidense *Time* afirmaba al respecto: «Hasta donde es humanamente posible, Menderes rechaza firmemente delegar cualquier tipo de autoridad. A veces parece que intenta dirigir el país él solo». ⁸ Su manía de controlar todos los resortes políticos lo hicieron cada vez más autoritario. No soportaba las críticas de la prensa. Persiguió a los periodistas con procesos judiciales y multas, forzó la destitución de jueces contrarios a su Gobierno, prohibió todos los mítines políticos fuera de los periodos de campaña electoral y vetó la formación de coaliciones entre los partidos de oposición.

Y su afán por desarrollar el país a toda costa terminó por llevar al Estado a un excesivo endeudamiento. *Time* lo describía en febrero de 1958 como «el constructor impaciente», y daba una perspectiva negra de la economía turca:

El primer ministro Menderes ha construido tantos embalses y fábricas, gastado tantas liras, marcos, dólares, libras esterlinas y francos que Turquía tiene hoy una de las divisas más hinchadas del mundo y la calificación de su deuda es tan pobre que incluso el Banco Central turco rechaza las órdenes del Gobierno de vender divisas. Ni la proximidad de la bancarrota ni los llamamientos de sus amigos logran persuadir a Menderes de que ha llegado el momento de poner fin a su precipitada pasión por construir y gastar. A cada sugerencia de contención, Menderes responde comisionando un nuevo proyecto.

La inflación se desbocó, ciertos productos básicos comenzaron a escasear y Turquía hubo de aceptar un doloroso programa de austeridad dirigido por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el primero de muchos. Las condiciones económicas de la población urbana empeoraron y llevaron a protestas políticas: la oposición kemalista (seguidores de Mustafa Kemal Atatürk), los universitarios y los cadetes militares se echaron a la calle al grito de «¡Abajo los dictadores!» o «¡Estudiantes y soldados, juntos de la mano!». El 27 de mayo de 1960, el Ejército turco depuso al Gobierno.

Los golpistas, en su mayoría miembros de la baja oficialidad, prometieron que «una vez terminada la tarea» de restaurar la ley y la justicia, devolverían el poder a los políticos y regresarían a sus cuarteles. Y así fue: se redactó una nueva Constitución, la más progresista de la que ha disfrutado Turquía en su historia, que fue ratificada en referéndum, y al año siguiente se celebraron elecciones. Eso sí, la asonada inauguró la tradición castrense de inmiscuirse en los asuntos públicos cada vez que los militares turcos creían que los políticos no estaban a la altura de las circunstancias: las intervenciones, fallidas o exitosas, se repetirían en 1962, 1963, 1971, 1980, 1997, 2007 y 2016.

El primer ministro, Adnan Menderes, fue recluido por los golpistas en la isla de Yassıada, en el mar de Mármara, donde fue juzgado junto con su gabinete y el presidente de la república, Celal Bayar. El proceso sirvió para imputar a los acusados numerosas violaciones de la Constitución y casos de corrupción. Entre los delitos más graves: haber instigado los pogromos de Estambul contra la población griega en 1955, que habían causado decenas de muertos. Finalmente, el tribunal condenó a muerte a Menderes, a su ministro de Exteriores, Fatin Rüştü Zorlu, a su ministro de Finanzas, Hasan Polatkan, y al presidente Bayar, aunque a este último se le conmutó la pena capital por la reclusión de por vida en su vivienda.

Ni las denuncias de los observadores internacionales, que consideraron el juicio una farsa, ni las peticiones de clemencia del presidente de Estados Unidos, la reina de Inglaterra y el papa lograron ablandar a los coroneles turcos. En el referéndum había habido un número significativo de votos —cerca del 40 %— contrarios a la nueva Constitución, lo que hacía temer a los

militares que, si dejaban vivo al líder del Partido Demócrata, este no tardaría en regresar al poder. El 17 de septiembre de 1961, Menderes, Zorlu y Polatkan fueron ahorcados en la isla-prisión de İmralı.

Años más tarde, Recep Tayyip Erdoğan evocaría aquel día triste de septiembre en el que vio llorar a su padre. El cuerpo del primer ministro pendido de la soga se sumaba en la memoria del capitán Ahmet a los recuerdos de treinta y cinco años atrás. Una vez más, el Estado se cebaba en aquellos que defendían lo más sagrado. Como los que en Potamya habían osado interponerse en el camino de la nueva república. «Han matado a un buen hombre», sollozó. A sus siete años, el pequeño Tayyip no alcanzaba a comprender la complejidad de lo sucedido, pero sí era capaz de sentir el dolor de su padre, el dolor de su barrio, el dolor de los suyos. Aquellas lágrimas y aquellas imágenes en blanco y negro del primer ministro colgando de la horca lo acompañarían toda su vida. Como un fantasma. Como una advertencia.

LA REGLA DE KASIMPAŞA

La infancia del futuro presidente de Turquía transcurría entre los límites impuestos por los mandamientos del Corán, la disciplina del capitán Erdoğan y las severas reglas que regían la vida en Kasımpaşa. Durante toda su carrera, Erdoğan ha llevado a gala sus orígenes humildes y el título de Kasımpaşalı, oriundo de Kasımpaşa. Incluso su forma de caminar, con el hombro derecho ligeramente adelantado e inclinado —herencia, cuentan, de las cuadrillas de bomberos de este vecindario a orillas del Cuerno de Oro, que se contaban entre los más valerosos de la ciudad—, es una muestra consciente de sus orígenes. Porque ser de Kasımpaşa no es algo que venga dado con la residencia. Hay que ganárselo.

El barrio nunca tuvo la mejor de las famas. Los carteristas y delincuentes que pululaban por las calles de Pera y Taksim se decía que venían de allí; también los personajes de la noche, prostitutas, camellos y dueños de garitos. Eso sí, hicieran lo que hicieran, debían hacerlo fuera del barrio. Como los marineros del capitán Ahmet: lo que ocurriese en tierra, en tierra quedaba,

mientras a bordo se respetase una serie de reglas. Sé valiente. Sé una persona de honor. Respeta a tus vecinos y cumple tu palabra. En definitiva, sé un hombre. Así puede definirse la *Racon* o la Regla, la Constitución no escrita de Kasımpaşa.⁹

El lugar que dejaron los griegos y armenios que poblaban Estambul hasta mediados del siglo XX fue ocupado por los nuevos inmigrantes de la Anatolia rural. En las décadas de 1950 y 1960, millones de turcos arribaron a la metrópolis en busca del futuro que se les negaba en la aldea. Pero las autoridades municipales carecían de planes para acoger a tamaña riada humana que llegaba cargando sus bártulos, sus gallinas y sus tradiciones. Una extendida creencia popular, tan irreal como necesaria, aseguraba que erigir una casa entera, con paredes y techo, en una sola noche daría derecho a la propiedad del solar. De ahí nació la palabra *gecekondu* ('colocado de noche'), con la que en turco se conocen los vecindarios que comenzaron siendo barriadas de chabolas.

Obviamente, se trataba de una práctica ilegal que dejaba a los recién llegados a merced de inspecciones y órdenes de demolición, a menos que pagaran una mordida. Había, pues, que organizarse. Así surgieron bandas al mando del hombre fuerte de la zona que se encargaban de proteger las nuevas barriadas, de recolectar pagos y sobornos... y de que, en las elecciones, todos los vecinos votasen al candidato acordado con la autoridad a cambio de legalizar los asentamientos.¹⁰ Algunas de estas bandas terminarían convertidas en organizaciones armadas, adscritas a grupos políticos de extrema derecha o extrema izquierda, aunque en mayor medida derivaron hacia las actividades delictivas, bien el estraperlo de productos básicos, bien el control de timbas ilegales o el tráfico de armas y heroína.

Tal vez porque llegaron los primeros a Estambul o porque eran los más espabilados y con menos escrúpulos, las principales bandas organizadas de la época (también las mayores empresas de construcción) estaban encabezadas por los nativos de la región del mar Negro. Eran hombres rudos y violentos, pero a los que el pueblo les profesaba respeto y admiración, pues representaban el sueño del hombre hecho a sí mismo. Además, repartían parte

de las ganancias entre los más necesitados del barrio, ocupándose del bienestar de sus vecinos más que el propio Estado. Eran los Robin Hood locales.

En Kasımpaşa, el principal *kabadayı* (la palabra turca que describe a estos pequeños príncipes de la delincuencia) era Sultan Demircan. Procedía de Rize, al igual que los Erdoğan, y ejercía de presidente de un club de fútbol vecinal, el Kasımpaşaspor. En las gradas del terreno de juego del club, el pequeño Tayyip vendía botellines de agua durante los partidos y soñaba con convertirse en una estrella. Cuando, décadas más tarde, el club ascendió a la máxima categoría del fútbol turco, el estadio fue renovado y bautizado, cómo no, con el nombre de Recep Tayyip Erdoğan.

Se cuenta que Sultan Demircan, hombre de gatillo fácil, negociaba los fichajes a punta de pistola, y que incluso llegó a secuestrar a futbolistas. Pero en el barrio lo adoraban. Una vecina relata:

Al salir de la escuela, me sentaba a la puerta de casa esperando la llegada del Buick negro. Cuando el coche se paraba en la puerta, todos los niños del barrio se entusiasmaban. Sultan Demircan bajaba del vehículo con la pistola en la mano, seguido de sus guardaespaldas. Si disparaba una o dos balas al aire, saltábamos de alegría: para nosotros era un juego. Luego repartía dulces y golosinas por las casas. En aquella época, todos los chicos y jóvenes, empezando por Recep Tayyip Erdoğan, soñaban con convertirse en un gánster como Sultan Demircan.¹¹

El teólogo Ali Rıza Demircan, hermano del mafioso y viejo amigo de la familia Erdoğan, asegura: «El carácter impetuoso de Tayyip viene de Kasımpaşa, porque durante su infancia mi hermano Sultan era el modelo a seguir». «Sultan fue uno de los últimos representantes de esa cultura de “padrino del barrio”. Era un hombre fogoso, pero estaba siempre al lado del pobre y del necesitado», añade su sobrino, Ahmet Misbah Demircan, hoy alcalde del distrito de Beyoğlu por la lista del partido de Erdoğan.¹²

Eran delincuentes, sí, pero atendían a una cierta ética callejera; no eran los criminales sin escrúpulos que los sucederían en décadas posteriores. El periodista Adnan Berk Okan los define como los últimos de una estirpe que se remonta a los bandoleros de la época otomana: «Hombres de palabra. Si prometían hacer una cosa, la cumplían, pues su honor estaba en juego. Si

afirmaban que dispararían, disparaban. Los faroles no formaban parte de su libro de reglas». ¹³ Y de ahí, de imitar esos roles y jugar según esas normas, procede el alto sentido de la camaradería de Erdoğan. «En sus discursos se dirige a los suyos como hermanos, como parte de un “nosotros”. Uno de los tonos característicos de la retórica de Erdoğan es ese acento en el “nosotros”. [...] Ni cuando llegó a primer ministro renunció a seguir subrayando esa alianza de hermanos, ese sentimiento de pertenencia a un grupo como lo es ser de Kasımpaşa o ser del [equipo de fútbol] Fenerbahçe», subraya el psiquiatra Dindar. ¹⁴ No dejar a ninguno de sus compañeros tirado, batirse por ellos hasta el último esfuerzo, es una de esas reglas aprendidas de niño en el barrio. Pero, a cambio, Erdoğan exige reciprocidad. Cualquier paso fuera de la línea trazada por él equivale a una traición, máxime si lo da un camarada.

De los gánsteres del barrio como Demircan, heredó Erdoğan también su naturaleza inquebrantable. El líder debe conducir a las masas sin dar muestras de debilidad. Y así es Erdoğan, capaz de mantenerse en sus trece contra viento y marea. Incluso contra los consejos de sus asesores y las más elementales normas del sentido común.

EL «MAESTRO» DE LOS VERSOS CORÁNICOS

En las fotos de su infancia y juventud, Tayyip sobresale larguirucho y un tanto desgarbado entre sus compañeros, con ese aspecto algo embobado que a veces tienen los niños demasiado altos para su edad. Nada más lejos de la realidad. Es cierto que no era un estudiante brillante —sus mejores notas las obtenía en Educación Física, Caligrafía y Religión—, pero resaltaba por su dedicación y entrega: siempre que un profesor pedía un voluntario, él se ofrecía; cada vez que la escuela organizaba alguna actividad extraescolar, él era el primero en apuntarse.

En una ocasión, cuando cursaba el último año de primaria, el sonido de la llamada a la oración se filtró en el aula. El profesor que en esos momentos recitaba la lección, Ihsan Aksoy, preguntó: «¿Quién quiere rezar?». Solo Erdoğan levantó la mano. «Ven, pues, Recep Tayyip, y recemos juntos», dijo el profesor, extendiendo la doble página de un periódico sobre el suelo a modo

de alfombra. «En el periódico hay muchas fotos: no se puede rezar sobre esas imágenes», respondió el impúber Erdoğan, y, tomando el mantel que cubría la mesa, lo colocó en el suelo, se arrodilló e inició la plegaria tal y como le había enseñado su padre. «Bien hecho», lo felicitó su profesor. A partir de aquel día, sus compañeros de escuela lo apodaron, entre bromas, Hoca o Maestro, el título que reciben los líderes religiosos.¹⁵

Ese curso, Erdoğan recibió en Religión la nota más alta de la clase, aunque en el cómputo global de todas sus asignaturas de primaria no pasó de un modesto bien. Pese a ello, Aksoy, que a la sazón era también el director del colegio, lo mandó llamar a su despacho. Le hizo acercarse a su ventana y señaló a la otra orilla del Cuerno de Oro: «Te enviaremos a esa escuela». Se trataba de un instituto religioso de formación de imames (*imam hatip*), uno de los pocos que existían en aquella época en Turquía, aún empeñada en inculcar el laicismo a la población.

El capitán Ahmet aceptó que su hijo se matriculase en el centro, que funcionaba como un internado gratuito. No había dinero para mucho más. Y para que su vástago se acostumbrase al valor de las cosas, lo instó a que se pagase él mismo la mayor parte de sus gastos. Durante la semana, el joven Tayyip memorizaba suras del Corán y enseñanzas de Mahoma y, al llegar los días de asueto, vendía por las calles roscas de pan (*simit*), limonada, agua. Erdoğan recuerda de aquella época:

Durante los fines de semana acudía a los estadios a vender agua. Para ahorrarme el dinero del transporte, entre Kasımpaşa y Eminönü iba caminando; compraba caramelos de menta, limón y eucalipto y los revendía por el camino. Además, por las tardes compraba en los hornos los *simit* que habían sobrado, y al día siguiente le hacía a mi madre calentarlos al vapor. Entonces los *simit* costaban diez piastras. Yo los compraba a dos con cincuenta y los revendía a cinco. En la escuela también vendía tarjetas postales.¹⁶

Con esas monedas compró sus primeros libros de novela y poesía, tinta que lo transportaba fuera de la existencia anodina de las pendientes y el cemento de su barrio. Le agradaban especialmente versos como los de Necip

Fazıl Kısakürek —poeta e ideólogo del movimiento islamista turco—, que le insuflaban heroicos ideales sobre la lucha por la defensa de la patria y el Dios verdadero:

Sakarya, retoño puro de la inocente Anatolia,
¡solo tú y yo hemos permanecido fieles al camino de Dios!
Tú y yo, que estamos hechos de una pasta regada con lágrimas,
dejemos que vean de qué estamos hechos, ¡de sangre y de barro!
El destino nos ha arrojado a las pinzas del escorpión.
¡No te equivoques, el mundo siempre ha sido así y así será!
Mortaja es mi cama, el agua tu ataúd.
Sigue girando mientras parto con el último profeta como guía.
Suyo es el camino, suya la existencia. El resto, tedio.
Durante demasiado tiempo te has arrastrado ante ellos. ¡En pie, Sakarya!

Memorizaba estos versos durante el trayecto que al inicio de cada semana lo llevaba de su casa al *imam hatip*. Atravesaba barrios y calles tristes formados por edificios de cemento barato, entre los que surgían viejas fuentes otomanas y cementerios de lápidas torcidas e inscripciones en grafía árabe, cuya imagen, mezclada con los poemas y las historias narradas por su padre, hacían hervir su imaginación. Los grandes guerreros, los poderosos sultanes... A través de esta vaguada, Mehmet II había hecho atravesar sus barcos desde el Bósforo hasta el Cuerno de Oro, rompiendo la defensa naval de Constantinopla en 1453; en estos descampados yacen los mártires del ejército árabe guiado por los compañeros del profeta Mahoma, que a punto estuvieron de arrebatarse la ciudad a los bizantinos en el siglo VII; en estas dársenas una vez tuvo su puerto la gloriosa flota otomana, que venció a los infieles en Rodas, Préveza y Túnez.

A veces, en el camino que lo llevaba a orillas del Cuerno de Oro, penetraba en los barcos amarrados a tierra, pues conocía a los capitanes que frecuentaba su padre. Allí, en la soledad de la embarcación, frente a los minaretes que despuntaban sobre la península histórica de Estambul, Erdoğan practicaba la buena dicción de sus discursos, la entonación correcta de los versículos del Corán que memorizaban en clase. Aquella era su especialidad. Cuando recitaba los textos sagrados, todos los demás alumnos callaban y escuchaban con atención a aquel adolescente larguirucho.

Quería destacar, eso estaba claro. No había partido de fútbol, baloncesto o voleibol en el que no participase, competición de lectura o composición de poemas a la que faltase. En 1973, de hecho, fue galardonado con el primer premio de un concurso nacional de recitación, organizado por el diario derechista *Tercüman*. Al año siguiente venció en un certamen literario juvenil.

Los años en el liceo fueron claves para su formación. Allí conoció a fondo la religión y comenzó a entrar en contacto con la política, que se convertiría en su gran pasión. En las entrevistas que ofrecería al llegar al poder, diría que las cuatro grandes influencias de su infancia y juventud fueron su padre, su profesor de primaria, el *imam hatip* y la cofradía religiosa que frecuentaría más tarde: «Le debo todo al instituto religioso en el que me eduqué. [Aprendí allí] el patriotismo, el servicio al país, la adoración a Dios, el espíritu de solidaridad y el desear para los demás lo que uno desea para sí mismo».¹⁷

EL IMAM BECKENBAUER

Si bien los vecinos de Kasımpaşa llevan con orgullo el nombre de su barrio, el baremo del éxito es la velocidad con la que uno consigue escapar de él. El fútbol era entonces —y es aún— el billete de salida que requería menos esfuerzo. En cada bocacalle, esquina o callejón de Kasımpaşa, los chiquillos siguen pegando patadas al balón, burlando las leyes de la gravedad, intentando evitar ser el infortunado que envíe la pelota cuesta abajo. Recep Tayyip le pegaba, y le pegaba bien. Anhelaba ser una estrella.

El fútbol ocupaba sus conversaciones, penetraba en sus sueños e incluso le incitaba a traicionar los ideales inculcados por su familia. En aquella época, los lectores más conservadores escribían a los periódicos criticando las fotografías de esos bigotudos jugadores de largas melenas enseñando los muslos de una forma tan poco decente. «Sé que era pecaminoso vestir pantalones tan cortos», reconocería Erdoğan.¹⁸ Pero el fútbol era una pasión más fuerte que los mandamientos religiosos.

«A su padre no le gustaba el fútbol, así que jugaba a escondidas», cuenta Ümmühan Engin, su antigua vecina. Tayyip había empezado a correr tras la pelota desde temprana edad, y siguió haciéndolo a resguardo del conocimiento de su padre durante casi un lustro —ocultaba las zapatillas de tacos y el equipo en la carbonera para evitar ser descubierto—, del mismo modo que otros, en aquellos tiempos, acudían a reuniones de organizaciones políticas clandestinas. En una entrevista en 1994, Erdoğan admitía: «A veces me lesionaba, pero se lo escondía a mi padre. Cuando llegaba a casa, me comportaba como si nada hubiese ocurrido, sin importar lo mal que me sintiese».

A los quince años lo fichó el Camialtı Spor, que disputaba una liga *amateur*. Al cabo de un par de temporadas fue seleccionado para jugar en un combinado de los mejores jóvenes de Estambul, pero para ello necesitaba un permiso por escrito de su padre. Durante varios días, Erdoğan no pudo dormir a causa de los nervios: sabía que su padre podía oponerse y pidió ayuda a su tío para que tratara de convencerlo. Así descubrió el capitán Ahmet que su hijo había estado entrenando a escondidas durante años. Montó en cólera. Y, por supuesto, le negó el permiso. «Por culpa de mi padre perdí numerosas oportunidades como esa», lamentaría Erdoğan.¹⁹

Sin embargo, las oportunidades no tardaron en lloverle. Los ojeadores de diversos equipos se fijaban en aquel joven al que sus compañeros apodaban Imam Beckenbauer. Jugaba de atacante, pero su garra y su chut con el empeine le valieron la comparación con el káiser de la selección alemana, que, en aquellos años de revoluciones, crisis del petróleo y pantalones de campana, sentaba cátedra sobre el césped. La primera gran oferta llegó del Eskişehirspor, uno de los clubes revelación a principios de la década de 1970. Todo estaba acordado para cerrar el fichaje, pero el padre se opuso con vehemencia: «Los futbolistas son haraganes, gente sin rumbo ni oficio. Estudia y sé un hombre».²⁰

No le quedó otro remedio que seguir jugando en equipos *amateurs*, mientras se aplicaba por sacar buenas notas en la escuela religiosa. Pasó de un equipo de barrio a otro y, en 1973, lo fichó el İETT Spor, la escuadra de la compañía municipal de tranvías. Una tarde de 1976, durante la fase final de la liga *amateur* de Estambul, en una temporada en la que el joven de Kasımpaşa

se estaba luciendo, el entrenador Tomislav Kaloperović lo vio desde la grada. Al sonar el pitido final, bajó a los vestuarios: quería a ese muchacho larguirucho en el Fenerbahçe. Nada podía hacer más ilusión a Recep Tayyip que vestir la malla de su equipo favorito, que venía de ganar varias ligas.

Aquella no era la primera vez que el equipo estambulí se interesaba por Erdoğan. Ya lo habían intentado anteriormente, sin éxito, pese a la mediación del gánster Sultan Demircan. El padre se oponía, no había por dónde abordarlo: «Ya me fastidia lo suficiente que vaya por ahí jugando al fútbol en calzoncillos. Mi hijo va a estudiar, así que no me vengas más con este tipo de cosas —respondió a Demircan—. Y no lo volveré a repetir».²¹

Erdoğan no cabía en sí de gozo con la nueva propuesta del Fenerbahçe. Podía convertirse en la estrella que siempre había soñado. Sin embargo, no lograba quitarse de la cabeza la frase que, años antes, le había dicho su padre: «Estudia y sé un hombre». La gloria de los estadios... «Estudia y sé un hombre.» Miles de seguidores coreando su apellido: «¡Er-do-ğan!»... «Estudia y sé un hombre.» ¡El balón al fondo de las mallas!... «Estudia y sé un hombre.» Erdoğan era ya un adulto. Tenía veintidós años y compaginaba sus estudios universitarios y su incipiente actividad política con el deporte rey. Incluso recibía un modesto salario del İETT Spor. Pero la sombra de su padre aún dominaba su vida, y el muchacho sabía que jamás aprobaría su fichaje. Así que declinó la oferta del Fenerbahçe. Seguiría jugando como *amateur* hasta 1980, cuando colgó las botas, pero jamás llegaría a ser un profesional del fútbol. No podía hacerlo; no sin romper con su padre.

El día que Erdoğan rechazó dar el salto al fútbol profesional, Turquía perdió a un magnífico delantero. El movimiento islamista ganó, sin embargo, a su futuro líder.

EL REGRESO DE DIOS

Una alegre muchedumbre rodea la pequeña iglesia de San Jorge, que corona la colina más alta de la isla de Büyükada, a media hora de ferri desde Estambul. Es 23 de abril y toca romería. Algunos han venido caminando los cuatro kilómetros desde el atracadero; otros, en bicicleta o en faetón, como aquí denominan el coche de caballos. Todos suben a pie el último kilómetro de cuesta. Hay parejitas jóvenes, alguna familia, muchos grupos de chicas en la veintena y numerosas ancianas. Hacen cola para acceder al atrio, comprar una vela, encenderla. En el interior del templo, muchos aprovechan para sentarse a escribir un deseo en un papel que luego introducirán en una urna de cristal. Hay quien mete, a modo de ofrenda, un billete en la caja situada bajo la imagen de San Jorge abatiendo al dragón. Todos ellos son musulmanes.

«Una iglesia, al igual que una mezquita, es la casa de Dios», asegura una mujer. «Son cultos hermanos, Jesús es también nuestro profeta, y yo creo en todos los profetas», insiste Handan, una señora de sesenta años que se define como musulmana creyente. Ömür, un joven estambulí, musulmán practicante, también lo ve así. «Creo en los cuatro libros», subraya, en referencia al Corán, la Torá judía, el Evangelio y los textos mandeos.

Pero el rito fundamental de la romería no es islámico ni cristiano: las chicas compran un rollo de hilo de coser, atan un cabo a uno de los pinos y van desenrollándolo hasta llegar a la iglesia, o hasta que el ovillo se acabe. Tradicionalmente, el deseo que se persigue con ello es el de encontrar novio. Lo subrayan los terroncitos de azúcar sobre los muretes, que forman

corazones, casas, niños. En los árboles ondean cintas atadas con el mismo motivo. Y lo que más ayuda a cumplir el deseo es el pícnic en la colina, donde las chicas se hacen selfis con los chicos posando sobre las rocas.

Un pícnic muy diferente se llevó a cabo durante varios veranos en otro parque, el de Ömerli, en la periferia de Estambul: un imam barbudo realizaba la plegaria sobre la hierba y, tras él, se amontonaban un centenar de seguidores, entre ellos, decenas de niños. El imam, Halis Bayuncuk, apodado Abu Hanzala, era un viejo conocido de la Policía: había sido detenido tres veces por vínculos con el Estado Islámico (Dáesh) y con Al Qaeda. Tenía las ideas claras. «Nos piden educar a los niños en el laicismo, la democracia y el respeto a la Constitución. Eso, para nosotros, es herejía, idolatría. No mandaremos a nuestros hijos a vuestros colegios. Los que tienen fe en el camino de Dios harán la guerra contra los herejes, contra los infieles», dijo en 2015. Un año antes ya había implorado: «Dios, ayuda a quienes hacen la yihad, dales la victoria, protégeles y haz que sus disparos acierten».

Entre estas dos maneras de vivir el islam se sitúa, a ratos conciliadora, a ratos desconcertada, la tercera: la oficial, representada por los imames a sueldo de la Administración, portavoces de la ortodoxia siempre y cuando esta no contradiga las leyes —o los intereses— del Gobierno.

EL ISLAM REFORMADO DE AŞTATÜRK

Esta división del islam en tres vertientes se puede observar en todos los países musulmanes. Turquía no es una excepción. La república nació laica en 1923, o eso decían sus estatutos, pero nunca dejó de mantener el islam suní como religión oficial *de facto*. No figura en la Constitución, pero sí en los presupuestos del Estado, en los que cada año se asignan enormes sumas a la Dirección de Asuntos Religiosos (Diyanet), una suerte de ministerio encargado de construir mezquitas y pagar el sueldo de los imames. También emite fetuas para orientar a los fieles. Al igual que el cuerpo de ulemas de la época otomana —severos cuando el soberano era más piadoso, relajados si

las circunstancias lo aconsejaban—, la Diyanet es fiel al poder. Bajo la visión laicista de Mustafa Kemal Atatürk, los propios imames impulsaron reformas inauditas en el mundo musulmán.

Cuando nació Recep Tayyip Erdoğan, en 1954, la más audaz de esas reformas ya era historia. Hacía cuatro años que se había revocado la orden de recitar en turco la llamada a la oración, el *ezan*, que el muecín canta cinco veces al día desde el minarete. Una polémica que había dividido a la sociedad turca entre reformadores y tradicionalistas.

Ambos bandos buscaban adueñarse de la fe. Atatürk reivindicaba la religión islámica como parte de la identidad turca y recomendaba usarla como herramienta para el avance de la nación. Las mezquitas, según dijo en 1922, son centros de alimentación espiritual, y los sermones del viernes —agregó en 1923— «deben servir para iluminar y guiar al pueblo». Por ello, argumentó, el sermón no se podía dar en árabe, como era costumbre en el Imperio otomano: nadie lo entendería.

La medida era lógica y se impuso pronto. La siguiente propuesta era que la propia oración, que el creyente recita cinco veces al día, se dijera en turco. Aquello era algo herético, dado que esa plegaria es principalmente un fragmento del Corán, considerada la palabra inmutable de Dios, por lo que no se llegó a plantear en serio. Pero en 1932, seis años antes de su muerte, Atatürk dio consigna de traducir al turco el *ezan* y reemplazó la palabra árabe *Allah* ('Dios') por la turca *Tanrı*. Al no tratarse de versos coránicos, no se puso el grito en el cielo, pero la innovación —que no se ha vuelto a sugerir en ningún país— se encontró con una amplia oposición. Finalmente fue impuesta por orden gubernamental. A partir de 1941, una ley castigaba con tres meses de prisión o multa a quien recitara el *ezan* en árabe. Constan decenas de arrestos al año por este motivo. Y entre los reos se hallaba un hombre que marcaría durante todo un siglo el islam en Turquía: Said Nursi.

SABOTAJE AL SUFISMO

Nursi (1878-1960) era un precursor de lo que hoy llamamos salafistas, por mucho que durante gran parte de su vida —bajo la estrecha vigilancia del Gobierno, en arresto domiciliario o en prisión— afirmara mantenerse lejos de la política. En su visión, el islam debía permear todos los ámbitos de la vida pública. Fue coetáneo tanto del fundador de los Hermanos Musulmanes en Egipto, Hassan Banna (1906-1949), como del ideólogo principal de este movimiento, Sayyid Qutb (1906-1960), aunque mayor que ambos, y, a diferencia de ellos, murió anciano en su cama.

Nacido en el pueblo de Nurs, provincia de Bitlis, en el actual Kurdistán turco, el joven Said se convirtió pronto en un teólogo influyente. Tanto que, en 1922, recién fundada la nueva Turquía, la Asamblea de Ankara le ofreció un puesto oficial. Lo rechazó. Sospechoso de disidente, en 1925 fue desterrado a la provincia de Isparta, en Anatolia occidental, donde escribió su obra *Risale-i Nur* (Epístolas de la Luz), un ferviente alegato por la validez literal de la palabra coránica. Estos escritos fueron difundidos por discípulos que visitaban al maestro cuando no estaba en la cárcel. Empezaba a formarse una cofradía de seguidores, que se hicieron llamar *nurcu* ('los de la luz'). Sin embargo, se trataba de una hermandad clandestina, pues el Gobierno de la república había prohibido y disuelto todas las órdenes religiosas en 1925.

La ley de 1941 que impuso el *ezan* en turco se basaba, según el Parlamento, en la necesidad de «rescatar al pueblo de la influencia de la lengua árabe que lo ata a mentalidades y tradiciones antiguas». Esas «tradiciones antiguas» eran a menudo expresiones de una religiosidad popular alejada de los dogmas, como la veneración de tumbas o el hábito de atar cintas a un árbol «sagrado» para pedir un deseo, común desde Marruecos hasta Crimea, pasando por la romería de Büyükada. Era una espiritualidad vehiculada en parte por órdenes religiosas, conocidas como *tarikats* (del árabe *tariq*, 'camino') y caracterizadas como sufíes (*tasavvuf*, en turco). La espiritualidad sufí, la búsqueda de una unión final con Dios, prescinde de dogmas, y numerosos sufíes fueron atacados por los ulemas de su época, como el andalusí Ibn Arabi, o incluso ejecutados, como el iraquí Halladj.

Hoy, la orden sufí turca más conocida es la Mevleví, la de los derviches giróvagos, cuya imagen —un joven en túnica blanca girando sin cesar— no falta en ningún catálogo de turismo. Esta congregación conserva el legado de

Mevlana Yelaleddin Rumi (1207-1273), el místico persa cuyos poemas hablan de vino y amor.

Pero no son ellos quienes han movido los hilos de la religión en Turquía en el siglo XX. Más poderosa era la orden Qadiría (Kadiri, en turco), también de carácter sufi, difundida en África del Norte e influyente en la Turquía del siglo XIX, pero de capa caída tras la prohibición de 1925. La Halveti (del árabe *jalwa*, ‘célula’ o ‘celda’), antiguamente la *tarikát* preferida de la dinastía otomana, sobrevivió mejor en la semiclandestinidad, pero ya había dejado atrás su esencia sufi y se acercaba a los conceptos del islam ortodoxo. Y la ortodoxia era también el estandarte de la cofradía que, tras décadas de clandestinidad, emergió a mediados del siglo XX como la fuerza dominante del islam en Anatolia: la Naqshbandi (Nakşibendi, en turco).

Aunque la orden se reclama seguidora del sufi Bahaudín Naqshband (siglo XIV), adquirió su identidad a través de las reformas del indio Ahmed Sirhindi (1564-1624), que mantuvo la forma exterior pero reemplazó el ideario místico con un islam fiel a la *sharía*, la ley coránica. Era un sabotaje al sufismo: con sus ritos de reuniones, maestro y discípulos atraían a sus seguidores hacia el mismo islam ortodoxo que predicaban los ulemas, representantes de la religión oficial.

En Anatolia, la Nakşibendi formaba un baluarte del islam severo, y en el siglo XIX abogaba por la aplicación de la *sharía* y se oponía a las Tanzimat, las reformas modernizadoras iniciadas por el sultán otomano Mahmud II. Sus escuelas coránicas predicaban un seguimiento literal del libro sagrado. Y a principios del siglo XX, uno de sus alumnos más aventajados fue Said Nursi, más tarde conocido como Bediüzzaman (el Magnífico de la Época): recibió su respaldo como predicador de manos de un jeque de esa cofradía en Anatolia Oriental.

Una visión similar mantenía la orden Tiyanía, fundada alrededor de 1780 en Marruecos, hoy extendida en África Occidental y España. Sus miembros se afiliaron a la campaña contra la turquificación del islam en Anatolia y, en 1949, dos de ellos recitaron el *ezan* desde la galería del Parlamento de Ankara, provocando un escándalo. Adnan Menderes, que había fundado tres años antes el Partido Demócrata (Demokrat Parti, DP), vio su oportunidad y aglutinó el voto conservador y religioso. En mayo de 1950, su formación ganó

las primeras elecciones libres tras décadas de un régimen de partido único. Entre las primeras medidas figuraba la revocación del *ezan* turco y la restauración del texto árabe.

Nursi se vio reivindicado. Se ofreció como guía espiritual a Adnan Menderes y volvió a opinar sobre política. Su libro *Risale-i Nur* fue legalizado por los tribunales en 1956 y su movimiento se expandió con una enorme fuerza, fundando academias en todo el país. Entre sus alumnos empezó a destacar un adolescente llamado Fethullah Gülen, nacido en 1941 en Erzurum (Anatolia Oriental). De una familia vinculada a la cofradía Nakşibendi, estudiaba con un profesor particular de la orden Kadiri y leía los escritos de Sirhindi y los *Risale-i Nur*, dos obras que serían determinantes para su vida... y para Turquía. En los años sesenta se convertiría en un joven pero carismático predicador en Estambul, Edirne y Esmirna. Más tarde llegaría a ser conocido como el fundador del «Opus Dei islámico», como el gran aliado y, finalmente, la mayor némesis de Erdoğan.

El islamismo de Nursi y sus discípulos era distinto al de las cofradías tradicionales. «Los *nakşibendi* tenían una organización piramidal, jerárquica. Los *nurcu* no son piramidales, viven como *ijuan*, como hermanos», asegura el estudioso Ali Bayramoğlu. «Forman una comunidad con menos reglas. Aunque la doctrina es similar: se trata de ser personalmente mejor musulmán. Se centran en la educación, reparten escritos... Hoy se han convertido a la tecnología.» Su presencia es discreta, pero en cualquier mezquita turística de Estambul se encuentran libritos gratuitos titulados *Conocer el islam*, en inglés, alemán, español o francés, que ofrecen fragmentos de los *Risale-i Nur*.

No solo los *nurcu* revivieron bajo el Gobierno de Menderes: también lo hizo la cofradía Nakşibendi, pese a seguir oficialmente prohibida. En 1958, la mezquita de İskenderpaşa, en el céntrico barrio de Fatih en Estambul, nombró como imam a un hombre que iba a convertirse en uno de los jugadores más poderosos de Turquía durante las siguientes décadas: Mehmet Zahid Kotku. Hijo de inmigrantes de Daguestán, en el Cáucaso ruso, Kotku atrajo a parroquianos influyentes y formó una congregación que hasta hoy se conoce como «la logia de İskenderpaşa». Fue el guardagujas de la política turca,

preparando la vía para el islam político que medio siglo después tomaría el poder. Entre sus discípulos figuran numerosos presidentes y primeros ministros de Turquía. En el lugar más destacado, Recep Tayyip Erdoğan.

EL ISLAM QUE VINO DE ALEMANIA

En 1954, un joven y brillante ingeniero recibió empleo como docente en la Universidad Técnica de Estambul (ITÜ), su *alma mater*. Acababa de regresar de Alemania, donde había trabajado en la empresa de motores Deutz y había realizado un doctorado en Aquisgrán. Tenía apenas veintiocho años y se llamaba Necmettin Erbakan.

Nacido en la provincia de Sinop, en la costa del mar Negro, Erbakan (1926-2011), cuyo bonito nombre de pila (en castellano, significa ‘estrella de la fe’) era casi un presagio, se formó como ingeniero en Estambul y en Alemania, y no sería descabellado pensar que fuera allí, en la alegre Renania, donde se forjó su convicción islamista. Lo mismo le había ocurrido a Sayyid Qutb, el ideólogo de los Hermanos Musulmanes, que desarrolló su teoría de la corrupción moral de Occidente en Washington y California. Un paradigma que se repite hasta hoy entre los líderes islamistas más severos del mundo, casi todos doctorados en Oxford, París o Estados Unidos.

Erbakan tardó en entrar en política tras su regreso a Estambul. Primero hizo méritos como empresario: en 1956 fundó la compañía de motores Gümüş Motor, según algunos, por instrucción de Mehmet Zahid Kotku, el líder de la logia de İskenderpaşa. Logró pasar desapercibido durante el golpe de Estado de 1960, que acabó con el Gobierno del Partido Demócrata y que llevó a la horca al primer ministro, Adnan Menderes. Los militares golpistas, de ideas laicas, se tomaron la revancha con Said Nursi, que había fallecido dos meses antes: su tumba fue destruida y su cuerpo, exhumado y enterrado en un lugar desconocido (o, según un rumor popular, arrojado al mar).

Tras ganar las elecciones de 1965, el político derechista Süleyman Demirel (1924-2015) continuó las políticas de Menderes. Su Partido de la Justicia (Adalet Partisi, AP) pretendía ser una continuación del Partido

Demócrata y, como este, atraer el voto de los religiosos. También a él se le atribuye frecuentar la logia de İskenderpaşa. Cuatro años más tarde, Necmettin Erbakan, antiguo compañero de aula de Demirel, dio el salto a la política.

Erbakan, militante del AP, catedrático, empresario, era también secretario general de la Unión de Cámaras de Comercio y Bolsas de Turquía (TOBB), inmersa en un conflicto entre los grandes empresarios —centrados en las ciudades mayores como Estambul, Ankara y Esmirna, favorecidas por las políticas desarrollistas de Demirel— y los pequeños y medianos comerciantes de Anatolia, quienes, junto con los terratenientes del oriente del país, habían visto descender sus beneficios. Erbakan tomó partido por la pequeña burguesía de provincias y, presionado por los grandes empresarios, Demirel lo expulsó de la lista electoral de su partido. Tras consultar con el jeque Kotku, Erbakan se presentó a los comicios de 1969 como candidato independiente, y obtuvo un escaño por la conservadora provincia de Konya. Ya como diputado, lanzó en 1970 el primer partido islamista de Turquía, el Millî Nizamet Partisi (MNP, Partido del Orden Nacional). El MNP concitó el apoyo del sector más religioso del AP, causó división en las cofradías turcas e hizo surgir tensiones entre la Nakşibendi y los seguidores de Said Nursi.

El logotipo de la formación era un puño con el dedo índice levantado, el credo mudo del islam: «Doy fe de que Dios es uno». Los discursos de Erbakan, distribuidos en radiocasete por los pueblos de Anatolia, predicaban un retorno a la moral tradicional, perdida a causa de los grandes partidos infiltrados por «masones, sionistas y comunistas»; pedían el desarrollo de una industria pesada nacional, fondos públicos para los pequeños y medianos empresarios, desarrollo agrícola, justicia social, ayuda a los pobres (de acuerdo con los principios del islam) y una educación nacional libre de «ideas extranjeras». En 1971, el Tribunal Constitucional prohibió el partido por «atentar contra los principios del Estado laico». De nada había servido utilizar el término «nacional» en el nombre: «instrumentalizar la religión con fines políticos» estaba prohibido por la Constitución.

Erbakan optó por exiliarse en Suiza durante dos años. Allí entró en contacto con la diáspora de inmigrantes turcos en Europa Central y fundó un movimiento llamado Visión Nacional (Millî Görüş). En 1972, sus seguidores registraron una asociación alemana con ese nombre y, en 1976, se

establecieron en Colonia, hasta hoy, el baluarte del islamismo turco en Alemania.¹ Formalmente, su objetivo era responder a las necesidades religiosas de los cientos de miles de turcos que desde la década anterior habían emigrado a Alemania Occidental, Austria, Francia, Bélgica y Holanda, pero los rezos y cursos coránicos difundían la ideología *nakşibendi*. Alemania se convertía así en la retaguardia que garantizaba apoyo financiero a las formaciones islamistas turcas a través de las colectas entre los inmigrantes.

Durante su exilio, dos generales turcos visitaron al Hoca ('maestro', en turco), como se conocía a Erbakan, para convencerlo de que regresase. Hizo caso: a finales de 1971, Erbakan retornó, fundó el Partido de Salvación Nacional (Millî Selamet Partisi, MSP) y, en las elecciones de 1973 cosechó un exitoso 12 % de los votos. Era el cuarto partido en votos, pero el tercero en escaños en un espacio político que se disputaban dos gigantes: a la derecha, el AP de Süleyman Demirel y, a la izquierda, el Partido Republicano del Pueblo (CHP), bajo la batuta de Bülent Ecevit (1925-2006), un poeta que convirtió al antiguo partido único en una formación socialdemócrata de amplio espectro.

En aquella salvaje década de 1970, los Gobiernos se disolvían con la rapidez de un azucarillo en una taza de té. El MSP aprovechó su función de partido bisagra formando coalición con el CHP de Bülent Ecevit, y Necmettin Erbakan juró el cargo de vice primer ministro de Turquía. No duró más de un año: la invasión de Chipre, ordenada por Ecevit en 1974, fracturó la coalición y llevó en 1975 a un nuevo Gobierno, en el que Erbakan volvería a ser vice primer ministro, aunque esta vez bajo la batuta de su antiguo rival, Süleyman Demirel.

Aquello parecía un juego de sillas: tras las elecciones de 1977, Demirel y Erbakan reeditaron el pacto, hasta que Ecevit les quitó el bastón de mando en una moción de censura. Sin embargo, cuando el poeta dimitió en 1979, Demirel volvió a ocupar el cargo con el respaldo de Erbakan. Once meses más tarde, el 12 de septiembre de 1980, el general Kenan Evren (1917-2015), jefe del Estado Mayor, sacó los tanques a la calle y puso fin a las idas y venidas.

Estambul era entonces una ciudad sucia y destartalada, acostumbrada a las colas y al racionamiento, pero donde bullían con la misma pasión refrigerios y debates políticos, arte y cultura. La industria cinematográfica rodaba cintas a un ritmo desconcertante; entre ellas, para rabia de los religiosos, una cantidad considerable de películas porno. En este entorno de vida febril, el joven Recep Tayyip Erdoğan se acercó a los militantes del islam político. Aún en el instituto religioso (*imam hatip*), se afilió a la Unión Nacional de Estudiantes Turcos (Millî Türk Talebe Birliği, MTTB), una organización nacionalista y anticomunista que en esa década giró hacia el islamismo. Llegó a presidir la sección de estudiantes de Educación Secundaria, y ahí coincidió con quienes iban a ser sus futuros compañeros de causa: Abdullah Gül, que llegaría a presidente de Turquía; Mehmet Ali Şahin, futuro vice primer ministro; İsmail Kahraman, más tarde presidente del Parlamento...

Eran años de transformación. El éxodo rural hacía estallar los barrios de las grandes ciudades, y los migrantes del campo traían hábitos piadosos ya desterrados de la sociedad urbana. Los emigrados se veían sometidos, de repente, a una nueva cultura, regida por normas comerciales y en la que los valores tradicionales como la confianza en la palabra dada o la importancia de la familia no tenían tanta cabida. Y aunque su religiosidad popular habría encajado muy bien en una romería como la de Büyükada, la puerta que encontraban abierta a su llegada a la gran ciudad para ayudarles a digerir este *shock* cultural era, muy a menudo, la de la mezquita. Así, el imam reemplazaba al viejo del pueblo; la cofradía, a la familia; el rezo diario, a la visita a la tumba del santo local. Y si el imam de la mezquita tenía simpatías por la Nakşibendi, un barrio de campesinos recién llegados a la ciudad podía transformarse en un caladero de votos para Erbakan.

En las reuniones de la MTTB, el gusanillo de la política anidó en el alma de Erdoğan, y se propuso estudiar Ciencias Políticas. En aquella época, los licenciados de las escuelas *imam hatip* solo tenían acceso a la Universidad Atatürk de Erzurum, en el otro extremo del país y muy lejos de donde se cocía la actividad política, de modo que el joven se matriculó por correspondencia en el liceo del barrio conservador de Eyüp. Cumplió religiosamente con las asignaturas, pero en el examen de ingreso a la universidad, en 1973, no logró la nota suficiente para cursar Ciencias Políticas y hubo de contentarse con una

carrera en la Academia de Comercio de Estambul, posteriormente vinculada a la Universidad de Mármara. Se licenció en 1981, ocho años más tarde. Otras voces afirman que el estudiante jamás terminó su carrera y que el diploma que utiliza es falso.²

También por ambición política, Erdoğan comenzó a asistir a la logia *nakşibendi* de İskenderpaşa. Ahí se encontró con los principales intelectuales islamistas e incluso reconocidos políticos, como el propio Erbakan. El siguiente paso para el joven de Kasımpaşa era afiliarse al MSP, si bien lo hizo a hurtadillas, ya que su padre era un declarado seguidor de Demirel. La formación islamista lo recompensó: en 1976 fue nombrado presidente de la sección juvenil del partido para el céntrico distrito de Beyoğlu y poco después accedió al cargo de presidente de las juventudes de toda Estambul. Tenía veintidós años.

En las reuniones, Recep Tayyip destacaba por saber enardecer a sus camaradas, tanto que su nuevo apodo —tras el de Hoca o Maestro, de la escuela, y el de Imam Beckenbauer, de los campos de fútbol— fue Mücahit Erdoğan, es decir, el Luchador por la Fe (el mismo término árabe que se utilizaría luego para los muyahidines afganos). La revista islamista *Sebil* definía a Erdoğan en 1980 como «el líder de la juventud islámica», pues su oratoria se había hecho famosa entre los círculos conservadores.

LAS BARBAS DE TU VECINO

El año 1979 trajo dos hitos para el mundo musulmán: la invasión soviética de Afganistán y la Revolución Islámica en Irán. En Estambul, los jóvenes islamistas coreaban eslóganes acordes: «¡Estamos listos para la yihad!», «¡*Sharía* o muerte!», «¡Queremos un Estado islámico sin límites y sin clases!» o «¡La soberanía pertenece a Dios!». Y celebraban a los muyahidines afganos:

Hemos descendido de las montañas afganas,
aparecen frente a nosotros los esbirros de Moscú,
llegará a mi Turquía el estandarte del islam,
a esa patria es a la que podremos llamar «patria».³

Pero si Afganistán puso el heroísmo del guerrillero contra el invasor, la gesta de Jomeini dejó más huella: fue la primera vez que la bandera verde de la fe se alzó no como símbolo de resistencia contra invasores y colonizadores, o en defensa de la tradición, sino como un estandarte para cambiar la sociedad y crear un nuevo mundo. Una revolución. El islam ya nunca iba a ser igual.

La imagen del ayatolá Ruholá Jomeini regresando triunfalmente a Irán en febrero de 1979, tras quince años de exilio, aclamado por estudiantes, trabajadores y sindicalistas, inyectaba ilusión a quienes creían que el islam podía ser algo más que una fe, que podía ser una identidad política. Los seguidores de Necmettin Erbakan veían abiertas las puertas al futuro. Ali Bayramoğlu confirma: «Si buscáramos un modelo para Millî Görüş, sería el de Jomeini y su Revolución Islámica: tomar la calle, las universidades. La modernidad. Acceder a los sindicatos. Era una nueva generación; eso no lo había en el *tasavvuf* —‘sufismo’— ni en las *tarikats* antiguas».

Nadie se fijaba en que Jomeini y sus seguidores eran chiíes: aún se desconocía el abismo que treinta años más tarde separaría las dos ramas del islam, que invocan una antigua lucha de poder por la sucesión del profeta Mahoma. Suníes y chiíes no se distinguen en absoluto en su interpretación teológica, y las normas impuestas a la sociedad por Jomeini corresponden punto por punto a las que promovían los suníes Erbakan y Said Nursi.

Para entonces, la familia Erdoğan ya se había mudado a un nuevo hogar en la parte alta del barrio de Kasımpaşa. Con el finiquito de su jubilación, el capitán Ahmet había adquirido el terreno, a cambio del cual un promotor levantó un edificio de color parduzco, los Apartamentos Arda. El mismo en el que su vecina Ümmühan Engin vería al futuro presidente invocar a Dios entre lágrimas. La familia Erdoğan recibió dos viviendas en un tercer piso sin ascensor. El padre, la madre y la hermana pequeña ocuparon una. Recep Tayyip y su hermano, otra, aunque posteriormente hubo de hacer un hueco para su mujer. El bloque era una radiografía de la clase obrera de Turquía: emigrantes de la región del mar Negro y de Anatolia Central y Oriental. Turcos, kurdos, alevíes, suníes, kemalistas, religiosos, comunistas... Saltaban chispas: las calles de toda Turquía eran campo de batalla de las diversas facciones marxistas y de las milicias fascistas del Partido de Acción

Nacionalista (MHP). Se disputaban la hegemonía a tiros y convertían las barriadas chabolistas en territorios liberados. El joven Tayyip se vio en medio de los bandos.

«Temíamos por él, porque en el barrio también había enfrentamientos entre la izquierda y la derecha. Pero él procuraba no meterse en jaleos», asegura Engin. Recep Tayyip trataba de tranquilizar a su familia: «Nosotros no nos metemos en esos conflictos de anarquistas». Aun así, su madre, Tenzile Erdoğan, esperaba cada noche compungida la llegada del retoño:

Nuestra casa tenía un balcón a cada lado. Salías por uno, y sonaban tiros. Salías por otro, y lo mismo. Por todos lados se oían las armas. Esperaba con el corazón en un puño la llegada de mi Tayyip. Los problemas de esos días no pueden compararse a nada que haya vivido. Había días en los que lo esperaba hasta la mañana, sin pegar ojo. Cada día me imaginaba que me llegaría la noticia de su muerte, pero, aunque le dijese que no acudiera a actos políticos, él no me escuchaba. Continuaba luchando por su causa.⁴

El MSP adoptó una postura contraria a la violencia desde que se decretó la ley marcial en 1978. La mayoría de sus militantes no se involucraban en las peleas políticas, si bien algunas facciones se escindieron del partido para pasarse a grupos yihadistas. Erdoğan no fue uno de ellos:

Somos una generación salvadora. Nuestra causa no es la de pelearnos [...] sino la de expandir la religión de Dios. El primer principio de nuestra causa es la paz y la tolerancia. No esperéis la salvación de aquellos hijos de nuestra patria que se han separado del islam y han caído en la anarquía, ni esperéis que llegue la salvación de las fuerzas oficiales. Sois vosotros la generación que salvará a los que mueren y a los que matan. A través del aprendizaje del islam, de llevar una vida acorde a sus enseñanzas, vosotros mostraréis la verdad.⁵

MATRIMONIO A PRIMERA VISTA

Fue precisamente esa oratoria la que conquistaría a su mujer, Emine Gülbaran, una joven de familia conservadora, de lejano origen árabe y oriunda de la provincia de Siirt, cercana a la frontera siria. Le encantaba coser su propia

ropa y escuchar música, desde los clásicos de Emel Sayın al pop descocado de la rubia Ajda Pekkan. Pero afiliarse a la Asociación de Mujeres Idealistas le cambió la vida.

Esta agrupación, vinculada al partido de Erbakan, era creación de la escritora Şule Yüksel Şenler, toda una referencia en el movimiento islamista turco desde finales de los sesenta. De origen chipriota, la familia Şenler era modesta, pequeñoburguesa y, antes de trasladarse a Estambul, pasó unos años en la localidad de Kayseri (Anatolia Central), donde nació Şule Yüksel. Una vez en la gran ciudad, la joven leía mucho, escribía relatos y empezó a colaborar como columnista en revistas de mujeres y en el periódico *Yeni İstanbul*. Militaba en el AP de Demirel, en el que llegó a presidir la agrupación cultural del periférico barrio de Bakırköy. Tenía novio y se peleaba con su hermano mayor, Özü, cuando este pretendía que se tapara la cabeza o que dejara de venir a casa su profesor de música.

Özü se había afiliado a la cofradía de Said Nursi. Cuando en su lecho de muerte pidió a su hermana que asistiera a las reuniones de los *nurcu*, la chica le hizo caso por «deber moral». En vestido moderno y ampliamente escotado, con las uñas primorosamente pintadas, Yüksel se sentía totalmente desplazada en estas reuniones, pero fue aceptada gracias a sus dotes de lectura de las *Risale-i Nur...* y ella, a su vez, acabó adaptándose. En 1965 decidió cubrirse la cabeza. No con el *çarşaf* negro de tradición otomana, sino con un paño que solo tapaba pelo y cuello. Le legó su nombre: entre sus seguidoras, se llegó a conocer como *Şulebaş* ('cabeza de Şule'). Se trata del velo que hoy es el símbolo universal del islamismo político, llamado *türban* en Turquía y «hiyab» en la mayor parte del mundo.

Emine Gülbaran tuvo un destino muy similar al de Şule: nacida en 1955 en el barrio estambulí de Fatih y criada desde los cuatro años en el de Üsküdar, en la orilla asiática, Emine no soñaba con taparse el pelo, pues no lo hacía absolutamente nadie en la ciudad. Pero su hermano mayor la empezó a presionar, según explicaría más tarde: «Tanto me decía que me debía velar que a veces pensaba en suicidarme. ¡Cómo me iba a velar! No tenía ningún ejemplo a mi alrededor. Si hubiéramos estado en el pueblo... Allí me daba igual, pero aquí era imposible, hasta que me encontré con Şule Yüksel Şenler».⁶

Emine veía por primera vez que «una señora musulmana podía ser a la vez moderna y culta, y taparse el pelo». «De inmediato decidí velarme», recuerda. Tenía entonces dieciséis años. Seis años después, en 1977, Şule Yüksel Şenler llevó a un grupo de militantes de su asociación, entre ellas Emine Gülbaran, a escuchar un mitin del maestro Erbakan. Y su telonero aquel día era Recep Tayyip Erdoğan.

Habló a la audiencia con su habitual tono cercano pero de incipiente líder. Leyó poemas con su dicción estudiada. Emine estaba sentada en primera fila, junto a la famosa columnista. Se le subieron los colores mientras escuchaba. «¿Qué te ocurre, hija mía?», inquirió Şenler. Y Emine contestó: «Anoche vi a ese joven en mis sueños. Me dijo que se casaría conmigo». La profecía se cumplió. Al terminar los discursos, Şenler se dirigió al joven orador y le dijo que aquella chica de la primera fila estaba interesada en él. «A mí también me ha gustado», respondió Erdoğan. Más tarde, en una entrevista, Emine lo resumiría así: «Yo le gusté y él me gustó. Un rayo de amor nos golpeó a ambos».

Un año después, Recep Tayyip y Emine estaban casados, pese a que apenas se habían visto un par de ocasiones antes de la boda. Quedaron una vez, pero no en solitario, sino acompañados por otros miembros de la familia. En todo caso, Erdoğan envió a su padre a pedir la mano de la chica. La familia de ella también lo aprobó, y la pareja contrajo matrimonio en una ceremonia celebrada en un restaurante a orillas del Bósforo, propiedad de la familia del gánster y amigo Sultan Demircan.

El suyo fue un matrimonio bien avenido según los cánones tradicionales: ella se ocupaba del nuevo hogar al que se mudó, en el apartamento contiguo al de los padres de Erdoğan, mientras él se encargaba del sustento y de la política. Años más tarde, Emine subrayaría el aspecto práctico del matrimonio: «Don Tayyip es una persona muy realista. Siempre mira las cosas de forma realista y con sangre fría. No toma decisiones precipitadas. Habla poco, pero todo lo que dice es importante. Es paciente. Y muy organizado. Quiere mucho a los niños y le gustan las grandes familias. Defiende a los que ama».⁷

«Amar», una palabra entendida aquí más en el sentido familiar. En una entrevista posterior —así lo asegura el periodista Ruşen Çakır en una frase replicada por la prensa turca—, Erdoğan reconocía que su matrimonio era de conveniencia: «Estoy casado desde hace dieciséis años, pero jamás me he enamorado». ⁸

LA CREACIÓN DE UN HOMBRE NUEVO

El presidente estadounidense Jimmy Carter debió de respirar aliviado durante el interludio del musical *El violinista en el tejado*, que aquella noche se representaba en el Centro Kennedy de Washington. «Han sido nuestros chicos», recibió como respuesta a la pregunta de qué carajo estaba ocurriendo en Turquía.¹ No había nada que temer. Turquía estaba en buenas manos. En la de «nuestros chicos». Occidente podía respirar tranquilo.

A esas mismas horas amanecía en Ankara. Por las calles patrullaban los tanques del Ejército turco. Algunos, que eran niños entonces, recuerdan aquel viernes 12 de septiembre de 1980 como un día extraño. Estaban felices porque el inicio del curso escolar había sido suspendido, y eran incapaces de entender el gesto preocupado de sus mayores, que corrían por la casa en busca de libros sospechosos que arrojaban a la estufa de carbón. Fueron horas de esperas angustiosas, de telefonazos que rasgaban el silencio preguntando si tal o cual amigo se encontraba a salvo, de ceniceros llenos de colillas y orejas pegadas a los transistores y al televisor:

El Consejo de Seguridad Nacional ha tomado el control del Estado. Cualquier tipo de actividad política a cualquier nivel queda ilegalizada; el Parlamento y el Gobierno han sido anulados; se ha levantado la inmunidad de todos los diputados. Queda instaurada la ley marcial en todo el país y, hasta nueva orden, está prohibido salir a la calle. También se prohíbe abandonar el país. El Consejo de Seguridad Nacional se arroga los poderes legislativo y ejecutivo hasta que le sea otorgada esta responsabilidad a un nuevo Consejo de Ministros, en el más breve tiempo posible.

Pero este tiempo no fue tan breve como en las asonadas de 1960 y 1971: esta vez, el Gobierno militar se prolongaría durante tres años, tras los cuales Turquía ya no sería la misma.

LA DÉCADA DE PLOMO

El golpe de Estado era obra del jefe del Estado Mayor, Kenan Evren. Hombre de gesto sosegado, tono paternalista y valores tradicionales, vio con desdén cómo sus compañeros de la baja oficialidad se saltaban la jerarquía y tomaban el poder en 1960 para derrocar al conservador primer ministro Adnan Menderes y aprobar la Constitución más progresista que ha conocido Turquía. Evren tampoco formaba parte de la asonada de 1971 —cuyo objetivo fue acabar con las facciones políticas dentro de los cuarteles—, y quizás por eso, porque era un general desconocido, fue elevado al Estado Mayor por los políticos turcos.

El objetivo del golpe de Evren era acabar con «la anarquía, la destrucción y el separatismo» en los que, a sus ojos, se sumía Turquía. Cierta anarquía sí reinaba en la década de 1970: hubo más de cinco mil muertos y dieciocho mil heridos en enfrentamientos políticos entre 1975 y 1980. Los grupos armados surgían como hongos, y tanto en la izquierda como en la derecha —con los cuadros más expertos encarcelados o asesinados— se impuso una visión nihilista de la violencia. La única solución parecía ser el completo exterminio del bando enemigo, o la propia muerte como sacrificio supremo.

Era un toma y daca continuo: en octubre de 1977, los pistoleros de los Lobos Grises, las milicias del Partido de Acción Nacionalista (MHP), asesinaron a siete jóvenes comunistas en Ankara. Dos meses después, un grupúsculo izquierdista puso una bomba en un cine de la ciudad de Kahramanmaraş donde se proyectaba una película antisoviética, lo que, a su vez, fue usado de pretexto por los ultraderechistas de la ciudad para desatar un pogromo contra los barrios alevíes, una minoría musulmana heterodoxa simpatizante de la izquierda: la masacre se prolongó varios días y se saldó

con ciento veinte muertos. Pero la violencia no era solo callejera: reconocidos periodistas, sindicalistas y políticos, incluso un ex primer ministro derechista, cayeron bajo las balas.

La desorganizada izquierda extraparlamentaria, dividida en una miríada de grupos —prosoviéticos, maoístas, proalbaneses, independientes—, desoía los llamamientos de los veteranos, que reconocían en el caos una «estrategia de la tensión» dirigida desde las altas esferas para deslegitimar a la izquierda. Los Lobos Grises, en cambio, mantenían buenas conexiones en la Policía, en el Ejército y en el extranjero (en Italia y España, entre otros países), donde se los consideraba un elemento en esa estrategia occidental de contención del comunismo. Estas conexiones, así como la posición de Turquía en la ruta principal del tráfico de heroína, ayudaron a inundar el país de armas. Solo en el primer año del golpe de Estado se confiscaron o entregaron más de doscientas mil pistolas, unos veinticinco mil rifles, cerca de cinco mil ametralladoras, un millón de cartuchos, dos lanzacohetes y un mortero.

La sucesión de Gobiernos en los setenta no ayudó a estabilizar el país: hubo doce en diez años (cuatro de coaliciones lideradas por la derecha, tres de la izquierda, dos de concentración y tres de tecnócratas). La economía se deslizaba hacia el abismo, socavada por la crisis internacional del petróleo y por el embargo que sufría Turquía por la invasión de Chipre y por sus cultivos de adormidera. La inflación alcanzaba porcentajes de tres dígitos. Para adquirir bombonas de gas, aceite o azúcar había que hacer largas colas. Bulgaria llegó a cortar la electricidad que suministraba porque Turquía no pagaba la factura. Y la patronal exigía mano dura contra un sindicalismo cada vez más combativo.

En abril de 1980 expiraba el mandato del presidente Fahri Korutürk. Durante cinco meses, los diputados realizaron ciento catorce rondas de votaciones para elegir a su sucesor. Los partidos no se ponían de acuerdo. El 11 de septiembre, los diputados volvieron a reunirse para una nueva votación, la ronda 115ª. Fue un día raro en Ankara: bajo cada pancarta política, alguien había colocado bombas de escasa potencia. Se produjeron decenas de explosiones, pero nadie fue detenido. Nadie sabía quién las había colocado. Mientras tanto, en el Parlamento ni siquiera había *quorum* para proceder a la votación, por lo que esta tuvo que posponerse. Pero ya no hacía falta.

A las cuatro de la madrugada del 12 de septiembre, las orugas de los tanques resonaban en el asfalto de las principales ciudades del país. La cúpula militar llevaba urdiendo el plan desde el inicio del verano, y Kenan Evren estaba decidido a acabar con el caos de una vez por todas.

BAJO LA BOTA MILITAR

Evren se otorgó los títulos de jefe de Estado y jefe del Consejo de Seguridad Nacional y formó un Gobierno encabezado por el almirante retirado Bülend Ulusu. Las principales empresas públicas y organismos del país fueron confiados a oficiales militares, y la mayoría de los alcaldes fueron sustituidos por funcionarios.

El pláacet de los aliados occidentales no tardó en llegar. El primero, desde Washington. La Comunidad Económica Europea (CEE) también parecía aliviada: los anteriores Gobiernos turcos se habían convertido en un pozo sin fondo que dilapidaba las ayudas económicas de Bruselas. El general turco relataría años más tarde: «En las conversaciones que mantuve después del 12 de septiembre, Estados Unidos, Inglaterra, Francia..., nuestros amigos, nuestros socios, me dijeron que se esperaban el golpe. Un ministro de Exteriores que nos visitó me dijo: “Señor Evren, incluso han tardado demasiado”». ² Tras la invasión soviética de Afganistán y el derrocamiento del régimen proestadounidense del sah en Irán, había que evitar a toda costa que también Turquía cayese en campo enemigo, explicó el entonces director de la CIA, Stansfield M. Turner: «En el contexto de la Guerra Fría, mantener una buena relación con Turquía era mucho más importante para nosotros que los derechos humanos. Lo importante no era que quien estuviese en el Gobierno fuera un mal hombre; lo importante era que fuese nuestro hombre y no un comunista». ³

Aunque más adelante hubo quien denunció las violaciones de derechos humanos, la mayoría conservadora en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa se negó a expulsar a Turquía de este organismo, como sí se había hecho con Grecia durante la Dictadura de los Coroneles (1967-1974):

«Opinan que Turquía es una pieza clave para la “defensa de Occidente” y que, en consecuencia, no debe tomarse ninguna medida que contribuya, según ellos, a alejar a Turquía de Europa y de Occidente».⁴

Evren, consciente de la mala prensa internacional que había causado la imagen del primer ministro Menderes colgado tras el golpe de 1960, desechó la posibilidad de ejecutar a los líderes políticos. Bülent Ecevit y Süleyman Demirel, con sus respectivas esposas, fueron trasladados a la base militar de Hamzaköy, en el noroeste de Turquía, mientras que el ultraderechista Alparslan Türkeş y el líder de los islamistas, Necmettin Erbakan, fueron internados en otra base en el islote de Uzunada, en el golfo de Esmirna. Se los trató con respeto, pero se les notificó que jamás volverían a participar en la vida política.

Con el resto de militantes, sindicalistas e intelectuales no hubo piedad. En los tres años que duraría la dictadura militar, tres millones de personas fueron investigadas y 650.000, detenidas. Se abrieron más de 200.000 juicios, varios de ellos, procesos colectivos en los que la Fiscalía solicitó la pena de muerte para siete mil prisioneros. Los jueces la aceptaron en 517 casos, en muchos de los cuales fue conmutada por cárcel. En total, cincuenta personas (la mayoría, militantes de izquierda) fueron ejecutadas. Más de veintitrés mil asociaciones y partidos quedaron ilegalizados. Decenas de miles de personas fueron expulsadas de sus puestos, cátedras o empleos en la Administración, y catorce mil, despojadas de la ciudadanía. A 388.000 se les retiró el pasaporte. A pesar de ello, treinta mil personas escaparon del país como refugiados políticos.

En las cárceles, la tortura se convirtió en ley. Cerca de trescientos presos perdieron la vida a causa de las palizas, los electrodos y el hacinamiento. Las cárceles de Metris (Estambul), Mamak (Ankara) y, especialmente, Diyarbakır se convirtieron en símbolos del horror. La activista de derechos humanos Ümit Efe, detenida durante el golpe y encarcelada en la prisión de Metris, cuenta que los soldados acosaban continuamente a las prisioneras. A veces las violaban. La tortura no se limitaba a las palizas: tenían que permanecer todos con los pies descalzos sobre la nieve durante horas, se les hacía marchar en

formación militar, oír himnos patrióticos a un volumen insoportable y repetir eslóganes nacionalistas.⁵ Así se reeducaba a los descarriados militantes de la izquierda y la derecha.

«Prometí que el Estado se encargaría de estos anarquistas y terroristas, y así lo ha hecho», dijo Kenan Evren a la prensa un año después del golpe. «¿Veis como era posible, echando una mano de forma patriota, derrotar a estas fuerzas?»

FORMACIÓN MILITAR

Aunque los militares aseguraban que la toma del poder se dirigía tanto contra aquellos que cantaban *La Internacional* comunista como contra aquellos que aspiraban a un sistema basado en la *sharía*, no pocos integrantes del movimiento al que pertenecía Recep Tayyip Erdoğan recibieron el golpe con los brazos abiertos. Unos días antes de la asonada militar, el 30 de agosto, había tenido lugar una reunión en el cuartel de Konya entre el gobernador provincial, el alcalde (el islamista Mehmet Keçeciler) y el general Bedrettin Demirel:

—Mi general, ¿cómo podemos detener esta anarquía? —preguntó Keçeciler.

—No se preocupe, alcalde, pronto la detendremos —respondió el general.

—¿Cómo se detendrá?

—La detendremos... Pronto lo verá.⁶

Keçeciler alertó a Erbakan sobre la preparación de un plan golpista, pero este no hizo público lo que sabía. Pese a las diatribas de sus militantes contra el «Estado ateo», las relaciones del Hoca islamista con ciertos sectores castrenses no eran malas.

Por supuesto, el MSP fue ilegalizado, así como la asociación estudiantil MTTB, y varios cientos de militantes islamistas fueron detenidos, entre ellos, Abdullah Gül, futuro presidente del país. Años después, en una entrevista, contaría:

Llamaron al timbre y abrí la puerta. Había un teniente con una lista en la mano: «Venimos a detenerlo». Se lo dije a Hayrünnisa [su esposa] y se sorprendió mucho. Invité al teniente a pasar y a que tomara un café. Me llevaron en un *jeep* a la prisión de Metris, donde me internaron en solitario en una celda. No sufrí torturas, pero me interrogaron con los ojos vendados. Me habían detenido por ser uno de los líderes de la MTTB. Estuve un mes encerrado. Se preparó un dossier sobre mí, pero no se me acusó de ningún delito. Mi hermano Macit lo pasó peor: a él sí lo torturaron.⁷

El tratamiento que recibieron los islamistas fue suave en comparación: la mayoría de los afiliados a la MTTB y al MSP quedaron libres en un breve periodo de tiempo, incluido el propio Erbakan. Al Hoca se le juzgó junto a otros veintiún dirigentes del partido, acusados de «tratar de convertir el MSP en una organización ilegal y atentarse contra el laicismo», pero nueve meses después se los dejó en libertad sin cargos. «En la cárcel en la que me encontraba, como en casi todas las demás, de cada cien presos, setenta eran de la izquierda; veinticinco, de la ultraderecha, y solo cinco eran islamistas», explica un preso político de la época. Los militares consideraban que, al no haberse involucrado en la lucha armada, los islamistas eran más respetuosos con el Estado. El verdadero peligro eran «los rojos».

El joven Recep Tayyip Erdoğan ni siquiera fue detenido, pese a ser considerado uno de los líderes de las radicales juventudes del MSP en Estambul. «A causa del golpe de 1980, al igual que los demás políticos, yo también me vi obligado a hacer un breve paréntesis en mis actividades políticas», explicó a la prensa. Eso fue todo.

Su único encontronazo con la Junta Militar se debió a la barba que se había dejado por influencia de la Revolución Islámica de Irán. Un coronel se hizo cargo de la compañía municipal de tranvías İETT, en la que trabajaba Erdoğan y en cuyo equipo jugaba al fútbol, y una de sus primeras órdenes fue que todos los empleados se afeitasen: no quería barbudos a su alrededor. Un día, el coronel se presentó ante Erdoğan, del que sabía, tras consultar su ficha, que había militado en el movimiento islamista. Le dio un ultimátum: «O te afeitas la barba o no vuelvas mañana a trabajar». Erdoğan dimitió de su empleo y de su equipo, aunque citó como razón que había recibido una oferta en el sector privado.

Esa oferta era un puesto de contable en una empresa de salchichas y embutidos, Coşkun Et, cuyo propietario era tan pío como Erdoğan. Ambos acudían juntos cada viernes al rezo de la mezquita central de Kasımpaşa. Al contrario que los simpatizantes izquierdistas, que se las veían y se las deseaban para hallar un puesto de trabajo bajo la ley marcial, los islamistas no pasaron por tantas dificultades: el apoyo de las cofradías y órdenes religiosas a las que pertenecían les daba acceso a una extensa red de contactos.

Lo que más le preocupaba a Erdoğan a inicios de 1982 no era la represión, sino el sorteo para el servicio militar. No podía posponer por más tiempo la llamada a filas, pero su segundo hijo, Bilal, acababa de nacer. Rezó durante días para que no lo enviaran a un cuartel lejano. «Por lo menos, a alguno cerca de Estambul», pensaba. Sus ruegos fueron escuchados.

Tras cuatro meses de instrucción en la Escuela de Infantería de Tuzla, a las afueras de Estambul, lo destinaron al acuartelamiento de Hasdal, a media hora en coche de su hogar, y, como tenía experiencia en contabilidad, lo pusieron a cargo de los suministros de las cantinas. La disciplina militar haría efecto en el gusto por la jerarquía de Erdoğan, que declararía más tarde: «No puedo pensar en una sociedad sin militares. Es más, cuando me cruzo con un general, le digo que deberíamos declarar zona militar todos los bosques para que los gestionen ellos».

LA SÍNTESIS TURCO-ISLÁMICA

Mientras tanto, la Junta Militar designó a dedo una asamblea constituyente con la misión de redactar una nueva carta magna que sustituyese a la de 1961, vista por los generales golpistas como un «lujo» que Turquía no podía permitirse. Su garantía de derechos y libertades había hecho florecer la actividad política, y eso había conducido a la anarquía en las calles.

La arruinada Hacienda pública, en cambio, era culpa de la planificación estatal, decidió la Junta, por lo que esta encomendó la gestión económica a Turgut Özal, un hombre pequeño y regordete de origen kurdo y grandes ambiciones, vinculado a la cofradía Nakşibendi. Özal había ejercido importantes cargos en la Administración pública bajo los Gobiernos de

Menderes y Demirel y, en 1977, llegó a ser candidato en el MSP de Erbakan. Pero su fama venía avalada por una recomendación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), a raíz de su breve carrera en el Banco Mundial como asesor en temas industriales y de su paso por los consejos directivos de importantes empresas de Turquía.

Özal había sido el ideólogo de las llamadas «decisiones del 24 de enero», tomadas a inicios de 1980 por el último Gobierno de Demirel: unas medidas sin precedentes que supusieron el fin de muchas subvenciones estatales, la privatización de gran número de empresas públicas y la apertura del país al capital extranjero. Durante la Junta Militar, sin oposición en la calle, Özal pudo aplicar la terapia de choque que desde hacía años exigía el Fondo Monetario Internacional. Tuvo éxito. La inflación, que superaba el 100 %, se redujo al 40 %. Aunque la deuda externa no llegó a bajar, la inversión privada y las exportaciones se incrementaron y la producción aumentó, pues los empresarios disponían de unos trabajadores amedrentados por la represión y de un movimiento sindical completamente quebrado.⁸ La Junta sentó así las bases del neoliberalismo en Turquía.

La misma doctrina preveía retornar a un régimen parlamentario aceptable para los cánones occidentales, si bien tutelado por el ojo vigilante de los militares. Había que acabar con la polarización política y, por ello, el general decretó la disolución de todos los partidos y organizaciones existentes antes del golpe, así como la confiscación de sus bienes, porque resultaba imposible construir un nuevo sistema «con los residuos del antiguo». En 1982 se redactó la nueva Constitución, un texto mucho más restrictivo que el de 1961. Ampliaba los poderes de las Fuerzas Armadas y su influencia en la política a través de nuevas prerrogativas para el Consejo de Seguridad Nacional; introducía una barrera electoral del 10 % de los votos a nivel nacional —la más alta del mundo— con el objetivo de reducir el número de formaciones en el Parlamento, e incluía una cláusula para impedir acciones legales contra los golpistas.

El 7 de septiembre de 1982, la Constitución fue aprobada en referéndum con el 91 % de los votos a favor. Claro que fue una consulta a punta de pistola: militares armados vigilaban las urnas, en las que había que introducir una papeleta blanca a favor del «sí» o una azul por el «no». No hubo debates:

quedaba prohibida toda discusión sobre la nueva carta magna. Evren, en su uniforme militar, se dedicó a viajar por el país ofreciendo discursos a favor de la Constitución y dando a entender que, de no aprobarse, los generales no abandonarían el poder.

Aunque la Junta reforzó el culto a Mustafa Kemal Atatürk, endureció los castigos a quienes lo criticasen y proclamó a las Fuerzas Armadas garantes del laicismo oficial, también reforzó el rol de la religión. «El laicismo no significa ateísmo o ausencia de religión», decía Evren en sus discursos, sembrados de citas del Corán: «Quien es leal a la religión no puede rebelarse contra el Estado y la nación». También le obsesionaba la moralidad. La Junta Militar prohibió 937 películas por inadecuadas, vetó las cintas eróticas y las fotos de mujeres desnudas, y detuvo a travestis y transexuales. Los medios de comunicación sufrieron una censura brutal y los militares ordenaron retirar toneladas de libros «inmorales» de librerías y bibliotecas. Para evitar que las universidades se convirtiesen de nuevo en «nidos de terroristas», se eliminó la autonomía de los centros, que pasaron a estar bajo el control del Consejo de Educación Superior (YÖK), encargado de aprobar los cargos universitarios y de preparar un currículo centralizado, un sistema que aún hoy sigue vigente. La política no debía entrar ni en el Ejército ni en las mezquitas ni en las escuelas. Evren admitió más tarde que su objetivo era crear un ciudadano obediente, una sociedad limpia de las manchas de la politización de los años setenta. En definitiva: crear un hombre nuevo.

La herramienta para lograrlo fue imponer una nueva ideología nacional que los estudiosos denominaron «síntesis turco-islámica» y que caló en toda la sociedad turca. Se basaba en un proyecto de los años setenta elaborado por ultranacionalistas turcos e islamistas que amalgamaba «autoritarismo kemalista, otomanismo, supremacismo islámico y nacionalismo turco» y atribuía al islam un rol central en la historia de los pueblos turcos, al contrario de lo que había hecho el kemalismo.⁹ De acuerdo con esta teoría, la imitación de «Occidente» en los últimos siglos trastocó los antiguos equilibrios entre la familia, la religión y el Ejército, y llevó a la disolución del Imperio otomano y a la inestabilidad política de los setenta.

Esta síntesis turco-islámica rechazaba de plano el positivismo que había guiado a Atatürk y consideraba que «el marxismo, el darwinismo, el freudianismo, la sociología de Durkheim y el humanismo» habían contribuido a la «decadencia» de las sociedades occidentales y de Turquía. Así lo afirmaba el Departamento de Planificación Estatal, encargado de la «reforma de la cultura», en un informe en el que propuso rechazar todas estas ideas propias de la modernidad para reforzar los valores morales de la nación turca: «La ciencia sin religión produce desastres».

En consonancia con esta ideología, se reescribieron los libros de texto, se prohibieron listas enteras de palabras y nombres de pila contrarios a los «principios nacionales», y se cambiaron miles de denominaciones de calles, plazas, parques y pueblos. Se prohibió hablar kurdo en público y se negó la existencia de una etnia kurda: ahora eran «turcos de las montañas». Más tarde se impartirían penas de cárcel contra alcaldes que osaran emplear el kurdo, bajo la acusación oficial de «hablar una lengua inexistente».

Los oficiales laicistas de la Junta, que reclamaban aprovechar el golpe para reducir el poder de las cofradías islámicas, fueron apartados por los generales más conservadores. Se invitó a intelectuales nacionalistas e islamistas a participar en el rediseño de los currículos escolares y se aprobó una asignatura de Religión Musulmana obligatoria en la educación básica, ciclo en el que antes era optativa; se duplicó el presupuesto de la Diyanet y se la dotó de un departamento, el *İrşat Dairesi*, dedicado a impulsar el conservadurismo en el sureste del país para contrarrestar la propaganda de las organizaciones marxistas kurdas. Las cofradías religiosas daban palmas, fueran los *nurcu* cercanos a Fethullah Gülen o los *nakşibendi* de la logia de İskenderpaşa, a la que pertenecían tanto Erdoğan y Erbakan como Turgut Özal.

Para muchos críticos, ese refuerzo del islam como baluarte contra la expansión comunista era parte de una estrategia mundial impulsada desde Washington, atribuida a menudo a Zbigniew Brzezinski, asesor del presidente estadounidense Jimmy Carter, bajo el nombre de Cinturón Verde (*Green Belt*). Graham Fuller, exoficial de la CIA en Turquía, reconocería más tarde en una entrevista con la prensa turca: «Se trataba de contener la expansión soviética

hacia el sur durante la Guerra Fría. Supongo que la idea fue nuestra. Pero en esos tiempos, todos los Estados musulmanes entendieron que el islam era un fuerte muro contra el comunismo. Estados Unidos apoyó a Turquía en esto».¹⁰

La Junta Militar turca estableció estrechas relaciones económicas con Arabia Saudí, país que se había enriquecido gracias al alza del precio del petróleo en la década anterior y ansiaba extender su influencia en oposición al Irán revolucionario y chií. Evren abrió las puertas al dinero saudí, lo que llevó aparejada una influencia cada vez mayor de ideas religiosas extremadamente conservadoras. Incluso permitió que organizaciones saudíes wahabíes pagasen el sueldo a los imames turcos enviados a Alemania Occidental y Bélgica para atender a los emigrantes.¹¹ El estudioso turco Ruşen Çakır relativiza la importancia de este respaldo:

La exportación del wahabismo por parte de Arabia Saudí gracias a sus petrodólares y el hecho de que saudíes y estadounidenses fuesen aliados en la lucha contra la Unión Soviética en Afganistán fueron factores muy importantes, sin duda, pero no me gusta explicar todos estos movimientos islamistas como un efecto mecánico de estrategias como el *Green Belt*. Estos movimientos ya existían previamente, y no debemos olvidar que eran movimientos sociales de base, ni podemos subestimar la influencia del islam como religión en la sociedad o el papel de las *tarikats*.

Pero la Junta sí abonó el terreno al islam político, asevera el profesor Kerem Öktem: «La síntesis turco-islámica formaría a la siguiente generación de estudiantes del sistema de enseñanza público y prepararía el terreno para el cambio hacia un mayor papel del islam en la esfera pública».¹² Mustafa Kemal Atatürk se habría revuelto en su tumba de haber sabido lo que hacían los militares en su nombre.

EL INICIO DE LA ERA ÖŞZAL

En 1983, la Junta decidió devolver el poder a los civiles y convocó elecciones. Eso sí, sería un sistema tutelado, como dejó claro Evren antes de cambiar su uniforme militar por el esmoquin de jefe de Estado, cargo que se reservó: «Se debe saber que la misión fundamental de las Fuerzas Armadas es

vigilar y proteger la República de Turquía. No se nos puede ver como unos simples policías municipales que acudirán solo después de una tragedia». Todo quedaba atado y bien atado. O eso pensaba él.

Los generales ordenaron a personas cercanas al régimen la creación de dos partidos políticos. Para representar al centroizquierda se fundó el Partido Populista y, para la derecha, el Partido de la Democracia Nacionalista. La idea de Evren era que este segundo obtuviese la mayoría y que los seudosocialdemócratas quedasen en la oposición. El resto de las formaciones que intentaron presentarse a las elecciones fue vetado por el Consejo de Seguridad Nacional, excepto una: el Partido de la Madre Patria (Anavatan Partisi, ANAP), que Turgut Özal había creado prácticamente de la nada. Dado que este burócrata había pertenecido al Gobierno de la Junta, se le podía permitir la participación, lo que daría un aire de mayor legitimidad a los comicios. ¿Qué daño podía hacer?

Pero la Junta se equivocaba. En las elecciones del 6 de noviembre de 1983, el ANAP obtuvo el apoyo del 45 % del electorado y la mayoría absoluta de los escaños. Durante días, Evren se negó a recibir al vencedor, pero finalmente hubo de hacerlo: Özal había jugado según las estrictas reglas dictadas por los militares.

Pese a que su pensamiento puede inscribirse dentro de la derecha neoliberal, Özal alejó su nueva formación de la marcada impronta ideológica de los años setenta para dotarla de un carácter más tecnócrata y unos contornos ideológicos difusos. En 1985, en una entrevista con el diario español *El País*, Özal aseguraba: «Nosotros somos, como las nuevas generaciones de ordenadores electrónicos, una parte de la moderna Turquía. El pueblo, que no es de derechas ni de izquierdas, confía en nosotros porque quiere una buena gestión del país. Somos pragmáticos. Tenemos muy buenas ideas y decimos: “Todo por el pueblo, por el beneficio del pueblo”». ¹³ Özal se llevó a su partido a militantes del AP de Demirel, pero también a cuadros medios y bajos del MSP de Erbakan. Recibió el apoyo de empresarios, profesionales liberales, pequeños comerciantes, obreros y cofradías islámicas como la Nakşibendi y la Kadiri o los seguidores de Fethullah Gülen, para frustración del Hoca Erbakan.

Miembros de estas cofradías, especialmente de la Nakşibendi, recibieron importantes puestos en la Administración y en el propio gabinete ministerial. «Özal hizo más por la religión del Profeta que el partido religioso de Erbakan», sostiene el historiador Thierry Zarcone.¹⁴ Durante sus seis años al frente del Gobierno, se inauguraron numerosos cursos sobre el Corán y escuelas de formación de clérigos (*imam hatip*), públicas pero influidas por las cofradías religiosas, que aportaban directores y profesores. El número de mezquitas aumentó a un ritmo de dos mil por año hasta llegar a más de sesenta y tres mil en 1990; el de cursos de Corán oficiales se dobló hasta alcanzar los cinco mil, y, en toda la década, un millón de alumnos pasaron por ellos; la cifra de estudiantes de las *imam hatip* se incrementó en un tercio, con lo que llegó a superar los trescientos mil. Dado que la demanda anual de nuevos imames es de poco más de dos mil, estas escuelas, en principio ideadas por el régimen kemalista para formar a clérigos ilustrados, se terminaron por convertir en escuelas confesionales, similares a las que regentan las órdenes religiosas en los países católicos, si bien con un contenido religioso aún más ostensible.

La mediación de la orden Nakşibendi también sirvió para estrechar los lazos entre el Gobierno de Özal y los países del Golfo. El Ejecutivo fue muy generoso en la concesión de privilegios al dinero árabe que acudió a Turquía a fundar bancos islámicos como Albaraka, Kuveyt Türk y Faisal Finans (hoy, Türkiye Finans). Estos flujos de capital ayudarían a emerger, durante las siguientes décadas, a una burguesía islámica en Turquía, especialmente en Anatolia Central. Era una nueva clase de empresarios socialmente conservadores y sin la tutela del tradicional estatismo de la economía turca. Siguiendo la tendencia iniciada por Ronald Reagan en Estados Unidos y la de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, el orondo y bigotudo primer ministro turco instauró una era de «capitalismo popular», fomentando la iniciativa privada y la inversión financiera en Bolsa —que acabaría con los ahorros de miles de familias volatilizados— con la consigna de que cualquiera podía enriquecerse si sabía apostar bien sus fichas.

Bajo el mandato de Özal (hasta 1989, cuando accedió a la Presidencia de la República), la economía turca creció y el país se modernizó como nunca, consolidando una cierta clase media. También aumentaron las desigualdades

sociales, ya que no existía un Estado de bienestar equiparable al de otros países occidentales. Las clases más pobres quedaban, así, a merced de la caridad de las organizaciones religiosas. Özal había correspondido al apoyo político que le brindaban las *tarikats* liberalizando la legislación referida a las cofradías religiosas, y estas vivieron una época de esplendor: establecieron colegios, internados, hospitales; crearon empresas y medios de comunicación, y se convirtieron en inmensas máquinas de solidaridad y proselitismo.

Turgut Özal no veía contradicción en combinar tecnología occidental con islamismo: «Nuestra visión del conservadurismo se refiere a la lealtad a nuestros valores nacionales, espirituales y morales en la cultura, la historia, las prácticas y las tradiciones. No estamos cerrados a nuevas cosas. Al contrario, nuestro objetivo principal es una Turquía civilizada, desarrollada y grande». Un credo que, más tarde, suscribiría también Recep Tayyip Erdoğan.

Sin embargo, una región quedaba fuera de esta nueva ola desarrollista de Turquía: el inmenso sureste, habitado en su gran mayoría por campesinos kurdos, montañoso, mal comunicado, seco en verano y cubierto por metros de nieve en invierno, sin industria y sin agricultura de exportación. Aunque Özal impulsó planes hídricos para la región y se construyó la gigantesca presa de Atatürk en el río Éufrates, los efectos no llegaron a sentirse. En 1984, a Özal le estalló en las manos un conflicto que devoraría durante décadas una región de más de cien mil kilómetros cuadrados, mayor que Portugal, provocando más de cuarenta mil muertos: la guerrilla kurda.

Como decenas de grupúsculos armados, el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (Partiya Karkerên Kurdistan, PKK) era hijo de los salvajes setenta, nacido en los debates que agitaban las universidades. Uno de estos líderes estudiantiles, que interpretaban para su auditorio a Marx y Lenin, organizaban protestas y boicots y, a veces, pasaban por la cárcel por agitador, era un joven nacido en la aldea kurda de Ömerli (provincia de Şanlıurfa), en la orilla izquierda del Éufrates, y matriculado en Ciencias Políticas en Ankara. Sus seguidores le dieron el mote de Apo («tío», en kurdo), pero se llamaba Abdullah Öcalan.

A finales de los setenta, Öcalan dejó la turbulenta Ankara y se retiró a su Kurdistán natal. En 1978 —a sus treinta años— encabezó en el municipio de Lice la primera reunión del PKK. Un año más tarde se fugó a la vecina Siria, y

allí organizó campos de entrenamiento de comandos armados. Tardó hasta 1984 en lanzar el primer ataque a gran escala contra comisarías y puestos de las Fuerzas Armadas en el sureste de Turquía. Había nacido una guerrilla que marcaría Turquía a fuego y desestabilizaría la política turca durante las siguientes décadas. Una guerrilla que, además, terminaría siendo un factor decisivo en la escalada de Recep Tayyip Erdoğan hacia el poder.

TAYYIP, ALCALDE

«¡Paquete para la calle Mostar!» Es el ramadán de 2010 y media docena de mujeres cubiertas con coloridos velos atienden los teléfonos de la línea Alo İftar y gritan los pedidos a otros empleados que se afanan en preparar las cajas del *iftar*, la comida con la que los vecinos romperán el ayuno del mes sagrado musulmán. Se trata de un proyecto de la alcaldía de Esenler —distrito estambulí de clase obrera gobernado por el AKP— por el cual, una vez durante todo el ramadán, las familias del barrio pueden solicitar el *iftar* por teléfono al Ayuntamiento y se les entrega en casa de forma gratuita, como si fuera un Telepizza sin ánimo de lucro.

Existe también un programa para los pobres, ya que el ramadán hace aflorar la compasión como ninguna otra época del año. Y el AKP aprovecha la oportunidad para ganar puntos. Todas las tardes, los trabajadores del Ayuntamiento de Esenler reparten comida gratuitamente a otras tres mil personas sin recursos. «¡Que nadie se quede sin *iftar*!», es la consigna. «Antes poníamos carpas e invitábamos a los más necesitados, pero la gente agradece más que le llevemos la comida a casa», asegura Ömer, uno de los funcionarios municipales. Los servicios sociales del Ayuntamiento designan a las familias beneficiarias tras hacer ciertas averiguaciones: «Comprobamos si tienen trabajo y preguntamos a los vecinos y a los comerciantes por la situación económica de la persona que ha solicitado recibir el *iftar* para pobres». Otra funcionaria, Meryem, que a veces acompaña a los repartidores y conoce el timbre de cada uno de los vecinos del barrio, sus nombres, su ocupación, si

están enfermos o sanos, comenta: «En esta familia, el marido tiene tuberculosis y el hijo, un grave problema dermatológico. Se pasan el día en el hospital. La única que trabaja, en un taller textil, es la mujer».

Dos personas esperan ante el escritorio de Özcan Hamza, director de los servicios sociales de Esenler. Un muchacho con pinta de haber dormido en la calle pide una ayuda económica, y el funcionario le explica cómo debe solicitarla a través de canales burocráticos. Antes de despedirlo, le entrega un vale para acudir a una comida colectiva organizada por el Ayuntamiento. La otra, una anciana, exige una caja de comida gratuita, pero Hamza le recrimina que no cumple los requisitos para recibirla. Ella insiste e insiste y, finalmente, el director ordena que la vieja se lleve un paquete. A fin de cuentas, cada voto es importante, y en cada paquete que se reparte aparece el nombre del alcalde deseando «Buen provecho», algo probablemente más efectivo que la propaganda electoral.

Esta es la maquinaria política del AKP trabajando a pleno rendimiento, y también el secreto de cómo el partido de Erdoğan ha logrado asentarse en Turquía. Una maquinaria que se puso en marcha en los años noventa, cuando los islamistas conquistaron importantes alcaldías, entre ellas, la de Estambul. Fueron la punta de lanza para su conquista del poder nacional. Una conquista labrada a base de gastar zapato, de conocer al dedillo las necesidades de cada vecino, de saber si en casa de los Yilmaz ganan lo suficiente para alimentar a todos los hijos o qué favores necesita la señora Ayşe. Un gobierno municipal eficaz combinado con grandes dosis de beneficencia fue la clave para constituir un sector de votantes fieles durante décadas.

LA RECONSTITUCIÓN DEL MOVIMIENTO ISLAMISTA

Al movimiento islamista, la victoria de Turgut Özal en las elecciones de 1983 le pilló tan a contrapié como a los militares. Pero el maestro Erbakan no estaba dispuesto a rendirse, pese a que, como los demás líderes de partidos anteriores al golpe de 1980, tenía prohibido volver a entrar en política. En su casa en Ankara se sucedían las reuniones. En uno de aquellos cónclaves, al

que acudió el joven Erdoğan, el líder islamista dio la orden de establecer un nuevo partido político en sustitución del clausurado Partido de Salvación Nacional (MSP). Su nombre sería Refah Partisi o Partido del Bienestar.

La falta de cuadros experimentados en el Refah —el ANAP se había llevado a muchos integrantes del islamismo— abrió la puerta a que Erdoğan ascendiese de golpe varios escalones. Incluso lo había intentado fichar el partido de Özal, pero él había declinado la oferta: «Yo ya tengo un líder». Erbakan supo premiar la lealtad de su joven discípulo. En 1984 lo nombró presidente de la nueva formación islamista en el distrito estambulí de Beyoğlu y, un año más tarde, Erdoğan era elegido presidente para toda la provincia de Estambul. El Refah le ofreció un salario a cambio de que se dedicase a tiempo completo al partido. Aceptó de inmediato. El propio Recep Tayyip lo recuerda así:

Tenía treinta años. Trabajaba día y noche para tener éxito. Había un equipo muy unido y que creía en que podíamos conseguirlo. Lograr un éxito en política era para mí muy importante, porque creía sinceramente que la política podía salvar vidas. Tener éxito era nuestra obligación, porque de esa manera lograríamos garantizar el bienestar y la felicidad a miles, decenas de miles, centenares de miles, millones de personas.¹

«Sus hermanos creían que no llegaría a ninguna parte, porque es una buena persona. Erdoğan es una persona de esas que te miran a los ojos y te miran desde el corazón. Rezaba todos los días y tenía principios. Por eso, su familia decía: “¿Cómo va a triunfar alguien así en la política?” —rememora Ümmühan Engin, su antigua vecina—. Pero nosotros sí que creíamos en él. Era muy trabajador. Tenía algo.»

Los militantes del Refah tenían ante sí un amplio caladero donde pescar, ya que los tres años de Junta Militar habían terminado con el panorama asociativo existente. Todas las organizaciones de izquierda y de ultraderecha habían sido ilegalizadas, lo que permitió a los islamistas tomar su lugar, convirtiéndose en los representantes de un verdadero movimiento social. Aquel fue un proceso paralelo al de muchos países musulmanes, donde la izquierda fue reprimida y sustituida por movimientos islamistas, impulsados por el aura heroica de la Revolución Islámica de Irán y la yihad afgana. Una fotografía lo ejemplifica: en 1985, el líder muyahidín y fundamentalista

islámico Gulbudin Hekmatiar visitó Estambul y fue recibido con todos los honores en las oficinas del diario *Millî Gazete*, el periódico oficial del Refah. Erdoğan posó ante las cámaras con el combatiente afgano, besó su mano en signo de respeto y se sentó a sus pies. La imagen se convirtió en polémica después de que Hekmatiar estrechase sus lazos con Al Qaeda durante la nueva guerra afgana, iniciada con el ataque estadounidense de 2001. Pero en aquellos años ochenta, Hekmatiar formaba parte de lo que la prensa norteamericana denominaba «guerreros de la libertad contra el comunismo» y acudía a Turquía oficialmente, con el respaldo del Gobierno y sus aliados internacionales.

En esa misma época comenzó a ejercer de reportero un periodista veinteañero también procedente de la región del mar Negro, Ruşen Çakır, al que la revista *Nokta* había encargado cubrir la información en torno al Refah. «Erdoğan y la nueva generación que lo acompañaba eran personas muy activas. Crearon un nuevo enfoque al que yo llamé “corriente renovadora”, una denominación que en su momento les enfureció, pero que finalmente terminaron aceptando.» El planteamiento del viejo maestro Erbakan se dirigía hacia los más píos, a los asiduos de las mezquitas. Para obtener más votos, antes tenía que islamizar a la gente. En cambio, los renovadores apostaban por dirigirse a todo el mundo, incluidos los no practicantes: una vez en el poder ya se encargarían de islamizarlos. Al partido tampoco le quedaba otra opción, puesto que las principales cofradías —claves para articular un electorado fiel— observaban con desconfianza cómo Erbakan pretendía situarse por encima de ellas. Hubo roces incluso con la logia de İskenderpaşa, que frecuentaban tanto los líderes del ANAP como los del Refah. «Cuando murió el jeque Kotku, lo sucedió su yerno, Mahmud Esad Coşan, y ahí empezaron los problemas. Coşan era más joven que Erbakan, pero quería que se sometiese a sus designios, y Erbakan se negaba. Además, Coşan intentó desafiar el liderazgo de Erbakan al frente del partido. Así que la ruptura con la principal *tarikat* se debió a razones de odio personal», asegura Çakır.

Por necesidad, el Refah se plegó a la metodología de los renovadores. El islamismo turco iba a entrar de lleno en la era de la información. «Hay quien opina que los renovadores eran menos islamistas que los tradicionalistas del partido, y no es cierto —sostiene el periodista turco—. Los renovadores

estaban influidos por los nuevos vientos del islam político: la Revolución iraní, los Hermanos Musulmanes en Egipto... Eran más islamistas que Erbakan, pero, al mismo tiempo, más modernos.»

LA GLOBALIZACIÓN DEL ISLAM

El 9 de noviembre de 1989, Turgut Özal juró su cargo como presidente de la república, sustituyendo al general Kenan Evren. Ese mismo día, a dos mil kilómetros de distancia, caía el muro de Berlín: se abría una nueva etapa en Europa. Apenas dos años más tarde, con la desintegración de la Unión Soviética, el cambio de era se habría extendido al resto del planeta. El comunismo había sido derrotado y el capitalismo neoliberal se alzaba como ideología hegemónica, vencedora de la Guerra Fría. O, al menos, eso se pensaba en Washington, Londres y Bruselas. Pero aunque la nueva etapa de globalización abriese un profundo debate en el seno del islam político, sus militantes también se sentían vencedores: ellos habían dado la puntilla al poder comunista en Afganistán.

Algo más cambió ese año de 1989: el Estado turco perdió el monopolio del audiovisual. Comenzó a emitir el primer canal de televisión privado, Magic Box (después denominado Star), fundado por el empresario Cem Uzan y el hijo del presidente turco, Tefik Ahmet Özal. A través de ese y otros canales en los años siguientes, la cultura estadounidense entraría de lleno en los hogares turcos. Series como *ALF*, *Sensación de vivir*, *El príncipe de Bel-Air* o *El equipo A* formarían a toda una generación. Y los islamistas no serían inmunes a ello. Pese a sus diatribas contra la perversión moral de Occidente, adoptaron su mercadotecnia: el muy americano gesto del pulgar hacia arriba se convirtió en el distintivo del Refah, como muestra de confianza en que, con ellos, todo iría bien, todo iría *OK*.

Sin los bandos claros de la Guerra Fría, también el debate teórico se fragmentó: de conceptos amplios como «clase» o «nación», se pasó a identidades de grupos más pequeños, fuesen étnicos —el nacionalismo kurdo— o religiosos —el islamismo militante, el redescubrimiento de la identidad aleví—. Las ideologías con ambición universal fueron reemplazadas por

cuestiones concretas: el medioambiente, los derechos de los presos, el apoyo a las mujeres maltratadas, la defensa del consumidor... La liberalización del espectro radiotelevisivo llevó a una multiplicación de los medios de comunicación vinculados a las cofradías islámicas y al movimiento islamista. Se publicaba y se debatía con fruición sobre el papel del hombre y la religión en la sociedad, y poco a poco comenzaron a despuntar intelectuales islamistas turcos que se encontraban a gusto con la nueva línea global de pensamiento crítico con la modernidad.

También el Parlamento vivía un periodo de fragmentación. La prohibición de ejercer política que pesaba sobre los antiguos líderes se revocó tras un referéndum en 1987, a partir de lo cual políticos de larga trayectoria, como Süleyman Demirel y Bülent Ecevit, regresaron al ruedo, aunque se negaron a integrarse en los nuevos partidos y refundaron los suyos, causando una inflación de siglas políticas. Había dos partidos de centroderecha y tres socialdemócratas, además del ultraderechista MHP y el islamista Refah, todos ellos con posibilidad de entrar en el Parlamento. Obviamente, las elecciones nunca dieron mayorías estables, y eso provocó que, entre los años 1989 y 1999, doce Gobiernos diferentes dirigieran Turquía.

LA ESTRATEGIA RENOVADORA

Era la recta final de los comicios legislativos de 1987. Erdoğan y sus colaboradores se paseaban por el conservador barrio estambulí de Eyüp, a orillas del Cuerno de Oro, instando a los pequeños comerciantes a votar su lista. En un momento en el que les tocaba un descanso, se dirigieron a un café frecuentado por adeptos a la hermandad Menzil, una rama de la orden Nakşibendi. Pero estos, para su sorpresa, les cerraron el paso: «No vamos a votar al Refah —les dijeron—, así que no os podemos dejar pasar». La tensión aumentó, y a punto estaban de lanzarse a las manos cuando un hombre se acercó: «Soy el propietario de la taberna de enfrente. Si a ustedes no les importa, vengan conmigo y les invito a un té». Acudir a un lugar donde se sirve alcohol era para los islamistas poco menos que equipararse a los infieles. Sin embargo, para estupor de sus correligionarios, Erdoğan aceptó. Y estableció

una animada charla con su anfitrión, al término de la cual este le dijo: «También nosotros somos creyentes. También nosotros queremos que este país se desarrolle. No nos ignoréis». ² Si anteriormente a Erdoğan no le hacía mucha gracia dejarse ver por los cafés y los bares, a partir de entonces cambió de idea, lo que le supuso algunos encontronazos con la vieja guardia.

Cada noche, al llegar a casa, Erdoğan escrutaba atentamente los resultados de las encuestas que encargaba periódicamente y los comparaba con sus notas para preparar sus actuaciones del siguiente día. Para ampliar el alcance del partido, instituyó, además, las Secciones Femeninas. No fue un proceso fácil, pues no pocos dirigentes islamistas veían con desconfianza el que las mujeres abandonasen el hogar para entrar en política. Pero Erdoğan lo tenía claro: «Los castillos se conquistan desde dentro. Quien gobierna la cocina, gobierna Turquía. Así que convenced a la mujer de la casa y el resto de la familia votará por el Refah». ³

El cambio se hizo evidente también en las formas. El Refah empezó a hacer bandera del respeto a los derechos humanos, la libertad de prensa y la libertad de conciencia. Ya no argumentaba su defensa de las mujeres con velo islámico mediante versículos del Corán, sino justificándolo en la libertad de elección individual. «Queremos que el mismo respeto que se profesa ante quienes llevan pantalones ajustados se les profese a las mujeres que se cubren la cabeza; que paseen juntas quienes se velan y quienes no, que se termine la división de la sociedad en dos mitades opuestas», dijo Erdoğan en una entrevista. ⁴ El laicismo, decían los dirigentes del Refah, debía parecerse más al europeo que al turco, es decir: el Estado debía garantizar que todas las religiones pudieran florecer, en lugar de mantenerlas a raya. Llegaron incluso a proponer un sistema plurilegal en el que cada comunidad (musulmanes suníes, alevíes, cristianos y judíos, pero también kemalistas y marxistas) se autogestionase. Eso era un remedo posmoderno del sistema de comunidades separadas del Imperio otomano, por lo que el Tribunal Constitucional no tardó en tumbarlo y obligar al Refah a suprimirlo de su programa electoral.

El programa político, llamado «Orden justo» (*Adil Düzen*), era una amalgama de religión y justicia social diseñada para alcanzar a clases trabajadoras y colectivos pobres de las grandes ciudades. En su visión, un Estado libre de corrupción velaría por el bienestar de los desfavorecidos y

pondría fin a la explotación de los obreros. Aunque no renunciaba a la economía del libre mercado, pretendía sustituir los sistemas financieros basados en los intereses (prohibidos por el Corán) por esquemas en los que el prestamista y el acreedor compartiesen los riesgos. A ello, el Refah añadía la necesidad de un desarrollo moral para combatir los nuevos males que atenazaban a la sociedad y que los islamistas achacaban a la pérfida influencia occidental: el deterioro de la ley y el orden (actividades mafiosas, terrorismo, abusos policiales y militares) o el decaimiento de los valores morales (incremento de la corrupción, la prostitución y la drogadicción). Para ello era necesario —y en esto no cambiaban su discurso respecto a anteriores formaciones islamistas— recuperar los «valores tradicionales».

El Refah y el propio Erdoğan se presentaban con dos caras diferentes. «No se puede ser musulmán y laico al mismo tiempo: o eres musulmán o eres laico», o «Gracias a Dios, yo estoy por la *sharía*, porque la *sharía* son los mandamientos de Dios», decía un Erdoğan enardecido ante sus simpatizantes. Otras veces señalaba a los islamistas argelinos —alzados en armas— como un ejemplo a seguir. Luego, en sus conversaciones con los periodistas, se mostraba contemporizador. Ese era quizás el truco: tener platos para todos los gustos. Así lo muestran algunas directivas enviadas a los militantes del Refah en las que se indicaba cómo comportarse en público: «No juzguéis a las personas. No somos quiénes para decirle a alguien si es un infiel o un hipócrita. Saludad a todo el mundo. En vuestro edificio y en la calle. Si no os responden al *Selamaleyküim* (el saludo religioso), decid *Merhaba* (el saludo neutro)».

Probablemente, Erdoğan creía en todo lo que decía, en lo uno y en lo contrario: para él no había incongruencia entre sus postulados radicales y su versión moderada. Sin embargo, había una línea que delimitaba su ideología: estaba dispuesto a tolerar las diferencias, los puntos de vista, las dispares formas de vida, pero jamás a aceptarlas como parte intrínseca de la sociedad turca. Quienes beben alcohol, quienes no rezan, quienes niegan a Dios podrían tener lugar en una Turquía gobernada por él, siempre que no molestaran ni hicieran alarde de ello, o bien hasta que se encontrase un modo de mostrarles que estaban equivocados. Ruşen Çakır explica:

Durante las campañas electorales, [Erdoğan y los suyos] visitaban restaurantes, burdeles, discotecas. Iban a todos lados a pedir el voto. La cuestión es que nunca prometían a esa gente que protegerían su modo de vida. No decían que, bajo un régimen de la ideología Millî Görüş, los bares seguirían abiertos y podrían servir alcohol, sino que daban a entender que, si gobernaba el Refah, los problemas de la gente se solucionarían y no sentirían la necesidad de beber alcohol. No contemplaban la posibilidad de que beber alcohol pudiese ser parte de un modo de vida. Pero, al mismo tiempo, entendían que debían dirigirse a audiencias mayores, y para eso debían ser más cuidadosos.

El primer gran intento de Erdoğan por dar el salto a la primera fila de la política se dio en las elecciones municipales de 1989. Se presentó como candidato a alcalde del distrito de Beyoğlu (Estambul), barrio que comenzaba a despuntar como núcleo del ocio nocturno y la diversión de la ciudad. A punto estuvo de salirse con la suya: quedó segundo, solo a mil quinientos votos del elegido, un éxito que sorprendió a propios y extraños y que mostró la eficacia de la nueva estrategia. Erdoğan, que se consideraba ganador, acusó al juez que supervisaba el escrutinio de los sufragios de estar «borracho» y permitir un tongo, lo que le valió una denuncia por calumnias. Le cayeron diez meses de prisión, de los que solo cumplió una semana, pues la pena fue conmutada por una multa.

Erdoğan no se desanimó: sabía que iba por el buen camino. «No somos corredores de distancias cortas. Somos corredores de fondo. Esto no es ni siquiera una maratón de cuarenta y dos kilómetros, sino una maratón infinita. Una maratón que solo terminará cuando nos alcance la muerte a la que estamos predestinados.» Definitivamente, irradiaba esa convicción.

Un día de principios de la década de 1990, Sibel Eraslan, joven dirigente del Refah, se disponía a dar un discurso a sus seguidores en el Club Náutico del barrio de Moda, en la orilla asiática de Estambul. Era un lugar atípico para una charla islamista, pues quienes lo frecuentaban habitualmente eran las élites laicas de la ciudad, que miraban con desprecio a aquellas mujeres veladas que acudían a la charla. «No las tenía todas conmigo —explicaría luego Eraslan a la prensa—, pero él —Erdoğan— me dio un golpecito en el hombro y me dijo: “Mírame. Un día gobernaremos esta ciudad y este país para nuestra gente”».» Ella sonrió incrédula. Él no bromeaba.

EL DISCÍPULO REBELDE

A las elecciones de 1991 —que ganaría el centroderechista Partido de la Recta Vía (DYP) del veterano Süleyman Demirel, aunque sin mayoría absoluta —, el Refah concurre con el respaldo del ultraderechista Partido de Acción Nacionalista (MHP) y obtuvo un nada desdeñable 17 % de los votos. Era un triunfal regreso —once años después— de los islamistas al Parlamento, y el medio millón de votos cosechados en Estambul bastaban para dar a Erdoğan un acta de diputado. Pero las directrices del partido y una nueva legislación electoral que permitía marcar preferencias entre candidatos supusieron un jarro de agua fría para sus expectativas. Un hombre de confianza de Erbakan accedió al escaño, dejando fuera del hemiciclo al hijo de Kasımpaşa. Aquella no fue la primera disputa entre el viejo Hoca y su discípulo, ni mucho menos iba a ser la última.

Aunque no le hacía ninguna gracia ver a sus discípulos haciendo proselitismo en prostíbulos y otros antros de perdición donde se vendía alcohol y los futuros votantes se entregaban a los placeres de la carne, Erbakan dejaba hacer a los renovadores. «Adoptó su estrategia porque se dio cuenta de que era buena y que el Refah comenzaba a ganar más votos, especialmente en Estambul. Pero Erbakan nunca les cedió suficiente poder dentro del partido. Aunque el maestro utilizaba sus métodos, prefería mantener a su vieja guardia», explica Ruşen Çakır. Es más, Erbakan encomendó a algunos hombres de confianza en la cúpula provincial del partido que vigilasen de cerca los movimientos de esa estrella en auge que era Erdoğan, al que él mismo no podía controlar desde Ankara. No se fiaba.

Todo cambió con la inesperada muerte del presidente Turgut Özal en 1993. El ataque al corazón que sufrió el mandatario en su oficina iba a dar lugar a décadas de especulaciones. De hecho, a día de hoy siguen siendo legión quienes creen que fue envenenado, tal vez —sostienen algunos— para abortar un posible proceso de paz con el grupo armado kurdo PKK. La desaparición de Özal, que había impulsado enormemente la presencia del islam en la vida pública, benefició al movimiento de Erbakan: el ANAP viró hacia el centro liberal, y los votantes más religiosos regresaron al redil del Refah. Erdoğan vio su oportunidad: en 1994 tendrían lugar las elecciones

municipales. Si el comité central, dominado por la vieja guardia de Erbakan, no le permitía saltar al ruedo de la política nacional en Ankara, como había ocurrido en 1991, su trampolín sería Estambul. Estaba convencido de que quien ganaba en Estambul, ganaba también en Turquía. Y no se equivocaba.

Erbakan y el Refah valoraban posibles candidatos a la alcaldía de Estambul. No consideraban el nombre de Erdoğan: ni el viejo maestro ni sus camaradas creían que estuviese capacitado para ejercer de primer edil de la metrópolis del Bósforo, que ya entonces, con siete millones y medio de habitantes, superaba en tamaño a Londres. Pero cuando hicieron su propuesta al comité provincial de Estambul, la respuesta fue unánime: «No. Queremos a Tayyip». No había nada que hacer. Erbakan se dio cuenta demasiado tarde de que Erdoğan había construido una guardia de hierro a su alrededor, de que la estructura del partido en Estambul estaba bajo su completo dominio. Sus correligionarios ya lo llamaban el Comandante de Estambul, y también Reis ('capitán', en turco), apodo heredado de su padre. Resignado, Erbakan anunció la decisión final del partido: «Don Tayyip es nuestro candidato. ¡Que Dios le bendiga!».

En la provincia de Estambul, el partido funcionaba como un verdadero ejército bajo el mando de Erdoğan. La comisión ejecutiva, formada por sus más estrechos colaboradores, recibía el nombre de «cerebro». De ella dependían los «comités consultivos» que se organizaban en torno al colegio electoral del barrio para movilizar a los votantes y que mantenían contacto con cada uno de los militantes, a los que se denominaba «neuronas». Estos eran los encargados de difundir los mensajes del partido al nivel de calle, y también de recabar información para el «cerebro». Las células no solo se afanaban en reclutar a nuevos militantes para el partido («Si amáis a nuestra gente y queréis salvar a nuestro país, cada mes deberéis traer al menos un nuevo miembro»), sino que también lo financiaban (el comité provincial clasificaba a sus afiliados según su renta y les exigía una contribución acorde; algunos donaban incluso las joyas de su familia).

Toda contribución era poca para la sagrada causa de hacerse con el poder en Estambul. Tan sagrada que la misión fue bautizada como la Segunda Conquista, posterior a la que en 1453 ganó la ciudad bizantina para los otomanos. «Hoy nos encontramos ante un momento crítico. Si no la

conseguimos [Estambul], la venderán a esa Europa cuya prensa aún la llama con el nombre bizantino de Constantinopla —decía Erdoğan a sus compañeros—. Pero su esfuerzo será en vano, ¡pues ya cabalga el espíritu que convertirá Estambul en Islam-bul!»

SU HOMBRE LOS TIENE BIEN PUESTOS

Erdoğan y su equipo recorrieron todos los barrios de Estambul. Su extracción humilde le permitía acceder a lugares a los que otros candidatos ni se atrevían a entrar, como el barrio chabolista de Hacı Hüsrev, conocido por su pobreza y sus altos índices de delincuencia. Su mujer, Emine Erdoğan, relató a la prensa:

Don Tayyip iba a dar un discurso en un descampado, pero cuando llegamos las mujeres que lo precedíamos, nos lo encontramos vacío. Aparecieron unas mujeres del barrio y nos dijeron: «Habéis llegado tarde. Os esperaron durante un tiempo, pero ahora han salido a robar». No dije nada, pero me avergoncé por dentro. Lo decían como si fuese una cosa normal y, como era la primera vez que veía algo así, jamás lo podré olvidar.

Erdoğan, en cambio, no se avergonzaba. Conocía las dificultades que atravesaba esa gente, que, por otro lado, lo veía como uno más, un hombre cercano.

No era el favorito en las quinielas a la alcaldía frente a los candidatos de los grandes partidos en las municipales de 1994, pero empezó a subir en las encuestas y la campaña se endureció. La entonces primera ministra de Turquía, la centroderechista Tansu Çiller, entró de lleno en ella afirmando que no permitiría que un «reaccionario» como Erdoğan se hiciese con el control de la mayor ciudad del país. En los medios de comunicación aparecieron noticias sobre la supuesta riqueza secreta de Erdoğan: se afirmaba que era propietario de varias «villas» construidas ilegalmente. Se trataba de una falsedad. En aquel momento, el futuro presidente de Turquía poseía, según un listado hecho público por él mismo, el apartamento en el que residía en Kasımpaşa, otro inmueble en régimen de cooperativa en el distrito de Maltepe (el extrarradio

de Estambul), un terreno baldío de 346 metros cuadrados, también a las afueras de la ciudad, y el 10 % de las acciones de una empresa de alimentación.

La presión contra el Refah movilizó, además, a los sectores más oscuros del Estado. En la sede provincial del partido, los teléfonos no dejaban de recibir amenazas:

—Se lo advierto: su hombre tiene que anunciar inmediatamente que retira su candidatura. La próxima advertencia será con sangre.

Eran los años de la guerra sucia, en los que activistas, abogados o periodistas incómodos aparecían con un tiro en la cabeza sin que jamás se atrapara a los sicarios, amparados por poderes fácticos que manejaban el Estado al margen de quien se sentase en los despachos del Gobierno. Las amenazas no se tomaban a la ligera. Uno de los actuales asesores del presidente turco recalca: «No solo los kurdos sufrieron la opresión del Estado en Turquía, sino que también los islamistas y otros sectores la sufrimos, y Erdoğan iba a ser el que acabase con ello».

Unos días antes de los comicios, un café vinculado al Refah fue tiroteado. Murió un militante y varios resultaron heridos. En el hospital, mientras Erdoğan y los suyos ofrecían condolencias a la familia de la víctima, sonó de nuevo el teléfono portátil del secretario provincial y, al otro lado, se oyó una voz ya conocida:

—Os dije que correría la sangre y no me hicisteis caso. Vuestro candidato tiene un acto esta tarde. Díganle que renuncie —dijo la temible voz al otro lado de la línea.

Cuenta la historia Hüseyin Besli, un antiguo militante del Refah: «Todos aguantamos la respiración. Miramos a don Tayyip. Más que angustia o confusión, en su rostro se reflejaba un gesto decidido. Nada en el mundo parecía que pudiese asustarlo. Y ese espíritu plácido y calmo nos infundió cierto valor».⁵

—¡Compañeros! ¡Todos a sus puestos! ¡Seguimos adelante! —ordenó Erdoğan, y la campaña electoral continuó, aunque fuera con los militantes del partido atenazados por el temor de que, en cualquier momento, explotase una bomba o alguien alzase una pistola contra el líder.

Aquella noche, el teléfono del secretario sonó por tercera y última vez:

—Su hombre los tiene bien puestos.

Dos días después, Erdoğan conquistaba el Ayuntamiento metropolitano de Estambul. Obtuvo el 25 % de los votos: ante la división del resto de los partidos, más que suficiente, ya que en las elecciones municipales turcas la alcaldía se la lleva la lista más votada, sin importar la diferencia con el resto. Las formaciones de centroderecha habían presentado a dos candidatos que consiguieron el 22 y el 15 % de los votos, y el centroizquierda, que había gobernado Estambul desde 1989 entre graves acusaciones de corrupción, concurrió con tres candidatos de otros tantos partidos: lograron el 20, el 12 y el 1 % de los votos, respectivamente.

Erdoğan tuvo muy buenos resultados en los distritos obreros, en su mayoría, barrios de aluvión construidos a toda prisa para alojar a los emigrantes del campo que, en las últimas décadas, habían engrosado las filas del proletariado urbano. Estos eran objeto de una doble marginación: a causa de su pobreza y debido a su modo de vida tradicional. Gente que se sentía como Mevlut, el humilde y piadoso vendedor ambulante de la novela *Una sensación extraña*, de Orhan Pamuk. Cuando Mevlut entraba en una casa de la clase alta estambulí, se sabía observado «con una curiosidad que seguramente se debía al hecho de estar contemplando una especie de vestigio de los viejos tiempos, algo pasado de moda». La soberbia con la que lo trataban generaba en Mevlut «una rabia que no sabía de dónde venía», y lo mismo ocurría con aquellos emigrantes del campo en las ciudades, tachados de retrógrados y analfabetos por las élites culturales y políticas. Su venganza fue Erdoğan.

EL IMAM DE ESTAMBUL

El Refah obtuvo 3,7 millones de sufragios en todo el país (casi el 20 % del electorado) y fue la tercera formación más votada en aquellas municipales. Logró el control de Estambul y de Ankara, y conquistó dos ciudades de Anatolia Central —la piadosa Konya y la industriosa Kayseri— y otras dos en el este —la nacionalista Erzurum y la capital oficiosa de los kurdos de Turquía, Diyarbakır, además de 329 municipios más pequeños—. Finalmente, los islamistas podían poner en práctica su modelo de gestión.

En 1994, la situación de Estambul era desastrosa, pese a ser la capital económica del país. El 60 % de los edificios carecía de permisos; las barriadas de chabolas estaban en manos de las mafias; a algunas no llegaba el agua corriente, y, en el resto, los grifos expedían un líquido de color parduzco. La compañía municipal de aguas, İSKI, era un foco de corruptelas; la recogida de basuras funcionaba mal y las calles apestaban; faltaban escuelas y zonas de recreo para los habitantes. Erdoğan conocía bien la ciudad y sabía lo que demandaba la gente, así que se puso manos a la obra. «Cuando llegó Tayyip a la alcaldía, el Cuerno de Oro olía a mierda y él lo limpió. Recogió la basura de las calles. Trajo al barrio el agua corriente, que hasta entonces teníamos que acarrear nosotros a casa», explica una vecina de Kasımpaşa.

Rodeándose de un equipo de asesores de procedencia universitaria, Erdoğan estableció un plan de acción para ir atajando los mayores problemas y, a la vez, cuadrar las cuentas heredadas con un gran déficit de las anteriores administraciones. No había cosa que más disfrutase que presentarse ante el público con un casco y una pala para inaugurar una obra, pues se veía a sí mismo como el hombre que construía los sueños de su pueblo. Se invirtió en infraestructuras, se aceleraron las obras de las líneas de metro, se bocetaron nuevos proyectos de transporte colectivo (como el metro que varios lustros después uniría Asia y Europa bajo el mar) y se adecuaron las vías al creciente tráfico rodado. Para el abastecimiento de agua, se construyó una presa en las cercanías de Estambul y se renovaron las tuberías; se hicieron parques, bibliotecas, centros sociales y polideportivos en barrios pobres, y se rehabilitaron lugares históricos. Se subvencionó el pan a través de panaderías municipales, se garantizó acceso gratuito a la sanidad a miles de familias y se otorgaron becas escolares a decenas de miles de jóvenes. Además, el Ayuntamiento estableció centros de quejas y consultas con ordenadores —fue el primero en usar las nuevas tecnologías para la participación ciudadana— que registraban las peticiones enviadas por los vecinos. Se les respondía en cuarenta y ocho horas.

No todas las innovaciones en ese periodo procedían del entorno de Erdoğan. Bahri Zengin, uno de los dirigentes que Erbakan había colocado con calzador en la dirección del Refah en Estambul para vigilar al díscolo discípulo, propuso la creación de «asambleas populares» abiertas a todos los

electores del distrito para supervisar el trabajo de los ayuntamientos. Ese modelo se había comenzado a aplicar en el distrito de Kağıthane, también en manos del Refah, y los islamistas lo asemejaban a las asambleas de los primeros días del islam, bajo la égida de Mahoma. En realidad, era un calco del sistema de gobierno municipal establecido por la izquierda marxista en la localidad de Fatsa (región del mar Negro), una experiencia que fue aplastada por los militares en 1980. A Erdoğan no le convenció la propuesta, que diluía su propio control, así que la sustituyó por periódicas reuniones consultivas con diferentes sectores —comerciantes, artesanos, ONG...— y envió a los militantes y funcionarios de su confianza a recorrer los cafés para entrevistarse con los vecinos y tomar nota de sus cuitas. Él mismo permanecía largas horas en su despacho respondiendo a las llamadas telefónicas de sus ciudadanos. El pueblo debía ser escuchado y consultado, y eso debía hacerse sin altanería, poniéndose en el nivel del hombre de la calle. Pero quien gobernaba era él.

También se lo dejó claro a su partido, que esperaba colocar sus habituales burócratas en la Administración local, como hacían todas las formaciones políticas. Ante las críticas del comité central del Refah y de la prensa islamista leal a Erbakan, su respuesta fue que él había ganado la alcaldía y que, por tanto, la dirigiría como le viniese en gana: «Con mi partido consultaré algunas cuestiones nada más. Jamás permitiré que se inmiscuya en asuntos de mi competencia y, si lo hace, me molestaré».

De esta época proceden dos facetas clave de la personalidad de Erdoğan que se irían acentuando en lo sucesivo y que aún son características a día de hoy. Una de ellas es su afán de rodearse de grandes equipos de asesores procedentes de diversos ambientes que suplan su falta de conocimientos. La otra, su incapacidad para aceptar críticas: en el fondo se sabe ignorante en ciertos asuntos, pero reconocerlo, para él, es un síntoma de debilidad. El también político Mehmet Metiner escribiría al respecto:

Erdoğan puede asumir fácilmente las críticas y propuestas que se le hacen cara a cara y en privado, pero no soporta aquellas hechas en público. [...] Y sabe bien que, con el tiempo, pondrá en su sitio a aquellos que lo han criticado. [...] En su manera de dirigir tiene una personalidad autoritaria. Le gusta rodearse de gente cualificada, pero espera que aquellos que son cualificados se le mantengan siempre fieles.⁶

El Gobierno central, dirigido entonces por una coalición entre el centroderechista DYP y la formación socialdemócrata SHP, trataba de obstaculizar la labor de Erdoğan mediante triquiñuelas vagamente legales. Se elaboró un plan para dejar prácticamente sin competencias al Ayuntamiento metropolitano de Estambul. Si no se llegó a aplicar, fue porque las elecciones de 1995 alteraron la aritmética parlamentaria. En los medios de comunicación se atacaba a Erdoğan sin piedad, a menudo con falsedades. Se llegó a vaticinar que cerraría los teatros de la ciudad, cosa que él jamás había dicho. Este tipo de ataques enervaba aún más a un alcalde que no dudaba en entrar al trapo a cada polémica.

Uno de los intelectuales que lo fustigaba continuamente en los medios de comunicación era Aziz Nesin. Un año antes del ascenso de Erdoğan a la alcaldía, este popular escritor satírico y ateo declarado había escapado por los pelos de una turbamulta islamista que prendió fuego al hotel Madımak de la ciudad de Sivas, en el que se celebraba un encuentro organizado por una asociación aleví. Murieron treinta y cinco personas, y a Nesin no se le quedó el cuerpo para fundamentalismos.

«A nosotros no nos molesta que Aziz Nesin diga no creer en Dios: forma parte de su libertad», afirmaba Erdoğan en 1994, en un programa de televisión al que telefoneó en directo para responder a las críticas de Nesin. «Lo que nos molesta es que él no respete de la misma manera que yo pueda decir que soy musulmán y que defendiendo la *sharía*. ¿Qué tipo de libertad de expresión es esa? ¿Qué tipo de intelectual es usted?»

«Defender la *sharía* es contrario a la Constitución, que afirma que este es un Estado laico. No se puede ser laico y defender la *sharía*. El problema es que usted no me soporta. Usted ha dicho que extirpará mi nombre de Estambul», respondió el escritor.

«Yo jamás he dicho que quiera extirpar su nombre. Otra cosa es cuánto durarán sus ideas. Eso ya lo veremos.»⁷

Efectivamente, los librepensadores como Aziz Nesin estaban en horas bajas. La ciudadanía ya no buscaba tanto ideas como soluciones a problemas de la vida cotidiana. Y en este campo destacaba el partido islamista. Pero este

servicio a la sociedad (*hizmet*), del que se preciaba con razón Erdoğan —lo convertiría en su eslogan futuro—, iba acompañado siempre de una pátina de ideología islamista que servía para evangelizar a las masas. Si se restauraban los antiguos monumentos de Estambul, se optaba por aquellos que recordasen el pasado imperial otomano, y no el bizantino. La simbología islámica fue imprimiéndose lentamente a Estambul: el nuevo logo de la ciudad sugería la forma de una mezquita; se dieron a calles y avenidas los nombres de grandes figuras del islam o del sufismo; se conmemoró oficialmente la toma de Constantinopla por el sultán Fatih en la mezquita de Eyüp. Los nuevos edificios públicos que se construían trataban de remedar el estilo otomano, y se fomentó la moda islámica a través de desfiles de diseñadores que privilegiaban una vestimenta más recatada. «Si la marca Pierre Cardin elige el velo como moda, al día siguiente las mujeres comenzarán a usarlo», sostenía Erdoğan.

Los grandes salones de conciertos —antes, templos de la música clásica— abrieron sus puertas a la música popular turca, así que los vecinos más tradicionalistas comenzaron a participar en la vida cultural de la ciudad. El Ayuntamiento también abarató los precios de los restaurantes municipales para que las clases populares pudiesen acceder a ellos, pero, a la vez, prohibió que se sirviera alcohol allí: de otra manera, los musulmanes más devotos no acudirían, fue la justificación del alcalde.

Neşe Düzel, periodista del diario *Hürriyet*, uno de los de mayor tirada del país, se lo recriminó al regidor en una entrevista. No debería prohibir el alcohol en los restaurantes del Ayuntamiento, pues beber o no hacerlo es una opción personal, le dijo.

«Usted no es un imam, alguien que tenga que ocuparse de la moralidad», argüía la periodista. «Usted es un alcalde.»

«Cuando dice “imam”, usted piensa en la persona que dirige los rezos. Pero en la terminología islámica, el imam es quien está a cargo de la administración», respondió Erdoğan. «Un imam es un líder, un guía. Y yo, como alcalde, también soy un líder.»⁸

Erdoğan, asimismo, envió órdenes revocando las directivas vigentes sobre la vestimenta a fin de que las mujeres con velo pudiesen acceder a todos los empleos. Así, la presencia de los sectores conservadores de la población

se hizo más visible: mujeres con la cabeza tapada y hombres con largas barbas comenzaban a verse en los puestos municipales y, especialmente, en el sector privado (en la dirección de empresas, en los medios de comunicación, en la educación), pues los conservadores dejaron de sentirse avergonzados ante las élites laicas. El Refah los convenció de que podían ser a la vez urbanitas y religiosos.

«Cuando en las calles de Estambul empezaron a circular los vehículos y furgonetas con carteles y fotografías de Erbakan y Erdoğan con el pulgar hacia arriba, nos burlábamos de ellos», explica una estambulí del céntrico distrito de Fatih, que se convertiría en uno de los bastiones del partido islamista. «Nos parecía inconcebible que un partido religioso llegase al poder en Turquía.» Hasta entonces, el hecho religioso se había vivido en Turquía, al igual que en muchos otros países, como un asunto eminentemente de tradición. Había quien creía más, quien creía menos. Quien rezaba las cinco veces al día como manda la norma, quien rezaba una vez a la semana —durante el sermón del viernes en las mezquitas—, quien solo acudía a los templos en festividades religiosas, quien no lo hacía nunca. En las grandes ciudades, los que practicaban el ayuno durante el mes de ramadán lo llevaban a menudo en secreto para no hacer sentir culpables a quienes comían a su alrededor.

Las prohibiciones religiosas del inicio de la república y el laicismo impuesto habían contribuido a secularizar a buena parte de la población. Pero cierto segmento de los turcos (entre un 10 y un 20 %, según la época) se lo tomaba como una afrenta y hacía de su práctica religiosa una cuestión política. A partir de la década de 1980 y, más aún, en la de 1990, el islam, influido por los nuevos vientos del islamismo político, el wahabismo y la Revolución iraní, se convirtió en una ideología que se presentaba como una parte intrínseca de la identidad individual. Ahora, uno era musulmán no como lo habían sido sus padres, sino de forma militante, como podía ser del Partido Comunista o del club de fútbol Fenerbahçe. El éxito del Refah se basó en fundir este islam identitario con cuestiones sociales. La nueva generación renovadora supo convencer a los más desfavorecidos de que la opresión por cuestiones económicas y la falta de religiosidad eran una misma cosa. En una sociedad huérfana de la izquierda, aniquilada por el golpe de 1980 y desarmada ideológicamente por el hundimiento de la Unión Soviética, muchos

comenzaron a hacer suyo este ideario. El enemigo a batir era, por tanto, esa élite que gobernaba Turquía, los llamados «turcos blancos», un concepto amplio donde cabían igualmente los capitalistas desalmados (aunque no aquellos empresarios de simpatías islamistas), los intelectuales que adoptaban el modo de vida de la Europa laica y los políticos, fuesen de la izquierda o la derecha.

LA VICTORIA DEL REFAH

La exitosa gestión municipal tuvo un efecto multiplicador entre los seguidores del Refah. Durante la década de 1990, la formación alcanzó el millón de militantes (es decir, uno de cada sesenta habitantes), muy motivados ideológicamente, que trabajaban para el partido de forma gratuita, con la sincera esperanza de así ganarse un lugar en el paraíso. Y eran estos activistas los que, junto con los funcionarios del Ayuntamiento, ayudaban en los repartos de comida, ropa, carbón e, incluso, dinero para los más pobres. La ayuda no se limitaba a lo material. En Estambul, el alcalde pretendía que los beneficiarios sintiesen de cerca al Ayuntamiento. Durante cada ramadán, Erdoğan acompañaba los repartos en los barrios más pobres y se llevaba con él a sus colaboradores para que viesan el rostro de la pobreza. Antes de entregar los paquetes, el alcalde se sentaba con la familia a romper el ayuno, aunque fuese en una chabola con suelo de tierra. Hacía como ellos y comía lo poco que hubiese. Uno de sus asesores, Mehmet Nuri Yazıcı, salió corriendo de uno de estos encuentros, estremecido por la miseria del barracón en el que habían entrado, y le propuso a Erdoğan limitarse a entregar la comida, sin compartir la mesa. El alcalde le echó en cara su conducta: «Piensa en las partidas de tantísimo dinero que firmo en mi despacho. Si no viésemos la pobreza de estas gentes, ¿cómo podríamos evitar que nos tentase el dinero caliente que pasa por nuestras manos?».⁹

Los activistas del Refah establecían relaciones de amistad con los vecinos, sobre todo en los *gecekondu*, las barriadas chabolistas. Sus habitantes solían ser emigrantes que se hallaban perdidos en la gran ciudad, y la red de solidaridad del partido los hacía sentirse protegidos. Hasan Durmuş,

presidente del comité coordinador electoral del Refah en Estambul durante los noventa, explica: «El Refah es el partido más cercano al electorado. Sabemos quién ha muerto, quién ha nacido, quién se ha casado... antes que el propio Estado. Y, dependiendo de la situación, visitamos a la familia para ofrecer nuestras condolencias o nuestras felicitaciones».¹⁰

Para financiar todo aquello, el partido contaba con las donaciones de la burguesía conservadora que empezaba a despuntar en Anatolia gracias a la liberalización económica decretada años antes por Turgut Özal. Pero el Refah también recurrió a las redes europeas de Millî Görüş entre los emigrantes turcos: para la campaña electoral de 1995, recaudó 700.000 marcos alemanes (350.000 euros) solo en las mezquitas de Berlín.

Ese mismo año, una intervención policial en una barriada aleví e izquierdista de Estambul dejó veintidós muertos. En protesta, los socialdemócratas abandonaron la coalición de gobierno y hubo que adelantar las elecciones. A la vez, las autoridades habían dejado a los militares manos libres para que dirigiesen la guerra contra la insurgencia del PKK, que se había levantado en armas en 1984 para reivindicar la independencia de las zonas kurdas. Esto conllevaba una guerra sucia contra todo tipo de activistas cercanos a la causa kurda, sin que los partidos mayoritarios —todos nacionalistas en mayor o menor medida— moviesen un dedo. Los islamistas, en cambio, se mostraban contrarios al excluyente nacionalismo imperante y se presentaban como una expresión de la «sociedad civil» contra el «autoritarismo de las élites laicas y el Estado». En la alcaldía, Erdoğan pedía a sus asesores informes sobre la cuestión kurda, y promovió que las minorías étnicas y religiosas tuviesen representación en las comisiones de trabajo municipales: «La democracia es, también, garantizar los derechos a las minorías», decía entonces.

Las arcas públicas se desangraban para financiar la lucha contra el PKK, pero también a causa de la corrupción y por el pago de las deudas contraídas durante la era Özal. La lira se devaluaba; la inflación alcanzó cifras de tres dígitos, el producto interior bruto (PIB) retrocedió un 6 % y la renta per cápita de los turcos se redujo un tercio. En diciembre de 1995, en un contexto de crisis económica, descomposición política y creciente violencia, el Refah, con su mensaje a favor de una gestión moral, venció en las elecciones legislativas.

Solo obtuvo el 21 % de los votos, pero el resto de las formaciones, completamente desacreditadas, no llegaron ni a esa cifra. El islam político de Erbakan, por fin, iba a llegar a la cima. Y su discípulo Erdoğan veía el horizonte despejado.

EL GOLPE POSMODERNO

El 25 de diciembre de 1995, el Refah tenía motivo para celebrar: por primera vez, el islamismo había ganado unas elecciones en Turquía. Pero gran parte del país se llevaba las manos a la cabeza. El islam político no era precisamente un movimiento pacífico en la región. Rusia luchaba en Chechenia contra la insurgencia islamista; Argelia se desangraba en una violenta guerra civil, y unos barbudos fundamentalistas, llamados «talibanes», se hacían fuertes en Afganistán: en menos de un año, habrían tomado Kabul y ahorcado al último presidente comunista, Mohammad Najibullah. ¿Se encaminaba Turquía, miembro de la OTAN, a un futuro similar?

Los poderes fácticos del país no estaban para experimentos. La cúpula castrense, la TÜSİAD, principal organización de la patronal, y los grandes medios de comunicación presionaron a los partidos para que descartasen una coalición con Erbakan. Aunque victorioso, el Refah había obtenido solo el 21 % de los votos, e inmediatamente por debajo de él habían quedado los dos partidos de centroderecha, el ANAP, del liberal Mesut Yılmaz, y el Partido de la Recta Vía (DYP), de la populista Tansu Çiller. Tras meses de negociación llegaron a un acuerdo: sus líderes ejercerían la jefatura de Gobierno de forma rotatoria. Aunque entre ambas formaciones apenas había diferencias ideológicas, el odio que se profesaban los dos líderes no tardó en resquebrajar el Ejecutivo.

Fue Yılmaz quien filtró a los islamistas documentos que comprometían a Çiller y a su marido en escándalos de corrupción. La «Dama de Hierro turca», como la llamaba entonces la prensa, efectuó un giro de minué: telefoneó a Erbakan, al que hasta entonces denostaba, y le ofreció el cargo de jefe de

Gobierno si se comprometía a bloquear la investigación sobre el matrimonio Çiller. El viejo maestro aceptó y, el 28 de junio de 1996, juró el cargo de primer ministro. Las proclamas a favor de una gestión moral de la cosa pública, con la que habían hecho campaña los islamistas, quedaban aparcadas en aras de otra misión: alcanzar el poder.

En el pacto de gobierno, Erbakan renunció a todo lo que no fuera compatible con un programa de centroderecha de toda la vida. Los ministerios más delicados (Exteriores, Interior, Defensa y Educación) quedaron en manos del DYP. Es más, cuando la cúpula castrense pidió un acuerdo de cooperación militar con Israel, o cuando se anunció la expulsión del Ejército de oficiales supuestamente vinculados a cofradías islámicas, Erbakan firmó los decretos sin rechistar. Pero al líder islamista le perdieron los gestos.

En plena euforia por su llegada al Gobierno, el Refah propuso la reconversión del museo-basílica de Santa Sofía en un templo musulmán y anunció que construiría una inmensa mezquita en la plaza de Taksim, el centro del ocio nocturno de Estambul, pero las protestas lo obligaron a echarse atrás (veintidós años más tarde, Recep Tayyip Erdoğan se sacó esta espina e hizo de la mezquita de Taksim una realidad de hormigón). Además, Erbakan propuso abolir las normativas que impedían a mujeres con velo entrar en la universidad y acceder al funcionariado, lo cual contribuyó de una manera bastante estéril a politizar un debate que no estaba demasiado extendido en la sociedad turca, puesto que la mayor parte de las facultades del país hacían la vista gorda a la presencia de estudiantes veladas y ya se admitían funcionarias con el *türban* en los municipios donde gobernaba el Refah. Los islamistas también lograron inaugurar nuevos colegios religiosos *imam hatip*, cuya cifra aumentó un 20 % en apenas un año, y abrieron las puertas de la Administración a sus militantes.

Además, pese a no controlar el Ministerio de Exteriores, Erbakan desplegó una retórica antimperialista y panislámica que no sentó nada bien en las altas esferas diplomáticas y militares. Lideró la creación del D8 (Developing 8), en oposición al G7, el grupo de los países más industrializados. Su idea era sumar a países musulmanes en vías de desarrollo—logró la aquiescencia de Irán, Egipto, Bangladés, Malasia, Indonesia, Nigeria y Pakistán— para crear un mercado común que compitiese con el de

la Unión Europea (UE), con la que un año antes Turquía había firmado una unión aduanera. Además, intensificó las relaciones con los Hermanos Musulmanes de Egipto (lo que motivó la protesta formal del régimen de El Cairo), con el movimiento palestino Hamás, con Irán y con Libia. Sin embargo, la mayor polémica llegó por accidente. En sentido literal.

UN MINUTO DE OSCURIDAD

El 3 de noviembre de 1996, un coche se estrelló contra un camión en Susurluk, localidad a un centenar largo de kilómetros al sur de Estambul. Dentro viajaban cuatro personas, tres de las cuales murieron de inmediato. Se trataba de Hüseyin Kocadağ, subinspector de la Policía de Estambul; Abdullah Çatlı, un exdirigente de la milicia ultraderechista Lobos Grises, y Gonca Us, una modelo y antigua reina de belleza. Sedat Bucak, un terrateniente kurdo y diputado del DYP, quedó herido, pero sobrevivió. En el maletero se hallaron nueve pistolas, varias de ellas sin licencia, y abundante documentación falsa. Resultó, además, que a Çatlı, implicado en matanzas en la década de 1970, lo buscaba Interpol por tráfico de heroína en Europa, pero viajaba con pasaporte diplomático turco. Y Bucak estaba vinculado a la Guardia Rural, una milicia kurda establecida y armada por el Gobierno para asistir al Ejército en la lucha contra el PKK.

¿Qué hacían un diputado, un jefe de policía y un mafioso juntos en un coche lleno de armas? Parecía que un rayo hubiera esclarecido en un instante las oscuras ramificaciones de los poderes del Estado en los bajos fondos. El caso Susurluk «sirvió para sacar a la luz que ciertas personas se habían infiltrado en el Estado y se servían de métodos extraoficiales e ilegales para defender sus intereses», explica Fikri Sağlar, uno de los diputados de la comisión investigadora que estableció el Parlamento.

Se descubrió que el ministro de Interior, Mehmet Ağar, ex director general de la Policía, había mediado entre grupos mafiosos y ultranacionalistas y, a cambio de sobornos, había ayudado a la cofradía religiosa Süleymancı a evitar algunas investigaciones. Se reveló que los militares llegaban a acuerdos con los insurgentes kurdos para facilitar el

tráfico de droga: «Veíamos que la heroína atravesaba Turquía con gran facilidad, especialmente donde estaba vigente el estado de excepción —relata Sağlar—. A los camiones que transportaban la droga los protegían al mismo tiempo los militantes del PKK y los soldados, y las autoridades miraban para otro lado». No eran ya solo los partidos políticos, sino incluso las instituciones en las que los ciudadanos tenían más confianza, las Fuerzas Armadas y las *tarikats*. El Estado olía a podrido desde la base hasta la cúspide.

La ramificación más terrible era la de Hizbullah, un grupo fundamentalista suní kurdo —sin relación con el partido libanés del mismo nombre— que imponía el terror en las ciudades del sureste y estaba ferozmente enfrentado al marxista PKK. Resultaba que el grupo armado islamista era un fiel aliado de las fuerzas de seguridad (o, quizás, directamente una creación de ellas). Todo este entramado militar-policial fuera de la luz pública se llegó a conocer como «Estado profundo» (*derin devlet*). Y su huella fue terrible: entre 1990 y 1997 hubo más de mil quinientos asesinatos sin resolver, en su mayoría de activistas molestos. El sistema era casi siempre el mismo: la policía detenía a alguien, lo metía en un coche y, a partir de ese momento, su rastro se perdía para siempre. En comisaría nadie sabía de la detención, y tampoco quedaba registro de nada.

El escándalo de Susurluk dejó a Erbakan en una postura incómoda. Pese a no estar implicado, tenía que impedir el progreso de la investigación porque, de seguir adelante, esta se habría llevado por delante a Tansu Çiller y todo su partido. Y sin ella, el Refah no tenía socio de coalición. La Dama de Hierro turca hizo lo que pudo para sabotear el trabajo de la comisión, e incluso llegó a aseverar en el Parlamento que todo aquel que disparaba o recibía una bala en nombre del Estado era «una persona de honor». Finalmente, sin embargo, fue Erbakan quien finiquitó la comisión, tachando sus revelaciones de «disparatadas».

La respuesta llegó desde la calle. Bajo el lema «Un minuto de oscuridad por una claridad duradera», millones de hogares turcos apagaban las luces de sus casas cada noche y miles de personas se reunían en calles y plazas con velas que apagaban a la hora señalada. El Gobierno tenía los días contados.

EL PELIGRO DE LOS BARBUDOS

En la cúpula militar, mientras tanto, maduraba la convicción de que fomentar el conservadurismo religioso como antídoto a la izquierda había sido un error. Pero la nueva generación castrense que controlaba el Estado Mayor, educada en los cuarteles de la OTAN en Europa, recelaba de la mala imagen que daría un nuevo golpe de Estado: terminada la Guerra Fría, Turquía había perdido su importancia estratégica como bastión contra el comunismo, y sus aliados occidentales vigilaban más de cerca las eventuales violaciones de los derechos humanos. No había necesidad de sacar los tanques a la calle, concluyeron los generales turcos. Bastaba con iniciar una guerra psicológica.

La prensa estaba dispuesta. Si bien las dos máximas corporaciones de los medios de comunicación, Sabah y Doğan, no paraban de atacarse mutuamente (uno apostaba por el DYP; el otro, por el ANAP), llegaron a una tregua para dirigir todo su arsenal contra los islamistas. Las fuerzas armadas, que contaban con ello, constantemente convocaban a la prensa a reuniones en las que advertían que los «reaccionarios» y los «grupos ultrarreligiosos» se habían convertido para Turquía en «un peligro mayor que el PKK».

En Turquía había una preocupación sincera por el auge del islamismo radical. En los últimos años habían sido asesinados destacados defensores de la Turquía laica en crímenes nunca del todo esclarecidos, pero reivindicados por oscuros grupos yihadistas de cuya existencia nadie tenía constancia (y que otros achacaban al Estado profundo). El caso más conocido fue el del reportero Uğur Mumcu (1993), padre del periodismo investigativo en Turquía. Tampoco se olvidaba que la prensa cercana al Refah había jaleado a la turbamulta que prendió fuego al hotel Madimak en Sivas en 1993 y acabó con las vidas de treinta y cinco personas.

Todo ello fue aprovechado por los medios de comunicación para hacer un batiburrillo en el que mezclaban informaciones sobre la situación en Chechenia y Afganistán, viejas declaraciones de quienes ahora militaban en el Refah en las que se manifestaban en contra del laicismo e informaciones sobre las *tarikats* más radicales. Por ejemplo, la del pintoresco jeque Müslüm Gündüz, un seguidor de Said Nursi que había fundado en 1985 una cofradía llamada Aczmendi. Sus discípulos se paseaban por las ciudades de Anatolia

Oriental vestidos con túnicas negras y turbantes y luciendo largas barbas al estilo talibán. Aunque apenas tenía unas decenas de simpatizantes, a Gündüz lo invitaron a numerosos programas de televisión, donde lanzaba diatribas a favor de un régimen teocrático: «La democracia es ateísmo. También lo es el laicismo. En el futuro tomaremos Turquía». En una entrevista con el diario *Milliyet*, Gündüz prometía imponer la ley islámica en Turquía a cualquier precio: «El régimen laico y democrático será derribado y traeremos la *sharía*. El Ejército no será capaz de impedirlo. Aunque corra la sangre en abundancia, lograremos nuestro objetivo, como en Irán». Ese día, Gündüz compartía la portada del diario con una noticia sobre una manifestación de doscientos cincuenta partidarios del Refah coreando eslóganes a favor de la *sharía* y un reportaje sobre los afganos que escapaban del régimen talibán. El mensaje era obvio: por culpa de Erbakan, aquello podía ocurrir en Turquía. La república estaba en peligro.

EL GOLPE BLANDO

El Refah, en lugar de apagar la mecha, echó leña al fuego. En sus mítines no impedía cantar vivas a la *sharía* y eslóganes como «¡Abajo la dictadura laica!». Hubo diputados que se apuntaron al discurso antisistema, y el propio Erbakan convocó a los líderes de las cofradías a la sede del Gobierno para un *iftar*, la cena formal de ramadán. Aunque los más importantes declinaron la invitación —Fethullah Gülen prefería evitar las polémicas—, la imagen de los barbudos entrando al baluarte del Estado laico causó un gran resquemor en el *establishment* laico.

La gota que colmó el vaso tuvo tintes geopolíticos. El 30 de enero de 1997, el Ayuntamiento de Sincan, un distrito periférico de Ankara, organizó un acto a favor de Palestina con una obra de teatro en honor a los llamados «mártires» caídos en la lucha contra Israel. El teatro estaba decorado con retratos de los líderes del grupo palestino Hamás y del libanés Hezbolá. En primera fila había un invitado de honor: el embajador iraní Mohammed Reza Bagheri, que en su discurso exhortó a los asistentes a seguir «los preceptos del islam», tal y como se hacía en su país. Al día siguiente, las imágenes estaban

en todas las televisiones, y el escándalo fue monumental. Israel era entonces un estrecho aliado de Turquía y suministraba armamento puntero utilizado en la guerra contra el PKK, e Irán era un vecino más bien incómodo.

El alcalde de Sincan, Bekir Yıldız, y otros responsables fueron detenidos. El embajador y el cónsul iraní huyeron del país. Erbakan compareció en el Parlamento y pidió «no exagerar» lo ocurrido: «Turquía es un Estado laico y no hay ningún problema. El único problema que hay es el de aquellos que pretenden hacer del laicismo un enemigo de la religión». Pero ya era tarde. El 4 de febrero, una columna de veinte tanques y quince vehículos blindados atravesó Sincan. Aunque oficialmente se trataba de ejercicios militares, todos sabían cuál era el mensaje. Por si no había quedado suficientemente claro, el número dos del Estado Mayor, Çevik Bir, lo definió como «un reajuste del equilibrio democrático».

El 28 de febrero estaba convocada una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, organismo que reúne a la cúpula de las Fuerzas Armadas y del Ejecutivo y cuyas decisiones entonces eran vinculantes. La sesión se inició poco después del mediodía en el palacio presidencial de Ankara. Bajo la atenta mirada de Süleyman Demirel, presidente de la república, los altos mandos del Ejército, armados de documentos y recortes de prensa sobre las actividades islamistas en Turquía, leyeron la cartilla a Erbakan y a Tansu Çiller, vice primera ministra. Presentaron un memorándum de dieciocho puntos —que filtraron a la prensa— y exigieron una serie de medidas: aplicar la prohibición de llevar velo en las universidades, clausurar los cursos de enseñanza del Corán sin permiso estatal, reforzar el control del Ministerio de Educación sobre los restantes (a menudo gestionados por las *tarikats*), eliminar el ciclo de educación primaria de los colegios religiosos *imam hatip* y dificultar el paso de sus diplomados a la universidad, elevar el periodo de escolarización obligatoria de cinco a ocho años y reforzar el control estatal sobre las cofradías.

En los alrededores del palacio presidencial, los periodistas aguardaban bajo el frío intenso. Transcurrieron casi nueve horas antes de que el primer ministro y su segunda compareciesen ante los micrófonos. Tansu Çiller estaba descompuesta. Tildó el memorándum de «inaceptable» y prometió llevarlo al Parlamento. Erbakan acusó a los «fundamentalistas kemalistas» y a los

«fundamentalistas de izquierda» de tratar de acabar con los «religiosos» de la misma manera que «Hitler y Stalin», y dijo que se había negado a firmar las medidas. Sin embargo, pocos días después dio su brazo a torcer y estampó su sello en el documento.

Parte del Refah criticó el cambio de postura. A la cabeza de los disidentes se situaba el alcalde de Estambul, Recep Tayyip Erdoğan: consideraba más honrado abandonar la coalición de gobierno. Desde el estrado parlamentario, la respuesta de Erbakan no pudo ser más dura: «Aquí no tiene sentido hacerse el machote. Esto no es un juego de niños». Para Erdoğan, el principal problema era la reforma educativa (el único punto que realmente se llegó a cumplir al completo), puesto que el formato de ocho años de educación obligatoria, junto con los obstáculos impuestos, hacía menos atractivos los *imam hatip*. Y de esto se trataba: todos sabían que los *imam hatip* habían dejado de ser institutos de formación de imames para pasar a convertirse en escuelas confesionales y criadero de futuros votantes islamistas. Según un informe interno del Estado Mayor, si se permitía a los *imam hatip* seguir existiendo, del 21 % de 1995, los islamistas subirían al 34 % de los votos en los siguientes años, y de ahí iría en aumento. Un cálculo que se revelaría extremadamente exacto.

LA CAZA DE BRUJAS

Los siguientes meses trajeron una guerra de desgaste en la que los militares recibieron el apoyo de la Judicatura y gran parte de la prensa. A principios de junio, el diario *Hürriyet* publicó en portada un explícito titular, atribuido a fuentes dentro del Estado Mayor: «Si hace falta, usaremos las armas». Esto provocó el pánico entre los ministros del DYP, que comenzaron a abandonar el Gobierno. Finalmente, el 18 de junio, Erbakan presentó su dimisión. Lo reemplazó Mesut Yılmaz, al frente de una coalición formada por el ANAP, el izquierdista DSP de Bülent Ecevit y algunos diputados transfugas que se habían bajado del barco de Çiller. Los militares habían ganado sin siquiera ensuciarse las botas.

Pero la tarea aún no había terminado. El islam político o la politización del islam debía ser desterrada completamente de Turquía, y el espíritu del 28 de febrero debía prolongarse durante «mil años», según declaró un alto mando militar. Había que quebrar la pata financiera del movimiento islamista. De acuerdo con documentos militares, en 1997, los islamistas —cofradías, asociaciones cercanas al Refah, empresarios afines— controlaban cerca de la mitad del PIB turco y poseían 19 periódicos, 110 revistas, 51 emisoras de radio, 20 canales de televisión, 2.500 asociaciones, 500 fundaciones, 1.200 residencias de estudiantes, más de 800 escuelas privadas y cursos preparatorios para la universidad y más de un millar de empresas. Los seguidores de Fethullah Gülen se llevaban la palma con 203 negocios a su servicio; la orden Nakşibendi disponía de 56; el Millî Görüş de Erbakan, 47 compañías; los Süleymancı, 29; y varias otras cofradías menores, 50 en total. Incluso grandes grupos empresariales como Ülker, İhlas, Kombassan o Yimpaş habían llegado a financiar algunas actividades islamistas. Perseguidas y excluidas de las licitaciones públicas, varias empresas ligadas al capital islamista terminaron por quebrar, y los militares aprovecharon la oportunidad para hacerse con ellas mediante su integración en el Fondo de Pensiones del Ejército (OYAK), que se convirtió, así, en el tercer mayor grupo empresarial privado del país.¹

Los años 1997 y 1998 supusieron una verdadera caza de brujas contra el entorno de los islamistas. Se despidió a tres mil empleados públicos y se iniciaron procesos legales contra 309 alcaldes y 265 funcionarios acusados de ser «contrarios al laicismo». Se decretó el cierre de catorce emisoras de radio y diecinueve canales de televisión por el mismo motivo. Varios líderes de cofradías religiosas fueron encarcelados, y otros, como Esad Coşan, de la logia de İskenderpaşa, y Fethullah Gülen, optaron por exiliarse.

El Consejo de Educación Superior abrió expedientes contra 750 académicos por «reaccionarios, separatistas o izquierdistas», y en centros como la Universidad de Estambul se establecieron «habitaciones de persuasión» (*ikna odaları*), en las que se encerraba a las estudiantes veladas junto a profesoras de altos valores kemalistas que trataban de convencerlas de que se quitasen el pañuelo.

«Durante el periodo de inscripción, nos decían: “Vuestros padres y madres hacen muchos esfuerzos para que estudiéis. Estáis en una universidad muy buena, en la que no todo el mundo consigue plaza. ¿Vais a arriesgar vuestra plaza por el velo?”», relata Halife Gökdemir, una antigua estudiante, a la cadena catari Al Jazeera. «Les dije que el velo se derivaba de mis creencias, y me respondieron que ellas también habían leído el Corán y que en ningún lado decía que había que cubrirse la cabeza, que nos estaban engañando. Me quité el velo para poder hacer la inscripción; estaba muy nerviosa, casi lloraba. Cuando me lo volví a poner para salir del edificio, se enfadaron y me dijeron que no me lo podía poner. Yo continué mi formación, aunque solo iba a los exámenes, cubriéndome el cabello con un gorro, pero otras compañeras dejaron los estudios.»²

La polémica del velo se convirtió pronto en uno de los grandes caballos de batalla del movimiento islamista. Se afirmaba que, al prohibirlo en las universidades, se cortaba el acceso a una gran parte del pueblo llano, ya que «entre el 60 y 70 % de las mujeres turcas se cubren el cabello».³ Según una encuesta de TESEV, el 73 % de las mujeres que se cubrían el cabello en 1999 lo hacían o bien con simples pañoletas, o bien con tocados tradicionales propios de las diversas regiones de Anatolia; el 5 % utilizaban el *çarşaf* o *abaya* (una tela negra que cubre a la mujer de la cabeza a los pies, solo dejando una parte del rostro a la vista, y que es usada en ambientes ultraconservadores), y el 22 % optaban por el *türban* que había popularizado la islamista Şule Yüksel Şenler en los sesenta (compuesto por dos piezas: una que impide que ninguna parte del pelo quede a la vista, y un pañuelo, generalmente de colores, colocado sobre la anterior). Los estudios muestran también que el uso del *türban* y el *çarşaf* se redujo a inicios de los 2000, pero repuntó hacia finales de década.

Esta todavía minoría de chicas cubiertas con el *türban* empezaba a reivindicar su lugar. Se organizaron acciones de protesta, como entrar en clase cubiertas con llamativos sombreros y pelucas postizas, lo que creaba lazos de unión entre las estudiantes devotas. Los islamistas con suficientes recursos, como el propio Erdoğan, enviaron a sus hijas a estudiar a universidades europeas o norteamericanas: allí, el velo era legal.

La represión no se limitó a los islamistas. El Estado Mayor estableció un grupo de trabajo dirigido a investigar las organizaciones islamistas, pero que terminaría convertido en una suerte de servicio secreto paralelo que se dedicaría a recabar información sobre la vida privada de funcionarios, empresarios, periodistas, intelectuales y políticos considerados cercanos al Refah o, simplemente, críticos con los militares. Según algunas fuentes, unos seis millones de personas fueron espiadas por esta estructura.⁴ Estas pesquisas fueron utilizadas por los generales turcos para ensuciar el nombre de los pocos periodistas que se atrevieron a cuestionar la legitimidad de la intervención, por ejemplo, insinuando que estaban a sueldo del PKK. A pesar de lo estrambótico de las acusaciones, reputados periodistas como Mehmet Ali Birand, Mehmet Altan, Mehmet Barlas o Cengiz Çandar fueron despedidos de sus puestos de trabajo. Regresaba lo que el politólogo Kerem Öktem llama «Estado guardián»: las estructuras oficiales y oficiosas que se erigían en defensoras de las esencias kemalistas de la república contra todo enemigo real o imaginado que se atreviese a criticar su nacionalismo. Daba igual que fuesen los islamistas, los kurdos, los izquierdistas, los liberales o, incluso, la Unión Europea y Estados Unidos: en el imaginario de estos «guardianes», todos los enemigos internos y externos conspiraban para despedazar Turquía.

El memorándum militar fue, además, la señal para que la Judicatura se lanzase a por el Refah. En mayo de 1997, el fiscal jefe de la república, Vural Savaş, anunció la apertura de una investigación contra el partido islamista, al que acusaba de haberse convertido en un «centro de actividades contrarias al principio del laicismo». Savaş consideraba que el país libraba una nueva «guerra de la Independencia» y que, por ello, era necesario acabar con todos los partidos «religiosos, separatistas, sectarios, fascistas y comunistas». En enero del año siguiente, el Tribunal Constitucional dio la razón al fiscal: ilegalizó el Refah y sentenció a Erbakan y varios otros dirigentes a cinco años de inhabilitación política.

La decisión se veía venir, así que Erbakan había ordenado a su fiel escudero Recai Kutan registrar una nueva formación que sirviese de continuación al Refah: se llamaría Fazilet Partisi (Partido de la Virtud). La misma noche en la que se conoció la decisión del Tribunal Constitucional, los renovadores del partido, con Recep Tayyip Erdoğan al frente, se reunieron en

Ankara: lo que de verdad necesitaba el movimiento islamista no era una copia del Refah, sino una renovación completa, y no debía estar dirigido por un hombre de paja, sino por un verdadero capitán. Así de claro lo dejaron en la primera reunión del Fazilet, en la que Erdoğan ya se dirigió a sus camaradas como si él fuera el líder del partido. Pero, a las pocas semanas, llegó una noticia que cayó como un jarro de agua fría entre los partidarios del todavía alcalde de Estambul: debía ingresar en prisión.

EPIFANÍA ENTRE REJAS

En plena campaña contra la ilegalización del Refah, en diciembre de 1997, Erdoğan había sido invitado a dar un mitin en Siirt, la provincia de la que era originaria Emine, su esposa. Aclamado por sus seguidores, Erdoğan se despachó a gusto:

En Turquía no hay libertad de conciencia y hay segregación racial. Nuestra referencia es el islam y jamás podrán eliminarnos. «Los minaretes son nuestras bayonetas; las cúpulas, nuestros yelmos; las mezquitas, nuestros cuarteles» [una cita del poeta Ziya Gökalp, padre del nacionalismo turco]. Nosotros acabaremos con el racismo imperante en Turquía. Porque el Refah es diferente al resto de los partidos. Así se abran los cielos y caigan sobre nosotros tormentas de lava, no retrocederemos. Mi referencia es el islam. Si no puedo ni decir esto, ¿qué sentido tiene la vida? En Occidente la gente tiene libertad de conciencia. En Europa se respeta a quienes rezan y a quienes llevan el velo. En Turquía se les pone obstáculos. ¿Por qué Turquía no puede ser igual de respetuosa? Nadie puede acallar la llamada a la oración, porque, allá donde la llamada a la oración calla, no hay paz. No se puede segregar al kurdo, al árabe, al circasiano, porque a todas estas personas las une el islam.⁵

Sus seguidores lo aclamaron. Ya lo veían como un líder de talla nacional. Pero en cuanto el discurso llegó a manos de Vural Savaş, el combativo fiscal inició un proceso judicial en uno de los temidos tribunales de seguridad del Estado, dedicados a casos de especial gravedad. Erdoğan fue llamado a declarar en Diyarbakır, ciudad próxima a Siirt y capital oficiosa de los kurdos de Turquía, fuertemente militarizada debido al conflicto con el PKK. Ante el juez aclaró que los polémicos versos leídos —que ocupaban un lugar sustancial en el razonamiento de la Fiscalía— eran parte del poema «La

plegaria del soldado» de Gökalp, que se enseña en la escuela, y defendió su derecho a declarar que, «como individuo», su referencia era el islam, «del mismo modo que el presidente [de Estados Unidos, Bill] Clinton tiene como referencia el cristianismo». No convenció a los jueces. El 21 de abril de 1998, el tribunal emitió sentencia: de acuerdo con el artículo 312.2 del Código Penal, el alcalde de Estambul había «incitado al odio étnico y religioso» y, por tanto, debía pasar diez meses en prisión y pagar una multa de 716 millones de liras (unos tres mil dólares de la época).

Las apelaciones fueron en vano. El Supremo confirmó el castigo y consideró que el discurso de Erdoğan había sido un «llamamiento a la guerra». La pena de prisión le fue reducida a cuatro meses y diez días, pero se dictaminó que, habiendo quebrantado la ley y habiendo sido condenado a cárcel, también debía despojarlo de sus derechos políticos de por vida. Debía abandonar el Ayuntamiento y sus sueños de concurrir a las elecciones legislativas. «Ni siquiera podrá ser elegido alcalde de su barrio», tituló al día siguiente el diario *Hürriyet*. Otro periódico, *Yeni Yüzyıl*, fue aún más categórico: «Tayyip Erdoğan está acabado». No podían estar más equivocados.

La condena de cárcel fue un regalo para Erdoğan, ya que reforzó su aura de líder perseguido por la maquinaria de un Estado brutal. Cabe recordar que, en aquel momento, la imagen internacional de Turquía era la de un país que arrasaba aldeas en su lucha contra el PKK, violaba sistemáticamente los derechos humanos y encarcelaba a los disidentes, entre ellos, a varios diputados como la parlamentaria kurda Leyla Zana, a la que el Parlamento Europeo había concedido en 1995 el Premio Sájarov a la Libertad de Conciencia. De hecho, una de las primeras críticas a la condena de Erdoğan llegó desde Bruselas: el jefe de la comisión parlamentaria que evaluaba la opción de una adhesión de Turquía a la Unión Europea, Piet Dankert, la tachó de «castigo a la libertad de expresión». Amnistía Internacional denunció la sentencia como «una clara violación de la Convención Europea de Derechos Humanos» e inició una campaña por la liberación de Erdoğan.

El día de su entrada en prisión, en marzo de 1999, cientos de seguidores se congregaron para despedir a Erdoğan frente a su casa del distrito de Üsküdar, un barrio costero en el lado asiático del Bósforo al que se había

mudado tras ser elegido alcalde. El condenado afirmó ante las masas:

No me despido de vosotros. Esto no es una despedida. Como he dicho siempre, si Dios quiere, esto solo será una pausa en una canción interminable. Continuaremos con los proyectos en los que hemos trabajado hasta ahora desde el punto en el que los dejamos. Estoy seguro de que, tras esta pausa, continuaremos el camino firmemente impulsados por este amor, por este cariño vuestro, hacia una Turquía luminosa, pacífica y fraternal.

Luego subió a un autobús alquilado para la ocasión que, antes de enfilarse hacia prisión, recorrió las calles de los barrios más conservadores de Estambul, donde miles de personas lo saludaron al grito de «¡Turquía está orgullosa de ti!», con el fervor de quien despide a un héroe que marcha a la batalla.

Cada miércoles, el día establecido para las visitas, decenas de personas hacían cola ante la prisión de Pınarhisar, en el extremo noroccidental de Turquía, para ver a Erdoğan. Había familiares, militantes del Fazilet, periodistas y absolutos desconocidos cargados con frutas y dulces para el preso. En su celda se amontonaban misivas enviadas desde todo el país y parte del extranjero. Erdoğan lo recordaría así:

Leer una a una todas las cartas y responderlas me encantaba, porque para mí eran ventanas que se me abrían a los diversos rincones de Turquía. Montado en esas líneas, podía recorrer Anatolia, el mundo entero. En una pequeña aldea anatolia me sentaba junto a una niña frágil y triste, estudiante de un *imam hatip*. En Kosovo vivía con angustia el no poder consolar a una de nuestras hermanas, que había sufrido una violación. A veces recorría las calles de Berlín o de Londres junto a un emigrante. Otras, me trasladaba a las puertas de la universidad donde habían apaleado a una de nuestras chicas o participaba en un mitin.⁶

Pero no todo era soñar. Erdoğan leía los periódicos a diario y seguía la televisión. Despachaba con los compañeros del Fazilet que lo visitaban. Se sentía profundamente molesto por el hecho de que su viejo maestro Erbakan no lo hubiese propuesto como líder del partido. «Una encuesta que encargamos —entre las bases— sobre quién debería ser el presidente de la nueva formación indicaba que el 85 % apostaba por mí», declaraba. De ahí que, por primera vez, según reconocería más tarde a la prensa, concibiera en la cárcel

la posibilidad de romper con su padre ideológico: «Pensé en una política y un liderazgo alejados de Millî Görüş, y me planteé qué tipo de líder sería yo».7 Comenzó a estudiar en profundidad los programas y reglamentos de los partidos de otros países buscando inspiración, y comprendió que era necesario ampliar aún más la base de voto, abrirse a personas diferentes, y no necesariamente para *convertirlas* al islamismo, sino para trabajar junto a ellas. «Turquía —decía— no es una sociedad homogénea, sino heterogénea. Acoge diferentes creencias religiosas y visiones filosóficas. La componen individuos con diferentes identidades [...]. Para nosotros, esas diferencias no son algo que moleste: las consideramos una riqueza. Solo los regímenes totalitarios, incapaces de respetar estas diferencias, intentan acabar con ellas.»8

Al salir de prisión, Erdoğan era un hombre más sabio y reposado. Y más convencido. La política latía en él con más pasión si cabe, y la cárcel había sido solo un pequeño descanso para coger aire, analizar la situación con frialdad y tomar el impulso definitivo hacia la primera fila. Una voz interior le repetía que el futuro le reservaba grandes cometidos. A las puertas de la cárcel, la noche del 24 de julio de 1999, en la que recobró su libertad, lo recibieron de nuevo miles de personas. Gritaban: «¡Erdoğan, primer ministro!».

LA RUPTURA CON ERBAKAN

Erdoğan había observado las elecciones de abril de 1999 desde la cárcel. Los comicios legislativos fueron unificados con los municipales y adelantados a raíz del escándalo Türkbank: la venta de un banco rescatado por el Estado a un empresario cercano al primer ministro, Mesut Yılmaz, quien se había servido de un conocido mafioso para amedrentar a los restantes competidores. El vencedor de los comicios fue el veterano Bülent Ecevit: su Partido de la Izquierda Democrática (DSP), socio menor de la coalición gobernante, cosechó una inesperada victoria con el 22 % de los votos, seguido de los ultranacionalistas del MHP, con el 18 %. Los tradicionales partidos del centroderecha, el ANAP y el DYP, muy desgastados por sucesivos escándalos,

quedaban relegados a unos modestos 13 y 12 %, respectivamente. El Fazilet también cayó: obtuvo el 15 % de los votos, seis puntos menos que su formación predecesora. El golpe del 28 de febrero había llevado a los islamistas a cuestionarse la legitimidad de ciertas instituciones del Estado, pero creían que el viento del apoyo popular soplaba a su favor. Por ello, los resultados electorales de 1999 fueron un verdadero mazazo.

Con todo, los islamistas lograron mantener las alcaldías de Estambul, Ankara, Kayseri y Konya. En Estambul, el sustituto de Erdoğan al frente de la alcaldía, Ali Müfit Gürtuna, incluso amplió el porcentaje de votos hasta el 27 %, muy por encima del resultado cosechado por el Fazilet a nivel nacional. Abdullah Gül, que se había erigido en líder de la corriente renovadora del Fazilet, lo explicaba así a la prensa: «Es la recompensa a los cinco años de buen servicio de Erdoğan». A la vieja guardia de Erbakan no le quedaba más remedio que escuchar a los renovadores.

El Fazilet moderó aún más su discurso y abandonó completamente el proyecto «Orden justo» de Erbakan. Se centró en la defensa de los derechos humanos y la democracia liberal y en el fortalecimiento de la Administración local. En política exterior optaba por reforzar su relación con Occidente, especialmente con la Unión Europea. Quería ser considerado un partido conservador clásico, tal y como pedían los renovadores, y para ello nombró un comité ejecutivo en el que tenían cabida mujeres laicas que no portaban el velo. Pero el giro no convenció a los escépticos, y menos cuando una diputada del Fazilet, Merve Kavakçı, entró en el Parlamento con el velo islámico el día en el que debía tomar posesión de su acta. Fue expulsada del hemiciclo. La discusión que siguió en los medios de comunicación la aprovechó una vez más el fiscal Vural Savaş para iniciar un nuevo proceso de ilegalización contra la formación islamista, basándose en que esta era una mera continuación del ya prohibido Refah.

En la primera convención del Fazilet, en mayo de 2000, estallaron las tensiones internas. Por primera vez, el candidato oficialista, Recai Kutan, mano derecha de Erbakan, se enfrentaba a una candidatura alternativa propuesta por los renovadores, que exigían mayor democracia interna y un cambio más profundo en el partido. El candidato de los renovadores, en ausencia de Erdoğan, era Abdullah Gül, un economista formado en el Reino

Unido y en el Banco Islámico de Desarrollo de Arabia Saudí, muy apreciado en todo el partido. Sin embargo, por mucho que el lance se dirimiera entre segundos espadas, todo el mundo sabía que se trataba de una guerra por delegación entre Erbakan y Erdoğan. La vieja guardia intentó sin éxito convencer a sus contrincantes de que Erdoğan estaba traicionando los valores de la formación. Luego intentó modificar los estatutos del partido para evitar la presencia de una lista alternativa, pero tampoco lo consiguió. La votación se produjo en un clima extremadamente tenso. Kutan obtuvo el apoyo de 633 delegados y Gül el de los otros 521.

Erbakan había logrado contener el asalto, pero a costa de una enorme fractura.

La facción de Erdoğan también se hallaba en un callejón sin salida. Tras perder la votación, no podían arriesgarse a romper con el viejo maestro y dividir en dos el movimiento sin que se los considerara una panda de traidores. A esto se añadía una coyuntura poco esperanzadora: nadie en Turquía parecía necesitar ya a los islamistas. La Unión Europea acababa de otorgar a Turquía (en diciembre de 1999) el estatus oficial de candidato, algo que inyectó en la población la ilusión de un futuro más próspero luego de años de inflación galopante. Bülent Ecevit había firmado un acuerdo de coalición con el ANAP, pero también con el nacionalista MHP, liderado por Devlet Bahçeli. Era un ejemplo de reconciliación entre una izquierda y una ultraderecha que veinte años antes se enfrentaban a tiro limpio. Y, además, Ecevit se había apuntado un enorme tanto para el sector nacionalista: la captura del líder del PKK, Abdullah Öcalan.

Durante los últimos veinte años, el dirigente kurdo había vivido confortablemente bajo la protección del dictador sirio, Hafez al Asad, en Damasco. El valle de la Bekaa en Líbano, país entonces bajo control de tropas sirias, era un lugar ideal para el entrenamiento de los militantes del PKK, y Öcalan coordinaba una inmensa red de seguidores no solo en las zonas kurdas de Turquía, sino especialmente en los barrios de inmigrantes de Alemania y otros países europeos. El dinero que la diáspora kurda enviaba al PKK no siempre era una contribución totalmente voluntaria, y no había disidencia en el movimiento: contradecir a Apo se pagaba con la vida. La entrega de los fieles —y, según se decía, sobre todo de las fieles— era ciega.

Todo cambió cuando, en otoño de 1998, Turquía amenazó a Asad con una guerra si no extraditaba a Öcalan, que entonces tenía 49 años y era, según formuló *The Guardian*, «el último de una estirpe casi extinta: un revolucionario marxista-leninista de la vieja escuela, armado de un kaláshnikov». ⁹ Asad prefirió expulsarlo y el líder del PKK voló a Moscú, pero la solidaridad comunista ya no era la de antes, y tuvo que tomar un avión a Roma, adonde llegó con una novia de veintitrés años. La policía italiana lo detuvo, aunque semanas más tarde decidió que no podía extraditarlo a Turquía, pues todavía estaba vigente la pena de muerte, si bien no se había vuelto a aplicar desde los juicios militares de 1980. Durante días, cientos de kurdos peregrinaron a Roma en protesta y más de uno hizo ademán de quemarse a lo bonzo. Las cosas se calmaron cuando Italia rechazó también su solicitud de asilo y Öcalan huyó a Grecia. Pero para Atenas, pese a su tradicional enemistad con Ankara, todo aquello era una patata aún más caliente que para Italia, de modo que los servicios secretos griegos enviaron al guerrillero en un avión a Nairobi, donde lo hospedaron en la embajada helena mientras buscaban un nuevo país de asilo. Creían haberlo encontrado cuando, dos semanas más tarde, agentes kenianos que se ofrecieron a custodiarlo al aeropuerto lo depositaron en un avión que en realidad habían fletado los servicios secretos turcos. Horas más tarde, Öcalan estaba de vuelta en Turquía. El «asesino de bebés», el «terrorista número uno», estaba entre rejas. Y Ecevit era el héroe de los turcos.

La alegría duró poco. Si bien el declive de Ecevit comenzó por causas ajenas: el fortísimo terremoto que en agosto de 1999 sacudió la región de Mármara y destruyó İzmit, situada ochenta kilómetros al sureste de Estambul. Más de 18.000 personas fallecieron atrapadas entre los escombros. El Gobierno se mostró incapaz de reaccionar —la caja estatal para afrontar emergencias estaba vacía—, y fue la sociedad civil la que respondió: estudiantes, trabajadores, empresarios, jóvenes en su mayoría, se organizaron para gestionar la ayuda que llegaba de todos los rincones del planeta y el trabajo de los equipos de rescate enviados por los países vecinos y, muy simbólicamente, desde Grecia, no tan enemiga como se creía. El politólogo Kerem Öktem participó en las tareas:

Había miembros de todas las comunidades de Estambul, turcos, judíos, armenios, árabes, kurdos, bosníacos, y de todas las clases sociales. Insistían en ayudar. Éramos capaces de enviar a cientos de voluntarios a la zona, pero algunos funcionarios del centro de crisis se mostraban disgustados por la falta de respeto a la jerarquía. Un delegado del Ministerio de Exteriores incluso intentó echarnos [del centro de crisis] alegando que ocupábamos un escritorio más grande que el suyo.¹⁰

El seísmo costó al erario turco unos 13.000 millones de dólares (un 5 % de su PIB). Ecevit se vio obligado a firmar un programa de austeridad con el Fondo Monetario Internacional (FMI), pero en el año 2000, los bancos privados, que se habían multiplicado durante la década de 1990, empezaron a sufrir problemas de liquidez. La lira se desplomó, perdiendo un tercio de su valor, y hubo que pedir otro rescate al FMI. Esta vez, el programa de ajuste y privatizaciones exigido a cambio era tan duro que el presidente, Ahmet Necdet Sezer, que veía las exigencias del FMI como un intento de minar el poder del sacrosanto Estado, montó en cólera y le arrojó a Ecevit en la cara una copia de la Constitución en plena reunión del Consejo Nacional de Seguridad. A los mercados no les hizo gracia: las inversiones se volatilizaron, los intereses se elevaron por encima del 5.000 % y la lira perdió casi la mitad de su cotización. En pocos meses, más de un millón de trabajadores perdieron su empleo, decenas de miles de pequeñas y medianas empresas se declararon en bancarrota y varios bancos quebraron.

La situación comenzó a enderezarse cuando Ecevit nombró ministro de Economía a un directivo del Banco Mundial, Kemal Derviş, y le dio manos libres. En menos de seis meses, Derviş renegoció las ayudas del FMI y diseñó un programa de estabilización económica que acabó con décadas de inflación galopante. Sentó los cimientos de la recuperación con privatizaciones de los activos públicos, desregulación, reducción de las subvenciones y liberalización de sectores protegidos, una medicina amarga para el Gobierno de centroizquierda.

En esta situación, el islamista Fazilet había perdido fuelle en la vida política. Para más inri, se lo investigaba por haber escamoteado cerca de cuatro millones de dólares en ayudas públicas.¹¹ Pero como dice un proverbio turco: «Cuando Dios cierra una puerta de plata, abre otra de oro».

Esa puerta se abrió el 22 de junio de 2001. Ese día, el Tribunal Constitucional aceptó los argumentos del fiscal Savaş e ilegalizó el Fazilet por ser contrario al laicismo. Ni la moderación de su discurso ni su apuesta por la Unión Europea habían bastado para evitar la prohibición. Un mes después, Recai Kutan, siguiendo órdenes de Erbakan, registraba una nueva formación, el Saadet Partisi (SP, Partido de la Felicidad). Pero esta vez, el sector renovador en bloque se bajó del barco. Erdoğan, Gül, Bülent Arınç y varias figuras más decidieron que era hora de navegar por su cuenta. Así, el 14 de agosto inscribieron en el registro el Partido de la Justicia y el Desarrollo (Adalet ve Kalkınma Partisi, AKP). El nombre era un calco del partido islamista marroquí PJD (Parti de la Justice et du Développement), fundado en 1997 como heredero de una formación vinculada a los Hermanos Musulmanes. Y no solo el nombre: si el logo del partido marroquí era un quinqué, el del AKP era un punto más moderno: una bombilla eléctrica. Se trataba de iluminar la oscuridad en la que estaba sumida Turquía (la misma idea subyacía en los seguidores de Said Nursi, los *nurcu* o seguidores de la luz). Pero, además, las siglas AKP se prestaban a leerse como «AK Parti» o «Partido Blanco», «Partido Limpio», un mensaje contra la corrupción rampante. Los colores eran el azul, el naranja y el blanco, los de las familias políticas conservadora y liberal de Europa.

Bülent Arınç, uno de los fundadores del AKP, lo explica así:

El maestro Necmettin Erbakan era un ardiente defensor de la Visión Nacional [Millî Görüş], y nosotros decidimos salirnos de esa vía. Le dijimos: «Hasta ahora nos han cerrado cuatro partidos, el MNP, el MSP, el Refah y el Fazilet. Si seguimos por esta vía, prohibirán cada partido que fundemos. Nosotros estamos en política para servir a nuestro pueblo, y no queremos que ilegalicen nuestro partido cada dos por tres». El Saadet era un partido que continuaba tal cual la línea de Erbakan. Nosotros la respetamos, pero con ese pensamiento no era posible llegar al Gobierno de Turquía y, de llegar, no era posible dirigir el país. Nosotros queríamos gobernar Turquía, y para ello no podíamos seguir enemistados con las Fuerzas Armadas. Necesitábamos un nuevo estilo de dirección. Encontrábamos muy dañina la manera unipersonal de dirigir el partido. Teníamos que guiarnos por un nuevo pensamiento colectivo. Y, para gobernar Turquía, debíamos establecer buenas relaciones con todos los sectores sociales. Para ello, era imprescindible un nuevo lenguaje político, en positivo. Todo eso le dijimos a Erbakan, y así nos despedimos.

Paradójicamente, fue el exceso de celo del *establishment* laico a la hora de cerrar el camino a los islamistas lo que los llevaría al poder, si bien tras un lavado de rostro. Bülent Arınç reconoce que la decisión del Constitucional de ilegalizar el Fazilet fue crucial: «No hubo una ruptura. No somos el tipo de personas que se escinden si tienen un partido. Si el Fazilet hubiese continuado, ¿hubiésemos fundado un nuevo partido? Por supuesto que podría haber sucedido, pero habría resultado muy complicado. Fue cuando se ilegalizó el partido que cada cual siguió su camino». Erdoğan confirma este razonamiento: «Pese a que tuviésemos problemas dentro del partido y hubiésemos dicho en el congreso que las cosas no podían seguir así, estoy seguro de que, si el Fazilet no hubiese sido ilegalizado, no nos habríamos separado tan fácilmente». ¹²

Por delante quedaban casi tres años de legislatura para llegar preparados a las urnas. O eso pensaban todos. En julio de 2002, Devlet Bahçeli, el socio ultraderechista de Ecevit, propuso adelantar las elecciones a otoño. Aquejado por graves problemas de salud y una escisión en el seno de su partido, al primer ministro no le quedó más remedio que aceptar. Ecevit desconocía que acababa de firmar su sentencia de muerte, así como la de muchos de sus compañeros y rivales: las urnas de aquel noviembre se convertirían en un terremoto sin precedentes en la historia política de Turquía.

EL TRIUNFO DEL EUROISLAMISMO

El 11 de septiembre de 2001, el mundo asistió atónito al impacto de tres aviones de pasajeros contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono de Washington, los símbolos del poder económico y militar de Estados Unidos. De repente, la potencia hegemónica surgida tras la Guerra Fría había perdido su invulnerabilidad. Nada iba a volver a ser como antes.

La década de los alegres noventa, de pelotazos financieros a ritmo de samba, que parecía anunciar un nuevo orden en el que la democracia liberal y el capitalismo se expandirían sin límites bajo la égida de Estados Unidos y sus adláteres en Europa, había sido un mero espejismo. La misma globalización que impulsaba Occidente servía para llevar a sus hogares los desequilibrios creados en otros puntos del planeta y era aprovechada para extender por todo el orbe atentados en nombre de una fanatizada visión del islam: Bali, Moscú, Casablanca, Estambul, Madrid...

Haciendo uso de un nombre tan difuso y oportunista como el fenómeno que decía combatir, Washington anunció la Guerra contra el Terror que habría de poner patas arriba todo Oriente Próximo. Pero, para ello, necesitaba el concurso de Gobiernos aliados en el propio mundo musulmán. En este contexto, un partido islamista en Turquía aliado con Europa y Estados Unidos era el mejor baluarte que cabía esperar.

¿ISLAMISTAS O DEMÓCRATAS?

«Turquía se encontraba en una situación muy difícil. Las crisis económicas habían empobrecido al pueblo. El Parlamento no era capaz de llevar a cabo su tarea. Los políticos no decían la verdad. Y las Fuerzas Armadas pendían como una espada de Damocles sobre cada Gobierno. Nosotros dijimos basta: “A partir de ahora, será lo que decida el pueblo”. Y el pueblo confió en nosotros.» Son palabras de Bülent Arınç, uno de los compañeros de viaje de Erdoğan y miembro fundador del AKP.

Esa confianza otorgó al AKP una mayoría superlativa: 363 escaños de los 550 disponibles; la primera vez en quince años que un partido turco obtenía un mandato tan rotundo en las urnas. Y eso a pesar de que solo había conseguido el 34,3 % de los votos. La aritmética electoral hizo el resto: en el nuevo Parlamento solo había otra formación representada, el centroizquierdista CHP, con un 19,4 % de los votos. El resto de los partidos, depositarios de casi el 45 % de los votos, quedaron excluidos del hemiciclo al no superar la barrera del 10 % impuesta por la Junta Militar en los ochenta.

La razón de esta implosión del sistema político hay que buscarla en el hartazgo con los partidos tradicionales que habían dominado las anteriores dos décadas: ANAP, DYP, DSP, MHP y la nueva formación islamista de Erbakan, Saadet, quedaron borrados del mapa. Tampoco debe olvidarse que en aquellos comicios la abstención fue más alta que en otras citas y que la otra sorpresa la protagonizó el empresario Cem Uzan, conocido como el «Berlusconi turco». Su Partido Joven, fundado apenas tres meses antes del voto y de claro carácter populista, obtuvo el 7,3 % de los votos y se quedó a las puertas de obtener representación.

El AKP, si bien en Anatolia se sirvió de las antiguas redes municipales tejidas por el Refah y el Fazilet (la mayoría de cuyos alcaldes se pasaron a la formación de Erdoğan y no a la de Erbakan), en las grandes ciudades del oeste se presentó con caras nuevas de políticos treintañeros y cuarentañeros, más parecidas a las de un partido conservador o liberal europeo que a las de los combativos militantes del Refah. El resto del espectro político los descalificaba como «principiantes», pero uno de los jóvenes fichajes del AKP, Ali Babacan, que ejercería de ministro de Economía, se defendía: «Es normal que nos lo digan, pues representan a la vieja política. Y nosotros hemos

iniciado este camino para traer una nueva visión. Seremos abiertos y transparentes, porque sabemos que lo que necesitan los mercados es confianza y predictibilidad».

La campaña electoral del AKP se basó en explotar esa imagen de novedad, transparencia y europeísmo. Por ejemplo, se incluyó una cláusula en las normas del partido según la cual ningún miembro del AKP podía presentarse a más de tres mandatos en un mismo cargo, fuese de primer ministro, de diputado o de alcalde. «En el programa electoral, evitamos incluir cualquier mención a valores religiosos», refiere el exdiplomático Yaşar Yakış, otro de los fundadores del AKP y parte del equipo de seis miembros que redactó su programa. «Y los portavoces del partido dejaron claro que el AKP era equidistante a todas las religiones, incluso al ateísmo.»

Todas las reuniones del nuevo partido estaban presididas por enormes retratos de Mustafa Kemal Atatürk, pese a que solo unos años antes los políticos islamistas tachaban de «idolatría» el culto a la figura del fundador de la república. Aun así, los observadores internacionales no podían obviar su herencia religiosa. En la prensa, las definiciones variaban desde la de «islamismo moderado» hasta la de «islamodemócratas» —un calco de «democristianos»— o «euroislamistas» —un paralelismo con el eurocomunismo que implicaba aceptar el juego político de la democracia liberal—. «Yo comencé a utilizar el término “exislamistas” del mismo modo que se utilizaba el de “excomunistas” para definir a los políticos de los antiguos países socialistas», sostiene el periodista Ruşen Çakır.

Los líderes del AKP rechazaron todos estos términos. «“Demócratas conservadores” es el término que mejor define nuestra identidad política», asevera Bülent Arınç. «Nuestro pensamiento se basa, primero, en mantenernos fieles a los valores democráticos. Y, en cuanto a “conservadores”, se refiere a conservar los valores culturales y las creencias de nuestra sociedad.»

El AKP trató de atraer a sus filas a personas ajenas al movimiento islamista, y en los dos Gabinetes que formó durante su primera legislatura, solo cuatro de los veinticinco ministros habían militado en los partidos ligados al Millî Görüş de Erbakan. Otros cinco procedían de las filas del ANAP y otro, del DYP, ambos de centroderecha. Los restantes eran burócratas, académicos o directivos de empresas. A Yaşar Yakış, que estaba a

punto de jubilarse tras varias décadas de carrera diplomática, lo convenció Abdullah Gül —con el que había trabado amistad durante su etapa como embajador en Arabia Saudí— para hacerse cargo de la cartera de Exteriores. Se intentó fichar también a personalidades ligadas a empresas de la patronal laica TÜSIAD y a políticos socialdemócratas, pero el magnate Rahmi Koç abortó el intento: lanzó en la prensa el rumor de que Erdoğan había amasado una fortuna de mil millones de dólares con métodos dudosos. Eso amedrentó a muchos. Si el gran patrón del *establishment* no daba su beneplácito, no era bueno apostar por ese caballo.

UN DEMÓCRATA RENACIDO

Con todo, seguían existiendo dudas sobre el compromiso con la democracia del líder del AKP. Erdoğan, que a mediados de los años noventa aún decía «Gracias a Dios, nosotros estamos a favor de la *sharía*» o «La democracia es un instrumento, no el objetivo», ahora citaba a Voltaire y defendía a capa y espada la entrada en una Unión Europea que antes rechazaba. En una entrevista con *The New York Times* a inicios de 2002, Erdoğan prometía que su visión democrática incluía a aquellos que eran devotos y a aquellos que no. «Del mismo modo que el mundo ha cambiado, también yo he cambiado», aseveraba.¹ ¿Era creíble este cambio?

Mehmet Metiner, diputado del AKP y amigo de Erdoğan desde la década de 1990, considera que sí. Mientras que en sus años de juventud tachaba la democracia de «palabrota» y de «régimen impío», en la época en la que llegó a la alcaldía de Estambul, su crítica a la democracia se centraba en que un 51 % de los votantes pudiese imponer sus ideas al 49 % restante (un concepto que años más tarde, al ser él el beneficiado, defendería):

No tengo ninguna duda de que Tayyip Erdoğan es sincero cuando defiende hoy la democracia y el laicismo. [...] Tayyip Erdoğan es, como todos, una persona abierta al cambio. [...] Lo único que no creo que haya cambiado es su corazón. Su corazón y su forma de vida son los mismos del viejo Tayyip Erdoğan. Su cerebro ha cambiado y se ha renovado, pues no ha tenido miedo del cambio ni de la renovación.²

Tras la victoria en las elecciones de 2002, Erdoğan decidió que no había nada más sagrado que la palabra del pueblo. Y no era una simple máscara. Como todos los papeles que ha interpretado en su vida —el del joven islamista radical que reivindicaba la *sharía*, el de representante de los oprimidos, el de alcalde modelo—, su nuevo rol de demócrata lo interpretó de manera tan convincente que acabó por creérselo. Ese ha sido siempre el secreto de Erdoğan: la verdad absoluta —aunque cambiante— de un idealista, de alguien convencido de poseer una causa, en este caso, la causa del poder. Él es un hombre de acción, no de reflexión. Y, por tanto, también incapaz de profundizar demasiado en sus propias contradicciones. Puede defender algo y, más tarde, lo contrario, con la misma pasión y absolutamente convencido de ello. Así que le viene como un guante la descripción de «político puro» que hace el escritor Javier Cercas de Adolfo Suárez, uno de los principales actores de la transición española: «Igual que un histrión virtuoso declamando su papel sobre un escenario, él siempre se creía lo que decía, y por eso todo el que lo escuchaba acababa creyendo en él».³

Pero Erdoğan era un ganador sin escaño: la inhabilitación decretada por la Justicia lo había excluido de las papeletas. El AKP asignó la labor de formar Gobierno a su compañero Abdullah Gül, y este dirigió el país hasta que pactó con la oposición una reforma constitucional que permitió a Erdoğan recuperar sus derechos políticos. Acto seguido se presentó como candidato a diputado por la provincia de Siirt, en la que hubieron de repetirse los comicios legislativos tras detectarse irregularidades. En un acto de justicia poética, Erdoğan obtuvo el escaño por el mismo lugar en el que un lustro antes había leído los versos que lo llevaron a la cárcel. Con el acta de parlamentario en la mano (consiguió el 85 % de los votos), fue elegido nuevo primer ministro en marzo de 2003. Pero durante esos cinco meses de interregno de Gül, Erdoğan no permaneció ocioso. Al contrario: se embarcó en un frenesí de viajes por todo el globo actuando como un primer ministro *de facto*, pese a contar solo con el título de secretario general del partido. La prioridad era labrarse en Washington y Bruselas la imagen de respetabilidad que no le quería conceder el *establishment* laico de Turquía.

No era una tarea fácil. Los cables diplomáticos estadounidenses definían a Erdoğan como un hombre «arrogante y orgulloso», poseedor de «una ambición desenfadada» derivada de la creencia de que Dios lo había elegido «para dirigir Turquía» y con «rasgos autoritarios».4 En Washington, la realidad turca se leía de acuerdo con los planteamientos de su principal aliado sobre el terreno, el estamento militar. La suspicacia era tan grande que la embajada de Estados Unidos en Turquía no envió las preceptivas felicitaciones al AKP tras su victoria electoral. Pero esta percepción iba a cambiar rápidamente, y un hombre sería clave en el proceso: Cüneyd Zapsu.

Empresario de cuarenta y seis años, Zapsu es un hombre de mundo que habla perfectamente inglés y alemán. Se lo conoce como el Rey de las Avellanas porque se hizo rico con la exportación de estos frutos secos a Alemania y Estados Unidos. Procede de una importante familia de origen kurdo. Su abuelo, Abdurrahim Zapsu, fue alumno y compañero de armas del teólogo Said Nursi durante la Primera Guerra Mundial y, posteriormente, uno de los líderes de la revuelta kurda e islamista del jeque Said contra la recién nacida república turca (1925). Su tío político, Musa Anter, asesinado por los servicios secretos turcos en 1992, fue uno de los principales intelectuales y dirigentes del nacionalismo kurdo de raíz marxista. Su padre, Mustafa Pertev Zapsu, estuvo involucrado en el conservador Partido Demócrata, por lo que se exilió a Múnich tras el golpe de Estado de 1960. Y allí, en las escuelas de la muy católica Baviera, se formó Cüneyd, en cuya personalidad convergen los rasgos de la religiosidad islámica de sus antepasados con una alegría de vivir turco-mediterránea y una actitud alemana: la ambición de lograr resultados claros. «Mi trabajo es conectar a la gente. Conozco el modo de pensar de ambos mundos: el oriental y el occidental. Pero pienso en alemán», se define el empresario.

Con Erdoğan le une una amistad sui géneris que se remonta a finales de los ochenta, cuando el joven y ambicioso político estambulí, deseoso de hacer carrera en las filas del Refah, le solicitó audiencia, interesado en conocer al hijo de la estirpe Zapsu. Cüneyd Zapsu aceptó a regañadientes, pues él era partidario del primer ministro centroderechista Turgut Özal —a cuya familia conocía personalmente— y era un destacado miembro de la patronal TÜSIAD,

rotundamente laica. Pero Erdoğan le cautivó de inmediato por sus dotes de liderazgo: «Me impresionó enormemente. Tiene algo. Cree en todo lo que dice. Su lenguaje corporal es fantástico. Cuando habla, el público lo adora».

Zapsu amplió las miras de Erdoğan sobre la economía, sobre la política, sobre las mujeres, y le abrió las puertas a un nuevo mundo. En diversas ocasiones trató de convencerlo de que abandonase la disciplina del Refah y formase su partido, con el que podría conseguir, le decía, «el 45 % de los votos», pero para ello era primordial abandonar la retórica antisionista y antioccidental. La oportunidad llegó con la creación del AKP. Aunque no tenía intención de entrar en política, Zapsu aparecía en el acta fundacional del partido, lo que le trajo disgustos en la patronal: «Me miraban escandalizados: “¡Pero cómo puedes hablar con esa gente! ¡Hablar siquiera!”».

El empresario se convirtió en la mano derecha de Erdoğan durante la primera legislatura del AKP (de forma extraoficial, primero; con el cargo de asesor jefe del primer ministro, luego), y también en el confesor por el que pasaban ministros y políticos temerosos de plantear ciertas cuestiones al nuevo líder turco. En palabras de Zapsu: «Mucha gente le tiene miedo. Lo temen porque no lo conocen. Normalmente, cuando le planteas algo, su primera reacción es negativa, pero si insistes en tratar de convencerlo, empieza a escuchar, piensa “¿Por qué esta persona es tan cabezota como para llevarme la contraria?”, y se interesa en lo que dices».

Sin embargo, Zapsu estuvo más de una vez a punto de arrojar la toalla por la dificultad de trabajar día a día con Erdoğan, de luchar contra su terquedad y obstinación. Él mismo lo relata:

Me impliqué en el Gobierno y perdí dinero al dejar mis empresas desatendidas. Así que, ¿por qué quedarme si no me escuchaba? En una ocasión había estado hablando durante horas con Erdoğan para convencerlo de algo. Y me dijo que no a todo. «Tú no entiendes de política», me decía. Me cabré mucho. Llamé a mi secretaria para que me comprara un vuelo de vuelta a Estambul. Fui a mi casa en Ankara y empecé a empaquetar mis cosas. Entonces me llamó un empleado: «Cüneyd *bey*, encienda la televisión». Lo hice: ahí estaba Erdoğan, hablando en público y repitiendo una por una las cosas que yo había defendido. Tal cual. Incluso expresadas mejor. Eso me produjo una honda satisfacción... más que ganar unos millones de dólares. Este tipo de cosas me daban fuerza como para seguir trabajando otros tres o cuatro meses.

En el mundo de la alta política y en el de las relaciones internacionales, el Rey de las Avellanas era el lazarillo del político de Kasımpaşa. A través de sus contactos le abría las puertas de numerosos despachos en Bruselas y Washington, y fue uno de los arquitectos de los viajes internacionales que lo convirtieron en un político aceptable a ojos del mundo.

En noviembre de 2002, Erdoğan y varios representantes del AKP partieron de Turquía en una gira por medio mundo a fin de presentarse a los líderes de los países amigos y garantizarles que no se desviarían de los compromisos adquiridos por sus antecesores. Viajaban hasta a tres capitales al día: «Por la mañana desayunábamos con un Gobierno, a mediodía comíamos con otro y por la noche cenábamos con un tercero», recuerda uno de los implicados. Erdoğan y sus acompañantes se desplazaron a catorce países europeos, a Rusia y a China para mantener encuentros con jefes de Estado, ministros y líderes políticos y de la sociedad civil.

A mediados de noviembre, Zapsu se adelantó para preparar un encuentro en Estados Unidos. No iba a ser la primera visita de Erdoğan a Estados Unidos: ya a inicios de 2002, antes de la victoria electoral, había mantenido varias reuniones en ese país, por ejemplo, con el exagente de la CIA Graham Fuller, involucrado en el apoyo estadounidense a movimientos islamistas contra el comunismo y uno de los grandes apologetas de las virtudes del «islamismo moderado» que representaba el AKP como muro de contención contra el radicalismo. Pero esta vez Zapsu quería apuntar más alto. «¿Por qué no arreglamos una visita de Erdoğan a George W. Bush?», propuso a los representantes diplomáticos turcos. El embajador lo miró con condescendencia:

«Pero ¿qué dices? Esto no es el mundo de los negocios. Esto es política. Hay una lista como de cuarenta jefes de Estado esperando a entrevistarse con Bush. Además, tu hombre ni siquiera tiene cargo de primer ministro, es solo el secretario general de un partido. Olvídate».

Zapsu no hizo caso y telefoneó a Erdoğan, que se encontraba en Estocolmo:

—¿Quieres reunirte con Bush?

—¿Crees que es posible? —inquirió Erdoğan.

—Lo peor que puede ocurrir es que digan que no. Y no te lo dirán a ti, sino a mí. Así que tú no pierdes nada.

«Empecé a hacer llamadas. Tenía muchos contactos en el Foro Económico Mundial. Uno de mis colegas conocía muy bien a los “neocon”. Fue cuestión de hacer llegar el mensaje.» Un par de semanas después, el vicesecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, viajaba a Ankara con una invitación para Erdoğan. Nadie —ni los diplomáticos ni el Ministerio de Exteriores turcos— había sido informado de las gestiones, que solo conocían Erdoğan y Zapsu. El 10 de diciembre, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, recibió a Erdoğan en Washington con los honores reservados a un jefe de Gobierno.

La apertura diseñada por Zapsu funcionaba. El primer ministro británico, Tony Blair, definiría en sus memorias a Erdoğan y Gül como personas «sensatas» y «visionarias», políticos con los que era más fácil trabajar que con los dirigentes turcos previos. En 2005, el AKP fue admitido como miembro observador del Partido Popular Europeo (PPE), la gran familia democristiana del Viejo Continente, y su presidente, Wilfried Martens, se convirtió en invitado asiduo de los congresos de los euroislamistas turcos. «La gran mayoría de los miembros —del PPE— estuvieron de acuerdo en que el AK Parti es muy similar a la mayoría de los partidos democristianos de Europa y en que es importante que el grupo tenga un socio fuerte en Turquía», reconocía entonces Robert Fitzhenry, portavoz del PPE.⁵

Bülent Arınç lo relata así:

Erdoğan se entrevistó con primeros ministros, con presidentes. Mantuvo encuentros con los centros de poder más importantes. Tras estas giras, la desconfianza de Occidente se redujo. Vieron que el AKP no sería un Gobierno islamista como lo habían pintado, ni tampoco era un partido religioso a favor de la *sharía*, sino una formación que miraba a Occidente, que creía en el Estado de derecho y en la fuerza de la democracia. Creyeron en nosotros y en nuestra honestidad, y eso supuso un gran apoyo psicológico para el AKP. Tenemos una gran deuda de gratitud con Occidente. Una deuda que aún perdura.

Aunque había otro factor de peso, llegado desde la Anatolia profunda, que impulsaba el cambio en el AKP: la emergencia de una burguesía religiosa con suficiente capital como para empezar a jugar en el estadio de la élite laica

de toda la vida, pero cansada de las aventuras políticas de Erbakan. Sus negocios requerían estabilidad.

LOS TIGRES ANATOLIOS

Para llegar a Kayseri hay que cruzar la inmensa estepa anatólica en la que solo despunta algún caravasar de la antigua Ruta de la Seda. Las pallozas de los alrededores aparecen semiderruidas: ya no hay apenas pastores de ganado ni campos que labrar. Pero todo cambia al penetrar en la ciudad. Mientras muchas localidades de Anatolia Central y Oriental poseen ese aire triste de las cosas abandonadas a medio terminar, con calles levantadas y solares vacíos, Kayseri es puro gerundio: en todas partes se está construyendo. «A la derecha, pueden ver el nuevo estadio, muy similar al Amsterdam Arena del Ajax, y, a la izquierda, la estación de autobuses, a imitación de la terminal de un aeropuerto austríaco», indica orgulloso İlter Sağırsoy, un periodista local que guía una visita de periodistas extranjeros: «Para remodelar las pistas de esquí, hemos viajado a Toronto y los Alpes».

En la década de 1950, Kayseri era una pobre localidad de sesenta mil habitantes olvidada por el Estado, cuyos jóvenes emigraban a las grandes metrópolis del país y del resto de Europa. Apenas había un par de fábricas, sostenidas por subvenciones estatales y por un crédito de la Unión Soviética. Medio siglo más tarde, en el área metropolitana habitaba casi un millón de personas. Con su millar de fábricas y un volumen de negocios cercano a los dos mil millones de dólares anuales, se había convertido uno de los motores del despegue económico de Turquía.

En las décadas de 1980 y 1990, cuando Turquía comenzó a abrirse al comercio exterior, los empresarios de Kayseri, siguiendo la doctrina neoliberal de Turgut Özal, empezaron a establecer relaciones en el extranjero, a fundar grandes negocios y a financiarse con los bancos que ellos mismos habían establecido y que respetaban las normativas islámicas, como el préstamo sin intereses o a riesgo compartido. El empresario Mehmet Toker, un hombre ya de pelo cano, pero alto y activo, que dirige uno de los quince hospitales privados de la ciudad, explica:

Kayseri no es una ciudad para la agricultura: la tierra no es productiva y el clima no es adecuado. A la gente solo le quedan dos posibilidades: estudiar y formarse en una profesión o montar su propio negocio. En Kayseri hay una tradición comercial que viene de antiguo. Hemos heredado de los armenios la cultura de la industria; de los griegos, el comercio; de los turcos selyúcidas y otomanos, el *ahilik* [un sistema medieval de normas de comportamiento entre los artesanos]. Además, a la gente de Kayseri le gusta dar ejemplo dentro de la familia; los mayores instan a los jóvenes a que inviertan, trabajen y pongan en marcha sus propios negocios. Es una mentalidad comercial que, unida a una buena educación, da como resultado a unas personas emprendedoras, valientes, capaces de afrontar riesgos.

La evolución de las empresas de esta ciudad sigue a menudo un patrón: el abuelo, un hombre pío procedente de una aldea, aprendió un oficio como discípulo de algún maestro artesano y estableció una pequeña empresa que sus hijos, ya urbanizados pero todavía ligados a su pueblo de origen y a las formas religiosas tradicionales, expandieron durante la era Özal. Y los nietos y nietas, educados primero en las academias de las cofradías islámicas y luego en buenas universidades públicas o privadas, viajan alrededor del mundo, desde África hasta América y China, en busca de nuevas oportunidades.

Es el caso de los Çorakçı, una familia dedicada al pequeño comercio que en 1986 decidió abrir su propio negocio. Los hombres de la familia viajaron a Alemania y a Italia y trajeron ideas y tecnología para inaugurar una de las primeras fábricas turcas dedicadas al mobiliario de cocina estandarizado. En una sociedad acostumbrada a encargarse sus muebles al carpintero local, su entrada en el mercado turco resultó complicada, pero, con el desarrollo de un gusto moderno y una verdadera sociedad de consumo, la empresa de los Çorakçı consiguió situarse entre las más importantes de Kayseri. Incluso decidieron enviar a uno de los vástagos de la siguiente generación, Akif Çorakçı, a estudiar a Estados Unidos para que aprendiese técnicas de *marketing*. «Al principio sufrí un choque cultural. Estados Unidos es muy diferente de Europa y de Turquía. La cultura, el modo de vida y la comida son distintos, y me llevó dos años acostumbrarme. Pero luego comenzó a gustarme. En Estados Unidos, si haces algo bueno, puedes tener éxito más fácilmente que en Turquía, y probablemente también más que en Europa», explica Akif Çorakçı. El joven turco habría deseado seguir su vida en América, pero su

familia lo reclamó y hubo de regresar a Kayseri para hacerse cargo de la promoción internacional de la compañía, que exporta a Irak, Irán, Afganistán, Alemania y Holanda.

«La gente de Kayseri tiene una cultura del trabajo, de la producción y del comercio. Saben que, si dan un paso correcto, ganan, y, si no, pierden. Por eso Kayseri cree en la globalización», explicaba en 2008 el entonces alcalde de la ciudad, Mehmet Özhasseki (AKP). «Somos conservadores, pero la gente siempre está mirando internet y viajando en busca de nuevas ideas.» «El modelo de desarrollo de Kayseri es una síntesis entre dar valor a las tradiciones y copiar lo bueno de otros, con un cerebro abierto a lo que ocurre a nivel mundial», agrega el empresario Toker mientras examina los planos de un nuevo hospital privado de su cadena. En las estanterías de su despacho, el ineludible Corán comparte espacio con obras de pensadores sufíes, clásicos griegos, libros religiosos judíos y cristianos y los últimos *best sellers*.

Kayseri es una ciudad muy conservadora: el número de mujeres que se cubren la cabeza con el velo es superior a la media de Turquía; son escasos los restaurantes donde se sirve alcohol, y tanto en el campus de la universidad como en los polígonos industriales se levantan los minaretes de las mezquitas. «La fe influye mucho, muchísimo en los empresarios de Kayseri, porque todo lo que hagan, las fábricas que funden y los puestos de trabajo que creen, les hará ganar en este mundo y también en el más allá. Para los que no creen, esto puede ser difícil de entender, pero es una fuerte motivación para nosotros», opina otro hombre de negocios de Kayseri. Para los Tigres Anatólicos —como fueron bautizados estos empresarios conservadores del centro del país—, el trabajo duro y el espíritu emprendedor es «un acto de oración». Un sistema de valores parecido al de los cristianos renacidos estadounidenses y que, según el politólogo Hakan Yavuz, contradice el concepto orientalista del fatalismo musulmán.

El razonamiento de diversos autores en Turquía y el resto del mundo según el cual el desarrollo económico acabaría con ideas *atrasadas* como las que propugnaba el islam político se demostró equivocado. Los empresarios islamistas del *atrasado* centro y este de Turquía se manejaron hábilmente en el entorno de la globalización y el neoliberalismo del cambio de milenio. Y a

medida que comenzaron a enriquecerse, empezaron a reclamar la parte de poder que les correspondía, pues no se sentían representados por las estructuras existentes.

En 1990, un grupo de cinco jóvenes empresarios fundó la asociación MÜSİAD con el ánimo de representar a las pequeñas y medianas empresas del centro y del este de Turquía. La entidad era un rival directo para la tradicional patronal turca, TÜSİAD, que agrupaba a las grandes empresas del país, en su mayoría radicadas en Estambul y el oeste del país. El acrónimo de la Asociación de Industriales y Hombres de Negocios Independientes (MÜSİAD) era un calco del de TÜSİAD, en el que la «MÜ» de «independientes» (*müstakil*) se podía leer también como «musulmán» (*müslüman*). El número de miembros creció rápidamente y de las cuatrocientas empresas afiliadas en 1991 pasó a cerca de diez mil en 1998, implicadas en sectores como el textil, el del mueble, la producción química y metalúrgica, la construcción y la alimentación. Su programa pedía liberalizar la economía, facilitar las exportaciones y reducir el peso del Estado. Apostaba también por imbricarse en su entorno: instituyó obras de caridad e instituciones educativas para formar a sus conciudadanos (en línea con la privatización de ciertos servicios públicos que preconizaba la Organización Mundial del Comercio) y estableció acuerdos con el sindicato HAK-İŞ, creado por el movimiento islamista. La suya era una «mentalidad de comerciante» basada en la evaluación de costes y beneficios que el propio Erdoğan —no en vano licenciado en Administración de Empresas— pretendía extender a la nueva política de Turquía.

Para satisfacer los gustos de esta naciente burguesía se establecieron lujosos restaurantes similares a los de la élite laica, pero sin alcohol, y las firmas de alta costura crearon líneas de moda recatada. Era, no obstante, una burguesía menos ostentosa: los empresarios de MÜSİAD canalizan parte de sus beneficios a escuelas, hospitales, instalaciones deportivas, centros sociales... como forma de cumplir con uno de los cinco preceptos del islam, la limosna o *zakat*, y porque saben que a la larga redundará en su propio interés. De este modo han logrado que en provincias como Konya, Karaman, Manisa o Kayseri, el analfabetismo sea casi inexistente y el desempleo se sitúe en torno al 5 % de la población activa, la mitad que la media del país. En Kayseri, los empresarios compiten por ver quién realiza más obras de caridad a lo largo

del año. Ahora bien, buena parte de ese milagro económico se deriva de la mano de obra barata. Un vecino de Kayseri se quejaba en 2009: «Beneficencia, beneficencia... ¡Me río yo de eso! ¡Que te digan cuánto pagan a sus trabajadores! ¡Doscientos veinte euros al mes! —poco más del salario mínimo de Turquía en ese momento—. Y luego viene el presidente de la república y les da premios por ser caritativos».

CAPITAL DE TURQUÍA: BRUSELAS

«La principal idea de este Gobierno no es el islam: son los negocios. Tenemos a un hombre de negocios como primer ministro», definía Cüneyd Zapsu al nuevo primer ministro turco. En consonancia, el nuevo Ejecutivo continuó el programa de ajuste financiero heredado de sus antecesores y consiguió reducir la inflación por debajo del 10 % por primera vez en veinticinco años. Tal y como exigían el FMI y la Unión Europea, el AKP se lanzó a vender numerosas propiedades públicas, y se vanagloriaba de que, solo en los tres primeros años de su gobierno, había privatizado más del doble que en las dos décadas anteriores. Los dividendos sirvieron para sanear las cuentas públicas y, además, las privatizaciones y las reformas legislativas aprobadas por el nuevo Parlamento atrajeron a numerosos inversores, lo que poco a poco fue convirtiendo a Turquía en la fábrica de Europa: si bien su mano de obra no era tan barata como la asiática, ofrecía más calidad y mayor cercanía a los mercados de destino. La nueva ola de industrialización se produjo, primero, a través de *joint ventures* con capital extranjero y, más tarde, a través de empresas turcas que se convertirían en gigantes multinacionales y que terminarían por conquistar jugosas porciones de los mercados de Europa, el Cáucaso y Oriente Medio.

Siguiendo las políticas sociales que había iniciado el Refah a nivel municipal, el AKP utilizó la mayor recaudación que llevó aparejado el auge económico para emprender una notable mejora en los servicios públicos, en especial en el transporte (clave en ciudades mastodónticas como Estambul o Ankara), la sanidad y la educación. Entre 2002 y 2007, el PIB turco creció a una media de casi el 7 % anual, al nivel de las potencias emergentes más

exitosas, y la renta per cápita pasó en esos cinco años de tres mil quinientos dólares a casi diez mil. Prácticamente todos los turcos notaron una clara mejoría en su situación económica. La pobreza se redujo del 30 al 8,4 %, y la hasta entonces exigua clase media se expandió como nunca antes. El optimismo socioeconómico se tradujo en la decisión del Gobierno de retirar seis ceros de la lira: los turcos, hasta aquel momento acostumbrados a contar sus gastos en miles de millones, tenían por fin una divisa normal, equiparable al dólar o al euro. Cuando entró en vigor la medida, el 1 de enero de 2005, un dólar se cambiaba por 1,29 liras y un euro, por 1,81.

La otra dirección hacia la que se encaminaron los primeros pasos del Gobierno del AKP fue Europa. Apenas un mes después de acceder al poder, el partido se vio bendecido por una esperada noticia. Durante la cumbre de Copenhague de diciembre de 2002, la Unión Europea decidió dar luz verde a la candidatura de Turquía. Si el país cumplía con los requisitos exigidos, en 2005 se iniciarían las negociaciones de adhesión y se abriría el acceso a los fondos europeos para equiparar estructuras políticas, económicas y judiciales. El país entró en una fiebre reformista sin precedentes, que contaba con el apoyo mayoritario de la población: según las encuestas, el 70 % de los turcos defendían la entrada en la UE. En cooperación con la oposición, se aprobaron cinco paquetes legislativos, que se sumaban a los dos ratificados durante el Gobierno de Ecevit y que pretendían armonizar las leyes turcas y las europeas. En el lapso de dos años, Turquía eliminó completamente de su legislación la pena de muerte; permitió emisiones en lengua kurda e idiomas de otras minorías; dificultó la ilegalización de partidos políticos; recortó las prerrogativas del Consejo de Seguridad Nacional, de manera que los militares vieron reducida su influencia sobre el Ejecutivo; suprimió los Tribunales de Seguridad del Estado; facilitó el acceso de la población a la Justicia; estableció la figura del Defensor del Pueblo... Junto a estos paquetes, Erdoğan trató de aprobar también medidas islamistas, como la obligación de incluir capillas para el culto en todos los nuevos edificios e, incluso, la penalización del adulterio, pero el revuelo que estas causaron hizo que se retirasen antes de ser sometidas a voto. «La diferencia entre entonces y ahora es que entonces estábamos nosotros para corregir cada paso en falso que daba», opina uno de sus antiguos asesores.

El espíritu reformista se extendió a toda la sociedad. Numerosas organizaciones cívicas participaban en el debate legal y, por primera vez, se las escuchaba. «Los debates sobre el Código Penal —reformado en 2005— fueron asombrosos. Las organizaciones de mujeres insistieron en revisar todos los artículos que tenían que ver con la violencia contra las mujeres y se aseguraron de que en los temas de los “crímenes de honor” y la violencia sexual se tuviese en cuenta el criterio de las mujeres, no el más extendido socialmente. Y el Gobierno aceptó su consejo. Fue un verdadero caso de democracia deliberativa», afirma la politóloga Ayşe Kadioğlu.⁶ En el nuevo Código Penal se incluyó el delito de violación marital, contemplado en pocos países.

De repente, todo lo que hasta entonces era sagrado —el Estado, las Fuerzas Armadas, la religión— podía ser sujeto de acaloradas discusiones con una libertad desconocida hasta el momento. Se hablaba sobre el genocidio armenio (aunque ello llevó a algunos intelectuales a los tribunales), sobre la guerra sucia contra los kurdos, sobre los derechos humanos, sobre el excesivo culto a la personalidad de Atatürk, sobre la religión y sus límites, sobre la homosexualidad (legal desde 1856, pero sujeta a fuertes tabúes)... Se inició la restauración de monumentos, como la iglesia armenia de Akdamar (reabierto en 2007); el monasterio ortodoxo de Sümela, que en 2010 vivió su primera ceremonia religiosa en casi nueve décadas; la escuela griega en la isla de Gökçeada, o la sinagoga de Edirne. Aunque parezca contradictorio, buena parte de las minorías griega y armenia y, en menor medida, la judía apoyaron con su voto al AKP. Incluso un joven grecoortodoxo fue nombrado líder de las juventudes del AKP en la isla turca de Bozcaada. No contaba en las papeletas, pero era muy simbólico. Frente a la apisonadora nacionalista del kemalismo laico, el modelo neootomano de respeto a las minorías parecía liberal.

Sin embargo, había una minoría que exigía un cambio de políticas a fondo, y esa era la kurda: pese a representar entre el 15 y el 20 % de la población del país, sus derechos lingüísticos y culturales habían sido pisoteados desde la fundación de la república. En un discurso ante sus seguidores en Diyarbakır en 2005, Erdoğan pronunció una frase histórica: «El problema kurdo es mi problema». Reconoció los errores del Estado y prometió una solución pacífica y negociada. Jugaban a favor el cese

momentáneo de la lucha armada por parte del PKK, la presencia del general Hilmi Özkök —de un talante más democrático que sus predecesores— al frente de las Fuerzas Armadas, y una reflexión en el seno del movimiento nacionalista kurdo que desembocó en la fundación del Partido de la Sociedad Democrática (Demokratik Toplum Partisi, DTP). La nueva formación rechazaba la lucha armada y no reivindicaba la independencia, sino únicamente el reconocimiento de la identidad kurda, una educación primaria en kurdo y el respeto a sus expresiones culturales. Tras décadas de una Turquía sumida en la violencia, la esperanza se abrió paso en la parte suroriental del país: el estado de emergencia fue levantado completamente en 2004 y, por primera vez en una generación, los kurdos experimentaron libertades tan básicas como la de poder moverse en su provincia sin estar sujetos a constantes controles militares.

Las cárceles y comisarías turcas, que hasta entonces habían sido agujeros negros donde la tortura y los malos tratos se producían con total impunidad — hasta tal punto que la imagen internacional de Turquía se resumía en la película *El expreso de medianoche*, de Alan Parker—, también comenzaron a cambiar. El Gobierno implementó una política de «cero tolerancia con la tortura» e incluso financió simposios como el que en 2004 congregó a medio millar de activistas de derechos humanos de un centenar de países para combatir esta lacra.

El 3 de octubre de 2005, reunidos en Luxemburgo, los veinticinco miembros de la UE dieron luz verde al inicio de las negociaciones de adhesión de Turquía. Se trataba de una imagen extremadamente simbólica: el viejo sueño kemalista de alcanzar las cotas de civilización contemporánea — en este caso, la Unión Europea— llevado a cabo por un partido de origen islamista.

Pero la firma del acta no aceleró el proceso. Por un lado, el Gobierno de Erdoğan se relajó una vez logrado el visto bueno y, por el otro, la Unión Europea comenzó a aquejar la fatiga de la ampliación. Para compensarlo, Erdoğan lanzó en 2006, junto con su homólogo español, José Luis Rodríguez Zapatero, el proyecto Alianza de Civilizaciones, que, aunque terminaría convertido en agua de borrajas por su superficialidad de planteamientos, pretendía fomentar el entendimiento entre culturas.

UN PARTIDO CORAL

El ambiente democrático con el que Turquía inauguró el siglo XXI se contagió al funcionamiento interno del AKP. Ya desde sus inicios, el partido se planteó como una formación coral. En parte, se debía a la necesidad de conjugar a las diversas familias o facciones que integraban el AKP —islamistas, liberales, nacionalistas turcos, conservadores de origen kurdo y, posteriormente, incluso socialdemócratas—, y, en parte, era un modo de romper con el modelo de Erbakan, que dirigía sus partidos como si fuera el jeque de una cofradía religiosa.

Aunque los puestos de poder estaban distribuidos como en el resto de las formaciones, para cumplir con la ley de partidos turca, la dirección era colegiada. «Eso fue una de las cosas que me movió a unirme al AKP, porque pensé que sería diferente al resto de los partidos», asegura Yaşar Yakış. Él mismo participaba en el comité ejecutivo, formado por doce miembros y que se reunía cada lunes para decidir el camino a seguir: «Había una gran atmósfera de debate que se extendía a todos los órganos del partido y del Gobierno». Por encima de este consejo había un núcleo rector informal compuesto por cuatro personalidades —Recep Tayyip Erdoğan, Abdullah Gül, Bülent Arınç y Abdüllatif Şener— y que se reunía con mayor frecuencia y debatía durante horas. Ellos eran la verdadera dirección del partido.

Erdoğan era solo un *primus inter pares*: el rostro público por su capacidad oratoria y su carisma que atraía al votante, lo cual no quería decir que fuese considerado todavía el verdadero o único líder, cerebro y jefe del AKP. A fin de cuentas, era solo un chico de barrio sin demasiada formación ni apenas contactos internacionales, que sí tenían otros miembros del partido de más pedigrí (también dentro del movimiento islamista había clases). Bülent Arınç era el nexo con los grupos más religiosos y, por su mayor edad, una fuente de inspiración. Şener, por su parte, era la mente económica y el más cercano a ambientes nacionalistas a los que los otros tres no tenían acceso. El rol de director del partido y del gabinete ministerial entre bambalinas lo ejercía Abdullah Gül, por su carácter más dialogante y habilidad diplomática. También era quien se encargaba de atemperar el tono más brusco de Erdoğan. En una ocasión, en 2004, al regreso de un tenso encuentro en Bruselas,

Erdoğan levantó la pernera de su pantalón y mostró los moratones que le había dejado en el tobillo su compañero Gül de tantas patadas por debajo de la mesa que le había dado para indicarle que mantuviera la compostura ante las reprimendas de los burócratas europeos.⁷

La diferencia entre el nuevo partido gobernante y la oposición se percibía con echar un vistazo al hemiciclo. «Chocaba ver que en las filas del AK Parti la mayoría —de los diputados— tenía el pelo negro y, en cambio, en las del CHP todo eran cabellos grises o blancos. Claramente, el AK Parti representaba a una generación de políticos más jóvenes. Las mujeres estaban infrarrepresentadas, pero aun así había más en las listas del AK Parti», rememora el periodista Murat Yetkin.⁸ «Todo ello hacía al AKP un partido más moderno que el resto de las formaciones en Turquía, gobernadas por anticuadas estructuras verticales y con unos líderes escleróticos como Deniz Baykal en el CHP [nacido en 1938] o Devlet Bahçeli en el MHP [nacido en 1948]», opina el periodista Yavuz Baydar, muy cercano al partido de Erdoğan en sus primeros años. «Ese cuarteto y ese liderazgo colectivo hicieron del AKP algo diferente.»

La magia duró apenas una legislatura. Abdülatif Şener abandonó el AKP en 2007, al abrirse una crisis con la oposición, la Judicatura y los militares. «Esperaba un golpe de Estado y trató de librarse de sus consecuencias, aunque no calculó bien el fuerte instinto de supervivencia de Erdoğan», apunta Çakır. Abdullah Gül fue elegido jefe de Estado, lo que le obligó a abandonar el carnet de su partido, reduciendo así considerablemente su influencia en el AKP. Además, de cara a los comicios legislativos de 2007, Erdoğan renovó las listas de candidatos, dejando fuera a casi la mitad de los antiguos diputados (y al menos una veintena de ellos, antiguos compañeros de Millî Görüş y muy cercanos a Bülent Arınç). Al propio Arınç lo dejó sin cargo gubernamental en la nueva legislatura, reduciéndolo a la categoría de diputado raso, hasta que, una vez escarmentado, lo rescató en 2009 con una cartera de vice primer ministro. Los mecanismos de liderazgo colectivo del AKP se fueron rompiendo, y se abrió la vía para que, paso a paso, Erdoğan consolidase su control del partido.

EL APOYO DE LOS INTELLECTUALES

Entre los intelectuales se produjeron grandes debates sobre la esencia del nuevo Gobierno, que planteaba un verdadero «dilema moral» para muchos, según recuerda el periodista Yavuz Baydar:

No sabíamos si apoyar o no al AKP. Algunos kemalistas, nacionalistas y parte de la izquierda decían: «Esta gente miente, tiene una agenda oculta, nunca cumplirá lo prometido y nos llevará al islamofascismo». Pero otros pensamos que no había que fijarse en cómo se definía el partido, sino en lo que hacía día a día, en si el nuevo Gobierno turco, al igual que hicieron en su momento los socialistas en España o los conservadores en Grecia, llevaba a cabo las reformas necesarias para acceder a la UE. Como dicen los ingleses: «No puedes saber cómo ha salido el pudín hasta que lo pruebas». Antes de la llegada del AKP, el sistema turco al completo estaba corrupto. Nada funcionaba. Había que cambiar muchas cosas. Y, hasta 2008, se hicieron numerosas reformas. Los medios se sentían más libres que antes y se rompieron muchos tabúes. Y los informes de progresos de la Unión Europea, que eran bastante objetivos, indicaban que las cosas iban por buen camino.

Un veterano izquierdista crítico con Erdoğan reconoce que en esos años «era más fácil hablar con el AKP que con el CHP». A él mismo acudían, por ejemplo, miembros del partido islamista en busca de recomendaciones sobre literatura política, o incluso pidiéndole que les diese clases sobre marxismo a fin de entender las ideas del grupo armado PKK. El escritor trotskista Roni Margulies sostenía: «Me encontré en Konya a una asociación islamista de derechos humanos defendiendo la no discriminación de los gais. Esto era impensable hace años. Hay un cambio de pensamiento. El AKP es como los partidos democristianos. La diferencia es que, al estar bajo ataque por parte del Estado, se ha visto obligado a convertirse en un partido reformista». En las entrevistas concedidas a la prensa extranjera, escritores turcos de fama internacional como Elif Shafak y Orhan Pamuk explicaban que no había tanta diferencia entre el partido de Erdoğan y otras formaciones centroderechistas europeas. Incluso el viejo maestro Erbakan parecía confirmar el viraje de su discípulo Erdoğan amenazando a los electores con que votar al AKP era «comprar un billete directo al infierno».

Intelectuales progresistas, liberales y prokurdos convergieron con el análisis que hacía la *intelligentsia* islamista, esto es, que los males de la sociedad turca eran responsabilidad de un Estado que, durante décadas, había tratado de imponer de forma autoritaria un sistema copiado a Occidente contra los deseos, las tradiciones y la cultura de una sociedad eminentemente tradicionalista, impidiendo así su evolución natural y la emancipación del pueblo turco. No le faltaban ciertas dosis de verdad a este razonamiento: las intervenciones militares impidieron el normal desarrollo de la política turca y promovieron la irresponsabilidad de las élites turcas, pues estas se acostumbraron a que la jerarquía castrense les sacase las castañas del fuego en lugar de ser ellas quienes, mediante el diálogo y la negociación, resolviesen los conflictos.

El fallo del análisis radicaba en sus conclusiones, en la ilusoria asunción de que sustituir la identidad cultural de la clase dominante —la burguesía laica por la islámica— solucionaría los problemas de Turquía. Esa idea era fruto del pensamiento tan en boga a caballo del cambio de milenio según el cual cualquier actor que aceptase el capitalismo y el liberalismo terminaría por asumir automáticamente los valores democráticos. Ese fue el gran error de la intelectualidad turca, del que solo se daría cuenta años más tarde. Cuando ya no había marcha atrás.

EL MIEDO A LAS MASAS

El sol brilla sobre un cielo límpido. Hombres armados con banderas a diez liras y botellines de agua a una hacen guardia a lo largo de la avenida Abide-i Hürriyet, en la que el olor de la carne chisporroteando en las parrillas de los carritos de comida se eleva sobre el gentío. Los vendedores ambulantes pretenden hacer el agosto en este soleado domingo de finales de abril de 2007 que, desde primeras horas de la mañana, ve a miles de personas procedentes de diversos barrios de Estambul afluir hacia la plaza de Çağlayan. Cintas rojas con el lema «Tras los pasos de Atatürk» y gafas de sol Ray-Ban adornan los rostros de chicas jóvenes, melena al viento. Rojas son también las camisetas y las banderas de la media luna y la estrella. El color de la enseña nacional lo domina todo. Una marea roja de medio millón de personas dispuesta a engullir al Gobierno. Es una manifestación de protesta, sí, pero el ambiente es optimista, casi eufórico: de victoria. «Vamos a ganar», se dicen, «el Gobierno no puede desoír al pueblo, nosotros somos la verdadera Turquía».

El objetivo de este «Mitin por la república» es impedir que un islamista ocupe el asiento de la jefatura de Estado, el puesto más sagrado de la república, el mismo que ocupó Mustafa Kemal Atatürk. No es la primera manifestación de protesta: dos semanas antes, el 14 de abril, más de cuatrocientas mil personas se congregaron en Ankara, en los alrededores del mausoleo donde yacen los restos del padre de la patria. Convocada por varias organizaciones cívicas y partidos de oposición, la movilización exigía al primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, desistir de su intención de acceder al cargo de presidente de la república tras el fin del mandato de Ahmet Necdet

Sezer, exmagistrado que había ostentado el cargo desde el año 2000. Lo lograron. Erdoğan, tal vez atemorizado por tamaña movilización popular —la prensa la consideraba una de las mayores manifestaciones de la historia del país—, se echó atrás. Sin embargo, nominó a Abdullah Gül, en ese momento ministro de Exteriores. La candidatura debía ser refrendada por el Parlamento y, dada la mayoría absoluta en escaños del AKP, estaba asegurada. No había ningún obstáculo legal.

Pese a su talante más diplomático, Gül tampoco convencía a los sectores kemalistas: ¿cómo podía representar a la laica república de Turquía alguien cuya mujer se cubría con el velo islamista? Aparte de este argumento fácil, su mayor temor era que el AKP acumulase más resortes del poder y nadie fuera capaz de vetar nombramientos de los altos cargos de la Administración y la Judicatura, como sí había hecho Sezer. «El régimen político de Turquía nunca se ha visto sometido a un peligro tan grande como el que afronta ahora», sentenció el presidente saliente. Las clases media y alta de las ciudades del oeste de Turquía y de la capital se echaron a la calle. A Ankara y Estambul siguieron Manisa, Çanakkale y Samsun, con decenas de miles de manifestantes dispuestos a «salvar la república», y, finalmente, Esmirna, donde más de un millón de personas se congregó para mostrar su oposición al candidato del AKP. Erdoğan y su Gobierno estaban contra las cuerdas.

«¡El pueblo ha despertado y el imam se ha desmayado!», corea la masa durante ese domingo soleado en Estambul, jugando con el nombre de un famoso plato de la cocina turca. «Tratan de transformar el palacio presidencial de Mustafa Kemal Atatürk en el serrallo de una secta religiosa», denuncia Türkan Saylan, la presidenta de la Asociación de Apoyo para una Vida Moderna (ÇYDD) y una de las instigadoras de la protesta.

Otra de las consignas es «No a la *sharía*». La oposición hace correr el rumor de que el Gobierno de Erdoğan pretende transformar Turquía en «una república islámica como Irán». Pero ese es un temor exagerado. Todos los estudios sociológicos de la época coinciden en señalar que la sociedad turca es conservadora y religiosa, pero muy alejada del fundamentalismo. El 3,7 % de la población se declara atea o agnóstica, mientras que el 40 % dice acudir una o más veces a la semana a la mezquita; el resto se considera creyente, pero asiste a los rezos de manera «irregular», es decir, normalmente solo en las

fiestas religiosas y ocasiones señaladas. El porcentaje de los partidarios de aplicar la *sharía* se ha reducido del 26 al 19 % entre 1990 y 1999, y ha descendido hasta el 10 % a finales de la primera década del siglo XXI.¹

Con todo, el miedo de los manifestantes de la primavera de 2007 no es completamente infundado. El AKP pretende «crear una generación pía» y, para ello, ya ha comenzado a meter mano en el sistema educativo elevando de categoría a los profesores más religiosos. Así lo relata Aydın, un maestro de secundaria:

Ejercía de director de un instituto, pero, cuando el AKP llegó al poder, nombraron en mi lugar a un profesor que solo tenía tres meses de experiencia y que anteriormente había trabajado como funcionario de la Diyanet [Dirección de Asuntos Religiosos]. Con el antiguo sistema, antes de ser designado director, tenías que trabajar cinco años como profesor, aprobar dos exámenes sobre regulaciones administrativas y participar en dos cursos de orientación. El AKP ha cambiado estas reglas para llenar las escuelas con sus simpatizantes.²

Al clamor de las clases bienestantes de las ciudades del oeste, se opone el silencio de las capitales de Anatolia. Allí no hay manifestaciones, ni tampoco en los barrios conservadores de Estambul. «Los que se manifiestan contra Erdoğan no son el pueblo, sino los que han controlado los puestos clave durante ochenta años y que ahora temen perderlos», asegura İlhan, un trabajador de un modesto colmado que sigue por la radio el Mitin por la República en Estambul. Para él y para muchos otros votantes del Gobierno, algo huele mal en las protestas.

Desde inicios de año, la inestabilidad parece apoderarse de un país que había superado con éxito una grave crisis financiera y que daba pasos hacia la integración en la Unión Europea. Pero, de repente, todo había comenzado a torcerse.

El 19 de enero, pasadas las tres de la tarde, los telediarios anunciaron el asesinato del periodista Hrant Dink. La voz de los armenios turcos, el puente que pretendía superar el nacionalismo vigente en Turquía y Armenia, había sido tiroteada a las puertas del semanario que dirigía, *Agos*. Pronto se descubrirían un cúmulo de contactos entre el asesino, un adolescente de la

provincia de Trabzon, organizaciones ultranacionalistas y miembros de las fuerzas de seguridad. Pero la Justicia jamás esclareció los motivos de este crimen que conmocionó al país.

Tres meses más tarde, en la ciudad de Malatya, tres personas —una de ellas, un misionero protestante alemán— eran brutalmente degolladas en la sede de una editorial dedicada a la publicación de biblias y literatura cristiana. Los autores eran, otra vez, jóvenes imbuidos de ideas ultranacionalistas que ejecutaban un crimen a todas luces fuera de su alcance y en el que, nuevamente, se descubrió cierta complicidad de las fuerzas de seguridad. La prensa internacional se preguntaba si Turquía, dado su Gobierno islamista, había dejado de ser un lugar seguro para los cristianos. Sin embargo, dentro del país, no pocos veían tras estos asesinatos la oscura mano del *derin devlet*, el Estado profundo, que había asomado por la rendija del accidente de Susurluk: redes policiales, ultraderecha y mafia unidas para hacer la guerra contra los «enemigos de la patria».

Los asesinatos, lejos de amedrentar a la población, despertaron conciencias en muchos sectores de la sociedad turca. Jóvenes liberales y progresistas que no se sentían representados por los partidos del centroizquierda kemalista se unieron a las facciones renovadoras del movimiento islamista para decir «no» al racismo y al nacionalismo inherente al Estado turco. Conferencias, actos, conciertos y artículos se hacían eco de ese nuevo espíritu que pretendía convertir a Turquía en un país abierto al cambio, y no encerrado en sí mismo. Dejar atrás las proclamas oficiales que se recitaban en la escuela y los cuarteles, como «¡Qué feliz aquel que dice: “Soy turco”!» o «El turco no tiene otro amigo que otro turco».

El entierro de Hrant Dink galvanizó la nueva conciencia: tras el ataúd, marcharon más de trescientas mil personas que gritaban a coro: «¡Todos somos Hrant, todos somos armenios!». Era la primera vez que cientos de miles de turcos, para los que la palabra «armenio» siempre había sonado a algo cercano a un insulto, se golpeaban el pecho repitiendo el nombre de quienes se les había inculcado que eran los otros. Los enemigos. Ya no. Turquía despertaba.

Aquel lema enervaba a los nacionalistas, a la jerarquía castrense y al presidente Sezer, el mismo que el año anterior se había negado a felicitar al escritor Orhan Pamuk cuando este se convirtió en el primer turco en recibir un Premio Nobel. La razón: Pamuk se había hecho internacionalmente famoso no solo por su literatura, sino también por haber sido procesado en Turquía a causa de sus opiniones sobre las matanzas de armenios a manos del Imperio otomano y sobre la represión hacia la minoría kurda. Las escritoras Elif Shafak y Perihan Mağden y el editor Ragıp Zarakolu también desfilaron por los tribunales, acusados de «denigrar la identidad turca».

Porque, al mismo tiempo que una porción de la sociedad turca empujaba hacia el aperturismo global, hacia una sociedad posnacional y consciente de su riqueza y variedad multicultural, otra, enquistada en el Estado, se sentía molesta por la progresiva pérdida de su poder. Esta última consideraba que el Gobierno islamista, aliado con separatistas kurdos e izquierdistas de diversa ralea, y apoyado por Estados Unidos y la Unión Europea, conspiraba para diluir la identidad turca y sus valores nacionales.

¿POR QUÉ EL VOTO DE UN CABRERO VALE TANTO COMO EL MÍO?

«¡Turquía es laica y permanecerá laica!», se desgañitan los manifestantes del Mitin por la República en Estambul. El sol del mediodía comienza a picar sobre el cogote y, tras los discursos, los asistentes arrían las banderas para llegar a tiempo a almorzar en sus hogares. Ayça, una abogada en la treintena, justifica su presencia: «Entrar en la Unión Europea es importante, pero no podemos decir que sí a todo lo que nos pide. Antes que la democracia está el régimen laico, que actualmente se halla en peligro. Lo importante es que el pueblo se ha despertado, porque los que estamos aquí somos el pueblo».

El discurso de las élites kemalistas, que controlaban todavía buena parte del poder fáctico y llevaban la voz cantante en la economía, la cultura, la academia y la Judicatura, seguía esta argumentación de Ayça, que se puede resumir en los siguientes tres puntos (y que Erdoğan y sus afines calcarían al verse convertidos *realmente* en la nueva clase dominante de Turquía):

1. «El pueblo somos nosotros.» El pueblo no como el conjunto de la sociedad turca, sino como el grupo que expresa mis ideales, con exclusión del resto.
2. «La democracia debe ser supeditada a los principios del régimen.» La democracia solo funciona cuando ganan los *nuestros*. El régimen —en este caso, el régimen laico, unitario y nacionalista— está por encima de la soberanía popular, de la democracia, de los derechos humanos. (A este postulado, Erdoğan le daría la vuelta y, siempre que las urnas le fuesen favorables, defendería la soberanía popular por encima de todo: del régimen, de la democracia, de los derechos humanos.)
3. «El extranjero es el mal.» Los poderes geopolíticos o financieros, la Unión Europea o Estados Unidos, dependiendo del momento, intentan dividir y repartirse Turquía, como las grandes potencias hicieron con el Imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial. (Se trata del llamado «síndrome de Sèvres», por el tratado que fragmentó el territorio otomano en 1920.)

Resultaba extraño ver a las clases medias y altas de Turquía, que gustan de compararse con sus pares europeos (y cuyo modo de vida apenas difiere de los de Madrid, Milán o París), echar pestes de la misma Unión Europea, en cuyo seno antes defendían integrarse como culminación de la modernización de Turquía. «Existe en la psique colectiva de los turcos laicos cierta esquizofrenia hacia el mundo occidental que está cargada de admiración y de suspicacia al mismo tiempo», sostiene la politóloga Binnaz Toprak.³ Este recelo se derivaba del temor a que el proceso democratizador necesario para integrarse en la UE abriese las puertas a una mayor participación política de las masas «incultas» de Anatolia, en detrimento de los valores que ellos representaban.

«¿Por qué mi voto vale lo mismo que el de un pastor de las montañas?», se preguntaría la modelo y actriz Aysun Kayacı en un programa de debate de la cadena NTV. Le llovieron demandas de cabreros y ganaderos. Pero lo más grave de su afirmación fue el silencio o la simpatía con los que la recibía una

parte de la oposición. Aquello mostraba que, pese a llevar ejerciendo la democracia —o intentándolo— durante más de medio siglo, las élites laicas de Turquía habían asimilado escasamente el concepto.

Las palabras de Nevin, una señora de cincuenta años y participante en una de las protestas contra el Gobierno, reflejan claramente esta dicotomía: «Yo soy musulmana, pero no como estos (dice “estos” con especial repulsión, y se refiere a los islamistas en el Gobierno). Reciben los votos de la gente pobre que no tiene nada; les dan de comer, y así consiguen los votos... Y por eso nosotros, los verdaderos kemalistas, perdemos fuerza». Un laicismo elitista que la académica Banu Eligür define de la siguiente manera:

Un cierto segmento de la población turca que se define como laica trata de imponer a los demás su punto de vista de lo que considera un modo de vida correcto, del mismo modo que hacen los islamistas. Igual que la interpretación del islam por parte de los islamistas tergiversa la religión, la interpretación [kemalista] del laicismo lleva a que los ciudadanos más conservadores malinterpreten lo que significa el laicismo.⁴

A los kemalistas de clase alta como Nevin —gente que en su vida había visto a mujeres con velo que no fuesen sus mucamas—, les parecía disgustar especialmente tener que compartir sus exclusivos centros comerciales con las veladas damas de la nueva burguesía islamista. Y esta pose de superioridad moral era un factor que entregaría, una y otra vez, las elecciones a Erdoğan.

En la primera década del siglo XXI, el principal adalid del kemalismo, el CHP, se había convertido en una formación extremadamente elitista, si bien se reclamaba socialdemócrata. Liderado por el nacionalista Deniz Baykal y por una gerontocracia criada en barrios bien, el CHP había optado por lo obvio: construir su discurso de oposición aventando el fantasma de la islamización pretendida por el AKP. Esta «agenda oculta» de Erdoğan era, en su opinión, parte de un proyecto de dominación de Oriente Medio propugnado por la agresiva Administración de George W. Bush y sus halcones, que también pretendían dividir Turquía fomentando el independentismo kurdo. El batiburrillo de teorías conspirativas, chovinismo y eurasianismo que infectó durante años al CHP le impidió organizar una oposición real y moderna al AKP. Al contrario que en otros países europeos, el centroizquierda turco se convirtió, así, en el ala «conservadora» de la política por cuanto defendía la

continuidad del sistema y se erigía en defensor de sus esencias, mientras que el AKP, aún inscrito en la derecha, ejemplificaba la reacción antisistema y popular frente a un *establishment* inmovilista e incapaz de aceptar los cambios que tenían lugar en la esfera global.

«Nuestra izquierda es nuestra derecha.» Así lo resumió Ertuğrul Günay, socialdemócrata de toda la vida, diputado del CHP desde 1977 y secretario general del partido a partir de 1992. En 2005 fue expulsado y actuó en coherencia con sus ideales: se pasó al AKP. El partido lo premió con el cargo de ministro de Cultura y Turismo. Fue el más destacado de los tráfugas que veían en el partido de Erdoğan un verdadero movimiento del pueblo. «La gente con bajos ingresos vota al AKP. El partido socialdemócrata ha reducido su rol a la protección de un estilo de vida social. Desde su perspectiva, nuestro único problema es dónde conseguimos alcohol, qué vestimos y cómo impedir que esos migrantes de Anatolia se paseen por Beyoğlu —el centro de Estambul— vistiendo como visten.»⁵

Atrincherarse en la postura descrita por Günay fue un craso error que el CHP no remediaría hasta la siguiente década. «Si el debate se reduce a la dicotomía entre laicismo e islam, el AKP nunca perderá. Turquía es un país conservador, y el islam siempre ganará la partida en un debate así. Cuando los laicos atacan a Erdoğan por algo que ha dicho, muchos conservadores piensan: “Atacan a Erdoğan porque es musulmán y religioso”. Y eso refuerza sus sentimientos por él», sostiene el periodista Rusen Çakir.

Esta postura terminó por crear un círculo vicioso: cuanto más lejos se sentía el electorado de los kemalistas, con más suspicacia veían al electorado los propios kemalistas, que, en lugar de en las urnas, comenzaron a poner sus esperanzas en otras instituciones. No era raro encontrarse, en esas protestas primaverales, a manifestantes disfrazados de héroes de la guerra de Independencia, a veteranos luciendo condecoraciones en sus pechos asmáticos o a jóvenes manifestantes con pancartas en las que se leía: «Ejército, ¡cumple tu misión!».

El Ejército estaba incómodo. Y el general Yaşar Büyükanıt, jefe del Estado Mayor, no hacía mucho por ocultarlo. «Esperamos que el próximo presidente sea alguien que respete los ideales del Estado laico, democrático, de derecho y de estructura unitaria que recoge la Constitución, y que los respete realmente, no solo de boquilla», dijo el 12 de abril. Poco después felicitó a los jóvenes que salían a protestar en esa cálida primavera de 2007. Los militares temían que, de aplicarse los criterios y las reformas exigidos por la Unión Europea, su poder de influencia ante el Gobierno se viese reducido a cero. Y plegarse al poder político no era algo que el Ejército turco tuviese costumbre de hacer.

Igualmente les molestaba el tono conciliador de Erdoğan respecto a la cuestión kurda. Islamistas y separatistas eran las dos peores pesadillas de los generales turcos, que veían en Gül esa doble amenaza hecha realidad. En su tesis doctoral, defendida en Estambul en 1983, tras dos años de estudios en Inglaterra, se puede leer que el nacionalismo turco es «racista y fanático», y que la solución al problema kurdo pasa por reconocer «el pegamento común» que une a turcos y kurdos, es decir, «la hermandad islámica». ⁶

Así, la maquinaria se puso en marcha en un remedo de lo ocurrido durante el golpe «posmoderno» de 1997. Los rectores de las universidades fomentaban la participación de sus alumnos en las protestas —incluso se pospusieron algunos exámenes—; los magistrados expresaban su parecer contrario al Gobierno; la prensa calentaba el ambiente, y el Ejército... finalmente actuó. A las 23:20 del 27 de abril, solo unas horas después de que en el Parlamento hubiese culminado la primera votación —fracasada— para elegir a Gül presidente de la república, el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas publicó un memorándum en su web:

Se ha observado que recientemente algunos círculos han incrementado sus esfuerzos destinados a corromper los valores fundamentales de la República de Turquía, especialmente el laicismo. [...] El problema surgido del proceso de elección presidencial tiene que ver con estas discusiones sobre el laicismo. Las Fuerzas Armadas turcas observan esta situación con preocupación, pues no se debe olvidar que son parte de este debate y un absoluto defensor del laicismo. Además, las Fuerzas Armadas turcas se oponen a que se abra este debate y a que se hagan comentarios negativos [sobre el laicismo], y si hace falta lo demostrarán de forma abierta y clara. Nadie debe dudar. ⁷

Parte de los sectores laicos y kemalistas, incluyendo a la dirección en pleno del CHP, se mostró exultante. El Ejército había llegado al rescate. En la prensa, los analistas daban por finiquitado el proyecto de Erdoğan gracias al «memorándum de medianoche», y no pocos fantaseaban con un golpe de Estado como el de 1960, cuando, tras múltiples manifestaciones de protesta, la baja oficialidad se rebeló contra el Gobierno y ahorcó a Menderes, el primer ministro en el que Erdoğan se miraba como en un espejo y cuyo cadáver colgado le retrotraía a aquella tarde en que vio llorar a su padre. Pero Erdoğan no estaba dispuesto a convertirse en otro Menderes ni en otro Erbakan.

Al día siguiente, el Gobierno reafirmó su compromiso con el laicismo y la democracia, pero tachó la declaración militar de una «injerencia» en la elección presidencial. La Unión Europea acudió con un salvavidas: «Esto es un examen sobre si las Fuerzas Armadas turcas respetan los valores del laicismo democrático y la democracia. Es importante que los militares respeten las reglas del juego democrático». Estaba claro que, si contaba con el respaldo de Bruselas, el Gobierno no iba a caer. Así que Erdoğan compareció ante las cámaras con una postura más desafiante:

Si dejamos que [el Ejército] se inmiscuya en política, ¿entonces qué hacemos aquí? Si creemos en el Estado de derecho, democrático, laico y social, no podemos dejar que las Fuerzas Armadas se entrometan en los asuntos políticos. [...] ¿Cumple el señor Gül con los requisitos para ser presidente? Sí. Entonces la discusión se ha terminado.

El recurso a los militares no era la única baza en manos de la oposición. De acuerdo con las leyes entonces vigentes, el presidente se elegía con el voto afirmativo de al menos dos tercios del hemiciclo, es decir, 367 diputados. A partir de la tercera ronda de votación, bastaba una mayoría simple (276 diputados). El AKP disponía de 351 escaños y esperaba que Gül fuese elegido en esa tercera ronda. Sin embargo, el jurista Sabih Kanadoğlu se había sacado de la manga un razonamiento según el cual la elección debía ser anulada si no había *quorum* en el Parlamento. Y ese *quorum* eran los susodichos 367 escaños. Así que, durante la primera ronda de votación, prácticamente todos los diputados de la oposición se ausentaron. El Parlamento procedió con la sesión, pero el CHP presentó una demanda ante el Tribunal Constitucional el

día 28 de abril, con el memorándum militar en todas las portadas. Los magistrados constitucionales, aún bajo el influjo del pronunciamiento castrense, no tardaron en dar la razón a la oposición. La elección presidencial quedaba anulada. Turquía se sumía en el caos institucional y al Gobierno no le quedaba otro remedio que convocar elecciones anticipadas.

La oposición creía a Erdoğan tocado y medio hundido. El Ejército le había arreado un guantazo correctivo y el Constitucional había terminado por quebrarlo. El diario *Hürriyet* congeló el ambiente del momento en una instantánea tomada durante la celebración del Día de la Juventud, el 19 de mayo: en la tribuna de autoridades, el primer ministro, cabeza gacha, parapetado tras sus gafas de sol, soporta como puede la mirada glacial, soberbia, de la primera dama, Semra Sezer, el gesto adusto y reprobatorio del presidente, Ahmet Necdet Sezer, y el desdén de la presidenta del Constitucional, Tülay Tuğcu, y del jefe del Estado Mayor, Yaşar Büyükanıt, cuyos ojos lo ignoran como se ignora al mayordomo, al sirviente.

Para los suyos, en cambio, Erdoğan había recibido una paliza brutal y traidora, pero había resistido los embates de la todopoderosa maquinaria del Estado. Seguía vivo, como el púgil que se levanta, la nariz machacada, el labio sanguinolento, dispuesto a dar batalla hasta el gong final.

¿Cuál era la realidad? Las urnas, dispuestas para el 22 de julio, habrían de ser el juez que decidiese a los puntos el vencedor del combate.

REDENCIÓN EN LAS URNAS

Aunque, acorde a los principios del Corán, Erdoğan seguramente odie los juegos de azar, más de una vez recuerda a un apostador nato. A uno con suerte. Prácticamente en todas las ocasiones en las que ha roto la baraja —por necesidad o por gusto— y ha decidido jugarse sus opciones a una sola carta, ha ganado. Así lo hizo también en la campaña de las elecciones de julio de 2007. Lanzó un órdago: si no era capaz de alzarse con una victoria aplastante que le permitiese gobernar en solitario, abandonaría la política.

Jugó y ganó: la madrugada del 23 de julio, las fichas cayeron en su lado de la mesa en forma de papeletas. Un 47 % de los votos, doce puntos más que en 2002. Era la primera vez desde 1954 que los votantes turcos renovaban su confianza en un partido de gobierno con una mayoría más amplia que la anterior.

«Este es el memorándum del pueblo», tituló a toda página el diario progresista *Radikal*. El resto de la prensa llegó a los quioscos con portadas similares, dando por sentado que el resultado era una respuesta de la población al memorando militar de abril. El politólogo y columnista Cengiz Çandar sostenía: «No ha sido una victoria solo del AKP, sino también de todo el pueblo turco. Y es, además, una prueba de la madurez democrática de los turcos y un voto de protesta contra el intervencionismo de los militares turcos en política».

No era que la sociedad turca se hubiese vuelto islamista de la noche a la mañana, sino que el electorado salía en defensa de un partido que respondía a sus expectativas y gestionaba los recursos mejor que anteriores Gobiernos. Según una encuesta de la empresa A&G para el diario *Milliyet*, solo un tercio de los votantes del AKP apoyaban a Erdoğan por sentirse próximos a él ideológicamente. La razón más citada era el «buen servicio a la ciudadanía» (75,8 %). Ese servicio se había hecho notar sobre todo entre las clases bajas: entre 2003 y 2007, el Gobierno del AKP distribuyó a los más pobres 3.300 millones de liras en comida, ropa, becas y libros de texto gratuitos. También entregó ayuda financiera a más de un millón de familias en zonas rurales del este del país, a cambio de que enviaran a sus hijas a la escuela. Reformó el sistema sanitario para facilitar su acceso a toda la población y construyó 270.000 viviendas de protección oficial. A los funcionarios les elevó el salario y a los agricultores les ayudó a reestructurar sus deudas.

La segunda razón para el voto era el carisma de Recep Tayyip Erdoğan (57 %). Y uno de cada cinco votantes alegaba que no existía «un partido alternativo creíble». Por otra parte, buena parte de la oposición le negaba el voto al AKP no por miedo a su supuesta «agenda oculta», sino por desacuerdo con sus «políticas económicas» o por la «corrupción». No en vano, para aquellas elecciones de 2007, Erdoğan había expurgado las listas de candidatos

al Parlamento de aquellos con un pasado más islamista, incluyendo a figuras procedentes del centroizquierda y de la minoría aleví, así como del centroderecha laico y del mundo de los negocios.

Erdoğan se mostró conciliador tras conocerse los resultados y, en su discurso triunfal, tendió la mano a la oposición:

Quiero dirigirme a aquellos ciudadanos cuya elección democrática no ha sido el AK Parti. También he recibido vuestro mensaje. No importa a quién hayáis votado: vuestros votos también son importantes para nosotros. Respetamos vuestra decisión y la vemos como parte de la riqueza de nuestra vida democrática. La democracia es un régimen que toma su fuerza del pluralismo y de la libre competencia entre diferentes opciones políticas. Y, como primer partido en las elecciones, preservar esa riqueza es una de nuestras tareas. Estad tranquilos.

El Parlamento surgido de aquellas urnas era de los más representativos que había tenido Turquía en las últimas décadas. Contaba con frentes despejados en lugar de siglas distintas para ideologías similares. El AKP fagocitaba de forma definitiva todas las formaciones del ámbito de centroderecha, pero no a la ultraderecha: el MHP de Devlet Bahçeli volvió a surgir del descalabro de 2002 y se situó en un modesto pero sólido 14 %, haciendo honor a su histórica implantación en Anatolia. El otro contendiente era el CHP, el primer y durante décadas único partido de Turquía, que se asentó como opción para los votantes de centroizquierda con un 21 %. Sin embargo, se había convertido prácticamente en un partido regional: solo obtenía buenos resultados en las zonas costeras del oeste y el sur. A eso se añadía el recién fundado DTP del movimiento kurdo, cuyos candidatos se tenían que presentar como independientes porque sabían que el partido no era capaz de alcanzar la barrera del 10 %. Pero, por primera vez, formaron grupo parlamentario propio y se perfilaron como un bloque político claro. Incluso había un diputado de la izquierda marxista, ausente de la asamblea desde los años sesenta. Aquel sería el reparto que, con mínimas variaciones, habría de repetirse durante toda la siguiente década.

¿OTRA VEZ ILEGAL?

Con legitimidad renovada y una mayoría amplia —aunque, eso sí, de veintidós diputados menos, por la entrada de nuevos partidos al hemiciclo—, el AKP volvió a imponer su criterio y elevó a Abdullah Gül a la jefatura de Estado. El CHP le recriminó no presentar un candidato consensuado, pero es posible que esta vez la culpa no fuese de Erdoğan: el periodista Yavuz Baydar sostiene que el primer ministro barajaba la opción de un candidato que irritase menos a la jerarquía castrense y a los sectores laicos. Pero Gül, harto de ser un segundón, se plantó y dijo que él, y no otro, sería el undécimo presidente de la república. Así fue.

Salvado ese punto, los debates políticos se centraron en la reforma de la carta magna, un proyecto respaldado desde las instituciones europeas y una de las promesas electorales del AKP. Los preparativos estaban tan avanzados que la prensa comenzó a publicar esbozos del nuevo texto, según los cuales se planeaba eliminar ciertas instituciones heredadas de la dictadura militar, ampliar derechos individuales y colectivos, reconocer la diversidad de Turquía —por ejemplo, permitir la enseñanza de la lengua kurda— y garantizar a las estudiantes con velo el derecho al acceso a la universidad, a la vez que se preservaba el carácter laico del Estado.

Pese al amplio consenso social que despertaba la reforma en líneas generales, la matemática parlamentaria no cuadraba. Ni el CHP ni el MHP estaban dispuestos a sumar sus votos para un proceso constituyente o una profunda reforma del texto vigente que pudiera acabar con los contrapesos al creciente poder de Erdoğan: el Consejo de Seguridad Nacional, a través del cual los militares presionaban al Gobierno; los órganos de la Judicatura, aún mayoritariamente en manos de jueces kemalistas; el Consejo de Educación Superior, que controlaba férreamente las universidades... Para sumar los escaños necesarios solo quedaban los veintiséis diputados del DTP. Pero esta formación se negaba a condenar los actos terroristas del PKK, que había vuelto a escena con una sangrienta campaña de ataques a las fuerzas de seguridad. Era comprensible: aunque compuesto por políticos que querían dejar atrás la lucha armada y apostaban por una reconciliación dentro de la Turquía existente, el DTP contaba en gran parte con los votos de familias kurdas que tenían a uno o varios hijos «en el monte», es decir, en las filas de la guerrilla, o que seguían considerando como héroes a quienes hacían frente,

con el fusil en la mano, al Ejército turco. Condenarlos habría sido considerado por muchos votantes kurdos como una puñalada en la espalda. Para el AKP, asociarse con los diputados kurdos significaba entregar a la oposición un arma importante: la monopolización de las víctimas del «terrorismo» y los sentimientos nacionalistas. Erdoğan no estaba dispuesto a hacer esa concesión. Los trabajos para la nueva constitución se aparcaron.

Lo que sí aceptó Erdoğan fue una oferta del MHP: reformar juntos la ley para permitir el uso del velo en las universidades y la Administración. Algunos analistas creen que aquella fue una oferta envenenada, una trampa para hacer caer al AKP en una trampa. También puede ser que los ultranacionalistas, simplemente, trataran de evitar que el electorado conservador de las regiones de Anatolia Central y el mar Negro, importantes feudos suyos, se pasara al AKP. Para Erdoğan, aquel era un caramelo difícil de rechazar. Se trataba de una vieja promesa del movimiento islamista que, finalmente, estaba en disposición de cumplir. El 9 de febrero de 2008, la ley fue aprobada gracias a los votos de ambos partidos (411 a favor, 103 en contra), lo que se convirtió en el pistoletazo de salida para un nuevo pulso del *establishment* kemalista.

Esta vez el Ejército permaneció callado, sabedor de que había quemado sus últimos cartuchos. El ataque a Erdoğan procedió del entorno judicial: el 15 de marzo, el fiscal jefe de la república, Abdurrahman Yalçınkaya, anunció que había presentado ante el Tribunal Constitucional una demanda de ilegalización del AKP por haberse convertido en un «centro de actividades antilaicas». Además, pedía que setenta dirigentes del partido, incluido Erdoğan, así como el presidente Gül, fuesen inhabilitados para la política por un periodo de cinco años. El Constitucional aceptó a trámite la demanda.

Desde inicios de los años noventa, una veintena de partidos políticos, en su mayoría izquierdistas o prokurdos (pero también varios islamistas y uno ecologista), habían sido ilegalizados. Pero prohibir un partido de gobierno que representaba a casi la mitad de los electores... Aquello era demasiado. Turquía acumulaba una larga lista de penalizaciones en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos relacionadas con el funcionamiento de la Justicia. Castigos por ignorar el proceso debido, la libertad de expresión... Las razones había que buscarlas en el anacrónico funcionamiento de su sistema judicial,

conformado por jueces y fiscales que veían más importante «salvaguardar el régimen» que garantizar el cumplimiento de los derechos humanos. «Si lo que está en juego es mi país, no tengo en cuenta el derecho ni esas historias», había respondido uno de los magistrados entrevistados para un informe del centro de estudios TESEV.⁸ Otras respuestas tampoco dejaban lugar a dudas sobre la mentalidad que presidía los tribunales: «Yo soy un fiscal de la república, defender la república es mi misión», «Yo soy un fiscal del régimen», «Los derechos humanos se exageran»...

El sumario de acusación contra el AKP presentado por la Fiscalía era una mezcla de denuncias sobre verdaderas políticas de calado emprendidas por el Gobierno de Erdoğan —como fomentar una presencia pública de la religión cada vez mayor— y anécdotas basadas en recortes de la prensa opositora: un alcalde que había llamado a la república «periodo de oscuridad», un ayuntamiento que repartía panfletos diciendo que no llevar velo era pecado, otro que imprimía pasquines sobre la *sharía* y la yihad...

«Es un acto contra la voluntad de la nación», reaccionó Erdoğan al anuncio del juicio. Una vez más, se veía frente a los mismos tribunales que ya antes habían segado su carrera política. El miedo a un desenlace negativo se adueñaba de los islamistas, pero Bruselas y Washington llegaron nuevamente en su auxilio: el comisario europeo de Ampliación, Olli Rehn, advirtió de que, si se prohibía el AKP, se suspenderían las negociaciones de adhesión de Turquía. El Departamento de Estado de Estados Unidos recordó la necesidad de respetar la decisión del electorado turco. La Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa tildó una eventual ilegalización de la formación islamista de «golpe judicial».

La presión internacional surtió efecto. El 30 de julio se hizo pública la sentencia del Tribunal Constitucional, extrañamente ambigua. Los once jueces de la corte reconocían que las acciones del AKP constituían un ataque al laicismo, pero solo seis de ellos votaron a favor de prohibir la formación (una reciente reforma había hecho necesarios siete votos afirmativos para ilegalizar un partido). Así pues, se conformaron con emitir una amonestación y obligar al AKP a devolver al Tesoro la mitad de los fondos públicos que había recibido.

Un solo voto. El AKP se había librado de la ilegalización por un solo voto. Muchos respiraron aliviados, pero la amenaza de la prohibición constataba, a ojos de Erdoğan, que el «sistema» jamás le dejaría las manos libres para gobernar a su antojo, sin importar el grado de apoyo que tuviese su partido. Lo ocurrido entre abril de 2007 y julio de 2008 —así lo aseguran fuentes cercanas al mandatario turco— convenció al político de que el diálogo con las viejas instituciones era imposible. Había que contraatacar. «Al principio fuimos muy cuidadosos para no molestar a los militares ni a la Justicia ni a la burocracia», asegura Yaşar Yakış, cofundador del AKP y brevemente ministro de Exteriores. «Pero, a medida que nos hicimos fuertes, ese miedo a que pudiesen reaccionar se fue disipando.» Con cada victoria, con cada obstáculo salvado, Erdoğan se sentía más poderoso. Sentía que tenía de su parte al pueblo, a las masas, esas mismas masas que los kemalistas despreciaban. Así pues, si el «sistema» le presentaba batalla, entonces sería la guerra. Y la guerra se hace con todas las armas posibles.

LA COMUNIDAD DEL VENERADO MAESTRO

El director de la escuela entró en el aula y señaló a tres alumnos: «Tú, tú y tú, venid conmigo». Uno de ellos era Kemal, que había llegado a Estambul cuatro años antes, procedente de un pueblo de la Anatolia profunda.¹ Pertenecía a una familia humilde que, en aquellos años noventa, trataba de labrarse un futuro en la gran ciudad, y él, un adolescente de trece años, era un alumno motivado y estudioso. Precisamente por eso había sido escogido, le dijo el director: iba a recibir clases extraescolares. En Turquía, los exámenes de acceso a la universidad son una dura barrera de selección que deja a tres de cada cuatro estudiantes por el camino, y por ello es dura la pugna por lograr plaza en los mejores institutos de bachillerato públicos, los llamados «liceos anatólios», que ofrecen mayores probabilidades de superar el proceso de selección. Kemal, por supuesto, aceptó.

«Después del colegio íbamos a un piso donde unos universitarios nos daban lecciones de refuerzo en Física, Matemáticas y otras asignaturas. A un cierto número de alumnos nos asignaban un *abi* —‘hermano mayor’— que se encargaba de nuestra educación», relata Kemal. El apoyo no se limitaba al repaso del contenido de cada curso, sino que también prometía facilitar los exámenes de acceso al liceo o, en el caso de que así lo prefiriesen los estudiantes, a las academias militares. No pedían nada a cambio, pero —continúa Kemal—, al poco comenzaron a incluir en sus clases lecciones sobre moral y, tras varias semanas, les ofrecieron libros de religión y cintas de casete con discursos de un predicador que empezaba a adquirir notoriedad: Fethullah Gülen.

«Yo dejé de asistir a sus clases al cabo de unos meses porque sentí que intentaban lavarnos el cerebro», asegura Kemal. «Unos años después tuve que volver a lidiar con miembros de la comunidad —en referencia a la de Gülen— por cuestiones de trabajo. Me di cuenta entonces de que, más que por las cuestiones religiosas, tenían una fijación especial por el dinero y el poder.»

EL IMAM

Nacido en 1941 en un pueblo de la pedregosa y conservadora provincia de Erzurum, en el extremo oriental de Turquía, e hijo de un imam, Fethullah Gülen ya era capaz de recitar el Corán de memoria a los diez años, según asegura. En su temprana juventud entró en contacto con los *nurcu*, los seguidores del teólogo Said Nursi. Como en el caso de Erdoğan, también para él la destitución y ejecución del primer ministro conservador Adnan Menderes en el golpe de Estado de 1960 fue una experiencia decisiva: se produjo durante su servicio militar. Su estancia en el cuartel mientras los golpistas imponían sus ideas progresistas fue una pesadilla y, con el tiempo, acabó reforzando su conservadurismo ultramontano. Así que, a su regreso, Gülen contribuyó a fundar la filial local de la ultraderechista Asociación de Lucha contra el Comunismo, como herramienta para combatir la pérdida de valores. «Esta generación se ha tornado cosmopolita, ha abierto los brazos al ateísmo y ha adoptado las ideas del judío Karl Marx», decía Gülen. «Y aunque el comunismo pueda parecer a primera vista una buena alternativa al capitalismo, no es sino un veneno mortal mezclado con miel.»² Este odio visceral al marxismo, que inclinaría su predisposición hacia Estados Unidos en el futuro, era un reflejo de las ideas de la extrema derecha turca de la época y de Said Nursi, quien ya en la década de 1940 apostaba por una alianza con la superpotencia para evitar «la invasión del terrible dragón del noreste», en referencia a la Unión Soviética: «Es posible que un musulmán devoto trabe una profunda amistad con un Estado poderoso como América, que es sincero en su defensa de la religión».

Su empleo de imam a sueldo del Estado llevó a Gülen hasta la otra punta de Turquía: Tracia y, finalmente, Esmirna, lugares que, por el modo de vida de sus habitantes, ejemplificaban el contrapunto absoluto a la tradicionalista Erzurum. Y allí, en las costas del mar Egeo, fue donde comenzó a dar forma a sus ideas, en las que intentaba amoldar las enseñanzas de Said Nursi a la modernidad e integraba una defensa a ultranza de la economía de mercado y del nacionalismo turco.

En Esmirna, la capacidad de Gülen para la oratoria, que conmovía a cualquiera, le permitió ampliar su comunidad de fieles. Desde muy temprano, el predicador se dio cuenta de que el futuro de su movimiento —que posteriormente adoptaría el nombre de Hizmet (‘servicio’), pero al que todo el mundo se referiría simplemente como la Comunidad (Cemaat)— estaba en la educación. Su objetivo era formar a una «generación dorada», técnicamente preparada e ideológicamente conservadora, que en el futuro estuviese en disposición de tomar las riendas de Turquía. Así pues, comenzó a tejer su red de instituciones educativas, donde se instruía a «estudiantes ejemplares por su éxito, su respeto a las normas religiosas, morales y familiares, alejados de los malos hábitos y amantes de su patria».³ El Hocaefendi o Venerado Maestro, como ya denominaban a Gülen sus discípulos, encomendó a sus seguidores fundar nuevas academias privadas de formación, residencias para estudiantes y Casas de Luz (*ışık evleri*) —pisos como en el que trataron de captar al mencionado Kemal—, lo que supuso una fuente de nuevos simpatizantes y de ingresos permanentes.

Ya entonces eran patentes las intenciones de Gülen de converger con la autoridad, algo que lo diferenciaba de otros movimientos islamistas marcadamente antisistema. Como explica el historiador Thierry Zarcone, lejos de oponerse al Estado, Gülen buscaba «su reconocimiento», tratando de encarnar un «islam nacional y moderno».⁴ En los años setenta, Gülen, como la mayoría de las cofradías *nurcu*, era muy cercano a varias formaciones de la derecha conservadora, pero se distanció del islamista MSP porque le resultaba imposible convivir con Necmettin Erbakan, otra personalidad de un ego equiparable al suyo. Tampoco coincidían en la estrategia: a Gülen, el político le parecía «estúpido, aventurero e insensato». De ahí que, en 1980, diese públicamente la bienvenida al golpe de Estado: «Saludo nuevamente a

nuestros soldados [...] que actuaron cuando nuestras esperanzas se consumían», escribía en un artículo publicado en la edición de octubre de 1980 de la revista de la Comunidad, *Sizinti*.⁵ Aunque se emitió una orden de detención contra Gülen, las autoridades militares hicieron la vista gorda y nadie lo molestó hasta seis años más tarde, cuando fue brevemente arrestado y rápidamente puesto en libertad gracias a sus contactos en las altas esferas.

LAS DOS CARAS DEL MOVIMIENTO

El golpe de Estado de 1980 borró de un plumazo el rico panorama asociativo existente hasta entonces en Turquía, cuyo lugar lo fueron tomando poco a poco las hermandades islámicas: cerradas las puertas de la participación política, los turcos se volvieron más y más hacia la fe. Entre todas las cofradías — activamente apoyadas por el Gobierno de Turgut Özal—, pronto comenzó a despuntar el Hizmet de Gülen, con su red de escuelas, empresas y medios de comunicación.⁶ Diversos estudiosos lo comparan al Opus Dei, ya que sus ideas son extremadamente conservadoras en cuestiones sociales, pero a la vez es partidario del neoliberalismo. También como el Opus Dei, Hizmet capta discípulos entre los hijos del empresariado y las élites (aunque sin cerrar las puertas a alumnos brillantes de las clases bajas) para que, tras ser formados en sus instituciones de enseñanza, se abran paso hasta la cima del funcionariado y la clase dirigente.

El músculo financiero de Hizmet radica en las donaciones de sus discípulos: cada miembro entrega mensualmente una parte fija de su salario o ganancias. Y lo hace gustosamente: no solo por convencimiento religioso, sino porque, además, es ventajoso. «Ser miembro de esta red hace posibles contactos basados en la confianza», sostiene Şahin Alpay, un académico vinculado a los medios gülenistas. «Un empresario de Kayseri puede enviar sus productos a su homólogo en Van sin que este le pague por adelantado, porque puede confiar en él al saber que es parte de esta red», añade.⁷ Además, los empresarios gülenistas contaron, desde 2005, con su propia patronal: la Confederación Turca de Empresarios e Industriales (TÜSKON), que llegó a representar a cuarenta mil negocios, en su mayoría pymes. Muchos

se financiaban mediante un banco creado por miembros de la Comunidad, Bank Asya. Si bien Gülen ha asegurado en varias ocasiones que él no tiene nada que ver con esta red de empresas —y es probable que los empresarios gülenistas se manejen con gran autonomía—, lo cierto es que hay pruebas de que el Hocaefendi sí se ha implicado personalmente en la gestión de algunos negocios, debido a la importancia que estos tienen para el mantenimiento de la Comunidad. Hüseyin Gülerce, un exgülenista convertido en delator de sus antiguos camaradas, va más allá y asegura que el propio Gülen «controla absolutamente todo» lo que tiene que ver con Hizmet.

En Turquía, Gülen supo expandirse allá donde el sistema público daba un servicio peor: instituyó hospitales privados, universidades y escuelas. Su red de más de tres mil *dershane* (academias privadas de preparación de oposiciones y exámenes de acceso a la universidad) se hizo famosa por su excelencia, y sus colegios se convirtieron en modélicos. Tras la implosión de la Unión Soviética, la red se exportó. Turgut Özal, ya convertido en presidente, promovió el establecimiento de escuelas gülenistas en las nuevas repúblicas de Asia Central de habla túrquica (Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Kirguistán) dentro de una campaña por ayudar a los «hermanos turcos» a sacudirse todo resto del sistema comunista. Aunque algunos observadores miraban con recelo la expansión de un movimiento religioso en países anteriormente laicos, la mayoría de los poderes occidentales la veían con buenos ojos al considerar que suponía un freno a los movimientos islamistas más radicales que surgieron en la zona al caer la Unión Soviética.

Cuando hubieron afianzado su presencia en las estepas centroasiáticas, los gülenistas iniciaron su expansión en Europa, Estados Unidos, África, Asia y algunos países de América Latina, especialmente Colombia y Argentina. En estos países de mayoría cristiana y sin presencia importante de inmigrantes turcos, las escuelas gülenistas dejaban de lado la enseñanza del islam y se centraban en la formación de una élite, en crear oportunidades de negocio y en recaudar los dividendos de estas lucrativas escuelas privadas. Un informe del servicio secreto turco listaba en 2013 la extensión de la red educativa del movimiento Gülen tal como sigue: «En Turquía hay más de 210 escuelas privadas —gülenistas—; miles de Casas de Luz, academias y cursos y quinientas residencias de estudiantes. Además, tiene presencia en 134 países,

desde las repúblicas túrquicas hasta Canadá, desde Nigeria hasta Singapur, con 400 escuelas privadas, 38 residencias estudiantiles, 13 cursos de preparación universitaria y decenas de miles de alumnos».

A mediados de los noventa, importantes políticos turcos comenzaron a cultivar la amistad de Fethullah Gülen de manera pública. En 1994, la primera ministra, Tansu Çiller, agasajó al Hocaefendi con una recepción oficial y lo mostró como un ejemplo a seguir: Gülen representaba el «buen islam», frente al «mal islam» de Erbakan y Erdoğan. El líder de Hizmet parecía haber moderado su pensamiento respecto al de su juventud e irritaba a los islamistas más conservadores con declaraciones como que el velo islámico era una cuestión «accesoria», así como por sus intentos de establecer un diálogo ecuménico con representantes de otras confesiones religiosas. Esa cara amable de la Comunidad se completaba con la Fundación de Periodistas y Escritores (GYV), establecida en 1994 y convertida en el escaparate público del movimiento gracias a los encuentros que organizaba entre periodistas, intelectuales y personalidades de tendencias políticas diversas. Una actitud encomiable en aquellos años de violencia y polarización política.

Pero, de puertas adentro, Gülen mostraba un rostro bien distinto. En los sermones distribuidos a sus fieles, recogidos en cintas de casete y libros, hacía gala de un antisemitismo malsano. En ellos decía, por ejemplo, que los judíos habían «ofrecido muchas cosas a la historia en el nombre de la ciencia y el pensamiento», pero que siempre lo habían hecho «en forma de miel envenenada», o que, «del mismo modo que Dios suelta al halcón para que el gorrión desarrolle su capacidad de volar, con los judíos Él pretende mantener a los humanos alerta y en tensión». También demostraba una actitud profundamente machista, así como desconfianza hacia los «infieles».⁸

En el seno de la Comunidad, aún en la actualidad, la disciplina es férrea y la devoción al líder adquiere las características propias de una secta. Según dos antiguos gülenistas entrevistados por *The New Yorker*, algunos miembros guardan como reliquias objetos que ha tocado Gülen, y uno de ellos asegura haber visto cómo un grupo de discípulos hervía un zapato que se decía había pertenecido al Venerado Maestro para después comérselo.⁹ El carisma del predicador turco es inmenso, y es gracias a su oratoria que logra ese dominio sobre sus seguidores.

«Nos solía decir: “Anoche me reuní con el Profeta y me ha dicho que hagamos lo siguiente”. Todos le creíamos», asegura uno de sus antiguos seguidores. «Comenzó con el islam, pero desarrolló su propia teología. Nosotros pensábamos que Fethullah Gülen era el Mesías.»

«Su carisma se deriva de su sensibilidad. Lloro, reacciona rápidamente y de forma impredecible, y muestra todas sus emociones. Para los occidentales, esto puede ser difícil de entender, pero, para un musulmán, puede resultar mágico», describe otro exmiembro de Hizmet.¹⁰

La doble cara de la Comunidad se revela también en sus estratagemas para infiltrar a sus seguidores en las estructuras del Estado. El primer organismo en el que Gülen buscó colocar a sus adeptos fue la Policía, para lo que contó con la complicidad de altos dirigentes del Gobierno.¹¹ Empezó con cargos en la dirección de las academias de Policía, en la sección de Personal y en la Brigada de Información. De este modo obtenía control de los ascensos y expulsiones dentro del cuerpo y acceso a las unidades de inteligencia. Lo primero le permitía colocar a los suyos en puestos clave, lo segundo, conocer de antemano las posibles investigaciones contra la cofradía y usar la información obtenida como arma de presión.

Una de las primeras investigaciones sobre las actividades del grupo data de 1991, cuando el comisario Ünal Erkan, al frente de la Dirección General de Seguridad, empezó a dar crédito a las numerosas quejas que llegaban sobre la Academia de Policía. Descubrió que el sorteo de los destinos para los recién licenciados con grado de subcomisario estaba amañado por varios agentes de lealtad gülenista, que garantizaban a sus correligionarios los puestos preferidos. Sin embargo, la denuncia apenas tuvo repercusión. Solo un puñado de implicados recibió castigo; el director general Ünal fue trasladado de puesto y su informe acabó enterrado. Las sucesivas investigaciones contra Gülen sufrirían el mismo destino.

EL EXILIO

El *establishment* político turco había decidido mirar hacia otro lado, y Fethullah Gülen supo corresponder. Cuando Erbakan alcanzó el Gobierno en 1996, el Venerado Maestro destacó como uno de sus críticos más virulentos, pese a que compartía su objetivo de transformar Turquía en un Estado religioso. Hasta tal punto se oponía al Ejecutivo que saludó con efusividad la intervención militar que desalojó del poder al partido Refah. «He dicho en repetidas ocasiones que el orden republicano y el laicismo, cuando son puestos en práctica en buena manera, son una bendición de Dios», argüía Gülen.¹² También apoyó las medidas de los militares golpistas encaminadas a cercenar el poder de las cofradías religiosas y a incautarse de las propiedades del llamado «capital verde». Incluso escribió una carta al número dos del Estado Mayor, el general Çevik Bir, en la que se ponía a su disposición y lo felicitaba por estar actuando de manera «muy correcta». Lo que interesaba a Gülen era que los militares no tocaran su red de escuelas y empresas ni frenasen su infiltración en el seno del Estado. Si, además de ello, la intervención castrense reducía el poder de otras organizaciones islámicas que podían hacerle competencia, mejor aún.

Pero los generales turcos ya habían destapado varias tramas gülenistas en el interior de las Fuerzas Armadas y, al ser estas un cuerpo menos permeable a las influencias políticas del momento, no se dejaron engatusar por las palabras del predicador. Al calor del golpe de 1997 se iniciaron nuevas investigaciones sobre la cofradía de Gülen. Y, esta vez, la suerte del clérigo estaba echada. Decenas de gülenistas fueron detenidos a lo largo de 1999 y juzgados por tratar de subvertir el orden constitucional. Peor aún: un vídeo que contenía indicaciones del Hocaefendi a sus discípulos más cercanos se filtró a los medios de comunicación y fue emitido en horario de máxima audiencia:

Debéis moveros por las arterias del sistema sin que se note vuestra presencia hasta que alcancéis los puestos clave. Hasta que las condiciones sean las adecuadas, deberéis continuar así. [...] Debéis esperar hasta que logréis todo el poder del Estado. Hasta ese momento, cualquier paso podría ser prematuro. [...] La presencia de nuestros compañeros en la Judicatura, en la Administración o en una institución clave no debe ser tomada como una presencia personal. Ellos son la garantía de nuestro futuro en dichas unidades. [...] Si aquellos que están allí no son capaces de mantener su puesto ahora, no podremos proteger la presencia de aquellos que llegarán luego. [...] Para que nuestros compañeros en la Judicatura y en la Administración puedan llevar a cabo su

trabajo sin ser molestados, para que puedan medrar y convertirse en prefectos y en delegados del Gobierno, para que puedan pasar de ser jueces del montón a ser jueces con influencia, debemos evitar confrontaciones con aquellos de entre las fuerzas políticas que nos miran mal; al contrario, debemos tratar de mantener un diálogo abierto. Hay políticos con los que tenemos buenas relaciones, en un espectro que va desde el Refah hasta el DYP.¹³

Aunque Gülen tachó las filtraciones de «montaje», para la prensa, la ficción del islamista inofensivo se había acabado. Los periódicos definieron Hizmet como «la más hipócrita de las organizaciones antirrepublicanas», y se organizó una vasta operación contra la red gülenista. El primer ministro centroizquierdista, Bülent Ecevit, que, pese a su escaso celo religioso, se mostraba muy cercano a Gülen y calificaba a su organización de «*tarikát* buena», recomendó al Venerado Maestro que permaneciese en Estados Unidos, adonde había acudido a tratar sus problemas de salud. De esta manera, su viaje médico se convirtió en un exilio permanente: jamás volvería a poner un pie en su tierra natal. Estableció su nueva base operativa en Pensilvania: un inmenso complejo llamado Centro de Retiro y Oración Generación Dorada en un terreno de diez hectáreas al pie de las montañas Pocono.¹⁴

En Turquía, el juicio contra Gülen —representado por sus abogados— se inició en uno de los temidos Tribunales de Seguridad del Estado en agosto del año 2000. Se le acusaba de tratar de subvertir el orden laico del Estado para instaurar un Estado teocrático. Pero el proceso sufrió numerosos retrasos y, en 2008, el Tribunal Supremo confirmó la absolución de Gülen. Claro que, para entonces, la Comunidad había establecido una sólida base de colaboración con el Gobierno de turno: el de Recep Tayyip Erdoğan.

MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

La cifra exacta de discípulos de Gülen siempre ha sido un secreto que ni los mismos interesados conocen. «Te podría decir ochocientos mil, un millón u otros números que circulan por internet, pero sería incorrecto, porque no lo sabemos con certeza», afirma un gülenista que pide el anonimato. En su periodo de máximo esplendor, el diario *Zaman*, al que los discípulos de Gülen

estaban obligados a suscribirse, tenía una tirada superior a los ochocientos mil ejemplares, aunque muchos se repartían de forma gratuita a través de instituciones gubernamentales o afines a la cofradía, y no era raro ver ejemplares sin dueño en los portales de los edificios.

El mecanismo de infiltración funcionaba con pericia y cautela. El carácter de hermandad de la Comunidad ayudaba a los discípulos a mantenerse unidos, y su estructura estaba diseñada para reducir al mínimo las deserciones, mediante varios grados o círculos de implicación. A los alumnos más sobresalientes, filtrados por las Casas de Luz, se los formaba en viajes o retiros espirituales. Aquellos a los que finalmente se llegaba a considerar verdaderos miembros de Hizmet debían hacer un juramento de lealtad en el que prometían fidelidad a la Comunidad, entregarle parte de sus ganancias, huir del lujo, respetar los postulados de la *sharía* según su interpretación en los *Risale-i Nur* de Said Nursi y mantener en secreto las actividades de la organización.

Una vez afiliado, el empleo en la Administración, la Policía, la Judicatura o las Fuerzas Armadas estaba garantizado. Los exámenes de acceso, una temible barrera para el resto de los mortales, se superaban gracias a que siempre había alguien de Hizmet que podía suministrar por adelantado las respuestas. La mayor parte de las veces, la única orden que recibían los nuevos infiltrados era permanecer en sus puestos sin ser identificados. Solo llegado el momento se les reclamaría actuar, y entonces no podrían negarse. Era un método lento, pero seguro, cuyos frutos solo podían ser recogidos tras años de paciente espera. El propio Gülen calculaba que, al haber iniciado su movimiento a mediados de la década de 1970, las primeras generaciones de infiltrados en la Administración no llegarían a ostentar verdaderos cargos de poder hasta el año 2000. Cuando el AKP ganó las elecciones en 2002, la red gülenista estaba madura para servir a su propósito.

En Turquía, cuando una formación política accede al Gobierno, trata de introducir en la Administración a sus propios burócratas, algo para lo que incluso se ha creado un término en turco: *kadrolaşma*, que podría traducirse como «cuadrificar». Pero, a su llegada al poder, el partido de Erdoğan no contaba con los suficientes cuadros experimentados y leales a los que confiar el manejo de las diferentes instancias del Estado. Muchos de los altos

funcionarios, rectores, magistrados y comandantes del Ejército no se fiaban del nuevo primer ministro, por lo que estaban dispuestos a poner todos los palos posibles en las ruedas, especialmente el presidente, Ahmet Necdet Sezer, fervientemente antiislamista y que llegó a bloquear el nombramiento de más de cuatro mil cargos de libre designación durante la primera legislatura del AKP. Estos obstáculos fueron soslayados por el AKP con la elección de gülenistas que eran funcionarios de carrera y de los que el presidente Sezer no sospechaba.

«¿Por qué nos aliamos con los gülenistas?», pregunta Cüneyd Zapsu, exasesor de Erdoğan. Él mismo responde: «¡Porque no había nadie más! Eran los únicos que nos podían ayudar. El resto de los partidos tenía a sus burócratas; nosotros, no. Y los gülenistas tenían a gente instruida, eran expertos en diplomacia...». Se interrumpe y señala al exterior de su oficina: «Han visto que tengo policías en la puerta, ¿verdad? Tengo que cuidarme. Una vez, los nacionalistas pusieron una bomba bajo mi coche. Me libré porque unos policías gülenistas se enteraron y me avisaron a tiempo. Ni el Ejército ni el MIT —el servicio secreto turco— nos daban información. Transmitían la información protocolaria, pero no lo esencial. Entre 2003 y 2004 tuvimos dos o tres complots golpistas y nadie nos informó. Tardamos cinco o seis años en tomar el control de las cosas, y hasta entonces solo pudimos contar con los gülenistas de la Policía para enterarnos de lo que sucedía».

Pese a las desavenencias que hasta aquel momento habían separado a Erdoğan y a Gülen, a ambos los unía un mismo objetivo: neutralizar al viejo *establishment*, toda vez que la estrategia del predicador de ser aceptado por el sistema kemalista había fracasado. Aunque esta cooperación alcanzó su cenit en la segunda legislatura (2007-2011), hay pruebas de que se produjo un acuerdo de colaboración entre ambos ya desde los primeros años del AKP en el poder. Por ejemplo, una circular del Ministerio de Exteriores fechada en abril de 2003 instaba a las legaciones turcas en el extranjero a colaborar con las instituciones gülenistas, que poco a poco se convertirían en una extensión informal de la diplomacia turca.¹⁵

La primera ofensiva de los gülenistas contra el sistema kemalista llegó en 2005. Pudo tratarse de una especie de exhibición de poder para mostrar su valía. Ferhat Sarıkaya, un joven fiscal vinculado a Hizmet en la provincia

oriental de Van, ordenó detener y procesar por corrupción al rector de la Universidad de Van, conocido por su laicismo, y trató de imputar al comandante del Ejército de Tierra, Yaşar Büyükanıt, designado sucesor del moderado Hilmi Özkök en la jefatura del Estado Mayor. Interesaba impedir el ascenso de Büyükanıt, firmemente opuesto al AKP, y Sarıkaya utilizó para ello un episodio de guerra sucia en las regiones kurdas: el llamado caso Şemdinli, en el que se juzgaba a tres individuos vinculados a la Gendarmería por colocar una bomba en una librería y hacer pasar el incidente por un atentado del PKK. No obstante, los planes no salieron como estaba previsto. Los medios de comunicación iniciaron una dura campaña contra Sarıkaya, que fue apartado del caso por el Consejo Supremo de Jueces y Fiscales de Turquía (HSYK) e inhabilitado. El rector fue absuelto y a Büyükanıt no se le imputó. El primer asalto había fracasado, pero los gülenistas sabían aprender de sus errores.

¿Estaba Erdoğan al tanto de los métodos ilícitos que utilizaban los gülenistas para lograr sus objetivos? Los altos mandos de las Fuerzas Armadas y de los servicios secretos lo alertaron en varias ocasiones. «Esconden sus intenciones bajo el aspecto de una imagen moderada [...] pero colocarán a sus miembros en todos los niveles de gobierno infiltrándolos en el sistema e intentarán derribar el Estado laico, democrático y de derecho para establecer en su lugar un Estado basado en principios religiosos. A menos que se actúe contra ellos», le dijo un representante del alto mando castrense en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional del 24 de junio de 2004. Algunos años más tarde sería el propio jefe del Estado Mayor, İlker Başbuğ, quien aconsejaría al mandatario turco alejarse de sus aliados gülenistas: «Aunque le advertí “Hoy vienen a por nosotros, pero mañana irán a por vosotros”, me respondió que exageraba». Entonces, el enemigo a batir era la vieja guardia kemalista, y, sin importar las formas, Erdoğan quería acabar con ella.

ERGENEKON

Armas, veintisiete granadas de mano, detonadores y moldes de TNT: todo un arsenal escondido bajo el techo de una vivienda en un barrio de chabolas. Eso fue lo que halló la policía, siguiendo un chivatazo, en una redada en el distrito de Ümraniye (Estambul). Era 12 de junio de 2007: aún faltaban seis semanas para las elecciones en las que Erdoğan se jugaba a una sola carta su futuro político.

La investigación llevó al descubrimiento de otros arsenales secretos y a la detención de una veintena de individuos, entre ellos varios oficiales jubilados y personas vinculadas al ultranacionalismo turco. Zekeriya Öz, fiscal jefe de la provincia de Estambul y a quien más tarde se vincularía a Hizmet, se hizo cargo de la investigación y, en los meses siguientes, ordenó decenas de nuevas detenciones. Cayeron personajes como Veli Küçük, un general emérito ya acusado de estar implicado en la guerra sucia; Kemal Kerinçsiz, un abogado ultranacionalista que había dirigido campañas de acoso contra intelectuales como Hrant Dink, Orhan Pamuk y Elif Shafak; el general Şener Eruygur, presidente de la Asociación de Pensamiento Kemalista y líder de las manifestaciones contra el AKP en 2007, y Arif Doğan, coronel de la Gendarmería y presunto fundador del JITEM, una organización clandestina encargada de luchar contra los rebeldes kurdos.

Parte de la prensa turca se mostraba exultante. Parecía que, finalmente, la Justicia se tomaba en serio investigar el Estado profundo. Según las primeras pesquisas, filtradas por la Fiscalía y la Policía, los arrestados habían creado una organización llamada Ergenekon, conformada por militares, periodistas, académicos e individuos relacionados con los bajos fondos. Su objetivo era superlativo: sembrar el caos en Turquía mediante atentados y asesinatos de bandera falsa para, así, justificar un golpe militar que desalojase al AKP del poder.

El nombre de Ergenekon se remontaba a un mítico valle en Asia Central, patria original de los pueblos túrquicos, y, según la acusación, la organización heredaba sus estructuras de las redes clandestinas creadas durante la Guerra Fría por la OTAN y la CIA para luchar contra una hipotética invasión comunista en Europa. Suponía una oportunidad histórica para hacer cuentas con el negro pasado de Turquía y exponer al sol de la justicia el Estado

profundo, de cuya existencia era imposible dudar. Los aliados occidentales de Ankara, especialmente la Unión Europea, dieron la bienvenida al proceso judicial.

El volumen del *corpus delicti* —el almacén de granadas— era ciertamente magro para una organización supuestamente dirigida por coroneles y generales. Pero, a la luz del memorándum militar contra la elección de Abdullah Gül en abril del mismo año, no dejaba de ser plausible que en el Ejército hubiera redes decididas a desalojar por la fuerza a los islamistas. Lo reconocen analistas críticos con la investigación de Ergenekon, como Gareth Jenkins: «Algunos altos mandos militares se sentían frustrados por el hecho de que el entonces jefe del Estado Mayor, el general Hilmi Özkök, no se comportase de manera más firme frente al Gobierno. Se sabe que algunos contemplaron forzar la caída de Özkök y del AKP, aunque la falta de apoyo de sus colegas les impidió llevarlo a cabo». ¹⁶ Una de las pruebas aportadas durante el proceso judicial fueron unos diarios presuntamente redactados entre 2003 y 2005 por el comandante de la Armada turca, Özden Örnek, en los que se detallaban conversaciones con otros militares desafectos, así como la preparación de una confabulación para derrocar al poder electo agitando el malestar de la población.

A esto se añadía la serie de misteriosos asesinatos que conmocionaron al país entre 2006 y 2007 (el cura católico Andrea Santoro, el periodista Hrant Dink, los misioneros protestantes de la localidad de Malatya...), cometidos por jóvenes islamonacionalistas a los que se les descubrieron lazos con las fuerzas de seguridad. Si se pudieron cometer ataques de falsa bandera para desacreditar al PKK —como había quedado demostrado con el caso Şemdinli—, ¿por qué no se iba a emplear la misma táctica contra el AKP?

Pese a ser plausible, Ergenekon fue un *shock*. El pueblo descubría turbado que las Fuerzas Armadas, la institución más prestigiosa del país, era en realidad un nido de conspiradores. No hay que olvidar que la primera élite dirigente de la república estaba compuesta por militares que cambiaron sus uniformes de campaña por el esmoquin y que, de los doce presidentes que ha tenido Turquía en su etapa republicana, la mitad han sido militares. Pero de repente, las acusaciones de las organizaciones de defensa de los derechos humanos, prokurdas e islamistas, cobraban mayor credibilidad. Al calor del

caso Ergenekon comenzaron a investigarse también las desapariciones durante la guerra sucia de los noventa, y se llegaron a exhumar decenas de cadáveres de activistas kurdos asesinados por el Ejército y las fuerzas de seguridad y enterrados en fosas. La imagen de un Ejército heroico, gloria de la nación, se hacía pedazos.

«Sé que el proceso en curso es doloroso, pero es por el bien de Turquía. Los acontecimientos de hoy están liberando la conciencia de la gente», afirmó Erdoğan tras una de las periódicas rondas de detenciones de militares que se convirtieron en rutina durante su segunda legislatura. Para el primer ministro se trataba de una «limpieza» en el seno de las Fuerzas Armadas y de una lucha contra «cualquier tutela de la oligarquía». Y remachó: «Aquellos que conspiran en secreto [...] no podrán escapar de la Justicia. Turquía no dará ni un paso atrás en su búsqueda de una democracia moderna, libre, desarrollada y brillante».

LA TRAMPA

El auto de acusación de Ergenekon fue ganando en volumen hasta sumar 2.455 folios cuando comenzó el juicio, en julio de 2008. En 2009 se inició un segundo sumario. Y, luego, un tercero y un cuarto y un quinto, hasta llegar a veintitrés causas que terminaron unidas en un macroproceso con 275 imputados. En 2010 siguió otro juicio vinculado a este, el de Poyrazköy, que subsumía otros cinco casos sumando 89 acusados. Posteriormente se abrió una investigación paralela que derivó en otro macrojuicio, el de la Operación Balyoz ('Mazo'), en el que los 365 imputados, en su mayoría militares de alto rango, fueron acusados de idear otra trama golpista. Todo sucedía al mismo tiempo: oleadas de detenciones, comparencias de los acusados, nuevos casos abiertos, más dossieres, fiscales forzados a inhibirse, magistrados que se hacían con las causas de otros, apelaciones, nuevas tramas superponiéndose unas a otras hasta formar un monstruo de tal complejidad judicial que la inmensa mayoría de los ciudadanos era incapaz de comprenderlo. Así,

Ergenekon se convirtió en un acto de fe: quienes defendían al Gobierno de Erdoğan se creían las acusaciones a pies juntillas; aquellos que lo detestaban pensaban que todo era un montaje.

Los encargados de las investigaciones y de la acusación creían sinceramente estar ante una misión histórica: acabar con una poderosa y oscura sociedad secreta que había llevado al país a la ruina. Pero, a medida que avanzaba el tiempo y se sucedían las acusaciones, más dudas sembraban las actuaciones policial y judicial. Especialmente cuando las oleadas de detenciones sobrepasaron a los sospechosos habituales y empezaron a cebarse en destacados representantes de la oposición, fueran estos académicos, periodistas o miembros de la sociedad civil. Un examen detenido de las actas de acusación revelaba graves violaciones procesales y contradicciones de tal calibre que, en cualquier otro país, hubiesen invalidado todos estos juicios.

El primer problema que surgió era el planteamiento de la Fiscalía, pues, según sostiene Gareth Jenkins, en vez de basarse en un «razonamiento deductivo» inferido de las pruebas, las actas de acusación proyectaban una «teoría de la conspiración» sobre una serie dispar de sucesos e individuos. No se clarificaba la relación entre los acusados ni se los procesaba por delitos concretos —por ejemplo, la posesión de armas y explosivos sin licencia—. Tampoco se permitió a los familiares de los «desaparecidos» durante los noventa presentarse como acusación particular. «Y eso pese a saber que algunos de los acusados habían estado involucrados en torturas y asesinatos extrajudiciales», denuncia Maside Ocak, hermana de uno de los desaparecidos. En lugar de ello, se imputaron a los acusados cargos grandilocuentes, como «intento de subvertir el orden democrático», «conspiración para derrocar el Gobierno», «incitación al pueblo a la revuelta armada» y, de forma destacada, «pertenencia a una organización terrorista», a la que se acusaba prácticamente de todos los asesinatos políticos, atentados y crímenes sin resolver de las últimas décadas.

Hubo quien señaló que el Estado profundo no podía ser, como pretendía la acusación, una organización jerárquica y centralizada, sino más bien un conglomerado de bandas anidadas en diferentes estamentos del aparato de seguridad que hacían la guerra por su cuenta, bien para proteger lo que consideraban los «intereses nacionales» de Turquía, bien para hacerse con

prebendas o ingresos mafiosos. No obstante, la versión simplista enarbolada por los medios de comunicación y la Fiscalía, que presentaba a Ergenekon como un grupo capaz de manejar los hilos del país entre bastidores, vendía bien en una sociedad tan dada a las teorías de la conspiración como la turca.

Dani Rodrik, un reputado economista de la Universidad de Harvard, y su esposa, la académica Pınar Doğan, fueron de las pocas personas que se tomaron la molestia de analizar los miles de páginas de sumario del proceso Balyoz en busca de irregularidades. Tenían motivo: uno de los imputados era el padre de Pınar y suegro de Dani, el general Çetin Doğan, comandante del Primer Ejército de Tierra entre 2001 y 2003. Este general, conocido por su oposición a Erdoğan, organizó en marzo de 2003 un seminario para oficiales en el que se examinaron los planes de contingencia ante una sucesión de hipotéticos hechos catastróficos: la formación de un Estado kurdo en Irak, seguido de ataques terroristas por parte del PKK, tensiones con Grecia después de que derribase un caza turco, y un alzamiento de fundamentalistas islámicos; todo ello al mismo tiempo. Doğan siempre mantuvo que se trataba de ejercicios sobre un escenario ficticio, pero el hecho de que en él se utilizasen nombres reales de políticos, funcionarios y magistrados hizo que la Fiscalía lo tomase como un elaborado plan de sublevación militar.

La grabación de este seminario, junto con otros detalles del supuesto complot golpista, fue incluida en varios DVD y CD filtrados a la prensa por un desconocido. La Fiscalía los convertiría en su principal prueba de acusación, pese a que Doğan y Rodrik, cuando pudieron examinar su contenido, hallaron gravísimas irregularidades en ellos. Los planes presuntamente redactados por los golpistas en 2003, que suponían la base para el enjuiciamiento de los 365 imputados, aludían a la compañía farmacéutica Yeni Recordati, cuando esta no adoptó ese nombre hasta 2008.¹⁷ En los bocetos de los golpistas se preveía la ocupación de varios hospitales durante la eventual sublevación militar, entre ellos, el Medical Park Sultangazi, aunque, de nuevo, el centro no se denominó así hasta junio de 2008. También se mencionaban números de matrícula de vehículos que no fueron emitidas hasta 2006, tres años después de la supuesta redacción del complot.¹⁸ Pero el indicio más claro de que las pruebas habían sido adulteradas era la redacción de estos documentos en formato de

Microsoft Office 2007, obviamente no disponible en 2003. Quienes crearon dichos documentos se habían molestado en guardarlos en un formato anterior, pero los metadatos de los archivos revelaban la versión original.¹⁹

Pese a las evidentes manipulaciones, los tribunales que llevaban los casos de Ergenekon y Balyoz decidieron proceder, negándose a contemplar las peticiones de la defensa. Cada vez estaba más claro que el principal objetivo no era limpiar las cloacas del Estado turco, sino acabar con quienes tratasen de oponerse al Gobierno del AKP y a la red de Fethullah Gülen. Porque, por mucho que los fiscales y jueces al frente de los casos desmintieran su adscripción a la cofradía, la implicación de los seguidores del Hocaefendi quedaba cada día más clara. En agosto de 2010 fue arrestado Hanefi Avcı, un antiguo inspector de policía cuyo libro sobre cómo los gülenistas se habían infiltrado en las fuerzas de seguridad mediante diversas tretas se convirtió en un *best seller*. Avcı fue imputado en el marco de la trama Ergenekon y condenado a quince años de cárcel.

Más estupor causó el siguiente golpe: en marzo de 2011, la policía detuvo al reputado periodista de investigación Ahmet Şık por pertenencia a la «organización terrorista Ergenekon». Şık siempre había destacado por sus feroces críticas a los abusos militares y policiales, y había escrito varios volúmenes sobre el Estado profundo e, incluso, sobre Ergenekon. Pero su nueva obra, todavía sin publicar, se llamaba *İmamın Ordusu* («El ejército del imam») y denunciaba cómo los gülenistas se habían hecho fuertes en la Policía y pretendían convertir el cuerpo en un contrapeso a los militares. Los investigadores se incautaron del ordenador en el que el periodista redactaba el libro, y la Fiscalía prohibió su distribución, cosa que defendió Erdoğan: «A veces, un libro es más peligroso que una bomba».

Sin embargo, algunas copias del borrador trascendieron al público. «El AKP, como todo Gobierno, sabe que quien controla a un cuerpo armado leal es el que tiene la última palabra», decía Şık en el texto.²⁰ Desde la llegada de Erdoğan al poder, el presupuesto de los cuerpos dependientes del Ministerio del Interior se incrementó exponencialmente hasta casi alcanzar el de las Fuerzas Armadas, al tiempo que se contrató a miles de nuevos agentes, muchos de ellos de adscripción gülenista, y se inició un programa de compra de armamento pesado para la Policía.

Gracias a su alianza con el Gobierno de Erdoğan, la Comunidad de Fethullah Gülen estaba convirtiéndose en todopoderosa, y cada vez menos personas se atrevían a hacerle frente. «El que la toca se quema», exclamó Ahmet Şık cuando lo detuvieron. Y no exageraba. Lo vivió en sus carnes el coronel Ahmet Zeki Üçok cuando, en 2009, en su función de procurador militar, interrogó a un suboficial acusado de introducir documentos falsos en el ordenador del comandante de una base aérea de Kayseri con el supuesto objetivo de incriminarlo en Ergenekon. El suboficial confesó su culpa y reveló sus vínculos con Hizmet, admitiendo que había sido un superior gülenista quien le había ordenado plantar las pruebas. El caso estaba bien armado para ser llevado a juicio cuando dio un vuelco: un nuevo abogado se hizo cargo de la defensa del suboficial y alegó que su testimonio había sido obtenido mediante tortura. Y, dado que no había marcas ni pruebas que sostuviesen esta acusación, pues el suboficial había confesado en presencia de un abogado, el nuevo letrado arguyó que la tortura se había efectuado mediante «hipnosis». El argumento fue aceptado por el juez y el suboficial recobró la libertad. Üçok, en cambio, fue detenido, imputado en el caso Balyoz y condenado a dieciséis años de cárcel.

LA DERROTA DEL KEMALISMO

Los macroprocesos Ergenekon y Balyoz no culminaron hasta 2013, con la sentencia de la mayoría de los acusados a largas penas de cárcel, incluidas decenas de cadenas perpetuas. Algunos no llegarían a escuchar las condenas, pues murieron en la cárcel tras varios años en prisión preventiva o se suicidaron al no aguantar las campañas de difamación contra ellos.

Un año más tarde, cuando las relaciones entre Gülen y Erdoğan se habían roto y el equilibrio de fuerzas había cambiado, el Tribunal Supremo y el Constitucional comenzaron a deshacer las sentencias, alegando que se habían violado los derechos procesales de los acusados. En 2016, el Supremo concluiría que no había «ninguna organización terrorista denominada Ergenekon» y que los acusados en ese proceso habían sido condenados mediante «pruebas falsas», «escuchas ilegales» o declaraciones de testigos

cuya identidad no había podido ser establecida. «Nunca hubo una intención real de indagar sobre el Estado profundo, sino que el juicio fue un instrumento del AKP y del movimiento Gülen para acabar con sus oponentes políticos», sostiene Gareth Jenkins: «La tragedia es que ni siquiera se aprovechó la oportunidad para investigar a algunos de los imputados que realmente habían estado implicados en malas praxis durante la década de 1990».

Las condenas ya no importaban. De hecho, nunca habían importado. Los procesos de Ergenekon habían logrado el objetivo deseado: neutralizar a las Fuerzas Armadas de Turquía como actor político. La oficialidad quedó diezmada por las detenciones hasta tal punto que, en 2011, la cúpula del Estado Mayor presentó su dimisión en bloque como acto de protesta. La desorganización campaba por los cuarteles. Por ejemplo, un suboficial se quejaba de que su base naval estuvo paralizada durante meses porque varios oficiales en la cadena de mando habían sido encarcelados y, como no se enviaban sustitutos, resultaba imposible transmitir las órdenes. La desmoralización cundía entre las filas de la oficialidad, y en los cuarteles ya nadie se fiaba de sus compañeros de armas, pues nadie podía saber a ciencia cierta a qué facción pertenecía cada cual.

Pero la inquietud no se circunscribía a los militares. Había un extendido miedo al espionaje en todos los sectores opuestos al AKP o a la cofradía. Las escuchas telefónicas se multiplicaron —en gran parte, sin permiso judicial—, y era común que extractos de dichas conversaciones acabasen publicados en la prensa progubernamental. Corrían también vídeos de políticos y personalidades en actitudes comprometedoras, una herramienta fácil para deshacerse de los oponentes. En la recta final de las elecciones generales de 2011, una decena de altos cargos del partido ultraderechista MHP —competidor del AKP en la lucha por el voto conservador de Anatolia— dimitieron tras filtrarse vídeos en los que algunos charlaban con prostitutas o mantenían sexo con estudiantes.

Detrás de todo ello —ya casi nadie lo dudaba— se hallaba la tupida red Hizmet. Las relaciones entre la Comunidad y el Gobierno turco gozaban entonces de una salud envidiable, y hubo destacados gülenistas entre los candidatos del AKP en las elecciones de 2011, en las que el partido de Erdoğan obtuvo su tercera mayoría absoluta. Ante las críticas de la oposición,

varios altos cargos del Gobierno comparecieron para defender entre lágrimas la honestidad y bondad del Hocaefendi, e incluso se habló de la posibilidad de su retorno del exilio estadounidense.

Pero si la neutralización de los militares había sido efectiva, aún restaba por domeñar otro bastión del kemalismo: la Judicatura. En un informe de la época se explica: «Entre 2008 y 2013, las decisiones de los tribunales en Turquía eran impredecibles. Algunos jueces y fiscales formaban parte de la élite republicana y otros eran gülenistas. La única cosa que tenían en común era su politización. Un tribunal podía emitir su veredicto un día, y otro tribunal anularlo al día siguiente, dependiendo de las inclinaciones políticas de los jueces y fiscales en cuestión».²¹ Los nombramientos de los magistrados al frente de los tribunales eran responsabilidad del Consejo Supremo de Jueces y Fiscales (HSYK), y por ello resultaba clave controlar este órgano, que se renovaba por decisión de sus propios miembros. El Gobierno propuso una reforma que acabaría con este blindaje: ampliar a toda la carrera judicial las elecciones de los candidatos e incrementar el número de integrantes elegidos por el presidente de la república y el Parlamento. Era una enmienda contra el elitismo de la Judicatura, justificaba el AKP: así, «el pueblo», a través de sus representantes, tendría más peso en la elección de los togados.

El paquete de reformas constitucionales sometido a referéndum en septiembre de 2010 era realmente democratizador: aparte de modificar el mecanismo de elección del HSYK, establecía la Oficina del Defensor del Pueblo, ampliaba el derecho a huelga y los derechos sindicales de los funcionarios, preveía medidas de discriminación positiva para niños, mujeres y minusválidos y una mayor protección de la privacidad. Y, por último, la guinda del pastel: abolía la disposición transitoria de la Constitución que protegía a los autores del golpe de Estado de 1980 contra toda acción judicial. Este detalle enganchó a muchos de los que habían sufrido los desmanes de la Junta Militar.

Frente a esto, los contrarios a la reforma solo tenían, una vez más, el espantajo del islamismo. Una estudiante opinaba: «¿Ve a todas estas mujeres con velo negro? ¡Esto parece Irán! Y tienen cada día más poder. Si se aprueba la reforma, no habrá ya quien ponga freno a los islamistas». Los dirigentes del

CHP admitían que, de los veintiséis artículos del paquete, veinticuatro estaban muy bien: todo, salvo la reforma del HSYK, el último baluarte contra la «agenda islamista» de Erdoğan.

El Partido Paz y Democracia (BDP), sucesor del prokurdo DTP (ilegalizado en 2009), pidió el boicot al no incluirse en la reforma las demandas de la minoría kurda, pero muchos kurdos se situaban en el bando del «sí». «No puedo negarme. Esta reforma es parte de un proceso para destapar los asesinatos cometidos por organizaciones militares clandestinas», consideraba un joven votante kurdo. «Ahora sabemos que jueces y fiscales tapaban sistemáticamente estos crímenes y exoneraban a los culpables. La reforma, sin ser la ideal, cambiará la estructura del órgano máximo de la Judicatura para hacerla más democrática.»

La estrategia del AKP era mantenerse ausente. La campaña a favor más difundida, bajo el lema «No es suficiente, pero “sí”» (en alusión a la reforma), no se identificaba con el partido, no rehuía criticar al Gobierno, y sus cabezas visibles eran chicas jóvenes con la melena al viento que no rechazaban una cerveza en un bar.

Funcionó: el 12 de septiembre, un 58 % de Turquía votó «sí». Al día siguiente, exultantes, un grupo de izquierdistas interpuso una denuncia contra el anciano general Kenan Evren. El verdadero triunfo del AKP fue un poco más lento. Tras la reforma, el AKP podía designar, directa o indirectamente, a casi un tercio de los miembros del HSYK. El resto seguía siendo responsabilidad de la Judicatura, y ahí entraban en juego los gülenistas. El exfiscal İlhan Cihaner sostiene:

A las elecciones del HSYK se presentaron juristas muy respetados. Ninguno de los candidatos apoyados por las dos principales asociaciones de la magistratura salió elegido, pero hubo una lista con integrantes casi desconocidos que recibió el voto en bloque desde todos los rincones de Turquía. Algo inexplicable... salvo si la Comunidad había dado orden a sus afiliados de votar a dicha lista. En Turquía había unos cinco mil jueces y fiscales dispuestos a obedecer las órdenes de Fethullah Gülen [sobre un total de unos quince mil].

La Unión Europea, igual que había aplaudido el inicio de los juicios de Ergenekon, apoyó la reforma judicial promovida por Erdoğan, pues es cierto que esta incluía ciertos avances democráticos. De hecho, se veía como una oportunidad para librarse de aquellos magistrados anclados en el pasado kemalista que obstaculizaban siempre que podían cualquier reforma destinada a equiparar la legislación turca con la europea o que bloqueaban cualquier paso hacia la solución pacífica al conflicto kurdo. De igual modo, buena parte de los intelectuales, columnistas y creadores de opinión en Turquía se destacaron como defensores del «sí» en el referéndum constitucional y criticaron con dureza a aquellos que denunciaban irregularidades en los procesos contra el *establishment* kemalista. El fin justificaba los medios.

Ni Bruselas ni la intelectualidad turca que tanto apoyó los procesos de Ergenekon y la reforma judicial se pararon a pensar que, por muy deseable que fuese derrotar las anquilosadas estructuras de la Judicatura kemalista y acabar con el Estado profundo, dejar esta tarea en manos de una cofradía opaca y con estructuras de secta difícilmente daría lugar a un sistema más sano. El resultado fue, en palabras del periodista Ertuğrul Mavioğlu, «la sustitución de un Estado profundo por otro».

En su descargo cabe señalar que, probablemente, incluso Erdoğan desconocía entonces los riesgos de su jugada política. Su alianza con el gülenismo era puramente táctica. Los gülenistas eran los tontos útiles de su estrategia. El problema es que Fethullah Gülen tenía sus propios planes y, para él, también Erdoğan era un tonto útil.

EL HÉROE DE LA CALLE ÁRABE

—Un minuto, un minuto...

El escenario es perfecto: una tribuna con cinco sillones color crema ante un fondo azul en el que lucen las palabras «World Economic Forum». Tras las ventanas del edificio se levantan los montes suizos, la nieve y las pistas de esquí de Davos. En la sala, los poderosos de la tierra: el secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon; el secretario general de la Liga Árabe, Amre Moussa; el presidente de Israel, Shimon Peres, y el primer ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdoğan. Modera el debate el periodista estadounidense David Ignatius. El tema: la guerra iniciada por Israel en Gaza.

Es 29 de enero de 2009. Hace un mes exacto que cazas israelíes han comenzado a bombardear la franja palestina en la llamada Operación Plomo Fundido. Han muerto más de 1.100 palestinos, frente a trece soldados israelíes. El Foro de Davos trata el asunto y, como era de prever, Ban, Moussa y Erdoğan condenan la operación israelí lanzada en un momento de histórica tranquilidad en el frente de Gaza, los muchos cientos de muertos civiles, la destrucción desde el aire. El último en hablar es Shimon Peres, y el moderador le otorga el doble de tiempo que a los demás —veinticinco minutos — para compensar la unanimidad de sus contertulios. Peres se entrega a una enardecida defensa de la ofensiva bélica. Cuando termina, David Ignatius pide levantar la sesión y proceder al comedor: es hora de cenar.

—*Van minut, van minut.*

Es todo el inglés del que Erdoğan sabe hacer gala, pero lo hace con toda la tenacidad de la que es capaz. Ignatius se resiste.

—Lo siento, señor primer ministro...

—*Van minut, van minut.*

—Es que, de verdad...

—*Van minut, van minut.*

—*Okay.* Pero le tomaré al pie de la letra lo de «un minuto».

Erdoğan se quita los auriculares y pasa al turco:

—Señor Peres, usted es más viejo que yo. Habla en voz muy alta. Eso indica sentimiento de culpabilidad. Yo no levantaré la voz, sépalo. Cuando se trata de matar, ustedes saben muy bien cómo hacerlo. Sé muy bien cómo matan a los niños en la playa. Dos ex primeros ministros de su país me han dicho cosas importantes. Uno me dijo: «Me siento feliz cuando entro en Palestina montado en un tanque». Han hecho primer ministro a alguien que se siente feliz entrando en Palestina montado en un tanque. Y usted me da cifras. Yo le podría dar los nombres: quizás alguien tenga curiosidad. Condeno a quienes aplauden esta tiranía. Porque aplaudir de pie a quienes matan a estos niños, a estas personas, me parece otro crimen contra la humanidad. No podemos pasar por alto la realidad. Mire, he tomado muchas notas, pero no tenemos oportunidad de responder a todo, así que le diré solo dos cosas...

—Lo siento, señor primer ministro, pero no podemos volver a empezar el debate. Simplemente, no hay tiempo...

—*¡Please,* no me interrumpa!

—Discúlpeme, pero...

—La Torá dice en su sexto mandamiento: «No matarás». Pero aquí hablamos de matanzas. Dos, y esto también es interesante. Gilad Atzmon, que es judío, dice —empieza a leer en voz alta de un papel—: «La barbarie de Israel está incluso más allá de la crueldad». Además, Avi Shlaim, profesor en la Universidad de Oxford, que hizo su servicio militar en el Ejército de Israel, dice en *The Guardian*: «Israel se ha convertido en un Estado gánster»...

—Primer ministro, le quiero pedir...

—*¡Muchas gracias a usted también!* A partir de ahora, para mí, Davos se ha acabado. No vendré más a Davos, que lo sepáis —Erdoğan dobla sus papeles—. Él ha hablado veinticinco minutos y yo he hablado doce. No puede ser. —Se levanta, recoge su carpeta y hace mutis por la izquierda. En el camino, Amre Moussa le da la mano al pasar. Fin de la escena.

Luego vendrían las especulaciones sobre si aquello era una actuación preparada de antemano para dar el cante ante el público del mundo entero, como dijo la periodista Meral Tamer dos días después. La reportera asegura que un alto cargo del AKP la había cogido del brazo a mitad de la conferencia y le había anticipado: «No te vayas aún, que ahora empieza la fiesta».¹ La mujer del primer ministro, Emine Erdoğan, lo desmentiría ante la prensa: «No era algo planeado. Fue resultado de las mentiras de Peres. [...] Me dije “Dios, que alguien calle a ese hombre”, y en el mismo momento vi que mi marido se estaba calentando de rabia, a punto de estallar. Ahí empecé a llorar».

Erdoğan tenía motivo para estar enfadado, dolido y personalmente decepcionado. Para él, Israel no era un enemigo, sino un aliado de toda la vida de la república: Turquía fue el primer país de población musulmana en reconocer el recién fundado Estado de Israel, en marzo de 1949, menos de un año después de su declaración de independencia y antes de que lo hicieran el Reino Unido o Alemania, antes de que fuera admitido en Naciones Unidas. En 1958, el conservador primer ministro turco, Adnan Menderes —admirado por Erdoğan—, negoció con David Ben-Gurión una «alianza periférica», una estrategia de Israel de pactar con países de mayoría musulmana detrás del cinturón árabe que lo rodea. La alianza se mantuvo firme pese a las guerras en Oriente Próximo, y Erdoğan la había reafirmado personalmente en 2005, en una visita de dos días que incluyó una entrevista con el primer ministro Ariel Sharón y la colocación de una corona de flores en el monumento a las víctimas del Holocausto.

Fue esa buena relación lo que permitió a Turquía adoptar el rol de mediador en una negociación que podría haber cambiado por completo el destino de Oriente Próximo: un acuerdo de paz entre Israel y Siria.

LA PROFUNDIDAD ESTRATÉGICA

La política exterior turca había sido tradicionalmente comedida, pero con la llegada del AKP al poder, un audaz grupo de profesores, empresarios y expertos dio un paso al frente con una nueva forma de hacer política

internacional. Entre ellos se contaba Cüneyd Zapsu, asesor personal de Erdoğan:

Nuestro personal exterior en esa época no estaba a la altura. Casi todos habían estado más de treinta años en el servicio, eran de la vieja escuela, no sabían hacer las cosas. Eran unos señoritos.² En una ocasión en la que nos encontrábamos en Alemania y visitamos el hogar de una familia turca emigrada, el embajador turco ni siquiera sabía que, como es tradición en Anatolia, debía descalzarse para entrar en la casa. ¡No lo sabía! Así eran nuestros diplomáticos. Les encantaba ir a recepciones, a fiestas, pero desconocían una cosa tan básica como esa.

Ante la poca colaboración que encontraba entre los diplomáticos de carrera, el Gobierno de Erdoğan acabó por puentear al Ministerio de Exteriores: la política internacional se decidía, cada vez más, en la oficina de Erdoğan y en su entorno de asesores.

Hacia 2008, el proceso de adhesión a la Unión Europea había entrado en vía muerta. Las negociaciones se estrellaban continuamente con una maraña de problemas técnicos, lo que impedía cualquier avance. En realidad, las razones eran políticas: por un lado, había una cierta «fatiga de ampliación» en Bruselas por la precipitada absorción de Estados de Europa del Este y, por otro, los Gobiernos europeos más conservadores, en especial el de Angela Merkel en Alemania y el de Nicolas Sarkozy en Francia, enfatizaron un discurso contrario a la adhesión de la «musulmana» Turquía para evitar que la ultraderecha hiciese bandera del tema y les robase votantes. «Cuando no hay voluntad política, hasta la curvatura que ha de tener el pepino para ser exportado puede convertirse en un obstáculo insalvable», lamentaba un diplomático sueco en 2010, durante una reunión con periodistas.

Por tanto, Turquía empezó a mirar hacia nuevos horizontes. Otro de los artífices de la nueva política exterior turca fue Ahmet Davutoğlu, primero como asesor de Erdoğan y, desde 2009, al frente del Ministerio de Exteriores. Este académico formado en Turquía y Malasia había desarrollado el concepto de «profundidad estratégica», según el cual Ankara debía abandonar el paradigma binario propio de la Guerra Fría y aprovechar su posición geoestratégica de «país central», a caballo de Europa, Asia y África. Para ello era necesario recuperar sus raíces históricas y culturales, reforzando los lazos

con los lugares que una vez formaron parte del Imperio otomano, y, además, tender a una política de «cero problemas con los vecinos», solucionar conflictos enquistados en el pasado y apoyarse en los canales no oficiales del *soft power*: la cofradía gülenista, la expansión empresarial, las asociaciones solidarias o la producción audiovisual (a partir de 2010, Turquía se convertiría en el segundo mayor exportador mundial de series de televisión).

El nuevo equipo diplomático de Erdoğan cosechó varios éxitos. Limó asperezas entre los Estados enfrentados de la antigua Yugoslavia, lo que permitió a Turquía entrar con fuerza en los Balcanes. En el Cáucaso, mejoró sus relaciones con Armenia y medió entre los Gobiernos de Rusia y Georgia tras la guerra del verano de 2008. Sentó a la mesa a Pakistán y Afganistán para resolver sus disputas. Incluso, junto con el Brasil de Lula da Silva, presentó a la comunidad internacional un plan para resolver el contencioso derivado del programa nuclear iraní. Además, la diplomacia turca desembarcó en continentes en los que jamás había puesto los pies, como África o Latinoamérica, abriendo decenas de nuevas embajadas y conectando sus países con Estambul mediante vuelos directos. Esta frenética actividad diplomática le granjeó grandes dosis de admiración en todo el globo y un puesto de miembro no permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU entre 2008 y 2010.

Las negociaciones sirio-israelíes eran un paso más en la estrategia turca para ser aceptada en el concierto internacional como una potencia en auge. La iniciativa, en la que Davutoğlu estaba personalmente implicado, empezó en 2007 y fue confirmada por Tel Aviv en mayo de 2008. Los emisarios del primer ministro israelí, Ehud Ólmert, y del presidente sirio, Bachar al Asad, acudieron a Estambul, donde representantes de Erdoğan llevaban las propuestas de un salón a otro para que los enemigos no tuvieran que verse las caras. Las grandes líneas estaban claras: Israel devolvería los altos del Golán, ocupados desde 1967; Siria firmaría la paz y abriría plenas relaciones diplomáticas con Tel Aviv. Con Jordania y Egipto en el bote, solo Líbano permanecería en estado técnico de guerra con Israel, aunque sin el respaldo sirio habría tardado poco en cambiar de bando. Aquello no era una solución al conflicto palestino, pero habría enterrado el dogma israelí de ser una nación en riesgo de ser destruida por sus vecinos.

En diciembre de 2008, las negociaciones estaban ya muy avanzadas. Sin embargo, la siguiente información que llegó fue que aviones israelíes bombardeaban Gaza, sin mayor motivo. Con los civiles muriendo bajo las explosiones, ni Siria podía mantener una negociación de paz, ni Turquía el papel de mediador. Ehud Ólmert no había avisado a Ankara. Erdoğan se sintió traicionado. Y, cuando vio a Peres defendiendo una guerra innecesaria, cuyo único fin parecía ser destruir la opción de paz a la que él había dedicado tanto esfuerzo, se lo tomó a mal.

La onda expansiva del estallido de Erdoğan llegó lejos. Su actitud rotunda, que rompía con las formas diplomáticas y el protocolo de los círculos de poder, hicieron del primer ministro de Turquía un héroe de la calle árabe: por fin había alguien que decía cuatro verdades a la cara de los poderosos. El defensor del pueblo palestino no era Ban Ki-moon, pese a encarnar el derecho internacional, y ni siquiera Amre Moussa, representante del mundo árabe entero, no: era Recep Tayyip Erdoğan. El vídeo que muestra los tres minutos y medio del rifirrafe se convirtió en un éxito en las redes sociales, con millones de clics. Había nacido una estrella.

LA FLOTILLA DE LA LIBERTAD

La imagen de Erdoğan —y de Turquía entera— como adalid de los derechos de los palestinos frente a Israel y, por extensión, de las masas árabes pisoteadas frente a un Occidente tildado de colonialista se afianzó todavía más con el drama de la Flotilla de la Libertad ante la costa de Gaza.

El 31 de mayo de 2010, la Flotilla de la Libertad, compuesta por seis barcos, avanzaba rumbo a Gaza, a unos ciento treinta kilómetros de la costa israelí. El mayor buque era el *Mavi Marmara*, un antiguo ferri de Estambul con más de seiscientas personas a bordo. Había sido fletado por la organización İnsani Yardım Vakfı (İHH), una ONG de ayuda humanitaria de orientación islamista y buenas relaciones con el AKP. Parte de los pasajeros eran activistas del entorno de la İHH, pero también había numerosos periodistas y representantes internacionales.

A las 4:30 de la madrugada, soldados israelíes asaltaron el buque desde helicópteros y lanchas neumáticas. Empezaron a disparar desde el aire. Nueve activistas murieron de inmediato, y un décimo quedó en coma y falleció tres años más tarde. El resto fueron detenidos, llevados a Israel, despojados de sus pertenencias —en el caso de los periodistas, sobre todo de documentos gráficos— y, finalmente, deportados.

El incidente provocó un enorme eco mundial, ya que, pese al intento del Gobierno israelí de presentarlo como un caso de «enfrentamiento» entre activistas armados con llaves inglesas, algún barrote desgajado de la barandilla del barco y unos cuchillos de cocina —que no usaron— y un comando de élite con metralletas, era innegable que jurídicamente se trataba de un caso de piratería: el *Mavi Marmara* se hallaba en aguas internacionales, no transportaba armas ni drogas y no suponía ninguna amenaza para Israel, salvo la psicológica de penetrar en la zona vetada alrededor de Gaza.

La rabia fue intensa en Turquía, donde los entierros de los nueve «mártires» se celebraron ante una muchedumbre de quince mil personas en el conservador barrio de Fatih, en Estambul, cerca de la propia sede de la İHH. Pese a las protestas populares, tanto Erdoğan como Abdullah Gül hicieron gala de un discurso moderado. Condenaron firmemente el incidente, llamaron a consultas al embajador en Tel Aviv, cancelaron tres ejercicios militares con Israel y exigieron una disculpa formal, pero nada que indicara una ruptura radical. Un detalle los salvó del dilema de declarar un caso de guerra e invocar el tratado de la OTAN: si bien un abordaje en aguas internacionales equivale a una vulneración del territorio ajeno, no era Turquía el país afectado. Poco después de comprar al Ayuntamiento de Estambul el *Mavi Marmara* por 1,8 millones de liras (entonces, 900.000 euros), la İHH había registrado el buque en las islas Comoras por su menor presión fiscal. Y la república isleña optó por desentenderse del asunto.

En diciembre, pese a las malas relaciones diplomáticas, Ankara incluso se apresuró a enviar dos aviones bombero a Israel para ayudar a apagar un incendio. Fue en los siguientes meses, debido a la negativa del Gobierno israelí a pedir perdón, cuando las relaciones se deterioraron hasta llegar, en septiembre de 2011, a la expulsión del embajador israelí.

Erdoğan no desaprovechó la crisis. Mantenía públicamente su disposición a reconciliarse plenamente con Israel una vez que Tel Aviv pidiera disculpas formales, pero, mientras tanto, reeditaba el éxito del «*One minute*» (o «*Van minut*», según su pronunciación), perfilándose de nuevo como el adalid de los derechos palestinos. En octubre de 2001, durante una visita a Sudáfrica, tronó: «Por ahora, Israel es un peligro para la región: tiene la bomba atómica. Y practica el terrorismo de Estado». El analista Can Yirik observa que Erdoğan se ganó así el corazón de los árabes, que lo consideran un líder musulmán muy distinto a los demás: «Ningún dirigente árabe exige disculpas cuando una potencia occidental mata a ciudadanos inocentes». «Tampoco se le puede acusar de antisemitismo: no es un segundo Ahmadineyad, no está en contra de la existencia de Israel», apunta. Eso fue un detalle importante que Erdoğan no se olvidó de subrayar en Sudáfrica: «No tenemos nada contra el pueblo israelí. En mi país viven más de cuarenta mil judíos, y ni hemos permitido ni permitiremos que les ocurra nada malo».

Sus palabras no eran solo de cara a la galería: había detrás una verdadera implicación con el futuro de Palestina. En abril de 2011, Turquía jugó un rol fundamental en la reconciliación entre Fatah y Hamás que se negociaba en El Cairo para allanar el camino hacia un Estado palestino. «Turquía lleva bastante tiempo esforzándose en acercar a las facciones palestinas», opinaba el analista turco Mensur Akgün, aunque también reconocía que únicamente los palestinos podrían decir cuánto había pesado la influencia turca en el acuerdo. El éxito reforzaba la imagen de Turquía en la calle árabe y señalaba que los herederos del Imperio otomano volvían a interesarse vivamente por sus antiguas provincias del sur.

Al mismo tiempo, Erdoğan jugaba a la contención con Israel: cuando una alianza internacional de varias ONG lanzó en junio la siguiente edición de la Flotilla de la Libertad, el Gobierno turco impidió que zarpara de sus aguas. También en otros aspectos prevalecía el «*business as usual*»: el comercio entre ambos países florecía y, a mediados de 2011, iba camino de un récord histórico. Pero no sirvió para reparar los lazos. El 1 de septiembre, tras la publicación del informe de la ONU sobre el asalto a la Flotilla de la Libertad, Ankara lanzó un ultimátum para exigir disculpas. Tel Aviv no reaccionó, por lo que el embajador israelí tuvo que hacer las maletas. Por el camino se

quedaban también contratos militares entre empresas de los dos países por valor de 1.200 millones de euros. Un día después, Erdoğan filtró a la prensa su intención de visitar Gaza «en las próximas semanas». Pero la foto del primer ministro turco acercándose a las costas palestinas con una escolta de destructores no se llegó a tomar: era demasiado incluso para el Reis (el Jefe o el Capitán, como ya lo trataban sus seguidores). En su lugar, el mandatario lanzó una triunfal gira por tres países árabes: Egipto, Túnez y Libia. Se iniciaba la Primavera Árabe, y el líder turco no quería desaprovechar el momento.

LÍDER DEL MUNDO ISLÁMICO

«La nueva voz del mundo islámico», titulaba la oficialista agencia de noticias Anadolu una nota sobre el viaje. La prensa internacional hacía coro: «El nuevo califa», «El príncipe de Oriente Próximo» y «Erdoğan como Saladino», se leía en Alemania e Israel. No era para menos, vista la recepción multitudinaria de Erdoğan en El Cairo. El último en suscitar tanto entusiasmo en la calle árabe fue el egipcio Gamal Abdel Naser, cuyo enfrentamiento militar con Inglaterra, Francia e Israel en 1956 lo convirtió en héroe y dio lugar al movimiento del panarabismo. Pero algo había cambiado. «La identidad aglutinadora ya no es la árabe: es el islam», sostiene Oytun Orhan, miembro del centro de análisis turco ORSAM. La religión había reemplazado al idioma.

La causa palestina no era la única clave. Ya en 2009, con los lazos militares entre Ankara y Tel Aviv aún intactos, un sondeo del centro turco TESEV en Egipto, Jordania, Palestina, Líbano, Arabia Saudí y Siria sobre el país más valorado descubrió que Turquía ganaba a Egipto, con un 75% de opiniones favorables. En 2010, el liderazgo turco era indiscutible (82 %). Orhan lo resume así: «Desde que el AKP ganó por segunda vez las elecciones, su imagen se afianzó en Oriente Medio: un enorme éxito económico, la perspectiva de entrar en la Unión Europea... Y todo eso dirigido por un

hombre del que todos conocen sus raíces islamistas. La gente ve una Turquía llevada al éxito por un hombre que es islámico, pero que puede vivir en democracia».

En su gira por el norte de África, Erdoğan combinaba las andanadas verbales contra Israel con su imagen de líder democrático, «moderado», fiel aliado de Estados Unidos y buen candidato a la Unión Europea. En Egipto, un país recién salido de generaciones de dictadura, hizo gala de ello: «¡Democracia y libertad son derechos tan básicos como agua y pan, hermanos!». Tenía legitimidad: había pedido la dimisión del presidente Hosni Mubarak mucho antes que ningún líder europeo. La calle lo aclamaba.

En esos primeros compases de la Primavera Árabe, el modelo turco sirvió de inspiración a diversas formaciones políticas vinculadas a los Hermanos Musulmanes. Las de Libia y Siria incluso copiaron el nombre del AKP: Justicia y Desarrollo. En Túnez, el partido islamista Ennahda, que llevaba tiempo proclamando los mismos principios que Erdoğan, llegó a copiar, fotograma a fotograma, un anuncio de campaña del AKP de las elecciones locales turcas en 2014. Los movimientos islamistas en todo Oriente Próximo buscaban adoptar posiciones similares a la del AKP para hacerse respetables.

Pero algunos dirigentes árabes empezaban a mostrar recelo. «Los líderes árabes no están tan contentos con la creciente popularidad de Erdoğan», cree Orhan. Explica que esa fue la razón por la que Egipto impidió al mandatario turco entrar a Gaza a través de su frontera una vez que Ankara descartara la opción de llegar por mar: «Lo habrían recibido como a un dios».

«Damos la bienvenida a Erdoğan, pero no creemos que él o su país deban liderar la región o diseñar su futuro», advirtió Esam Erian, dirigente del partido egipcio Libertad y Justicia. Tal vez le molestara la defensa del Estado laico que hizo Erdoğan en El Cairo al recalcar que «el laicismo turco respeta a los ateos». Eran precisamente los menos religiosos quienes aclamaban a Erdoğan, en la esperanza de que su ejemplo sirviera de influencia moderadora a los partidos islamistas, que inevitablemente llegarían a las esferas del poder tras la democratización árabe. En otras palabras: los sectores religiosos reconocían a Erdoğan como uno de los suyos que ha llegado a la cumbre, y los laicos confiaban en que su ejemplo apaciguara a quienes soñaban con Estados

teocráticos. A todo ello se sumaba el apoyo de Estados Unidos a Erdoğan, un «islamista moderado» que servía de baluarte contra el islamismo radical, precisamente por pescar en el mismo caladero de votos.

Junto al despliegue de esta «diplomacia emocional», Turquía invirtió esfuerzos —aunque de forma menos pública— en colocar un pie en los Estados árabes en revuelta. Primero, en Libia, un país con una guerra civil en toda regla, pero con milicias sin experiencia ni estrategia. Poco después de estallar los enfrentamientos, militares turcos retirados volaron a Bengasi para entrenar a los guerrilleros. Teóricamente se trataba de una operación secreta, pero al final no lo fue tanto: en septiembre de 2011, un militar retirado turco que se identificó como E. A. contaba a la prensa turca que allí vio a oficiales italianos, británicos, franceses e incluso polacos, suecos y noruegos entrenar a los rebeldes. «Aunque nosotros fuimos los únicos en enseñar tácticas de operaciones especiales», agregó. Los británicos y franceses se camuflaban como hombres de negocios, añadía, mientras que los turcos llevaban tarjeta de periodista. No detallaba hasta qué punto el equipo contó con el visto bueno de Ankara. Tal vez era una especie de deber patriótico para conquistar los corazones de los rebeldes libios y su futura gratitud en forma de concesiones petrolíferas y contratos de reconstrucción, antes de que lo hiciera la competencia francesa, británica o italiana.

EL AVISPERO SIRIO

Algo más tardó Ankara en decantarse por un bando en el conflicto de Siria. Durante los primeros meses de 2011, Erdoğan pidió a Bachar al Asad escuchar las demandas de los manifestantes, pero no puso en duda la legitimidad del presidente. Con motivo: escasos meses antes, había posado con Asad en la ciudad siria de Latakía tratando al joven autócrata de «querido hermano». Aquel gesto era el broche final a la política de «cero enemigos» impulsada por el ministro Davutoğlu y consistente en enterrar viejas enemistades con todos los vecinos: Grecia, Armenia... y, finalmente, Siria. Calentar las relaciones con el vecino sureño no era pan comido: desde un polémico referéndum en 1936 que incorporó el territorio de Alejandreta y

Antakya a Turquía, Damasco nunca había dejado de reivindicar ese trozo de tierra fértil, ahora llamado Hatay. A ello se añadía la firme alianza de Turquía con Israel, país en guerra con Siria. Las relaciones empezaron a descongelarse, pero solo lentamente, en 1999, cuando Damasco expulsó de su territorio a Abdullah Öcalan, líder del PKK kurdo. Las relaciones políticas y comerciales fueron mejorando, y en 2009 se anunciaron incluso ejercicios militares conjuntos. Todo parecía ir bien cuando Erdoğan posó radiante con Asad en Latakía: entonces nadie imaginaba que, apenas medio año más tarde, iba a saltar por los aires no solo la alianza, sino también Siria entera.

Erdoğan tardó hasta finales de noviembre de 2011 en cambiar el discurso y pronunciar las palabras «Váyase, señor Asad». A partir de ahí, sin embargo, Ankara entró de lleno en lo que ya era el tablero de ajedrez en el que movían sus peones las potencias del planeta, cercanas y lejanas: Arabia Saudí, Catar, Irán, Israel, Estados Unidos, Gran Bretaña y, finalmente, Rusia. Durante los primeros años, Turquía se mantuvo en el discreto pero fundamental papel de retaguardia para los movimientos alzados en armas contra Asad, especialmente en la provincia de Hatay, un trozo de costa mediterránea del tamaño de Cantabria.

Pasear por la ciudad de Antakya, la bíblica Antioquía, era una experiencia curiosa ya antes de la llegada de los refugiados sirios: por sus calles se escucha tanto el árabe levantino como el turco; las tiendas están rotuladas en ambos idiomas, y la disciplina y la seriedad turcas dan paso a una alegre relajación siria. La población araboparlante de la provincia es en su gran mayoría alauí, es decir, que sigue la misma corriente poco o nada ortodoxa del islam a la que también pertenece la familia Asad. Los alauíes consideran que el Corán tiene un significado oculto, distinto al aparente, superficial, y que todos los ritos y prácticas musulmanas se derivan del aparente, por lo que son, en realidad, innecesarios. En consecuencia, en Antakya registran más afluencia las cervecerías que las mezquitas, y la presencia femenina en la calle —de día y de noche— no se distingue de la de los barrios liberales de Estambul.

Así es la ciudad con la que se encuentran durante el año 2012 los guerrilleros sirios que acuden no tan discretamente al hospital local para curarse algún mal disparo. Por entonces no les choca: aunque sean suníes y los

alauíes se sitúen en el bando enemigo, la mayoría de ellos se adhieren a parecido estilo de vida. «De cien combatientes en mi unidad, únicamente vi rezar a dos. Aunque al principio me miraban raro porque yo comía en pleno ramadán, cada día había más compañeros acompañándome y, al llegar al último día, solo dos o tres de la quincena de guerrilleros con los que iba cumplían el ayuno», relata Muntasir Sino, un activista sirio que cruza la frontera periódicamente con material informático para los rebeldes. Pero pronto se divisa el cambio: «Hay verdaderos salafistas entre los rebeldes, y muchos son yihadistas de fuera: libios, algún afgano, hombres del Cáucaso... Estos creen de verdad en la yihad y cumplen el ayuno a rajatabla». Lo que hace cundir el ejemplo entre los propios sirios no es tanto la convicción como el dinero, agrega otro guerrillero, Firas Birro, oriundo de la región de Latakía: «Cuanto más larga tienes la barba, más dinero recibes. El dinero para comprar material y armas viene de Arabia Saudí, Kuwait, el Golfo, Afganistán y, sobre todo, Libia».

Ante este tráfico, Turquía hace la vista gorda. Pasar a Siria cargado de comida, medicamentos y armas es fácil, asegura Sino. Los verdaderos salafistas están aún mejor pertrechados: gestionan un hospital semiclandestino en una tranquila calle de la periferia del municipio fronterizo de Reyhanlı. Ahí yacen, en habitaciones limpias, jóvenes gravemente heridos, atendidos por médicos sirios. Los combatientes, algunos todavía adolescentes, ya lucen la barba salafista, pero en algunos casos un tatuaje da fe de una vida anterior, quizás callejera, en cualquier caso muy alejada de los preceptos religiosos. Los responsables del centro ponen condiciones a los periodistas para una visita: «No foto, no vídeo». Es imposible que la Policía turca ignore la existencia del hospital, pero se prefiere discreción.

Al mismo tiempo, Turquía fomentaba la oposición política siria, que intentaba establecer una especie de Gobierno en el exilio. El primer intento tuvo lugar en El Cairo, y siguieron encuentros en Antalya (Turquía) y Doha (Catar) hasta formarse, en agosto de 2011, el Consejo Nacional Sirio, más tarde transformado en la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (CNFROS), con sede central en Estambul. No costaba mucho averiguar su afiliación: la inmensa mayoría de los oradores

eran hombres; las escasas mujeres iban casi todas púdicamente cubiertas con el velo islamista, y no era raro que los actos se inaugurasen con lecturas coránicas. Hubo invitados con el traje árabe del Golfo, desconocido en Siria.

Era evidente que la cara diplomática de la revolución siria había caído en manos de los Hermanos Musulmanes. Expulsados de Siria con la masacre de Hama en 1982, la cofradía disponía de bien engrasadas redes desde Turquía hasta Bélgica, Inglaterra y Canadá, aparte de Catar, y no ocultaba su anhelo de hacerse un hueco en una futura Siria sin Asad.

El Gobierno turco no dudó en apostar por este caballo. Jugaba sus cartas con discreción: no planteaba una intervención militar en Siria fuera del marco de una acción internacional. En parte, por prudencia, pero quizás también por no enfrentarse con Irán, vecino y socio comercial, convertido pronto en patrón del régimen de Asad. Al menos al principio, el Ejecutivo turco no armaba a los grupos rebeldes que disparaban en el monte. El Ejército incluso daba cada semana a la prensa el parte del número de cargamentos de munición y fusiles decomisados en la frontera. Un paripé, según los activistas, pues el armamento incautado solo era una pequeña parte del que realmente pasaba a Siria.

El atentado con coche bomba en Reyhanlı, el municipio fronterizo de Hatay, que se cobró 51 víctimas en mayo de 2013, fue la primera sacudida en mostrar a Turquía que la guerra en Siria podía tener consecuencias dentro del país. El Gobierno turco fue rápido en acusar al régimen sirio —que lo negó todo igualmente rápido—, pero nunca se llegaron a esclarecer ni los motivos ni los responsables. En secreto, sin embargo, Ankara comenzó a tejer redes con las milicias en el otro lado de la frontera. Con cuáles en concreto, nunca se ha llegado a documentar con precisión.

El 1 de enero de 2014, los tejemanejes de Ankara con la oposición armada siria saltaron a la luz pública. Aquel día, la Gendarmería turca —un cuerpo militarizado, pero de funciones policiales— detuvo un camión en la provincia de Hatay. Escondidos entre cajas de ayuda humanitaria, en su interior había cabezas de mortero, armas, munición, aparatos electrónicos y chalecos de asalto. Aquel habría podido ser uno más de los tantos éxitos policiales de aquellos meses si no fuera porque uno de los detenidos alegó formar parte de los servicios secretos turcos, el poderoso MIT. El caso se

resolvió con la aparición del gobernador de Hatay: efectivamente, el camión estaba bajo protección estatal, de modo que el registro se abortó y el vehículo pudo proceder hacia Siria.

El 19 de enero, un incidente similar tuvo lugar en la provincia de Adana. La Gendarmería desplegó decenas de agentes para inspeccionar tres camiones, y de nuevo encontró armas antes de recibir la orden de interrumpir la acción. Esta vez, la propia oficina del gobernador de Adana confirmó a la prensa que el registro se abortó al comprobarse que los camiones iban acompañados de agentes del MIT. El Gobierno aseguraba que se trataba de «ayuda humanitaria» destinada a la población turcomana en el noroeste de Siria, un colectivo de ciudadanos sirios de habla turca al que Ankara siempre ha dado un trato de distinción frente al resto de desplazados o refugiados. Cuando, al año siguiente, el diario *Cumhuriyet* publicó fotos y vídeos del registro en los que se apreciaban claramente las armas, el Ejecutivo no acusó a sus periodistas de mentir, sino que les abrió un proceso por «revelación de secretos del Estado».

Aunque nadie supo nunca a ciencia cierta a quién en concreto iban destinadas las armas —en el laberinto de milicias que cambiaban de nombre, afiliación, coordinadora, paraguas y siglas cada dos por tres, tampoco era fácil establecer categorías—, una idea cundió en la izquierda: las simpatías de Ankara estaban con las milicias de orientación islamista, no tanto para derrocar con su ayuda a Asad como para frenar la expansión de las milicias kurdas de Siria, que afianzaban su poder sobre el norte del país debido a la debilidad del régimen.

Era una curiosa alianza tácita: los kurdos, durante décadas oprimidos, excluidos, pisoteados en Siria, se habían convertido en cuestión de meses en el único colectivo fuerte que renunciaba a atacar al Ejército oficial y mantenía una tensa pero correcta relación de vecindad con los cuarteles y las comisarías. El Partido de la Unión Democrática (PYD), un movimiento izquierdista que había sido clandestino durante una década, se transformó rápidamente en la fuerza política principal de Rojava, las áreas kurdas de Siria, gracias a su milicia de las YPG (Unidades de Protección Popular), una guerrilla inspirada en el ideario de Abdullah Öcalan y con evidentes vínculos con el PKK. El enemigo no era ya Damasco, sino el frente salafista y, pronto, también el Estado Islámico. Al principio parecía incluso posible una alianza

entre Ankara y el PYD, quizás en términos similares a los que convertían desde hacía años al Kurdistán iraquí casi en vasallo económico y político de Turquía. No en vano, entre 2013 y 2015, el dirigente del PYD Salih Muslim mantuvo conversaciones —siempre secretas— con ministros en Ankara.

Pero la esperanza de que Turquía pudiera patrocinar un espacio democrático y no islamista en el norte de Siria se desvaneció cuando, en el otoño de 2014, los yihadistas del Estado Islámico asediaron el enclave de Kobani. Ankara se negó a asistir a las fuerzas kurdas. En ese momento quedó claro para muchos kurdos que la aparente neutralidad turca («Son dos organizaciones terroristas que se combaten mutuamente», decía el Gobierno) apenas era un velado deseo de que los yihadistas acabasen con las organizaciones armadas kurdas. Entre el islamismo y la izquierda nacionalista kurda, Erdoğan había elegido bando. La geoestrategia del Reis podía tomar en cuenta cuestiones prácticas, pero por encima de todo estaba la visión de un mundo islámico unido bajo su égida. Y los kurdos seguidores de ideas progresistas no merecían el nombre de «musulmanes». «Ateos, zoroastrianos», los llegaría a llamar en algún discurso electoral.

En Siria, los dados de Turquía habían rodado. Si bien aún faltaban dos años hasta que los tanques turcos cruzaran la frontera y enarbolasen la bandera de la media luna y la estrella en las colinas de Yarábulus, Al Bab y, más tarde, Afrín.

AMBICIÓN OTOMANA

La intervención de Turquía en Siria marcaría el cenit de su reputación política en el mundo. De un país que la década anterior contribuía a resolver problemas gracias a su nueva diplomacia, se pasó a la imagen de un Gobierno que se dejaba llevar por fantasías imperiales.

La nostalgia por las glorias otomanas no es nueva en Turquía, pero jamás había alcanzado las cotas a las que ha llegado con Erdoğan. Durante las primeras décadas de la república se menospreció la herencia del Imperio otomano, que se veía como algo reaccionario, mientras se ensalzaban las historias de los pueblos turcos preislámicos de Asia Central, pues se buscaba

crear un nacionalismo laico y una nueva historia —un tanto artificiales— que sirvieran de cemento social para la Turquía republicana. Con la llegada de los islamistas al poder en Turquía, en cambio, se vivió el proceso inverso: se ensalzaban las virtudes del imperio y se criticaba la herencia jacobina de los primeros años de la república. El pasado otomano, aunque cercano en el tiempo, no deja de ser una especie de leyenda para los propios turcos, un pasado propio a la vez que exótico, desconocido, inaccesible. La barrera es la reforma del alfabeto de 1928, que sustituyó los caracteres árabes por los latinos: ningún turco con educación universitaria normal sabe leer un texto escrito hace cien años. Y aunque supiera descifrar los caracteres, no lo entendería: la purificación y turquificación del lenguaje durante los años treinta, un proceso que continuó durante todo el siglo XX, ha convertido el turco otomano en una lengua ininteligible: hasta los discursos de Atatürk se leen hoy día en traducción al turco moderno.

La «otomanía» no pasó de ser una moda durante los primeros años de Erdoğan —camisetas, diseños textiles, películas ambientadas en la época...—, pero terminó por convertirse en una verdadera fiebre de libros, filmes, documentales, series de televisión de gran presupuesto, artículos glosando un pasado idílico y alabando la supuestamente modélica libertad religiosa del imperio; recuperación de palabras, expresiones e incluso deportes. Se multiplicaron los simposios y conferencias, y ya no solo sobre la edad de oro del imperio, sino especialmente los dedicados a la figura del último gran sultán, Abdülhamid II, que reinó entre 1876 y 1909. Se lo conoce por haber abolido el primer intento de monarquía constitucional; por su rechazo a las reformas liberales que aprobaron sus predecesores; por su infausta paranoia y por el manejo de una extensa red de policía secreta, amén de por la matanza de decenas de miles de armenios. Pero, para Erdoğan y los suyos, el hecho de que Abdülhamid fuese un decidido partidario del panislamismo lo convierte en un modelo, como el último héroe que luchó contra las conspiraciones de los pérfidos occidentales empeñados en dividir y destruir el imperio.

Este neotomanismo ha terminado por contagiar todas las esferas de la política, incluida la exterior. Una Turquía cada vez más poderosa y segura de sí misma, aupada por una creciente industria armamentística, que busca su lugar en el mundo y es capaz de reclamar aquello que perdió. El propio

Erdoğan ha llegado a pedir —pública pero no oficialmente— la revisión de los términos del Tratado de Lausana, que fijó las fronteras de la moderna Turquía. Ha insinuado ciertos derechos sobre las ciudades petrolíferas iraquíes de Mosul y Kirkuk, el norte de Siria e incluso algunas islas griegas. «Nos han reducido de cinco millones de kilómetros cuadrados a 780.000», afirmó en una manifiesta reivindicación del territorio imperial en su fase de máximo apogeo. Declaraciones que han terminado por encender las alertas de sus vecinos, pero que venden bien en casa. No pocos ven a Erdoğan como el líder que ha hecho que el mundo vuelva a respetar a los turcos y que ha recuperado el honor perdido de Turquía como vieja potencia mundial.

LA REVUELTA DE GEZI

Las nubes de gas lacrimógeno avanzan calle abajo. La plaza de Taksim, donde se desarrollan las batallas campales con la policía, queda a quinientos metros, pero los blindados de los agentes, los temibles TOMA, fortalezas sobre ruedas con cañones de agua, persiguen a los manifestantes colina abajo hasta el barrio de Cihangir, una zona de artistas, jóvenes profesionales liberales y clases acomodadas con un toque bohemio. Los habitantes del barrio tratan de resguardarse de las balas de goma de la policía que traquetean por el asfalto. Esperan a que la brisa despeje un momento las nubes de gas para volver a arremeter cuesta arriba y recuperar cincuenta metros bajo los gritos de «¡Gobierno, dimisión!», «¡En todas partes, Taksim, en todas partes, resistencia!», o «¡Corre, Tayyip, corre, que vienen las mujeres!»). Es casi medianoche de un día de junio de 2013.

Al asomarse por la esquina, Elif Aksu, de veintisiete años y profesora de inglés en un colegio público, descubre a pocos pasos de ella a Meral Altan, de veinticinco y creativa en una agencia de publicidad.¹ «¿Tú por aquí?», pregunta sin ocultar su asombro. Las dos mujeres se conocen por haber coincidido esporádicamente en fiestas de amigos comunes desde 2010, pero entonces estaban en bandos políticos opuestos. Ahora se cogen de la mano para correr unos metros y evitar una nueva salva de disparos. «¿Te gusta mi nuevo maquillaje?», inquiera Elif. Se señala la cara, embadurnada de un líquido blanco: es la mezcla de almagato y leche que los manifestantes usan para reducir el picor del gas lacrimógeno en la piel. Otros prefieren un limón recién cortado. En las aceras luce el amarillo de los cítricos.

Las dos chicas no son tan distintas: a ambas les gustan la sangría y el jamón ibérico que traen algunos amigos extranjeros; las dos son de salir de bares el sábado por la noche, y para ninguna es extraño amanecer el domingo acompañada de un chico al que acaban de conocer. Elif proviene de una familia humilde de la costa del mar Egeo, en parte campesina, en parte funcionaria, fiel al ideario kemalista, y su trabajo en la enseñanza pública solo ha reforzado las convicciones adquiridas durante su carrera: el islamismo de Erdoğan, cree, amenaza su forma de vida.

En el referéndum de reforma constitucional de 2010, que abrió la vía a que el poder político tuviera más influencia en la Judicatura, ella votó «no». En aquel mismo referéndum, Meral votó «sí». Es más, hizo campaña a favor. Para ella y para sus compañeras de la asociación Jóvenes Civiles, aquella reforma permitía democratizar el sistema judicial, hasta entonces un coto cerrado que respaldaba a los círculos militares, encubría la guerra sucia contra los kurdos y mantenía un laicismo férreo en detrimento de la población conservadora, habitualmente de clase modesta. Meral no es kurda, ni pertenece a una clase modesta —su familia le ha podido costear una excelente educación universitaria—, y le parece impensable colocarse un pañuelo en la cabeza, pero está decidida a luchar por la libertad de los demás. Y de las demás, sobre todo. En aquel septiembre de 2010, Meral aún creía que el AKP iba a poner fin al poder del binomio Judicatura-militares y permitir desarrollar la diversidad, la aceptación de kurdos, armenios, homosexuales, de todo tipo de minorías en una sociedad más democrática. No era personalmente devota de Erdoğan, pero en la pugna contra el poder militar eligió su bando. Hoy está muy decepcionada. Le da dos besos a Elif y ambas chicas se sonríen.

ERDOĞAN CONTRA LAS MUJERES

El cambio legal impulsado por el AKP que permitía el uso del velo en la universidad se basaba en las directrices europeas: la prohibición era incompatible con las normas comunitarias de libertad religiosa. Erdoğan siguió resaltando durante años esa reforma como uno de los grandes avances a

favor de los derechos de la mujer. Meral se acuerda: ella se manifestó a favor de ese derecho, aunque en la vida habría aceptado colocarse ella misma ese símbolo religioso. Sí sentía que su deber era reivindicar la libertad de hacerlo. Lo dice con desilusión, pues después de esta vinieron otras iniciativas del AKP —proclamadas con orgullo por Erdoğan— que para la joven publicista suponían un paso atrás. Como prohibir el aborto.

El aborto, legal en Turquía desde 1983, motivó el primer gran enfrentamiento de los movimientos de mujeres con el Gobierno del AKP. Los discursos incendiarios del primer ministro («El aborto es un asesinato») avivaron el fuego. «No soy una incubadora», «Gobierno, quita tus manos de mi cuerpo» o «Prohibir el aborto es terrorismo de Estado», decían las pancartas en la avenida İstiklal de Estambul en junio de 2012.

Aquel primer asalto lo ganaron las mujeres: tras meses de manifestaciones en la calle, la propuesta de ley nunca se formalizó. Pero la victoria evidenció una división de la sociedad: en las marchas solo participaban mujeres de los sectores de izquierda, pese a los esfuerzos de las organizadoras para integrar a colectivos más islámicos. No acudieron. En las marchas no había ni una sola manifestante con velo. La asociación KADEM, compuesta por mujeres conservadoras que en 2010 aún se manifestaron contra la violencia machista, se mantuvo callada: en su directiva figura Sümeyye Erdoğan, hija del jefe de Gobierno. La confrontación era ideológica, y las mujeres del AKP se mantuvieron fieles a la línea del partido, definida por Erdoğan. «Lo viví como una traición», recuerda Meral. «Yo me partí la cara por ellas, por sus derechos como mujeres religiosas. Ellas no hicieron nada por mí, por mis derechos como mujer laica.»

El aborto era la piedra de toque, pero la división era profunda. Erdoğan declaró en 2010: «No creo en la igualdad de mujeres y hombres: son diferentes y se complementan mutuamente». Más adelante sería más explícito: «Pretender que mujeres y hombres sean iguales es ir contra la naturaleza. Darles el mismo trabajo es lo que hacen los regímenes comunistas. ¡Toma una pala y ponte a cavar! Eso no puede ser». En 2016, declarararía que «una mujer que rechaza ser madre es una mujer incompleta». «Cada mujer debe tener al

menos tres hijos» se convirtió en una frase que Erdoğan repetía cual dogma en múltiples ocasiones. A esto se añadían sus arremetidas contra la cesárea, contra los anticonceptivos, contra la sexualidad fuera del matrimonio.

Su entorno no le fue a la zaga. Un cargo del AKP, Erhan Ekmekçi, lamentaba: «Sí, nuestras chicas estudian, pero de esa manera ya no encontramos chicas para casar a nuestros hombres». Bülent Arınç, entonces vice primer ministro, se mostró escandalizado cuando una diputada socialdemócrata usó la palabra «vagina» en el hemiciclo: «Me puse todo colorado. Una palabra así... ¡en boca de una mujer casada!».

La prensa cercana al Gobierno hizo flotar globos sonda sobre la posibilidad de fletar un «autobús rosa», una metáfora para vehículos de transporte público reservados a mujeres como medio para combatir el acoso sexual. Esta medida era anatema para las feministas turcas, que vieron en este concepto una vuelta al *haremlik* otomano, la segregación de mujeres y hombres en el espacio público.

Un conocido abogado y autor de libros religiosos, Ömer Tuğrul İnançer, declaró en horario de máxima audiencia en la televisión pública TRT que las mujeres visiblemente embarazadas no deberían mostrarse en público: sería «inmoral» y «contrario al buen gusto» que una mujer exhibiese un embarazo de siete u ocho meses. «Si necesita aire fresco, que la lleve su marido en el coche», sugirió. Aquellas palabras suscitaron una avalancha de fotografías de mujeres luciendo orgullosas sus tripas en las redes sociales, y una manifestación con hombres y mujeres marchando con cojines bajo la ropa.

İlgin, una joven socióloga disfrazada de embarazada, afirma que İnançer, aunque no tenía un cargo oficial, reflejaba perfectamente la opinión del Gobierno: «Dicen que todas las mujeres debemos tener tres hijos, pero luego no quieren que se nos vea embarazadas. Conclusión: para el AKP, donde mejor estamos las mujeres es encerradas en casa. Pero, cuantas menos mujeres haya en la calle, más agresiones habrá contra las que sí salen, mayor será la violencia machista en la sociedad». El folleto que repartían era rotundo: «Ni ministro ni marido ni teólogo: nadie controla nuestro cuerpo, nuestra sexualidad ni nuestra fertilidad». Tampoco entonces hubo mujeres con velo entre las manifestantes.

No ayudó un comunicado de la Dirección de Asuntos Religiosos en el que se trataba de desmentir que el islam mandase aislar a las embarazadas: añadió que sí deberían tener «más cuidado con su ropa» y que ninguna mujer debería mostrar barriga ni espalda. «El Gobierno quiere implantar poco a poco un sistema islámico, y el primer blanco somos las mujeres», opina la feminista Arzu Becerik. En realidad, la campaña por la natalidad y contra el aborto ni siquiera se basaba en la teología islámica (que no es en absoluto unánime en el asunto), y tenía mucho más en común con los postulados de la Iglesia católica y su mandato del «Creced y multiplicaos».

Los detalles se iban acumulando. En pleno 2011, aún tuvo que dimitir un cargo local del AKP de Ordu, Süleyman Demirci, tras escribir en Facebook que «una mujer sin pañuelo parece una casa sin cortinas, y una casa sin cortinas bien se vende, bien se alquila». Nada pasó, en cambio, cuando, en 2012, la psicóloga Sibel Üresin se pronunció abiertamente en la prensa a favor de la legalización de la poligamia («La permite el Corán»), pero, a raíz de algunas preguntas de una periodista, rechazó la poliandria. Lo razonó así: «Es pecado, y una mujer no puede quedarse embarazada a la vez de cuatro hombres, mientras que un hombre sí puede dejar embarazadas en cinco minutos a cuatro mujeres». Incluso admitió haber arreglado numerosos «matrimonios» polígamos (no reconocidos por la ley turca). Aunque Üresin, correctamente velada, asidua del canal islamista Hilal TV y habitual invitada a dar cursos sobre conciliación familiar en municipios gobernados por el AKP, no era del partido, reforzó la impresión de que aquel discurso recibía un silencioso pero rotundo respaldo del Gobierno.

En mayo de 2013, el ministro de Salud, Recep Akdağ, afirmó que el aborto no haría falta ni siquiera en caso de violación, porque el Estado ya cuidaría del niño. Ahí intervino incluso Ümit Boyner, exitosa empresaria y presidenta de la patronal turca TÜSIAD, para denunciar las «declaraciones humillantes» que insinuaban que la violación era algo «casi natural». Bülent Arınç le respondió pidiéndole que se metiera en sus asuntos.

Así de caldeado estaba el ambiente cuando, en la última semana de ese mismo mes de mayo, la policía echó a palos a algunos ecologistas que se habían congregado en el parque Gezi, un espacio verde de trescientos metros de largo por ciento cincuenta de ancho adyacente a la emblemática plaza Taksim, en el corazón de Estambul. Llevaba tiempo corriendo el rumor de que el Ayuntamiento, en manos del AKP, iba a talar los árboles. Y, cuando aparecieron las primeras palas excavadoras, unas pocas decenas de jóvenes empezaron a montar guardia en el césped. La policía los echó. La noche siguiente eran centenares. Se repitió la operación. La tercera tarde eran miles. Y la mitad, mujeres.

«Todo el mundo está enfadado con el primer ministro, pero las mujeres estamos más enfadadas que los demás, porque desde hace diez años somos el blanco de todos sus discursos», resume Aslı Göymen, secretaria de redacción en una revista. La amplia presencia de las chicas —la mayoría, jóvenes, aunque tampoco faltan mujeres de cuarenta o cincuenta, ni tampoco algunas abuelas— marca una confrontación, incluso visual, con el mundo de la segregación y la decencia preconizada por el AKP.

Yağmur Demir, de veintiséis años e ingeniera química recién graduada, lo ve normal: «Estamos cada día más enfadadas por las políticas del Gobierno respecto a nuestro cuerpo, como el intento de reforma de la ley del aborto y la imposición de un modelo de familia basado en el concepto tradicional de “honor”». Aquí no hay honor que guardar. Ellas se tiran sobre el césped en grupos, a veces en brazos de un chico, y por la noche comparten con sus compañeros las tiendas de campaña que la policía destruirá e incendiará de madrugada. «Había hasta condones en las tiendas», claman los titulares de la prensa progubernamental para desacreditar a las activistas.

Las protestas se extienden. En pocos días, miles de personas toman la plaza estambulí y se establecen en ella en un remedo de lo que había ocurrido en la Puerta del Sol de Madrid o en la egipcia Tahrir. Su reivindicación ya no es solo poner fin a la remodelación urbanística de Gezi: ahora es, directamente, la dimisión del Gobierno.

Ellas dominan las portadas. La foto icónica de la revuelta tiene nombre: «La mujer de rojo». La instantánea, tomada por un fotógrafo de la agencia Reuters, muestra a una mujer de unos treinta años en un vestido rojo de verano,

un bolsito en el hombro, con el pelo revuelto, apartándose de un policía que le lanza una carga de gas lacrimógeno directamente a la cara. Días más tarde se le une «la mujer de negro», una manifestante que se enfrenta, brazos en cruz, a un chorro de agua de un vehículo policial. Aunque menos espontánea, se convierte también en icono. A las dos se les suma «la abuela del tirachinas», una anciana de pelo blanco y armas tomar. No sale en las fotos Mücella Yapıcı, dirigente del Colegio de Arquitectos de Estambul, el organismo que desde el primer momento coordina las protestas de Gezi, pero en el parque pronuncian su nombre con veneración. Mujer humilde, casi tímida y con fama de rectitud intachable, se ve detenida y, a sus sesenta y dos años, pasa una noche en comisaría, para luego ser acusada de «crear una organización delictiva». Aquel día, los cánticos en Taksim reemplazan el lema habitual de «*Mücadeleye devam!*» («¡La lucha sigue!») por el de «*Mücella ile devam!*» («¡Seguimos con Mücella!»).

Están mano en mano en las protestas, hombro con hombro en las cadenas humanas, mujeres y hombres, sin diferencias. Es una revolución compartida, pero los iconos son ellas. Marcan la imagen. Bajan a las barricadas tal y como vienen del salón de su casa o de la discoteca, en *minishorts* o en chándal, en cazadora o vestido con el bolso a juego. Les da exactamente igual que se les vea el sujetador. Desmienten, a través de su presencia, aquella frase del catedrático de Teología Orhan Çeker que dos años antes había pontificado: «Hermana, si vas con escote, no te sorprenda que te pasen cosas horribles. No tiene sentido quejarse después de provocar». Estos días, en Gezi, no tienen que pensar en cómo vestir. «En la oficina tienes que ir “decente”, muy seria, y más te vale no reírte en voz alta si quieres que te respeten. En Gezi te puedes reír y bailar como quieras. Es el inicio de una nueva era», dice Aslı Goymen. «Llevo una semana metiéndome en una muchedumbre increíble en Taksim y no he sufrido ningún tipo de acoso, cuando normalmente me ocurre cada dos por tres al salir de casa», corrobora Güneş, una psicóloga de treinta años. Las escasas quejas que hay se tratan mediante talleres para enseñar cómo responder y cómo exponer al agresor. Hay pegatinas de «No al acoso» en todos los árboles. «Mucha gente que viene aquí nunca ha escuchado a las feministas, no se ha planteado lo que significa el acoso, lo que es ser una mujer en un espacio público, pero espero que aprendan. Aquí estamos

nosotras para convertir el respeto en algo normal», añade Göymen. La joven ecologista Deniz evoca El Cairo: «Tenemos la experiencia de Tahrir, donde las mujeres acabaron sufriendo severos abusos, y no hay que dejar que eso ocurra aquí».

La risa ayuda. Se lo toman todo con humor y autocrítica. Un grupo de mujeres camina por la calle con brocha y pintura para tapar los numerosos insultos a Erdoğan en los que se usan expresiones como «hijoputa» o «maricón». En una carpa feminista, uno de los muchos tenderetes de movimientos sociales que salpican el parque Gezi, convertido en un inmenso espacio de talleres y encuentros assemblearios, hay citas para «crear y compartir nuevas palabrotas». Y en las marchas, aparte de escucharse el «¡Corre, Tayyip, corre, que vienen las mujeres!», resuena una pregunta dirigida al primer ministro que les exige procrear: «¿De veras quieres que tenga tres hijas y salgan parecidas a mí?». La revuelta ha cambiado la forma de entender la política de un país donde todo parecía atado y bien atado.

El hecho de que la protesta de un pequeño grupo de ecologistas pudiera encender en cuestión de días casi todo el país —se registraron manifestaciones en prácticamente todas las provincias, si bien en el sureste kurdo, en la conservadora Anatolia Central y en la costa del mar Negro tuvieron menos presencia—, mostró que, bajo la superficie de tranquilidad, había un profundo malestar ante la actitud cada vez más autoritaria del primer ministro.

La reforma urbanística prevista para Gezi ejemplificaba la forma de gobernar de Erdoğan: anunció públicamente que, en lugar del parque, se iba a construir una réplica de unos barracones militares otomanos derruidos en 1940 que iba a servir de centro comercial. Una mezquita completaría el conjunto. Resultaba llamativo que fuese el primer ministro, y no el alcalde de Estambul, quien anunciase el plan, y más aún que, tras una orden judicial que frenó el proyecto, Erdoğan insistiera en que este se llevaría a cabo de todas formas. Gloria otomana, centro comercial y mezquita: los tres elementos resumían a la perfección el ideario del jefe de Gobierno. Tampoco fue casualidad que, con todo aquello, se impulsara el sector del ladrillo: la relación entre el partido y las constructoras se había convertido ya en un asunto de Estado. De hecho, era un secreto a voces que las licitaciones para los grandes proyectos de

construcción solo se entregaban a conglomerados fieles a la línea del partido, y siempre a cambio de algo. La posibilidad de que la empresa elegida hiciera fluir dinero a las cajas del AKP ni siquiera era la más importante: casi todos los medios destacados de comunicación de Turquía están en manos de algún *holding* que tiene, a su vez, intereses en múltiples sectores económicos. A cambio de un suculento contrato, la cúpula directiva impartía consignas a la televisión de su propiedad de no molestar al primer ministro.

El dócil papel de los medios de comunicación fue uno de los grandes factores de la revuelta de Gezi. Los primeros tres días, las escaramuzas entre manifestantes y policías habían sido menores, pero el cuarto ya fueron generalizadas y la prensa internacional informó de los enfrentamientos. La madrugada del quinto se recrudecieron para durar toda la jornada. Ese día, la cadena norteamericana CNN transmitía en directo desde la plaza. Sin embargo, su franquicia CNN Türk emitió un documental sobre la Antártida. Su competidora más directa, NTV, también dedicada a las noticias veinticuatro horas, difundía otro programa de naturaleza. «El colapso de los medios tradicionales ha jugado un papel fundamental en este proceso. Si los canales de televisión y los diarios hubieran reflejado la verdad al menos parcialmente, seguramente los medios sociales se habrían utilizado mucho menos — reflexiona Meral—. Pero la gente encendía la tele y se encontraba a unos pingüinos.»

La sensación de que la revolución no iba a ser televisada fue tan concreta que el pingüino se convirtió de inmediato en el animal tótem de la revuelta y en sinónimo de la censura estatal sobre los medios de comunicación.

«La falta de cobertura ha hecho crecer la frustración y la rabia, al tiempo que ha hecho sentir a la gente que es su responsabilidad registrar lo que está ocurriendo», agrega la publicista. «Es un movimiento extremadamente amplio, y lo particular es que la gente que utilizaba las redes sociales solamente para enviar fotos de gatitos y participar en videojuegos ahora está en la calle. Los ciudadanos se han dado cuenta de repente de que estos medios pueden ser útiles para algo que no encaja en la categoría de ocio. Sienten la responsabilidad de comunicarse y mostrar a otros lo que ven», concluye.

Esta idea resume para Meral el repentino cambio de la mentalidad de toda una generación:

Hay que entender las razones que convirtieron una pequeña protesta por salvar un parque en una rebelión de masas. Este movimiento no nace solo por las políticas urbanísticas del Gobierno, ni tampoco por la actitud arrogante del primer ministro, sino con el objetivo de reclamar una democracia más participativa.

«La generación de Facebook, nacida a partir de 1990, es la que lidera el activismo, y los jóvenes hacen un uso excelente de las redes sociales», observa también Eylem Yanardağoğlu, profesora de Periodismo en la Universidad de Bahçeşehir. Esta institución difundió en internet un cuestionario dirigido a participantes de las protestas y recibió unas tres mil respuestas en veinte horas. El resultado: el 40 % de los participantes tiene entre 19 y 25 años, y otro 24 %, entre 26 y 30. Un 54 % nunca antes había participado en un acto de masas, y el 70 % no se siente vinculado a ningún partido político. «Tayyip, *connecting people*» es una de las muchas mofas al primer ministro que esos días circulan por las redes sociales.

Los dardos que Erdoğan lleva tiempo lanzando contra el uso de Twitter contrastan con su propio entorno: tanto el propio presidente, Abdullah Gül, como los ministros de Exteriores y de Asuntos Europeos, además del gobernador de Estambul, son muy activos en esta red social. Aunque la cuenta @RT_Erdogan existe desde agosto de 2009, no tiene apenas actividad en el verano de 2013. «Los altos cargos gubernamentales discrepan del primer ministro y creen que no es capaz de entender a la nueva generación, que es una generación de internautas», opina la profesora.

Esa falta de comprensión explica por qué no hay negociación en el conflicto de Gezi, pero la brecha no es solo generacional sino psicológica: una semana después de las primeras batallas con la policía, Abdullah Gül hace un llamamiento formal a la calma, y el vice primer ministro Arınç recibe a una delegación de Taksim. Ambos entienden, si no la razón, al menos los motivos de los jóvenes. Hablan de negociar. El primer ministro está de viaje en Marruecos, pero ha dado consigna de no ceder. Para él, Gezi es un pulso político, y en un pulso, así lo considera, siempre gana el más fuerte. «Este incidente ya no tiene nada que ver con el parque Gezi: se ha convertido en algo ideológico para conquistar Estambul», opina Erdoğan al tercer día de protestas, en alusión a la alcaldía de la ciudad. Ciertamente: la protesta ecologista contra la tala de árboles ha sido ampliamente superada por un movimiento

ciudadano de masas. No tiene carácter electoralista, pese a la presencia de algunos diputados del centroizquierdista CHP y otros del prokurdo BDP en las manifestaciones, algunos incluso hospitalizados tras sufrir impactos de botes de humo. El malestar es mucho más amplio y hace que los manifestantes se sientan pueblo frente a un régimen autoritario. Pero para Erdoğan solo existe un pueblo: el que lo vota a él.

UNA CONFABULACIÓN INTERNACIONAL

Precisamente a ese pueblo convoca Erdoğan el día que regresa de su viaje por el Magreb. Es la madrugada del 7 de junio y miles de seguidores se agolpan en el aeropuerto Atatürk de Estambul para mostrar su adhesión al líder turco. Uno de ellos es Fatih Turuncu, a quien asistir al mitin le ha costado una bronca con su esposa, pues ella no quería que hiciese público su apoyo al primer ministro frente a los manifestantes de Taksim. El socio empresarial de Fatih, sin embargo, le ha dicho claramente que pasarían lista: no asistir equivaldría a perder futuros proyectos de negocio.

«Prometimos a nuestro pueblo llevar a cabo el proyecto de Taksim, y así lo haremos», insiste Erdoğan en sus discursos. No para mientes en el detalle de que la reforma urbanística nunca fue aprobada siquiera en una comisión municipal y que, además, está bloqueada por los tribunales. Tampoco en que hace quince años que él dejó de ser alcalde de Estambul, una época en la que su intento de construir una mezquita en la plaza de Taksim también se vio frustrado. El actual regidor es Kadir Topbaş, un viejo compañero que no abrirá la boca en todo el mes que dura el conflicto. En su lugar, habla Erdoğan. Y son sus discursos los que convierten las caóticas y espontáneas protestas de Gezi en un conflicto entre las dos Turquías.

Nadie habla de religión en Gezi. Aunque la protesta es laica, integra desde muy pronto al minúsculo grupo de Musulmanes Anticapitalistas, cuya bandera negra con el nombre de Dios ondea entre las enseñas marxistas, socialistas y sindicalistas en la explanada ante el parque. Cuando los miembros de esta asociación quieren rezar, los demás les ceden un respetuoso espacio en medio del parque. Dos o tres chicas con velo —no hay más entre

los millares de personas que deambulan día y noche por allí— juegan al balonmano entre los árboles con los demás jóvenes. Es Erdoğan quien convierte la religión en piedra de toque: el décimo día de protestas, acusa a los manifestantes de haber entrado en la cercana mezquita de Dolmabahçe sin quitarse los zapatos y bebiendo cerveza. ¡Sacrilegio! Pero no es cierto, señala el propio imam de la mezquita: un grupo de jóvenes se refugió en el templo al huir de la policía, pero nadie bebía. Decirlo en público le vale un traslado. Más tarde, Erdoğan asegurará que en Gezi repartían «alcohol gratis a los jóvenes, como los buques de las fuerzas ocupantes en Estambul en 1920». La realidad: lo único que se distribuía sin coste en el parque era agua mineral.

«Arrastran a nuestras chicas veladas por el suelo; le ha pasado a alguien cercano a mí, la arrastraron y la agredieron», clama Erdoğan en el Parlamento. La prensa progubernamental encuentra a la víctima y apunta su relato: se trata de una joven madre velada con un bebé de seis meses que una noche salía de la parada de tranvía de Kabataş y se vio frente a unos setenta o cien energúmenos semidesnudos. Se abalanzaron sobre ella, la golpearon, le mearon encima, todo por ser religiosa, al grito de «¡Busca a tu Tayyip ahora!». El «asunto de Kabataş» figura incluso en la Wikipedia turca... como ejemplo de manipulación. Nunca tuvo lugar. Pero lo que el bulo quiso provocar quedó ahí: marcar a los oponentes de Recep Tayyip Erdoğan como quemaconventos. El mandatario lo resumió de forma precisa: «Son izquierdistas, son ateos, son terroristas».

«Ellos pueden reunir a cien mil personas, pero yo, con mi partido, puedo reunir a un millón.» Con frases como esta, Erdoğan certifica la división de Turquía en dos bandos: los que están con él y los que están en contra. Pero solo los suyos representan la verdadera Turquía, proclama. Los demás son «grupos de terroristas marginales», agitadores, provocadores, ladrones, saqueadores, parapetados en «cafés de lujo». La palabra «saqueador», *çapulcu* en turco, tuvo un destino solo explicable en un mundo dominado por el humor y las redes sociales: se convirtió en cuestión de horas en otro icono bajo el que se reconocían los manifestantes (que nunca habían dejado de pagar religiosamente sus cafés). Poblaban las redes fotos de trabajadores con carteles en los que se leía: «También nosotros somos *çapulcu*». A menudo, en inglés: «*We are chapulling*». Se difundían camisetas estampadas con la frase

«*I'm chapulling everyday*». El hito fue un vídeo en el que el anciano intelectual Noam Chomsky pronunciaba el lema de Taksim de «En todas partes, resistencia» con un cartel de «*Çapulcu*» tras él.

Pero precisamente esta imagen parecía corroborar otra de las acusaciones de Erdoğan, la más grave de todas: que las protestas habían sido incitadas por agentes extranjeros bajo el camuflaje de periodistas. «CNN Internacional emitió ocho horas sin interrupción. ¿Por qué? Para agitar a mi país. No existe algo así como una prensa libre, independiente, neutral. Esos tienen un encargo, ¡son auténticos agentes que llevan a cabo una misión!», tronó el primer ministro. La prensa progubernamental recogió esta teoría: asemejaba Gezi a las revoluciones de colores de varios países exsoviéticos durante la década anterior, y buscaba las manos de George Soros o de la CIA entre bambalinas. La convicción de que todo era un complot estadounidense para crear caos en Turquía y derrocar a Erdoğan ganó amplio espacio entre los seguidores del Reis.

A partir de Gezi, la sensación de estar rodeado de enemigos que procuran su ruina se hace cada vez más fuerte en la psicología de Erdoğan. Atrás quedan los años en los que la meta era Europa. Años de cuando la legislación comunitaria, a la que tenía que adecuarse Turquía, era fundamento para numerosos cambios legales, sobre todo para ampliar la presencia de la religión en el espacio público, vetada por el laicismo turco, pero no por Bruselas. Atrás quedaba también el afán de presentarse como el mejor socio de las potencias europeas, convertir Estambul en una *city* atractiva para los banqueros y los inversores. Aunque el programa estrictamente económico continúa en esta línea, los discursos públicos lo contradicen. Occidente intenta hundir Turquía, y hay enemigos, espías e infiltrados en todas partes. Se retoma, así, una tradición ideológica cimentada en el subconsciente desde la fundación de la república. «Un país rodeado en tres lados por el mar y en cuatro lados por enemigos»: con esta frase aprenden a situarse en el mapa los niños turcos en el colegio desde hace generaciones. Erdoğan, simplemente, recupera el eslogan —lo pronunciará expresamente en 2015— y apela a las convicciones patrióticas. El enemigo está fuera, como siempre, pero esta vez la prensa crítica, los partidos de izquierda, las activistas, los manifestantes son sus quintacolumnistas. Son el enemigo.

El tono extremadamente duro que emplea el primer ministro quizás tenga otro motivo más íntimo: es posible que Erdoğan se sienta traicionado por sus colaboradores más cercanos. Abdullah Gül ha pedido calma; Bülent Arınç se ha reunido con los sublevados. Compañeros de antes de fundarse el AKP parecen ahora buscar una vía distinta a él. No lo respaldan en público. Falta poco para que lo contradigan, algo que el Reis no puede tolerar. A esto se añade que el gobernador de Estambul, Hüseyin Avni Mutlu, jefe de las fuerzas policiales de la ciudad, no es capaz en quince días de acabar con una pandilla de *hippies* que acampan en el parque. Han tomado Taksim, han erigido barricadas y la policía se ha batido en retirada. Las batallas campales que se producen cada día son espectaculares, pero terminan en empate. ¿Realmente no hay manera de echar a unos miles de jóvenes de los que la gran mayoría ni siquiera sabe agarrar un adoquín? ¿O es que no hay voluntad de echarlos? Hüseyin Avni Mutlu, aficionado a Twitter, confunde: si un día dice que la policía aplastará a cualquiera que ose ofrecer resistencia, al otro califica a los manifestantes de «individuos en busca de libertad personal», les desea los buenos días y afirma que le gustaría hacerles compañía para disfrutar «del canto de las aves, el zumbido de las abejas y el olor de los tilos». Normalmente, tras un mensaje de este calibre llega otra carga policial, más dura que la anterior, y en Gezi nadie se fía ya de Mutlu, pero ¿es de fiar para Erdoğan?

También resulta extraño el relativo silencio de la cofradía de Fethullah Gülen y sus medios, como el diario *Zaman*, hasta ahora ariete de las tesis del Gobierno, que nunca ha dejado pasar una oportunidad para lanzar furibundas diatribas contra la izquierda. Parecen desganados, como si en el fondo no quisieran que aquello acabara rápido. Tienen que ser otros medios, con menos prestigio y más credenciales islamistas, los que lideren el patriotismo, haciendo fotomontajes con los corresponsales de los principales medios extranjeros, a los que califican de «espías extranjeros».

Los manifestantes, ellos mismos, no saben nada de una trama internacional. Su referencia no es Tahrir ni Sol ni Occupy Wall Street: es el propio Erdoğan. El hombre que encarna todo lo que ellos —y, sobre todo, ellas— no quieren ser. Aunque el sentir general se ubica en la atmósfera de la izquierda sindicalista, el panorama abarca desde el kemalismo clásico —ahí

están las banderas turcas con la efigie de Atatürk— hasta su archienemigo, el nacionalismo kurdo, representado por los retratos de Abdullah Öcalan, fundador del PKK. Parece inverosímil una convivencia y, mucho menos, una lucha común entre estos extremos. Pero en Gezi todo es posible. Se hace viral una fotografía en la que se ve a un joven activista con la bandera amarilla del BDP, el partido kurdo, socorriendo a otro, ataviado con la bandera turca y la efigie de Atatürk bajo los cañones de agua de los TOMA. Y es recíproco. Cuando, a finales de junio, llega la noticia de que ha caído la cuarta víctima de las protestas, un chaval de diecinueve años llamado Medeni Yıldırım, frente a una comisaría fortificada en Lice, una localidad de la provincia kurda de Diyarbakır, Taksim vuelve a hervir, y se alzan fotos de Medeni al grito de «¡En todas partes, Lice, en todas partes, resistencia!». Mueven los labios las mujeres que levantan banderas turcas con el retrato de Atatürk, sin importarles que Lice no sea un pueblo kurdo más: es allí donde Öcalan fundó el PKK en 1978.

El recuento de víctimas no es, por cierto, una ciencia exacta. No obstante, todos están de acuerdo en algunas: Ethem Sarısülük, muerto tras doce días en coma por el disparo de un policía en Ankara; Abdullah Cömert, fallecido por el impacto de un bote de gas en Antakya, y Mehmet Ayvalıtaş, atropellado por un particular mientras levantaba una barricada en Estambul. Un mes en coma pasa Ali İsmail Korkmaz, apaleado por policías y civiles en Eskişehir (en el noroeste turco), antes de morir. En algunas de las vigilias que se realizan con velas en Taksim o Beşiktaş, añaden a Mustafa Sar, un policía que se cayó de un lugar en obras al perseguir a unos manifestantes en Adana (al sur del país): los policías también son víctimas, dicen algunos. El presidente del sindicato policial Emniyet-Sen, Faruk Sezer, asegura incluso que otros seis policías se han suicidado al no soportar la presión sufrida durante las protestas. Porque los policías tienen que estar ahí día y noche, mientras que los manifestantes se turnan. Y en esta guerra de desgaste, los agentes tienen las de perder. En la madrugada del viernes 31 de mayo, tras tres días de sentadas, acampadas, cargas policiales, quema de tiendas y nuevas acampadas, el número de manifestantes ha crecido tanto que la policía es incapaz de echarlos. Pocos tiran piedras, pero sí se enfrentan a los cañones de agua, al gas lacrimógeno, a los blindados una y otra vez. Agitan banderas. Corren y vuelven. Se dispersan

y luego siguen. Hay decenas de heridos por traumatismos, por impactos de botes de humo, de balas de caucho; hay ochenta detenidos, pero no sirve de nada. Siguen ahí. La batalla dura veinticuatro horas, treinta y seis. Al atardecer del sábado 1 de junio de 2013, la policía se repliega. Los manifestantes toman la plaza: Taksim es de ellos.

Diez días dura la experiencia; diez días en los que el parque de Gezi, el corazón simbólico de Estambul, y la adyacente plaza de Taksim son una especie de territorio liberado. Enfermeros montan un centro de salud, otros colocan depósitos de comida y agua, una chica establece una biblioteca. El campamento lo protegen enormes barricadas construidas con hierros de obras cercanas, adoquines, somieres viejos, palos, piedras. En la avenida İnönü, que sirve de entrada a Taksim, las barricadas se reproducen cada pocos metros: las de arriba, casi infranqueables; las de más abajo, apenas unos diques de piedras. Desde ahí se divisa el estadio de fútbol y detrás, a un kilómetro, el barrio de Beşiktaş, la otra zona de Estambul que se ha sumado en bloque a la rebelión. Pero conectar los dos núcleos será imposible: en medio hay un cordón policial y los temibles TOMA. Patrullan los Akrep, pequeños blindados con puesto artillero en el techo. Las balas son de caucho, pero con mala suerte pueden dejar a alguno tuerto.

Cada noche, los jóvenes bajan a las últimas barricadas, se sientan a observar, a cantar eslóganes, a hacer acto de presencia. Al cabo del rato, la policía lanzará unos botes de humo que aterrizarán decenas de metros detrás de las primeras líneas y cortarán la retirada. Luego cargarán cuesta arriba. Casi nadie tira piedras: la consigna es correr. Atravesar la cortina de gas lacrimógeno para arribar, tosiendo, llorando, medio inconscientes, a una barricada protectora. Alguien ofrecerá un espray con la mezcla de leche y almagato que alivia el picor. Otros preguntarán si se necesita asistencia médica. Pero suele bastar con encontrar aire puro, respirar hondo diez minutos, quince. Luego, uno volverá a acercarse a la línea del frente. La policía se habrá retirado de nuevo; los primeros activistas ocuparán otra vez su sitio en las barricadas.

Así, noche tras noche y durante diez días. Al undécimo, siguiendo directrices del Gobierno central, la policía recupera Taksim y empieza a enviar excavadoras para retirar las barricadas, pero respeta la ocupación del

parque de Gezi. El 15 de junio, una nueva carga policial, que dura hasta el alba, envuelve todo Gezi en un manto de humo. Los enfermeros no pueden con la avalancha de personas desmayadas, heridas por balas de caucho, botes de humo. El pequeño lazareto del parque rebosa de afectados. Las enfermeras piden no se saquen fotos: saben que, si se las identifica, serán despedidas de sus hospitales. Al final se toma la decisión de evacuar: el aire es irrespirable. Hay quien intenta resistir, pero la policía avanza. Cuando amanece, Gezi está acordonada. No queda ni un solo activista. La revuelta de Gezi ha sido derrotada.

LA CONSTRUCCIÓN DEL SILENCIO

Su semblante se ha tornado mezquino con el paso de los años. El cabello ha encanecido a una velocidad pasmosa, se han hinchado las bolsas bajo sus ojos enrojecidos. El ceño fruncido, las cejas arqueadas en señal de alerta, los surcos de su frente más y más pronunciados, el gesto huraño e irritable. Su rostro se ha convertido en un retrato de Dorian Gray en el que están marcadas, como en un mapa, todas las maldades obradas para mantenerse en el poder. Todos los pactos con el diablo.

La ira es uno de los sentimientos más primarios del ser humano. Los tratados de psicología la definen como una respuesta a un trato innmercido, o incluso como una reacción destinada a movilizar la agresividad necesaria para hacer frente a una amenaza. Pero la ira, en ocasiones, puede no ser pasajera, puede anidar en el seno del carácter y dar lugar a continuos brotes coléricos. Se convierte entonces en un sentimiento difícil de extinguir, que consume por dentro. Es esa ira la que, en uno de los hadices atribuidos a Mahoma, se define como «un ascua viva en el corazón de los hombres». Un rescoldo presto a inflamarse y cegar el raciocinio de los gobernantes.

La ira es uno de los rasgos definitorios de la personalidad de Erdoğan. Ese enfado perpetuo que parece moverlo diariamente —y que se ha acrecentado con los años— es fruto del resentimiento por todo aquello que considera que se le ha negado injustamente y tuvo que ganarse por la fuerza. La gloria nunca alcanzada en los estadios, los caminos que se le cerraron por ser un hombre de fe, la libertad coartada cuando gozaba de su primer cargo electo, los insultos que proferían algunos intelectuales desde sus torres de marfil: «el paleta», «el chico de barrio sin modales», «el inculto»... Todo este

cúmulo de frustraciones genera en Erdoğan una angustia canalizada a través de esa particular cruzada suya contra la injusticia —o contra lo que él considera injusto—, pervertida en un resentimiento perpetuo. Una rabia perenne punteada por brotes coléricos.

Estos accesos de furia de Erdoğan son sobradamente conocidos en los pasillos de Ankara. «A veces hay que tratarlo como si fueses un amigo; otras veces, como si fueses su hijo; otras, como si fueses su hermano», respondía uno de sus más estrechos colaboradores, Yalçın Akdoğan, a la pregunta de cómo maneja los enfados de Erdoğan.¹ Ese carácter hace «muy difícil» trabajar en su equipo y ha provocado que numerosas personas terminasen por abandonar la oficina del mandatario, según relata Reha Çamuroğlu, un antiguo asesor de líder turco:

Antes, a los asesores nos llamaba y nos preguntaba: «¿Qué opinas de este tema?» o «¿Te parece bien que hagamos esto?». Aunque no podías decirle directamente «Usted se equivoca», de una forma educada, cuidando las palabras, se lo podías dar a entender. Incluso le podías decir abiertamente «Yo, en tal tema, no pienso como usted» sin tener que verte obligado a presentar la dimisión de inmediato. Pero en 2008, una vez salvó el juicio que pedía la ilegalización de su partido, Erdoğan dejó de buscar asesoramiento. Y en 2010, conseguida la aprobación de la reforma constitucional en referéndum, pensó que él mismo lo sabía todo y podía gestionarlo todo por su cuenta. A partir de ese momento, presentarle una idea contraria a su opinión se convirtió en motivo para que se te dejase fuera del núcleo de poder.

La ausencia de contrapesos en el partido (con las históricas figuras del AKP cada vez más alejadas de los centros de decisión) transformó las reuniones de la formación islamista e incluso los consejos de ministros en soliloquios donde los participantes se limitaban a repetir aquello que creían que Erdoğan quería oír. Ensimismado por el poder, se había convertido en un hombre arrogante e intolerante a la crítica. De ahí que la revuelta de Gezi en 2013 lo pillase a contrapié. ¿No era él un líder amado? ¿No había ganado tres elecciones generales consecutivas cada vez con mayor apoyo? ¿No lo habían aclamado como líder mundial en las calles de Oriente Próximo?

Durante Gezi, su furia alcanza el cenit. Se siente acorralado. Algunos de sus antiguos colaboradores le piden que negocie con quienes protestan. Pero el presidente solo puede ver Turquía de un modo binario: los que están con él y

los que están en contra. «Tenemos a un Erdoğan permanentemente enfadado. El poder ha corrompido lo mejor de él. Cuanto más tiempo gobiernas, más errores cometes y, por ende, más críticas recibes. En lugar de mirarse a sí mismo y reconocer sus fallos, Erdoğan se dice: “Tiene que haber una conspiración tras las protestas”», opina el columnista Mustafa Akyol, que antaño lo defendía. La humana condición de no ser omnipotente, pese a la inmensa cantidad de poder que acumula, le provoca brotes coléricos.

A esto se añade la burla de sus enemigos: no la soporta. A diferencia de otros gobernantes turcos, Erdoğan sistemáticamente denuncia ante los tribunales a los dibujantes de las revistas satíricas. Y Gezi es pura ironía, pura iconoclastia, pura sorna. De ahí que ordene aplastar la revuelta sin contemplaciones. Pero eso solo provoca nuevos reproches, sobre todo en la prensa internacional: en pocos meses, su antigua imagen de líder moderado, de combinación perfecta entre el islamismo y la democracia, de ejemplo para el orbe musulmán... se hará añicos ante los ojos del mundo. Poco puede hacer, excepto arremeter contra los periodistas extranjeros que lo critican. En cambio, con la prensa local tiene más margen de maniobra. Y Gezi será un punto y aparte en la libertad de prensa en Turquía. Quizás, un punto y final.

LA ESTRATEGIA MEDIÁTICA

Murat se revuelve incómodo al mencionarle el nombre de un conocido común que trabaja en su misma cadena de televisión. «Mejor no le digas que has hablado conmigo. No es que desconfíe de él... pero ya sabes... luego la gente habla y no podemos estar seguros de que finalmente no se enteren los jefes.»²

Se inicia el verano de 2013, y la revuelta de Gezi vive sus estertores en forma de pequeñas manifestaciones rápidamente reprimidas por la policía. Con las últimas barricadas retiradas de las calles de Estambul, mueren también las esperanzas de un cambio en el panorama mediático del país: los despidos ya han comenzado a hacer mella en las plantillas (más de un millar de periodistas perderán sus empleos en los meses siguientes), por lo que el temor de aquellos que continúan en sus puestos es comprensible. Incluso en el canal todo noticias NTV, en el que trabaja Murat y que durante años destacaba

por la calidad de sus informativos. Pero ya no: a partir del tercer mandato de Erdoğan, NTV redujo considerablemente el tono de las informaciones que pudiesen molestar al Gobierno, al mismo tiempo que personas cercanas al AKP asumieron cargos de dirección en la cadena. Ahora, según Murat, ellos deciden qué noticias dan y cuáles no: «En quince años de carrera, no recuerdo un momento con más presión a los medios de comunicación». Hay una razón para ello: NTV es propiedad de Doğuş, un conglomerado de compañías de energía, automoción, construcción y finanzas dirigido por el empresario Ferit Şahenk, que ha visto su docilidad recompensada con la concesión de las obras de Galataport, un proyecto de reforma del litoral estambulí valorado en más de 1.300 millones de euros.

El caso de NTV responde al paradigma de lo ocurrido con la mayoría de los grandes medios de Turquía. Durante las dos primeras legislaturas del AKP, el elevado número de cadenas de televisión, emisoras de radio y diarios del país permitía a los ciudadanos disfrutar de una información notablemente plural y saludablemente crítica con el poder. De hecho, cuando los islamistas llegaron al Gobierno en 2002, apenas había un par de medios que los apoyasen. Tres lustros después, sin embargo, la proporción se ha invertido y apenas quedan medios que no se plieguen a las directrices de Erdoğan.

Meter a la prensa en cintura no fue tarea fácil, y menos teniendo en cuenta que algunos de los mayores grupos mediáticos estaban acostumbrados a quitar y poner Gobiernos. Así que, mucho antes de optar por la mano dura (la censura, el cierre de medios o la detención de periodistas), el AKP se dispuso a tejer una tupida red de favores económicos que vinculasen a los grandes magnates de la prensa al Gobierno e incluso al propio Erdoğan. El trato era tan simple como efectivo: las empresas mediáticas que se portasen bien con el poder recibirían contratos públicos; las que no, se verían excluidas de licitaciones y encargos.

La primera operación consistió en repartirse los despojos del emporio de Cem Uzan, el empresario que en las elecciones de 2002 lanzó el Genç Parti (Partido Joven) y se quedó a las puertas del hemiciclo. Su incursión en la política no fue exactamente vocacional, sino más bien fruto de un instinto de supervivencia: a Uzan le pisaban los talones varios acreedores (entre ellos, Nokia y Motorola) con reclamaciones multimillonarias, y la inmunidad

parlamentaria era la única manera de blindarse contra las denuncias penales de estafa y corrupción. Sin escaño y condenado por tribunales de Estados Unidos, Reino Unido y Turquía, acabó huyendo a Francia.

En 2004, el Estado turco intervino 219 compañías del Grupo Uzan. Para congraciarse con la élite mediático-empresarial, el Gobierno de Erdoğan decidió dividir equitativamente los medios de comunicación que pertenecían al magnate huido: el canal Star, la primera televisión privada fundada en Turquía y una de las más vistas, se vendió al *holding* Doğan, el mayor grupo mediático del país; la cadena musical Kral TV fue a parar a Çukurova, empresa del multimillonario Mehmet Emin Karamehmet, y el diario *Star* se entregó a un empresario islamista amigo de Erdoğan, Ethem Sancak. El trato ejemplificaba la *entente cordiale* que el AKP intentó mantener durante sus primeros años en el poder y funcionó hasta que en 2007-2008 el enfrentamiento con la vieja guardia kemalista se convirtió en guerra abierta. Si no era posible la cohabitación con la prensa existente, hacía falta una armada mediática capaz de competir con ella.

Cuando Abdullah Gül accedió a la jefatura del Estado en agosto de 2007, el AKP, que ya controlaba el Gobierno y disponía de la mayoría absoluta en el Parlamento, pudo designar a su antojo a los consejeros de la radiotelevisión pública TRT y de la agencia de noticias Anadolu. En pocos años, ambos medios se convirtieron en simples altavoces del Gobierno por el método de ir apartando a sus antiguos profesionales y sustituirlos por periodistas fieles. «Después de que suspendieran el programa cultural en el que trabajaba, me dijeron que no hacía falta que acudiese a trabajar. Me quedé en casa y seguí cobrando mi sueldo», explicaba en 2010 una periodista que había accedido al ente público por oposiciones. Aún más efectivo para los islamistas fue obtener el control del Consejo Supremo de Radio y Televisión de Turquía (RTÜK), que pasó a convertirse en una herramienta para castigar sin piedad a los canales críticos dañando su base financiera mediante multas justificadas con las razones más peregrinas: un escote demasiado excesivo, la emisión de dibujos animados protagonizados por perros o cerditos (animales considerados impuros en el islam), la aparición de sexo o de alcohol en ciertas series...

RTÜK no fue el único método para domesticar a los medios opositores. En 2009, la Hacienda turca impuso una multa de 2.000 millones de euros por evasión fiscal al grupo Doğan, propietario de una decena de canales de televisión y siete diarios de tirada nacional. Los medios del grupo se caracterizaban entonces por sus reprobaciones al Gobierno de Erdoğan, y habían cubierto ampliamente el caso Deniz Feneri, una investigación abierta en los tribunales alemanes. Según la acusación, esta organización caritativa utilizó parte de los millones de euros recaudados en Alemania, no en los proyectos humanitarios que anunciaba, sino para financiar Kanal 7, una televisión favorable al Gobierno islamista turco. La multa a Doğan fue renegociada con el Gobierno y rebajada. A cambio, sus medios redujeron «el tono de las críticas al Gobierno», según explica Eylem Yanardağoğlu, profesora de la Universidad de Bahçeşehir. Además, dos de los principales diarios del emporio mediático, *Milliyet* y *Vatan*, se vendieron al empresario Yıldırım Demirören, del que Erdoğan sabía que sería un aliado leal. En aquella época, Demirören construía un inmenso centro comercial en la avenida İstiklal saltándose las regulaciones arquitectónicas, por lo que necesitaba que el Ayuntamiento de Estambul, también en manos del AKP, mirase hacia otro lado. Demirören cumplió: orquestó el despido de las firmas más reputadas de ambos rotativos y los transformó en meros voceros del Ejecutivo. Su docilidad fue recompensada y, años después, en 2018, el mandatario turco forzó al grupo Doğan a vender a Demirören todo su sector mediático, entre ellos, el diario *Hürriyet*, el más respetado de Turquía.

Pero el golpe maestro de Erdoğan fue tomar el control del Fondo de Garantía de Depósitos de Ahorro (TMSF), un organismo encargado de expropiar empresas quebradas y liquidar sus activos. El fondo funcionaba de manera autónoma, aunque vinculada al Banco Central hasta 2005, cuando el primer ministro modificó sus estatutos para que pasase a depender de su propia oficina, y así lo convirtió en el buque rompehielos de su estrategia para minar la hegemonía mediática kemalista. En los tres primeros lustros del siglo XXI, el TMSF intervino 41 canales de televisión, dos plataformas digitales, once diarios y otras tantas emisoras de radio pertenecientes a empresas que atravesaban dificultades financieras o tenían excesivas deudas con el Estado. La mayoría de estos medios se revendieron a empresarios cercanos a los

islamistas. Pero el mejor ejemplo de esta Operación Medios y de las relaciones entre poder y prensa la protagonizaron el grupo Sabah y el yerno preferido de Erdoğan.

NEGOCIOS DE FAMILIA

El 11 de julio de 2004, Estambul fue testigo de una boda de dimensiones imperiales. Tuvo lugar en el palacio de congresos Lütü Kırđar. Unos cinco mil agentes de policía, incluidos francotiradores apostados en los edificios circundantes, vigilaron la ceremonia, a la que asistieron cerca de siete mil invitados, entre ellos altos cargos de la jerarquía civil y militar, presidentes de equipos de fútbol y representantes del mundo de la cultura y el espectáculo. En el centro de todas las miradas estaba él: Berat Albayrak, un chico barbilampiño de veintiséis años, traje negro y chaleco plateado. Pero, sobre todo, ella: cubierta por un vestido nupcial blanco con destellos brillantes y que solo dejaba al descubierto su rostro y sus manos, refulgía Esra Erdoğan, de veintitrés años. La hija del primer ministro.

Para el político islamista, cuyos orígenes, talla política y preparación para el cargo se cuestionaban continuamente, resultaba imprescindible proyectar esa imagen de poder, de boda aristocrática, de ceremonia de Estado. Por ello invitó a officiar como testigos del enlace de la nueva pareja al rey Abdalá II de Jordania, al presidente de Pakistán, al general Pervez Musharraf, y a los primeros ministros de Grecia, Costas Simitis, y Rumanía, Adrian Năstase. Si bien gusta de presumir de sus orígenes humildes, no hace falta escarbar mucho en la personalidad de Erdoğan para darse cuenta de que este tipo de gestos barrocos, de actuaciones de nuevo rico, son un modo de camuflar ese cierto sentimiento de inferioridad que siente por ser un recién llegado a la élite. «A Erdoğan le habría gustado crecer en un barrio como Etiler —uno de más ricos de Estambul—, le habría gustado ser hijo de un militar de carrera. O, al menos, que la élite turca lo aceptase como uno más —explica un banquero extranjero con décadas de experiencia en Turquía—. Pero la élite turca jamás aceptó a Erdoğan, y por eso él mantiene un gran resentimiento hacia ella.»

Erdoğan siempre se ha preocupado de crear un clan que le sobreviva y pueda mirar cara a cara a otras fortunas familiares que han impreso su nombre en la historia de Turquía, como los Sabancı o los Koç, que no solo aparecen regularmente entre las veinticinco familias más ricas del mundo, sino que también han legado su nombre a universidades, museos y hospitales. De ahí su interés por dejar bien atados los negocios de su familia, que han aumentado en volumen a medida que él mismo progresaba en su carrera. Negocios que nunca han permanecido desatendidos por él, aunque fuesen su hermano Mustafa, su cuñado Ziya İlgen o sus hijos varones quienes estampaban la firma. Incluyen intereses millonarios en varias compañías navieras (Bumerz, BMZ Denizcilik y Pal Shipping Trader One Co. Ltd).³ También en diversas empresas, como la distribuidora utilizada por el conglomerado alimentario Ülker, cuyas acciones vendieron los Erdoğan por 1,7 millones de euros en 2005, después de varias denuncias de la oposición por un conflicto de intereses: desde la llegada de los islamistas al poder, los productos de esta marca se hicieron presentes en todos los actos públicos y en todos los establecimientos municipales.

Del mismo modo que siempre se ha escuchado su palabra en los negocios, el patriarca tampoco ha dejado al albur las cuestiones familiares: no lo hizo con el matrimonio de su hermana Vesile, casada con el ya mencionado Ziya İlgen, como tampoco iba a descuidar el de sus hijas Sümeyye, desposada con el empresario Selçuk Bayraktar (proveedor de drones del Ejército turco), ni el de Esra. En este caso, el elegido fue Berat Albayrak, hijo de Sadık Albayrak, un prestigioso escritor y periodista muy involucrado en el movimiento islamista y al que Erdoğan tenía por ídolo. Y, en la más pura tradición otomana, en la que algunos yernos de los sultanes desempeñaron roles más destacados que los propios primogénitos, el joven Berat acabó convirtiéndose en la mano derecha de Erdoğan.

Erdoğan empezó a ver al hijo de su camarada como un buen partido para Esra cuando Sadık lo invitó a dar una conferencia en Estados Unidos durante uno de sus viajes previos a su asunción del cargo de primer ministro. Esa noche cenaron juntos y charlaron. Berat era un chico espabilado y ambicioso, tenía un futuro brillante. Estudiaba un máster en Nueva York y había comenzado a trabajar en las oficinas estadounidenses de Çalık Holding, uno de los conglomerados empresariales más importantes de Turquía, con intereses

que van desde la minería hasta las telecomunicaciones y la banca. En 2004, Berat Albayrak fue ascendido a representante de la firma en todo Estados Unidos y, en 2007, poco después de regresar a Turquía con su flamante esposa, ya era director ejecutivo. Fue entonces cuando demostró su valía.

A finales de ese año, el Fondo de Garantía de Depósitos de Ahorros puso en venta el segundo mayor grupo mediático del país, integrado por varios diarios —incluido el *Sabah*, que vendía 500.000 ejemplares al día—, emisoras de radio y el canal de televisión ATV, uno de los más vistos. Pese a su éxito, la empresa nadaba en deudas tras varios cambios de propietario, y el TMSF había terminado por nacionalizarla. Era una oportunidad de oro para que el Gobierno islamista se hiciera con una poderosa atalaya desde la que hacer frente a las críticas de la oposición. El fondo estableció el precio mínimo de puja en 1.100 millones de dólares, pero ninguna empresa, aparte de Çalık, participó en la licitación: sabían que estaba amañada. Bajo la dirección de Berat Albayrak, Çalık creó una subsidiaria, Turkuvaz Medya Grubu (de la que se nombró directivo a Serhat Albayrak, hermano mayor de Berat), que se hizo con Sabah-ATV. Para proceder a la compra, Çalık recibió 750 millones de dólares en créditos a un interés por debajo del precio de mercado de dos bancos estatales, Halkbank y VakıfBank. El resto lo puso un grupo catari vinculado a la familia real poco después de que Abdullah Gül presentase el emir de ese país a Ahmet Çalık, presidente del grupo empresarial. La venta estaba hecha, y dos de los principales medios de Turquía comenzaron a difundir las ideas del Gobierno a sus millones de espectadores y lectores.

Cinco años después de la compra, el diario *Sabah* había perdido doscientos mil lectores y el grupo acumulaba pérdidas superiores a los 300 millones de dólares. Sus medios continuaban cumpliendo la labor de altavoz del Gobierno, pero Ahmet Çalık, antes que simpatizante de Erdoğan, era empresario. Contrató a la firma Goldman Sachs para que buscara compradores que pusiesen fin a la sangría financiera. Al menos cinco multinacionales mostraron interés, entre ellas, News Corp, del polémico Rupert Murdoch, y Time Warner, que llegaron a ofrecer cifras cercanas a los mil millones de dólares.⁴ Pero a Erdoğan no le hacía ninguna gracia ver su proyecto mediático en manos de extranjeros. En julio de 2013 convocó en su oficina a su yerno y a dos constructores, Ömer Faruk Kalyoncu y Orhan Cemal Kalyoncu,

propietarios del grupo Kalyon. La orden fue clara: ellos se harían con el control de Turkuvaz y los medios que poseía. Pero los constructores no tenían el dinero necesario para una operación de tales dimensiones.

Según trascendería posteriormente de unas escuchas telefónicas y de una investigación policial que el Gobierno terminó por tumbar, Erdoğan y Berat Albayrak diseñaron la operación, y el ministro de Transportes, Binali Yıldırım, se encargó de ejecutarla.⁵ Yıldırım telefoneó a varios destacados empresarios del país que se habían beneficiado de los proyectos e infraestructuras licitados por su ministerio. Simple y llanamente, les instó a contribuir con dinero de su bolsillo a financiar la compra de Turkuvaz. Hubo quien ofreció veinte millones de dólares, quien ofreció treinta, quien puso aún más. Algunos empresarios sufrieron ataques de ansiedad al saber que tendrían que desembolsar tanto dinero, pero ninguno dejó de apoquinar. No podían negarse a la petición del «Caballero» (Beyefendi), como se referían a Erdoğan en las conversaciones telefónicas pinchadas. En una de ellas se escucha, supuestamente, hablar al empresario Mehmet Cengiz con otro constructor, Celal Koloğlu:

Cualquiera que sea su plan, el Caballero me ha encomendado una misión. Este tipo de misiones se dan una vez cada cuarenta años. Y vosotros también tenéis que cumplir: ninguno debe escapar a su cometido.⁶

Con este método se recaudaron 450 millones de dólares, afirman algunas fuentes; 630 millones, dicen otras. A finales de diciembre de 2013, el organismo regulador autorizó la compra y Çalık se deshizo de Turkuvaz, que pasó a manos del grupo Kalyon. El último día del año, Berat Albayrak dimitió de su cargo en el *holding* Çalık: había cumplido con creces su misión y llegaba la hora de la recompensa.

Un año y medio más tarde, Berat concurría a las elecciones como diputado del AKP y, en noviembre de 2015, fue nombrado ministro de Energía y Recursos Naturales. No fue el único premiado: Binali Yıldırım se convertiría en primer ministro en 2016. Por su parte, Ahmet Çalık logró que Albayrak, ya ministro, hiciese aprobar al Gobierno una amnistía fiscal diseñada expresamente para permitir a sus empresas repatriar sus beneficios en el extranjero sin apenas pagar impuestos.⁷ Los empresarios que pusieron

bote para adquirir Turkuvaz tampoco salieron mal parados: fueron depositarios de la privatización de cuatro grandes empresas eléctricas, valoradas en cerca de 4.000 millones de dólares, y recibieron el encargo de construir el tercer aeropuerto de Estambul, las monumentales presas hidroeléctricas de Yusufeli e Ilisu, la nueva estación de tren de alta velocidad de Ankara, varias carreteras, vías férreas y proyectos urbanísticos: un negocio redondo. Tanto, que el modelo fue repetido poco más tarde, cuando el TMSF intervino por deudas otro de los grandes conglomerados mediáticos del país, el Çukurova Holding, propietario de la plataforma Digiturk, de dos importantes diarios nacionales y de una quincena de canales de televisión. Se repartieron entre inversores catariés, el recién domesticado grupo Çiner y el islamista Ethem Sancak. Este se sentía tan cercano a Erdoğan que terminó *enamorado* de él:

Lo conocí cuando trabajé en su campaña para elegirlo como primer ministro. Vi su honradez y coraje. Vi cómo se opone a la injusticia y protege a los oprimidos. Y cuantas más veces lo vi, más me enamoré de él. Sinceramente, cuando era de izquierdas me resultaba imposible comprender el amor entre Mevlana [Yelaledín Rumi, el poeta medieval] y Shams Tabrizi [amigo del primero]. Pero según fui conociendo a Erdoğan, me di cuenta de que ese tipo de amor divino entre dos hombres es posible.

REDES CLIENTELARES

La transformación y modernización de las grandes ciudades de Turquía durante la última década y media supera la de los ochenta años previos de la república. En Estambul, las grúas de construcción rivalizan con los minaretes de las mezquitas por dominar el *skyline*; y las primeras lluvias del otoño descargan invariablemente goterones de tierra, pues los perennes trabajos de edificación hacen que el polvo de las obras se mezcle con las nubes. Nuevos hoteles, nuevos palacios de congresos, colosos de hormigón y brillante cristal tintado. Nuevas autovías, nuevas circunvalaciones y nuevos viaductos que atraviesan verdaderos bosques de cemento cuyos árboles son edificios de veinte plantas.

Durante dos mil quinientos años, reyes, emperadores y sultanes han querido dejar su huella en Estambul en forma de bellos palacios, fuertes murallas y elegantes mezquitas. Ninguno se atrevió a modificar su topografía. Hasta que llegó Erdoğan. En 2011 desveló lo que había bautizado como su «proyecto loco»: construir una vía marítima artificial en la parte europea de Estambul para aligerar el tráfico marítimo del Bósforo. «Los canales de Panamá y Suez no podrán ni compararse al nuestro: será uno de los proyectos del siglo», dijo en su presentación. El Kanal İstanbul o Segundo Bósforo, ocho años más tarde aún una quimera ni siquiera concretada sobre el papel, es solo una parte de la fiebre por los megaproyectos que caracteriza el Gobierno de Erdoğan desde su segunda legislatura: túneles submarinos; aeropuertos en casi todas las provincias, incluido un tercero en Estambul que será el mayor de Europa; algunas de las presas hidroeléctricas más grandes del mundo, puentes colgantes sobre el Bósforo y el mar de Mármara; miles de kilómetros de nuevas autopistas; trenes de alta velocidad... Infraestructuras, en muchos casos, necesarias para modernizar Turquía y facilitar la vida a sus ciudadanos. Pero no solo eso. La construcción es un sector que produce resultados rápidamente. El cemento mueve las palas de la economía y contenta a los electores. La obra pública llena las bocas de los empresarios y los mantiene leales.

Cuando los islamistas llegaron al poder, los empresarios afines consideraron que había llegado su turno, habituados a que los Gobiernos otorgasen los contratos públicos a sus amigos. El problema era que, pocos meses antes de las elecciones de 2002, se había aprobado una nueva ley de contratación pública para hacer las licitaciones públicas más transparentes y competitivas y ahorrar dinero al Estado. A Erdoğan no le gustaba la redacción de la ley que recibió de la anterior Administración, pues pensaba que respondía a los intereses de las grandes empresas de siempre. Al inicio de su mandato espetó: «No voy a dejar la construcción de quince mil kilómetros de autopistas a sesenta contratistas. Yo respondo ante el pueblo, no ante ustedes». Sin embargo, la presión exterior y su todavía delicada posición frente a las estructuras de poder de la república lo obligaron a ponerla en práctica. Eso sí,

en los siguientes diez años haría ciento cincuenta enmiendas a la ley, hasta convertirla en papel mojado, y despojaría de competencias al Tribunal de Cuentas.

Esra Çeviker Gürakar, la académica que más ha investigado el sistema de adjudicaciones en la Turquía de Erdoğan, analiza en uno de sus estudios los contratos públicos superiores a un millón de liras hechos entre los años 2005 y 2014. Las conclusiones a las que llega dejan poca sombra de duda: más de dos tercios del valor de estas grandes obras fueron a parar a compañías ligadas al AKP.⁸ Además, en ese periodo, el número de adjudicaciones mediante concursos abiertos pasó del 71 al 52,5 %, siendo el resto procesos restringidos a la competencia y menos transparentes. Gürakar detalla:

La continuidad del AKP en el poder puede explicarse hasta cierto punto por el establecimiento, mantenimiento y desarrollo de una gran red de privilegios y dependencia. La contratación pública es una de las herramientas más efectivas usadas por el AKP para construir y expandir estas redes. El sistema se sostiene en tres pilares: la creación de renta mediante la actividad legislativa; la distribución de renta estableciendo empresas privadas dependientes del AKP, y nuevas formas de redistribuir los recursos a los votantes. [...] Del mismo modo, el partido depende de estas empresas políticamente conectadas para recibir donaciones: primero recibes un contrato y luego donas al partido.⁹

No extraña, por tanto, que el Ministerio de Transporte y Comunicaciones, uno de los organismos clave en la licitación de contratos públicos para grandes infraestructuras, haya permanecido prácticamente de forma ininterrumpida en manos de una persona de la total confianza de Erdoğan, mientras se renovaba el resto de carteras.¹⁰ Binali Yıldırım, el hombre en cuestión, era un burócrata gris encargado de la gestión de la compañía municipal de transbordadores İDO hasta que Erdoğan llegó a la alcaldía de Estambul, a mediados de la década de 1990. Desde entonces no volvieron a separarse. Un cercano conocedor de esta relación, que pide el anonimato, asegura que Yıldırım ha sido el «confidente» y el «guardián de los secretos» del actual presidente turco.

Como ministro de Transportes, Yıldırım adjudicó contratos siguiendo los deseos de Erdoğan (algunos medios lo acusan de haber recibido por ello sobornos de hasta el 10 % de cada contrato) y jugó un papel esencial en la

creación de consorcios mediáticos a medida.¹¹ Incluso destacó como furibundo censor cuando, a partir de 2007, su ministerio, encargado tanto de las autovías de asfalto como de las informáticas, comenzó a aplicar las sentencias que pedían retirar ciertos contenidos de internet: ordenó la clausura al completo de decenas de miles de páginas web, algunas tan difundidas como YouTube, Facebook o Twitter.¹²

Este sistema clientelar no se circunscribe a los grandes contratos, sino que ha terminado por esparcirse a todos los niveles de la Administración, de manera que se premia directamente a las ciudades favorables al AKP y se castiga a las que no lo son. En Esmirna, ciudad en la costa del mar Egeo, lo saben bien. El Ayuntamiento, en manos del CHP desde 2004, hubo de financiar por su cuenta la construcción del metro captando créditos en los mercados internacionales ante la negativa del Ministerio de Transporte a construirlo, como sí había hecho en muchas otras capitales de provincia gobernadas por los islamistas.

EL ESTADO ES ÉL

Es invierno en Pazaryolu, situada en la provincia oriental de Erzurum, y la nieve rodea la pequeña población obligando a sus habitantes a sumirse en un tedioso letargo invernal. Pero es viernes y los vecinos del lugar —en su mayoría, jubilados— se congregan en los cafés en espera de la llamada a la oración del mediodía. Desde allí observan cómo los obreros instalan relucientes marcos y tejados de madera en las casas del pueblo tras haber pintado y renovado sus fachadas. La carretera que lleva a la localidad ha sido ampliada y asfaltada, un lujo en estas latitudes de la Anatolia Oriental, en las que el invierno dura la mitad del año. «El AKP ha mejorado las calles y la carretera, y ahora planea construir un túnel que nos conecte directamente con la capital provincial», afirma ufano el viejo Ahmet en un café. Otro, a su lado, añade que, desde su llegada al poder, los islamistas han apoyado «a los ganaderos, los agricultores, las viudas y los necesitados». Y, fuera del café, un

joven con evidentes signos de discapacidad intelectual pasa hilando como en una letanía palabras de agradecimiento: «Tayyip da ayudas. Tayyip nos ayuda».

¿Es el partido el que entrega las ayudas? No. En realidad, los trabajos de remodelación son obras municipales y las ayudas, subvenciones públicas. Pero la confusión sobre quién paga —el Estado, el Gobierno, el Ayuntamiento, el partido o el mismísimo Erdoğan— está muy extendida entre la población turca. El AKP no hace mucho para aclararlo. Senem Kılıç, empresaria y candidata a diputada por la oposición, denunciaba en 2015 haber sorprendido a funcionarios tratando de convencer a un grupo de mujeres de que, si querían recibir ayudas, tenían que afiliarse al AKP. No extraña, por tanto, que la formación islamista tenga registrados nueve millones de militantes, el 11 % de toda la población turca. En Pazaryolu, donde los islamistas obtienen cerca del 90 % de los votos, la oficina del AKP se halla en el mismo edificio que el Ayuntamiento. Gobierno y partido. Puerta con puerta.

LO TOMO COMO UNA ORDEN, SEÑOR

«En Turquía nos dirigimos hacia un capitalismo de amiguetes», sostiene Behlül Özkan, profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de Marmara:

Estas empresas privadas que han adquirido sus activos gracias al sostén del Gobierno continúan apoyando a Erdoğan para proteger sus inversiones. Por eso han adquirido no pocos medios de comunicación a fin de manipular la opinión pública. El Gobierno apoya a estas compañías ante cualquier tipo de investigación legal. Hay, por tanto, una relación de dependencia entre ellos. El único modo de escalar en la jerarquía es la lealtad a Erdoğan, no el mérito. Si Erdoğan pierde, ellos también pierden, así que tienen que apoyarlo.¹³

Desde inicios de la década de 2010 se multiplicaron las reuniones presididas por el entonces primer ministro Erdoğan con los directores y propietarios de los medios de comunicación. Reuniones como la que relataba en 2011 la directora del diario *Taraf*, Yasemin Çongar, en la que Erdoğan pidió directamente a los medios de comunicación que redujeran la cobertura

de hechos potencialmente dañinos para el Gobierno.¹⁴ Lo que más sorprendió a Çongar no fue la intención censora de Erdoğan, sino «la voluntad de aceptarla» por parte de los propietarios de los medios, así como que los periodistas presentes estuviesen tan dispuestos a «denunciar a sus colegas frente a la autoridad». Según otra fuente asistente al encuentro, lo que pedían los directivos de los medios eran órdenes claras y directas de Erdoğan sobre cómo organizar sus telediarios «para no tener luego dolores de cabeza».¹⁵

A partir de la tercera mayoría absoluta de Erdoğan, en 2011, el control sobre los medios se hizo más que evidente. Se endureció la ley antiterrorista, el Gobierno hizo un uso cada vez más restrictivo de los textos legislativos y prohibió mediante decreto informar sobre decenas de asuntos, desde la muerte de civiles en un ataque del Ejército turco en la aldea kurda de Roboski hasta la comisión parlamentaria de investigación sobre la corrupción, desde atentados en diversos puntos del país al secuestro de agentes de los servicios secretos o el Ejército por parte de grupos terroristas. Varios canales se vieron excluidos de los servicios vía satélite y cientos de empleados de la prensa fueron demandados en los tribunales por «ofensas» al primer ministro, a los miembros del Ejecutivo o a funcionarios públicos. Además, el número de periodistas presos llegó a alcanzar un récord mundial en 2011: 104 informadores entre rejas. Posteriormente, el número se fue reduciendo, aunque más tarde repuntaría: en 2017 superaba los 150 y en 2018 quedó en 137, según una plataforma del sector. Reporteros sin Fronteras reconoce 31 casos.

A la estrecha relación clientelar entre Gobierno, grandes empresas y medios de comunicación, hay que añadir la tendencia de Erdoğan —rayana en lo maniático— a controlarlo todo personalmente. Es de esos políticos que consideran que, si quieres que algo salga bien, tienes que hacerlo tú mismo. «A Erdoğan le gusta dirigir las cosas hasta en el más mínimo detalle», opina el analista Ruşen Çakır: «No puedes imaginar lo que es capaz de saber y recordar de cada persona que conoce, dentro de Turquía y también fuera. Es muy cuidadoso. Distribuye ciertas cuotas de gestión, pero jamás delega el poder completamente». Esto ocurre dentro del partido y del Gobierno, pero también en la gestión de los medios de comunicación, especialmente las televisiones, la principal fuente de información para la mayoría de los turcos.

En plenas protestas de Gezi, Erdoğan marchó a una gira por el Magreb. El 4 de junio de 2013, mientras hacía *zapping* en su hotel, se encontró con que Habertürk emitía las palabras de uno de los líderes de la oposición, Devlet Bahçeli, instando a negociar con los manifestantes. Erdoğan tomó el teléfono y marcó el número de Fatih Saraç, uno de los principales directivos de la cadena:

—Esta gente, desde luego, es de lo que no hay. Los voy a tener que llamar a todos uno por uno... —se escucha murmurar a Erdoğan—. Fatih, mira, ahora mismo...

—Dígame, primer ministro...

—... estoy viendo la televisión en Marruecos...

—Sí, señor.

—... y estáis dando las declaraciones de Bahçeli...

—Entendido, señor, ahora... —responde Saraç amedrentado—. De acuerdo.

—Continuamente estáis pasando su llamamiento.

—Entendido, señor.

—Tenemos que tomar medidas para calmar al país.

—De acuerdo, señor.

—Bahçeli lleva días diciendo lo mismo, y ahora lo pasáis como un urgente. No hace falta.

—De acuerdo, señor. Entendido, señor. Ahora mismo...

—Dices que lo has entendido, pero entonces no sé por qué tengo que estar pendiente de estas cosas.

—De acuerdo. Lo tomo como una orden, señor. Entendido.

—Hazlo inmediatamente.¹⁶

Y, efectivamente, tras la amonestación, Fatih Saraç telefoneó a un encargado de Habertürk para ordenarle retirar de emisión las palabras del político opositor.

Aún mayor fue la bronca sufrida por otro patrón de los medios, Erdoğan Demirören, cuando su periódico *Milliyet* publicó una exclusiva sobre las negociaciones de paz aún en ciernes entre el Gobierno y el grupo armado kurdo PKK. En la conversación telefónica se escucha al primer ministro Erdoğan dirigir todo tipo de improperios contra el empresario por haber

permitido la publicación e instándole a despedir a sus autores.¹⁷ Demirören, que acaba llorando a moco tendido, le implora perdón («No se enfade, jefe», le dice en un momento). Al cabo de pocas semanas fueron despedidos el director, Derya Sazak, y varios veteranos periodistas, entre ellos los que eran insignia del diario, Hasan Cemal y Can Dündar. *Milliyet*, una de las cabeceras más respetadas de Turquía, se convertía en un mero panfleto.

Ejemplos parecidos abundan. El paradigma es siempre el mismo: unos directivos de la prensa completamente doblegados ante el Gobierno y carentes de la más mínima ética periodística. Había pasado poco más de una década desde que Erdoğan accediese al poder con prácticamente todos los periódicos, los canales de televisión y las emisoras de radio en su contra, pero en diez años había logrado domesticarlos. Ese año 2013 pasaría a la historia, a su historia personal, como el año en el que derrotó el insidioso alzamiento de Gezi y otras varias conspiraciones contra su figura, así como el momento en el que logró, finalmente, meter en vereda a los medios de comunicación. Los antaño orgullosos magnates de la prensa turca, los mismos que se preciaban de quitar y poner ministros, habían quedado reducidos al papel de lacayos, dispuestos a hacer lo que fuese necesario con tal de satisfacer a Erdoğan, de no ser apartados de su favor, de no caer víctimas de sus monumentales enfados. De su incontenible ira.

LA COFRADÍA CONTRAATACA

La guerra que iba a cambiar la faz de la política en Turquía empezó con una modesta noticia en la sección de Educación de los periódicos turcos a principios de octubre de 2013. Fue casi invisible: no consiguió ni un recuadro de pocas líneas en las portadas del día siguiente. El único diario que dedicaba letra gorda al asunto era *Zaman*, el buque insignia del imperio mediático de Fethullah Gülen. Y con motivo.

«A partir del 1 de enero no se renovarían las licencias de las *dershane* (academias de apoyo extraescolar)», dijo Nabi Avcı, ministro de Educación, en una entrevista en una televisión más bien modesta, Kanal 7: «La ley impulsará que las academias, aunque tengan condiciones un poco inferiores al estándar, se conviertan en escuelas privadas». La reacción de *Zaman* fue de gran indignación: «La licencia de las academias no se renueva cada año. Una vez que el Ministerio de Educación ha verificado la academia, se otorga la licencia y es válida de ahí en adelante».

El diario *Cumhuriyet* se preguntaba qué pasaría con los cien mil profesores empleados en el sector, habida cuenta de que «el 80 % de las academias» no estaba en condiciones para convertirse en colegios privados, pues eran simples pisos de vivienda. Se preguntaba, además, cómo se prepararía uno en adelante para los exámenes de entrada en la universidad y la Administración. Esa era la cuestión acuciante, porque todo el mundo sabía que ni con la mejor voluntad del alumno la educación del colegio público era suficiente para aprobar esos test cruciales. Las *dershane* eran imprescindibles.

El sistema reflejaba una profunda injusticia social, argumentaba el Gobierno: solo llegaban al funcionariado las familias que podían asumir el gasto extra de una academia. Los representantes de la cofradía de Gülen argumentaban lo contrario: sus academias de la Cemaat ofrecían una excelente educación a precios casi simbólicos y abrían camino a los jóvenes de familias modestas. Las *dershane*, aducían, eran una herramienta de igualdad social.

Por supuesto, el debate era ficticio: el cierre de las academias no era ni más ni menos que una andanada directa contra la supervivencia de la Comunidad. Las *dershane* no eran solo una fuente de ingresos para los seguidores de Gülen, sino también la cantera fundamental para captar a nuevos miembros que pudieran escalar en la Administración, donde tan buenos servicios prestaban al Gobierno del AKP.

«Prestaban», en pasado, porque la alianza se estaba resquebrajando. Empezó a hacerlo en 2012, cuando un fiscal de la cofradía gülenista había intentado torpedear las negociaciones secretas de paz en Oslo entre el Gobierno y el PKK citando a declarar a Hakan Fidan, el jefe del servicio secreto. Las protestas de Gezi, que la policía había reprimido con extraña lentitud, habían enrarecido aún más el ambiente. Todo indicaba que Erdoğan ya no se fiaba de su gran aliado. Había llegado el momento de hacer las cuentas.

Durante semanas, la Comunidad intentó ganar el pulso en el coso de la opinión pública, centrándose en el asunto de las *dershane* e intentando movilizar a la prensa internacional. Aunque raramente hacían alarde de su afiliación, los delegados gülenistas tenían una red de contactos bien engrasada, normalmente mediante instituciones bajo nombres anodinos, como Medialog Platform, que convocaba casi cada mes a los corresponsales a una charla con algún político o analista, sin que en dichas charlas se filtrara rastro de su ideología. Su adscripción al universo gülenista no era un secreto, pero era fácil pasar por alto el dato. Una vez al año, Medialog invitaba a los reporteros, con todos los gastos pagados, a un hotel a orillas del pintoresco lago Abant, en la provincia de Bolu. La plataforma Abant reunía lo más granado de la intelectualidad turca, y no era difícil encontrarse en la barra del hotel a alguna vieja gloria del kemalismo con una botella de *whisky*.

La cofradía se presentaba entonces como la corriente más tecnócrata dentro del proyecto de modernizar Turquía sin renunciar a su «cultura islámica». Su imagen internacional era inmejorable: abundan trabajos académicos respaldados por catedráticos desde Cambridge hasta Princeton que cantan las alabanzas del «islam democrático» representado por Gülen, y requiere cierta atención averiguar que muchos de sus autores están involucrados en iniciativas financiadas por los propios gülenistas o por los jesuitas, con quienes la Comunidad ha colaborado estrechamente.¹ Los cofrades también dominaban las olas de las redes sociales. Cuando la revista *Foreign Policy* lanzó en 2008 una votación en internet para determinar al intelectual más influyente del mundo, un hombre ganó por goleada: Fethullah Gülen. Y en 2013 el predicador entró en el elenco de las cien personas del año de la revista *Time*.

Los portavoces de la cofradía defendían un Estado laico, pero con matices: el laicismo nunca debería ser «agresivo», argumentaban, ni desterrar los símbolos religiosos del espacio público, como pretende el kemalismo en Turquía. En un borrador para un nuevo ordenamiento jurídico de Turquía que un representante de Medialog compartió con algunos periodistas en encuentros personales, se incluía la necesidad de introducir en el Código Penal el delito de blasfemia. En resumen, el Estado soñado por los gülenistas era tan islamista como el de Erdoğan o más, solo que mejor presentado. Si algunos cargos del AKP utilizaban un lenguaje torpemente conservador o religioso, los gülenistas no paraban de citar a filósofos europeos y normativas de Bruselas. Y siempre en un perfecto inglés.

Los objetivos de Erdoğan y Gülen se mostraban tan similares y las redes de sus seguidores, tan estrechamente entretnejidas que muchos analistas descartaban un enfrentamiento público: se trataría de meras disputas de un matrimonio bien avenido. Un informe del Carnegie Endowment for International Peace argumentaba aún en octubre de 2013 que, pese a las obvias fisuras, hablar de una ruptura total sería prematuro: ni el movimiento de Gülen podía contar con ningún partido distinto al AKP para llevar a la práctica su ideario sobre Turquía, ni tampoco el Gobierno de Erdoğan iba a renunciar a

las «eficaces y útiles redes de Gülen en Asia Central, Estados Unidos, África y Europa», vinculadas al «considerable prestigio» del predicador en el extranjero. Era lo razonable.

Menos de dos meses más tarde, la cofradía lanzó la bomba.

CERCO A LA CORRUPCIÓN

El 17 de diciembre, la noticia saltó a las portadas: la policía había detenido en una redada de madrugada a un constructor multimillonario, a los hijos de tres ministros y a varios altos cargos políticos y empresariales, todos ellos más o menos cercanos a Erdoğan. En la razón de las detenciones se mezclaban varias tramas: por un lado, el cobro de comisiones ilegales y sobornos para facilitar negocios; por otro, un elaborado plan para transferir oro entre Turquía, Ghana, Dubái e Irán a fin de que Teherán recibiese el pago por sus hidrocarburos, burlando el embargo que pesaba sobre el régimen de los ayatolás por su programa nuclear.

El principal sospechoso, acusado de corrupción urbanística, era Ali Ağaoğlu, dueño de un imperio de la construcción y el octavo hombre más rico de Turquía, número 527 del mundo, según la lista Forbes. Otro era Reza Zarrab, un jovencísimo empresario con nacionalidad turca e iraní, conocido como el Gran Gatsby del Bósforo y protagonista frecuente de los programas del corazón por su matrimonio con la cantante Ebru Gündeş (habitual de las veladas del primer ministro). También estaba el director del banco público Halkbank, al que se le hallaron 4,5 millones de dólares metidos en cajas de zapatos durante el registro de su casa. Sin embargo, mayor repercusión tenía el clic de las esposas en las muñecas de los vástagos del ministro de Economía, Zafer Çağlayan, del de Interior, Muammer Güler, y del de Medio Ambiente y Urbanismo, Erdoğan Bayraktar. Era una declaración de guerra en toda regla contra el círculo de poder del AKP.

La respuesta del Ejecutivo llegó al día siguiente: Interior empezó a destituir policías. Primero, a once jefes de la policía en Estambul y a dieciocho en Ankara. Cuatro días después de las investigaciones, una circular de Interior decretó que la Policía no solo debía informar a la Fiscalía, sino

también a la jerarquía policial, es decir, al propio Ministerio del Interior, antes de iniciar una investigación. Con la norma en vigor, el hijo de Muammer Güler no habría podido ser detenido sin el conocimiento de su padre. También fueron relevados de sus funciones varios fiscales. La medida tuvo éxito y la nueva ronda de detenciones prevista para los días 25 y 26 de diciembre no llegó a producirse, pues los agentes, descolocados por lo que estaba ocurriendo, se negaron a llevar a cabo las órdenes: entre la lista de sospechosos a detener, había cuarenta y un empresarios turcos y de varios países árabes bien relacionados con el Gobierno turco. Además, se citaba a declarar a Bilal Erdoğan, hijo del primer ministro.

En el AKP, algunos altos cargos reaccionaron con cautela. Bülent Arınç, entonces vice primer ministro, prometió que el Ejecutivo no obstruiría la Justicia ni protegería a los ministros si había pruebas de corrupción. Sugirió incluso que podrían dimitir. Muy diferente fue el tono de Erdoğan: no se trataba de una investigación sobre negocios ilegales, sino una «trampa» diseñada por las «manos sucias de agentes y traidores» para dañar a su Gobierno e impedir el crecimiento económico de Turquía.

Las acusaciones de corrupción eran creíbles para gran parte del público turco: demasiado obvia era la connivencia de altos cargos del AKP con grandes constructoras y empresas. Pero tampoco colaba que se tratase de una simple investigación lanzada por la Fiscalía con el deseo de limpiar las cloacas del poder. «Es definitivamente una operación del movimiento de Gülen contra el Gobierno. No esperaba un ataque tan rotundo. Es como un ataque kamikaze contra el primer ministro, y creo que habrá más», dijo Ahmet Şık, el periodista que mejor conoce la Cemaat. No albergaba dudas de que las acusaciones tenían mucho fundamento, pero destacaba el enfrentamiento entre cofradía y partido: «Era una especie de matrimonio de conveniencia, hecho con lógica pero sin amor. Estaban juntos frente a enemigos comunes hasta hace poco. Luego entraron en un conflicto de intereses sobre quién tendría más poder. Es un feo divorcio y vamos a ver más trapos sucios».²

El pulso se alargó. El Ministerio del Interior destituía o cambiaba de destino a decenas de fiscales y jefes de policía cada día. Pero el 25 de diciembre, una semana después de la detención de Kaan Çağlayan y Barış Güler, ya en prisión preventiva, sus padres presentaron la dimisión, si bien

negando tajantemente cualquier culpa y hablando de «juego sucio» contra ellos. Horas más tarde, también lo hizo Erdoğan Bayraktar, aunque su hijo, Abdullah Oğuz, había sido puesto en libertad con cargos.

Bayraktar empleó un tono muy distinto en su dimisión: en una llamada a la cadena NTV, aseguró que los proyectos urbanísticos que figuraban en la causa judicial habían sido aprobados por el propio Erdoğan. «El primer ministro también debería dimitir», dijo Bayraktar. Y agregó que tanto él como sus colegas habían recibido textos ya redactados para formular su dimisión. A diferencia de sus dos compañeros, el titular de Urbanismo dejó también su escaño en el Parlamento. Y el mismo día, İdris Naim Şahin, predecesor de Güler en la cartera de Interior, devolvió el carnet del partido que ayudó a fundar en 2001. Ya un día antes de estallar el escándalo, el exfutbolista Hakan Şükür, convertido en diputado, había devuelto su acta. Hasta finales del año, otros tres parlamentarios se dieron de baja en el partido, entre ellos, uno de los fichajes estrella de aquel AKP orgulloso de su modernidad democrática: el izquierdista Ertuğrul Günay, quien de joven promesa del CHP había llegado a ministro de Cultura bajo Erdoğan. El AKP parecía estar desmoronándose a ojos vista. Y eso a apenas tres meses de las elecciones municipales de marzo.

ERDOĞAN VS. GÜLEN

La calle vuelve a hervir. Miles de personas salen a las plazas con pancartas de «Gobierno: dimisión», «Tayyip Erdoğan, ladrón» y «Corrupción en todas partes». Quienes protestan son, sobre todo, izquierdistas opuestos al AKP, pero muy poco sospechosos de simpatizar con el ideario conservador e islamista de la cofradía de Gülen. Hay cargas policiales, avanzan nubes de gas lacrimógeno por Taksim y las calles de Cihangir, como en los mejores días de la revuelta de Gezi. Se montan incluso barricadas en medio de İstiklal, pero, a diferencia de lo ocurrido apenas medio año antes, esta vez muchos jóvenes miran desde la barrera, sin unirse, sin creérselo. Una chica pasa indiferente entre los adoquines que lanzan algunos chavales fervorosos y los botes de humo de los agentes: «No quiero apoyar a ninguno de los dos bandos».

Al cabo de un par de días, las protestas remiten. En la izquierda, en los colectivos habituados a tomar las plazas y hacer frente a los chorros de agua de los blindados, nadie quiere elegir entre Gülen y Erdoğan. Es difícil decir quién cae peor o infunde más temor. Para la izquierda, Erdoğan es un dictadorzuelo islamista en ciernes, pero al menos se le ve venir. Es un bruto, piensan, pero se cree lo que dice. La sonrisa del encantador de serpientes Fethullah Gülen, capaz de meterse en el bolsillo a los demócratas europeos con una retórica empapada de vaselina para alcanzar el mismo fin, provoca mayor desconfianza. El diario *Zaman* y su hermano en lengua inglesa, *Today's Zaman*, se erigen en defensores de la democracia y la honradez contra la corrupción del Gobierno. No obstante, solo un año antes, sus articulistas rezumaban veneno contra la izquierda que se oponía a Erdoğan y publicaban montajes policiales para hacer creer al público que diputados de la oposición como Sirri Süreyya Önder almacenaban cócteles molotov en casa. Lo bueno de la guerra fratricida entre AKP y Gülen, piensan muchos en la izquierda, es que acabarán destruyéndose mutuamente.

Pero Erdoğan demostró resiliencia. La disminución de 327 a 320 escaños no afectaba a su capacidad de gobernar: con la mayoría absoluta en los 276 diputados, había margen de sobra. Una escisión plena del AKP habría sido harina de otro costal, pero no se produjo.

El contraataque del Gobierno llegó en enero de 2014. Con una orden firmada a medianoche, el Ministerio del Interior destituyó a trescientos cincuenta policías en Ankara, entre ellos unos ochenta comisarios, y los reemplazó por nuevos agentes. La respuesta de la cofradía fue rápida: esa misma madrugada, en Esmirna, la Fiscalía emitió una orden de arresto contra veinticinco personas por supuestos sobornos y manipulación de licitaciones, incluidos ocho altos cargos de la empresa de ferrocarriles. La reacción de Interior fue de relámpago: antes del mediodía, tres comisarios de la Policía responsables de las detenciones ya habían sido destituidos.

Durante las semanas siguientes continuó este juego de ajedrez en el que cada bando intentaba comer al otro tantos peones como fuera posible. En febrero ya eran seis mil los policías relevados, y el nuevo ministro del

Interior, Efsan Ala, reconoció que mil de ellos estaban vinculados a la investigación de corrupción, mientras que los otros cinco mil eran «cambios rutinarios».

Un jefe de policía retirado que prefirió no dar su nombre tildaba los traslados y destituciones de «inimaginables». «Estas personas ni siquiera saben por qué se las cambia de funciones; no se las acusa de ninguna falta concreta», dijo. Evidentemente, todo el mundo sabía, añadió, que el Gobierno trasladaba a los agentes que creía conectados con la cofradía: «Se sabía que la Cemaat tiene una red dentro de la Policía, y al Gobierno no le preocupaba, es más, promocionaba a esos agentes. Pero ahora se han convertido en el blanco a atacar». El resultado: «Ahora, antes de dar un paso, cualquier comisario se lo pensará diez veces, ya no actuará movido por sus principios y la ética de trabajo sin antes buscar una autoridad que le dé el visto bueno. Esto paralizará pronto toda la institución policial».³

Entre las fichas que cayeron estaba Zekeriya Öz, el fiscal estrella de Estambul, que hasta el año anterior había dirigido con mano de hierro la investigación Ergenekon, mandando a la cárcel a decenas de generales. El hombre que decapitó al Ejército fue relegado a un puesto de provincias, pero no sin una patalita previa: en un comunicado aseveró que dos personas lo habían buscado en un hotel en la ciudad de Bursa para decirle que Erdoğan estaba enfadado con él y que debía «escribir una carta pidiendo disculpas y detener sus investigaciones de inmediato» si no quería salir perjudicado. Erdoğan lo negó todo y la prensa progubernamental empezó a publicar trapos sucios sobre el fiscal, por ejemplo, que una empresa constructora le había pagado viajes al extranjero.

El 24 de febrero, la cofradía —nadie duda de la autoría— lanzó la siguiente bomba: un vídeo en YouTube en el que se escuchaba, bastante mal, una conversación telefónica entre un padre y su hijo. La voz del padre se parecía mucho a la de Erdoğan. Y el hijo, según se desprendía, era Bilal.

Necmettin Bilal Erdoğan tenía treinta y tres años en ese momento, un diploma de la Universidad de Indiana (Estados Unidos), un máster en Harvard y experiencia como becario en el Banco Mundial. Era uno de los tres accionistas de BMZ, una empresa armadora propietaria de siete petroleros. La

vox populi no le atribuía especiales dotes intelectuales, y la conversación en el vídeo parecía confirmar esta impresión. La primera llamada, según los subtítulos, se produjo el 17 de diciembre a las 8:05 de la mañana:⁴

—¿Estás en casa, hijo?

—Sí, papá.

—Esta mañana han hecho una operación contra Ali Ağaoğlu, Reza Zerrab, contra el hijo de nuestro Erdoğan (se refería a Bayraktar), el hijo de Zafer, el hijo de Muammer y todos esos. Ahora les están registrando las casas.

—Dímelo otra vez, papá.

—Estoy diciendo que están haciendo ahora una gran operación de anticorrupción con registros y esas cosas en las casas de dieciocho personas: el hijo de don Muammer, el hijo de Zafer, el hijo de Erdoğan, Ali Ağaoğlu, Reza Zerrab y todos esos.

—Sí, papá.

—Vale, ahora te digo que lo que sea que tú tengas en casa, lo tienes que sacar de ahí. ¿Vale?

—¡Yo qué puedo tener, papá! En la caja está tu dinero.

—Eso estoy diciendo. Ahora te mando a tu hermana, ¿vale?

—¿Que me mandas a quién, papá?

—He dicho que mandaré a tu hermana.

—Vale, papá.

—Luego, para que los demás lo sepan, habla con tu hermano mayor.

—Sí.

—Hay que hacer algo: habla con tu tío y el resto. Él también lo tiene que sacar de ahí. Habla con tu cuñado también.

—¿Y qué hacemos con eso, papá? ¿Dónde lo ponemos?

[...]

La siguiente llamada está fechada a las 11:17 y habla Bilal:

—Papá, nos hemos reunido con Hasan, con mi hermano mayor, con Berat (por Albayrak), con mi tío, y hemos pensado en algo... A Berat se le ocurrió algo: una parte la vamos a dar ahora mismo a Faruk para varias cosas; el resto del dinero lo puedes utilizar como lo utilizaste, como hablamos ya antes. Si hacemos esto, podemos solucionar una importante suma.

—Puede valer.

—Vale. Otra parte es para empezar un negocio compartido con Mehmet Gür [un empresario y socio habitual de los negocios de la familia Erdoğan], y tú coge otra parte, quédatela, podemos decir que se iba a emplear para cuando hubiera proyectos. De esta manera reducimos el total, y lo que queda lo trasladamos a otro sitio.

—Vale, hazlo.

—Vale.

[...]

En la cuarta llamada telefónica, recogida en el mismo vídeo y supuestamente efectuada a las 23:15, Bilal Erdoğan menciona cifras de 25 millones de dólares y diez millones de euros, y en la quinta y última, atribuida al día siguiente, Tayyip pregunta a su hijo si ha conseguido «reducirlo a cero» todo. Bilal responde: «Lo que se dice reducir a cero... Bueno, quedan apenas 730.000 dólares y 300.000 liras». Y su padre le dice que no hable: como si temiera que lo escuchasen.

El vídeo se difundió como un reguero de pólvora en internet y en tres días ya había sido reproducido cuatro millones de veces. Erdoğan lo denunció, enfurecido, como un sucio montaje. Pero mucha gente se lo creyó, y la difusión de la supuesta conversación consiguió otra tanda de protestas en la calle, otra vez cañones de agua y gas lacrimógeno. Pero iban amainando: Gezi no resucitaba. Todavía hubo gestos que recordaban el humor absurdo del anterior verano: la policía irrumpiendo en un partido de fútbol (Galatasaray-Chelsea) porque alguien en las gradas levantó una pancarta con las palabras «Hola, papá»; la policía arrestando a una mujer porque durante un mitin de Erdoğan apareció en un balcón con una caja de zapatos en las manos...

En las siguientes semanas salieron a la luz más grabaciones, siempre lanzadas en YouTube: Erdoğan (o lo que parece su voz) aconsejando a Bilal que no acepte un soborno de diez millones, pues el empresario había prometido una suma mayor; Erdoğan llamando al ministro de Justicia para ordenarle que intervenga en un juicio contra Aydın Doğan, dueño de un imperio empresarial cuyos periódicos se habían mostrado hostiles al Gobierno... Sin embargo, todo aquello ya sorprendía poco, y no servía para

granjear simpatías hacia la cofradía de Gülen. Con cada semana que pasaba y con cada nuevo escándalo en YouTube, se hacía más evidente que las armas de la Comunidad se estaban quedando romas.

Y eso pese a la convicción general de que los vídeos eran grabaciones auténticas. El líder de la oposición socialdemócrata, Kemal Kılıçdaroğlu, conocido más por su honradez que por su carisma, las dio por buenas y las hizo escuchar durante una sesión del Parlamento: «Las hemos contrastado con cuatro o cinco fuentes y no tengo ninguna duda: esta grabación es auténtica, tan auténtica como el monte Ararat». Erdoğan insistía en que eran «un montaje» y «un doblaje», pero al usar ambas palabras a la vez no quedaba claro si admitía que aquella era realmente su voz o la atribuía a un imitador. Cuando, meses después, el organismo tecnológico oficial TÜBİTAK aseguró en un dictamen que se trataba de montajes con la voz auténtica de Erdoğan en los que se habían «formado las palabras deseadas utilizando sílabas tomadas de otras grabaciones», no convenció a nadie. Lo que sorprendía, tal vez, y mostraba el alcance ciertamente terrorífico del poder de la Comunidad, era que sus miembros habían logrado montar un sistema de escuchas ilegales al mismísimo primer ministro.

ERDOĞAN CONTRA YOUTUBE

A pocos días de las elecciones municipales del 30 de marzo, la cofradía lanzó lo que parecía su última andanada: la grabación de una reunión entre Erdoğan, Ahmet Davutoğlu, ministro de Exteriores, Hakan Fidan, jefe de los servicios secretos, y algunos altos cargos militares. La conversación giraba en torno a la posibilidad de fingir un falso ataque desde Siria a un minúsculo enclave turco cerca del Éufrates, la tumba del sultán Süleyman Şah, permanentemente vigilada por soldados turcos, para así tener motivo para una intervención militar en Siria. «Miren, si hace falta una justificación, yo envío a cuatro hombres al otro lado y que lancen ocho cohetes a unos terrenos baldíos; eso no es ningún problema, la causa se fabrica», se escucha decir a Hakan Fidan.

Esta vez, el Gobierno ni siquiera se molestó en desmentir la autenticidad de la grabación, aunque aseguró que «algunas partes» se habían manipulado. Erdoğan tildó la filtración de «bajeza, vileza, ignominia e inmoralidad», pero no de falsedad. Lo que más daño hacía a la imagen del Gobierno no era el hecho de evaluar un posible ataque de bandera falsa —¿qué servicio secreto renuncia a esta táctica?—, sino la evidencia de que ni las reuniones de alto secreto estaban a salvo de las largas manos de la cofradía gülenista. Los secretos militares de Turquía, al alcance de un clic en YouTube. Eso sí dolía.

La respuesta de Erdoğan fue simple: cerrar YouTube.

No era una idea especialmente original: la plataforma de vídeos ya había estado bloqueada en Turquía entre 2008 y 2010, entonces por orden de unos jueces fervorosamente kemalistas que no soportaban la difusión de una mofa de Atatürk realizada por unos probables gamberros griegos. En aquel entonces, preguntado por un periodista acerca de la censura de la web, Erdoğan se había burlado de la prohibición: «Si yo puedo acceder a YouTube, usted también». Efectivamente, todo el mundo accedía: buscar un *proxy* o cambiar las DNS en el ordenador se convirtió en una operación al alcance de cualquier ama de casa.

No menos sorna había provocado, una semana antes, el cierre de Twitter. Fue un auténtico despiporre, porque el discurso en el que Erdoğan había prometido, durante un mitin electoral en la ciudad de Bursa, «arrancar de raíz» el uso de Twitter fue transmitido en largos fragmentos en la propia cuenta oficial de Twitter del primer ministro, el tercer jefe de Gobierno con más seguidores del mundo: con 4,06 millones, casi el doble que su homólogo británico, siete veces los del presidente francés y diez los de Mariano Rajoy. Pero la autoridad de telecomunicaciones hizo caso y bloqueó la red del pajarito azul. Lo que no impidió a los máximos cargos del Gobierno turco seguir tuiteando como si tal cosa para anunciar su agenda oficial. Más coherente fue el presidente de la república, Abdullah Gül, quien aseguró en Twitter —cargado de razón— que cerrar las redes sociales, además de equivocado, era «técnicamente imposible, como ya se ha visto».

El 11 de marzo fallece Berkin Elvan, el chico que un día de junio del año anterior, durante las protestas de Gezi, salió de casa para comprar el pan y fue alcanzado por un bote de humo de la Policía en la cabeza. Ha pasado nueve meses en coma, en los que ha cumplido los quince años sin saberlo. Su cortejo fúnebre se convierte en el mayor que se vio en Estambul desde el asesinato de Hrant Dink, en 2007. Es difícil contar la serpiente humana que avanza desde el modesto barrio de Okmeydanı hacia el cementerio. Ondeán banderas rojas, banderas negras, banderas amarillas, siglas de decenas de organizaciones, partidos, sindicatos. La calle es un hervidero. En las barandillas hay atadas, con lazos blancos, barras de pan.

«¡Tayyip Erdoğan, asesino!», gritan: «¡AKP, asesino!». Y, como medio año antes en Gezi: «¡En todas partes, Taksim, en todas partes, resistencia!» y «¡En todas partes, Berkin!». A esa misma hora, Tayyip Erdoğan da un mitin en Mardin para rascar el voto kurdo. Pero los kurdos de Estambul están en el cortejo de Berkin. No solo ellos. La sala del *cemevi*, el templo de religión aleví en el que la familia ha llorado al niño, rebosa de coronas de flores: un funeral de Estado, se diría. Destaca una con la firma de Kemal Kılıçdaroğlu, el líder del CHP.

Erdoğan no ha tenido ni una palabra para «el niño de cejas negras», como lo llama cariñosamente la prensa de oposición. Abdullah Gül ha expresado sus condolencias a la familia y subrayado la necesidad de «trazar una línea roja para que no vuelva a haber oportunidad de sentir ese dolor». Añade unas palabras sobre la necesidad de que la policía sea más cuidadosa. El AKP, en cambio, ha callado.

Berkin es la octava víctima mortal directa de las protestas —la cifra varía según se incluyan causas más o menos probadas—, pero hasta entonces ningún agente ha sido condenado. Sigue en libertad condicional aquel que le descerrajó un tiro a bocajarro a Ethem Sarısülük en Ankara. Tampoco hay condena para los que, registrados por cámaras de vídeo, apalearon hasta la muerte a Ali İsmail Korkmaz en Eskişehir.

La marcha por Berkin corta una autovía, hace suyas las avenidas, paraliza el centro de Estambul. La policía se mantiene al margen. Los coches pitan en señal de solidaridad. Desde las ventanas de bloques de pisos, colegios,

oficinas, se asoman, gritan, saludan decenas de personas, hacen la señal de la victoria: «¡Berkin Elvan, inmortal!», «Berkin se ha dormido: ¡Turquía despierta!».

Faltan pocas semanas para las elecciones, y los activistas buscan una prueba de fuerza. Llegar a Taksim es la consigna, retomar ese terreno vetado a todo acto político desde Gezi. «Iremos, porque es nuestra plaza, es simbólica, allí siempre celebramos el 1 de Mayo, y no pensamos esperar hasta que la policía nos dé permiso», asegura una mujer. «Primero acabará el cortejo, e iremos luego», tercia un joven con el chaleco rojo del Frente Popular, una rama de la organización armada de extrema izquierda Partido-Frente Revolucionario de Liberación del Pueblo (DHKP-C), según aclara él mismo, pese a que este grupo está considerado terrorista en Turquía. Junto con sus compañeros, forma parte de una cadena humana para separar a los adolescentes exaltados de la marcha de los cuatro blindados de la Policía que bloquean la avenida.

La tensión flota en el aire. Y no bien el féretro ha alcanzado el cementerio, llega la orden de carga. Chorros de agua a presión, gas, balas de plástico: lo de siempre. Pero esta vez con inusitada dureza. Decenas de miles se quedan atrapados en un barrio rodeado por blindados; buscan una salida. «La policía dispara a matar», se queja un experimentado reportero. A la publicista Pınar no le sorprende: la joven ha estado todos los días en Gezi y no cree que esto vaya a acabar pronto. ¿Las elecciones? No se atreve a vaticinar el resultado. «Pero no importa: nosotras seguiremos saliendo a la calle», promete. «Sé a lo que me expongo, sé que puedo morir cualquier día en la protesta. Pero no abandonaremos.»

Las elecciones municipales son solo el primer hito en un año que se intuye cargado. Habrá presidenciales en agosto, pero, por el momento, Erdoğan no puede cumplir su sueño de reformar la Constitución y conferir mayor poder a la Presidencia para luego postularse al cargo, reemplazando a su viejo compañero de camino Abdullah Gül, ahora convertido en rival. ¿Rival? Hay quien piensa que la obvia distancia entre los dos, con Erdoğan atacando a la oposición en discursos furibundos y Gül contradiciéndolo con la elegancia de un hombre de Estado, no es más que el viejo juego del poli bueno y el poli malo.

¿Y si fuera un rival? Una escisión del AKP podría quemar a ambos. Tras el socialdemócrata CHP, también el ultranacionalista MHP —el partido mejor situado para pescar votos en el caladero del AKP— se ha constituido en adversario rotundo de Erdoğan. El izquierdista Partido Democrático de los Pueblos (Halkların Demokratik Partisi, HDP), las nuevas siglas del movimiento kurdo, ha estado más callado: como si siguiera apostando por Erdoğan como única figura capaz de resolver la cuestión kurda. Y, sin embargo, pese a la corona de flores de Kemal Kılıçdaroğlu, las únicas banderas de una formación parlamentaria presentes en el cortejo fúnebre de Berkin Elvan son las del HDP. Porque la familia de Elvan es kurda. Kurda y aleví y de barrio modesto, una mezcla que condena al ninguneo por parte de todas las ideologías oficiales: la kemalista, la islamista, la económica.

Quizás justo por eso, la figura del niño muerto por culpa de la policía ha podido aglutinar a cientos de miles de turcos. Berkin ni siquiera estaba involucrado en las protestas, recuerda Pınar: «Era un chaval que solo fue a comprar el pan; no hace falta ser de ninguna ideología concreta para vivir ese dolor». Eso sí, entre las cincuenta o cien mil personas presentes, solo hay una mujer con el pañuelo islamista, símbolo al que tanto esfuerzo le dedica el AKP en aras de la «libertad religiosa». Turquía puede ser plural, pero los bandos están nítidamente trazados. Y aquí marchan los de siempre.

La noche se prolonga entre chorros de agua, nubes de gas, adoquines. La policía vuelve a tomar, tras Taksim e İstiklal, el barrio de Cihangir, feudo de una clase media educada y progresista. Tampoco cesan las batallas en Ankara, Esmirna, Mersin y decenas de otras ciudades. Poco antes de la medianoche llega la primera noticia amarga desde Tunceli, ciudad aleví y kurda del centro de Anatolia: ha fallecido un policía por un paro cardíaco tras inhalar grandes dosis de gas lacrimógeno. Es medianoche cuando cae el segundo golpe: ha muerto un joven en Okmeydanı, el barrio de Berkin Elvan. Según reconstruye la prensa, varios simpatizantes del AKP se presentaron allí armados con palos para lanzar consignas islamistas. Hubo una refriega con un «grupo de ideología opuesta» y sonaron tiros. Dos heridos, un muerto. La prensa islamista atribuye el homicidio a «los manifestantes», dejando poco lugar a dudas de que el muerto, esta vez, es del bando del AKP. Mañana tendrán un mártir.

La tensión se refleja en la jornada electoral. Aunque en la mayoría del país se vota en calma, seis personas mueren en una pelea entre partidarios del AKP y el HDP en un pueblo de Şanlıurfa. Otras dos en la provincia de Hatay (Antakya), y hay varios heridos en cinco localidades. A pesar de ello, la participación es una de las más altas de la historia: el 89 % de los electores censados. A medianoche se saben los resultados: el AKP ha ganado en todo el frente por goleada. Un 45,5 % de las papeletas, 48 de las 81 capitales de provincias, tres más que hasta entonces. Siguen siendo suyas Estambul y Ankara, si bien en esta última mantiene la alcaldía por los pelos tras un largo recuento plagado de acusaciones de fraude. En un lejano segundo lugar, con su 28 % habitual, viene el CHP. Los cambios respecto al reparto de votos en las generales de 2011 son casi invisibles.

Censura, sospechas de corrupción, negocios sucios... Esa era la imagen de Erdoğan en vísperas de las elecciones. Pero ni los meses de Gezi, que parecían llevar al primer ministro al borde de la dimisión, ni la andanada a la línea de flotación del AKP lanzada por los gülenistas en diciembre han podido con Erdoğan. El Reis ha sabido resistir a los embates cual capitán en una tormenta. Y su electorado fiel se lo ha agradecido estando ahí el día de las urnas. Se ha evidenciado que los «ateos, izquierdistas, terroristas», esa trilogía en la que Erdoğan engloba a sus enemigos, son solo la mitad de Turquía. La otra mitad son los suyos. Y los seguidores de Gülen tendrán altos cargos y tecnología de escucha, pero no tienen papeletas, no son el pueblo.

Erdoğan ha ganado. La siguiente cita es en agosto.

EN LA CORTE DE ERDOĞAN

Desde la lejanía no parece gran cosa. Solo cuando el vehículo comienza a rodar y acercarse, esos pequeños puntitos se convierten en grandes ventanales y uno se percata de que no levanta una ni dos, sino cinco plantas sobre el suelo. Las nubes de Ankara se deshilachan y unos vespertinos rayos de luz suave, celestial, iluminan sus paredes claras y sus amplias tejavanas. Solo entonces, aunque queden cientos de metros para acercarse, es posible apreciar la magnitud del Palacio de las Cinco Colinas (Beştepe Sarayı). Piensen en el Palacio Real de Madrid, en el de Buckingham en Londres, o en el de Versalles. Los tres son aposentos reales construidos en los siglos XVII y XVIII que reflejan la fastuosidad propia de la monarquía absoluta. Nada más que a ellos pueden compararse las dimensiones del palacio que estrenó Recep Tayyip Erdoğan al ser elegido presidente en 2014. Levantado en Ankara sobre un terreno de más de setenta hectáreas y cuyos edificios principales ocupan una superficie de unos cuarenta mil metros cuadrados, empequeñece otras residencias oficiales como la Casa Blanca, el Kremlin o el Elíseo.

Rodeado de fuentes y jardines, el edificio está construido en un estilo que mezcla la arquitectura moderna con la tradición selúcida y otomana. En su interior brillan los suelos de mármol y granito gracias a las enormes cristaleras y a los lujosos candelabros. Hay suntuosos atrios y largos pasillos, escaleras de influencia barroca y 1.150 habitaciones, parte de ellas para el uso privado de la familia y otras utilizadas como salas de trabajo. Su construcción supuso a las arcas públicas un gasto de 487 millones de euros, el doble de lo presupuestado. La factura en calefacción para mantener la temperatura de palacio supera el millón de euros anuales. Porque, además del palacio

propriadamente dicho, el complejo presidencial, al estilo de los *külliyeler* otomanos, incluye una gran mezquita, un salón de congresos y una inmensa biblioteca. Pero en el presupuesto de palacio también hay un «fondo reservado» que se calcula en varios cientos de millones de euros, y otros destinados a las obras de caridad: 1,3 millones que distribuye a través de fundaciones y algo más de un millón de euros que Erdoğan reparte directamente «al pueblo».¹

Desde que Mustafa Kemal Atatürk puso los cimientos de la república, los presidentes turcos, cuyo papel era más ceremonial que ejecutivo, habían residido en el más modesto Palacio de Çankaya. Pero esa residencia era demasiado pequeña para el ego de Erdoğan. El proyecto del Palacio de las Cinco Colinas fue ideado cuando Erdoğan aún era primer ministro, como nueva sede centralizada del Gobierno. Sin embargo, cuando accedió a la jefatura de Estado no tuvo empacho en modificar el plan de uso del edificio: a partir de entonces, sería la nueva residencia del presidente. «Nos hemos trasladado al nuevo palacio presidencial porque la actual residencia no ofrecía los servicios adecuados. Ya saben ustedes que ahora estamos en la Nueva Turquía. En cuestiones de honor, no se puede ahorrar», anunció Erdoğan tras la inauguración. En el futuro, arguyó el flamante presidente, los turistas visitarán el Palacio de las Cinco Colinas como ahora hacen con los de Dolmabahçe y Topkapı en Estambul, ambas moradas de los sultanes otomanos.

El cambio de residencia estuvo desde el inicio rodeado de polémica. Beştepe fue erigido en un espacio natural protegido. Para hacer lugar a la inmensa mole presidencial, hubo que talar tres mil árboles y recolocar otros diez mil, además de recalificar numerosas hectáreas, lo que llevó a que urbanistas, arquitectos y organizaciones sociales interpusieran una treintena de pleitos contra su construcción. Cuando, unos meses antes de la finalización de las obras, un tribunal ordenó un paro cautelar, Erdoğan reaccionó: «¡Que lo derriben si tienen suficiente poder para ello! No serán capaces de detener la obra. Inauguraré el palacio y residiré en él». Efectivamente, ningún juzgado fue capaz de enviar a la policía a detener los trabajos, y Erdoğan lo convirtió en su vivienda.

Los símbolos son importantes. «Todo nuevo orden político establece también un nuevo orden espacial que representa su proyecto político — sostiene Tarık Şengül, profesor de la Universidad Técnica de Oriente Medio —. El palacio representa una ruptura radical de Erdoğan con el anterior orden vigente. Intenta así presentarse como el fundador de un nuevo orden.» Y por ello Erdoğan se muestra desafiante, públicamente en contra de acatar las sentencias judiciales que ordenaban demoler el edificio, pues esas decisiones son propias de los tribunales del viejo orden. «Cuando estableces un nuevo sistema político, siempre hay un cierto grado de violencia política», concluye Şengül. «Y pasar por encima de la ley es la violencia política que necesita Erdoğan para fundar el nuevo sistema, la Nueva Turquía.»

UN HOMBRE COMO DIOS MANDA

El año 2013 fue tal vez el más calamitoso para Erdoğan desde que llegó al poder, pero, superados los escollos de Gezi y las acusaciones de la Comunidad y ganadas las municipales de marzo de 2014, el Reis tenía delante un horizonte despejado. Ya era libre de imprimir su huella en la historia de Turquía. Sin embargo, continuar en el poder implicaba cambiar las reglas del juego. Los estatutos del AKP prohíben que sus miembros ejerzan un cargo público durante más de tres legislaturas, por lo que Erdoğan, que en 2015 concluía su tercer mandato como primer ministro, no podía concurrir de nuevo a las elecciones legislativas. Ante sí tenía dos opciones. Una de ellas era modificar los estatutos del partido, pero eso no habría casado con su figura: era lo propio de un político maniobrero, de un caciquillo. La otra, cambiar de cargo para seguir al mando. Las elecciones presidenciales estaban convocadas para agosto de 2014.

El 1 de julio, Erdoğan anunció su candidatura. No habría un segundo mandato para Abdullah Gül, su hasta entonces fiel escudero y jefe de Estado desde 2007. Él tomaría las riendas de la Presidencia de la República de Turquía. Sus eslóganes no dejaban lugar a dudas: «Democracia, prosperidad y prestigio en la vía hacia la nueva Turquía» y «Voluntad nacional, poderío nacional: Objetivo 2023». No pensaba a corto plazo: pese a que el mandato

presidencial era de cinco años, su vista estaba puesta más allá, en seguir gobernando hasta el centenario de la república, fundada en 1923. No solo eso, sino que, en un alarde de grandeza, los carteles electorales indicaban también las siguientes metas: «Objetivo 2053» (seiscientos aniversario de la conquista otomana de Estambul) y «Objetivo 2071» (milenario de la entrada de los turcos en Anatolia tras la derrota bizantina en Manzikert).

Esta vez, los comicios presidenciales eran diferentes: el jefe de Estado turco iba a salir de las urnas y no sería designado por el Parlamento, como había ocurrido hasta entonces. Era el resultado de una reforma legal votada en referéndum en 2007, a raíz de la crisis política que había provocado la nominación de Gül como presidente. De esta forma, Erdoğan batallaba en su campo preferido, el de la soberanía popular, y no el de la política parlamentaria de pactos y pasillos.

La maquinaria electoral se puso a trabajar a todo trapo, y el todavía primer ministro se embarcó en una serie interminable de viajes por todo el país sembrados de multitudinarios mítines. Mañana, tarde y noche, su rostro estaba en todas las televisiones. Su efigie de varios metros de altura decoraba calles y edificios.

Entre la multitud, entre la gente, Erdoğan se siente vivo. Resucitado. Dirigiéndose a las masas, conectando con ellas, se crece. Sus seguidores le responden con igual amor. En uno de los actos electorales en Estambul, un grupo de damas veladas acaba de escuchar su discurso, embelesadas por su figura, por su capacidad de enternecerse con el sufrimiento de los demás —de *sus* demás— al mismo tiempo que se muestra implacable con los enemigos. «¿Por qué apoya a Erdoğan?», preguntamos a una de ellas. «*Adam gibi adam*», responde. «Es un hombre como debe ser un hombre», sería la traducción literal. Un hombre como Dios manda. Esa es la imagen que pretende transmitir y transmite. La Nueva Turquía, presidida por un gran hombre-líder. «Erdoğan encarna la voluntad popular, y yo soy un pelo en el culo de Erdoğan», dice otra señora, captada por las cámaras de televisión, tras una de sus arengas. «Yo lo lamería, ¡es un león!», añade otro seguidor en los micrófonos de la televisión. La convicción que emana del líder les devuelve el orgullo a aquellos ignorados, tantas veces desairados y vejados por las élites, y da seguridad al rebaño. Ellos están dispuestos a dar su vida y hasta su honor por seguir

aupándolo a hombros, incluso a humillarse por la causa de ese líder-padre si es necesario. Como el pequeño Recep Tayyip que besaba los pies de su progenitor, como los discípulos de Gülen que se comían su zapato.

El periodista y analista Yavuz Baydar sostiene:

Erdoğan tenía dos opciones para mantenerse en el poder: compartirlo o acumularlo. Compartir el poder significaba continuar la vía reformista, delegar prerrogativas en la sociedad civil y reconocer derechos a minorías como la kurda o la aleví. Pero eso tiene un riesgo, porque la sociedad turca ha sido mantenida bajo hipnosis desde la fundación de la república, con grandes dosis de propaganda, nacionalismo y paranoia. Si das poder a los alevíes, eso puede restarte votos de la porción suní de la población, que los ve como diferentes y molestos. Y lo mismo ocurre con los kurdos. Hace falta ser un político muy sofisticado y sabio para llevar a cabo un proceso así y no erosionar tu base de apoyo. Y ese no es el caso de Erdoğan. Erdoğan se apoya en el culto a la personalidad, que es algo inherente a la sociedad turca. A los turcos les encanta venerar a un líder: lo ves en Atatürk, en Fethullah Gülen, en Abdullah Öcalan... El individualismo no ha cuajado, en buena parte porque nuestro sistema educativo no nos enseña a pensar de forma analítica y crítica.

Es por eso que las acusaciones de corrupción —vistas como un instrumento en manos de la oposición— apenas hicieron mella en el voto de Erdoğan. Tal y como exponía con claridad meridiana un humilde vendedor callejero de té de Estambul: «Erdoğan roba, del mismo modo que han hecho todos sus antecesores. Yo haría lo mismo si pudiese. También tú. Pero al menos él no se lo queda todo en el bolsillo: algo reparte». Es *él* quien reparte, no la Administración, no el Estado.

Y vaya si repartió en aquellas elecciones. Por mucho que contase con el apoyo sincero de la mitad del país, nada podía ser dejado al albur. Erdoğan no podía permitirse una derrota. Así que movilizó a todos los medios a su alcance, inaugurando lo que sería la tónica general de las elecciones de ahí en adelante: no amañadas, pero sí jugadas en absoluta desigualdad de condiciones. Así, mientras que uno de los actores en el proceso electoral, Erdoğan —y su partido—, disponía de todos los recursos y resortes del Estado y recibía toda la atención de los canales de la televisión pública y el

apoyo de buena parte de los privados, el resto tuvo que contentarse con las migajas: ya desde el inicio, las demás formaciones partían en franca desventaja.

La campaña electoral de Erdoğan recibió más de 55 millones de liras (19 millones de euros) en donaciones, seis veces más que su principal rival y cincuenta veces más que el tercer candidato. Saltándose todas las regulaciones electorales, Erdoğan utilizó vehículos, helicópteros, aviones y camiones pertenecientes al Gobierno o a los ayuntamientos; también fondos públicos, según denunció la oposición. El informe de los observadores internacionales concluyó que, aunque fueron unas elecciones limpias, resultaron tremendamente desequilibradas por el uso de recursos públicos en la campaña: «Combina visitas oficiales con grandes mítines, habitualmente seguidos por *iftar*, a veces organizados por el Ayuntamiento [...]. Tras el discurso de Erdoğan, se repartieron juguetes a los niños y velos para las mujeres». ² También se entregaban alimentos e, incluso, pese a las altas temperaturas del verano, toneladas de carbón, que los más pobres almacenaban de cara al invierno. Para más inri, se trataba de carbón de Soma, una localidad donde en mayo se había producido el peor accidente minero de la historia turca: 301 trabajadores murieron a causa de las precarias condiciones impuestas por los empresarios, bien conectados con el AKP, al que suministraban carbón a bajo precio para repartir entre los votantes.

Frente a él, la oposición se presentaba desmotivada. El CHP se asoció con el ultraderechista MHP y propuso como presidente a Ekmeleddin İhsanoğlu, académico de tinte conservador y ex secretario general de la Organización para la Cooperación Islámica. En lugar de sumar fuerzas, la alianza restó poder a la candidatura: los votantes más religiosos del MHP optaron por Erdoğan; los más izquierdistas del CHP prefirieron apoyar al candidato prokurdo, Selahattin Demirtaş, y otros se quedaron en casa.

El 10 de agosto, el 51,8 % de los votos fue a parar a Erdoğan. Si bien sus veintiún millones de votos no alcanzaron la cifra registrada en las elecciones generales de 2011, fueron suficientes para ganar en primera vuelta. Una vez más, Erdoğan lo había logrado: ya era suyo el sillón que una vez ocupó el reverenciado padre de la Turquía laica.

LOS SÍMBOLOS DE LA NUEVA TURQUÍA

Nuestro líder es Recep Tayyip Erdoğan [...] el que toma su fuerza del pueblo. Este siglo será la era de los turcos, nosotros escribiremos el nombre de Dios sin separarnos ni un momento de nuestro profeta.

A fin de conmemorar el hito de su elección presidencial, el Ayuntamiento de Ankara consideró oportuno regalar los oídos de Erdoğan con estos versos de un himno inédito: *La marcha de la Nueva Turquía*. El eslogan que pregonaba el flamante presidente no podía quedarse en un simple envoltorio de las ideas del AKP; había que acompañarlo de toda una constelación de significados y significantes. Se trataba de un proceso con ciertas similitudes a lo ocurrido en la década de 1930 cuando, ejecutadas ya las reformas más drásticas —la conversión del sultanato en una república laica, la abolición del califato y la sustitución del alfabeto árabe por el latino—, Mustafa Kemal Atatürk se centró en crear el tejido simbólico con el que revestir la ideología del nuevo Estado. Desde luego, ni el calado de las medidas impuestas en época de Atatürk ni el efecto logrado con ellas —en una sociedad entonces mayormente analfabeta, frente a otra que bebe de las múltiples fuentes de la sociedad de la información— tienen parangón con la situación actual, pero tampoco se puede negar que la intención de Erdoğan es imprimir a su política los tintes de un cambio de época.

Instalado el nuevo presidente en el Palacio de las Cinco Colinas, una de las primeras recepciones oficiales la ofreció al jefe de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmud Abás. Lo que más llamó la atención de la foto oficial fue que, tras los dignatarios, posaban dieciséis hombres disfrazados de guerreros antiguos, en consonancia con las dieciséis estrellas que adornan el escudo de la Presidencia de la república. Representaban, arguyó Erdoğan, los grandes imperios túrquicos que habían dejado su huella en la historia, desde los hunos hasta los jászoros y los otomanos. Esa idea, la de los dieciséis grandes imperios turcos, fue elaborada en 1969 en círculos ultranacionalistas y difundida

ampliamente por la Junta Militar en los años ochenta, pese a las críticas por su escasa base histórica. Erdoğan también fue ridiculizado en las redes sociales por el *show* de sus guerreros, pero él sabía lo que hacía.

Se había embarcado en un rediseño de los símbolos nacionales. A la recuperación de la herencia otomana —con numerosos simposios, festivales y hasta series de televisión que reflejan las glorias militares del imperio—, añadió, a partir de 2015, un énfasis cada vez mayor en los reinos túrquicos de Asia Central que precedieron a la casa real otomana. Al inicio de la república, Atatürk y la intelectualidad oficialista habían vuelto su visión hacia esos antepasados, señalándolos como el ejemplo de los «buenos turcos», en oposición al oscurantismo del islamizado y reaccionario Imperio otomano. Erdoğan incluía ahora esos reinos e imperios en un solo legado común, del que los turcos debían sentirse orgullosos. Festivales inspirados por los deportes de los pueblos centroasiáticos se han puesto de moda (uno de los hijos de Erdoğan, Bilal, preside una asociación de arqueros a la antigua), si bien en toda esa recuperación histórica se ignoran las creencias chamánicas que caracterizaban a los antiguos turcos de las estepas, como si la identidad turca estuviese indisolublemente unida a la islámica.

También comenzaron a multiplicarse en los discursos de Erdoğan las menciones a Atatürk y a la guerra de Independencia —él mismo se presenta como el líder de una contienda similar contra los enemigos que pretenden dividir la patria—, así como los retratos del fundador de la república acompañando su propia efigie en los actos de masas. «Amado Atatürk —escribió Erdoğan en el libro de visitas del mausoleo de Mustafa Kemal—, por desgracia, tras vuestra muerte, se debilitaron los lazos entre el pueblo y la institución de la Presidencia de la república [...]. Pero creo que hoy, que comienza mi mandato como primer presidente directamente elegido por voto popular, el pueblo y su presidente volverán a fundirse en un abrazo.» Una declaración que suponía un giro a la hasta entonces visión islamista del padre de la patria, como hizo notar el profesor turco-estadounidense Timur Kuran: «Los islamistas solían considerar el régimen de Atatürk una dictadura destructiva. Ahora, en cambio, el AKP utiliza a Atatürk para justificar su propio monopolio del poder».³

Lo que buscaba Erdoğan era, en definitiva, una nueva síntesis entre el nacionalismo turco y el islamismo, al estilo de la síntesis turco-islámica que impuso el régimen militar tras el golpe de Estado de 1980. El ejemplo más obvio es el símbolo de Rabia (la palma de la mano con cuatro dedos extendidos y el pulgar recogido), popularizado como signo de protesta por los seguidores de los Hermanos Musulmanes egipcios tras ser depuesto el presidente Mohamed Morsi en 2013. Erdoğan empezó a utilizarlo acompañado de uno de los eslóganes usados en Turquía por la derecha nacionalista («Una sola nación, una sola bandera, una sola patria y un solo Estado»), y en 2017 fue adoptado como gesto oficial de su partido.

Este popurrí de símbolos no está dirigido tanto a atraer a los simpatizantes de otras causas como a apropiarse de ellos y neutralizarlos, despojándolos de su significado. Adoptando la figura de Atatürk, que tanta veneración despierta en toda Turquía, evita que otros partidos la usen como un elemento aglutinador de oposición.

LA REVOLUCIÓN DEVORA A SUS PADRES

Ya antes de su elección, Erdoğan advirtió de que no sería un presidente al uso, un «presidente florero», sino que explotaría al máximo las prerrogativas que le concedía la Constitución. Además del nombramiento de numerosos altos cargos del sistema judicial, la carta magna de Turquía concede al jefe de Estado la facultad de convocar al Consejo de Ministros y presidirlo, algo previsto para situaciones excepcionales, pero que iba a convertirse en norma. La transición hacia la Nueva Turquía exigía medidas de excepción.

La Constitución también subrayaba entonces que el jefe de Estado debía «romper relaciones con su partido» y «conducir sus funciones sin parcialidad», pero eso era para Erdoğan papel mojado, algo propio del viejo régimen. Desde el AKP justificaban sus interferencias alegando que había un conflicto de competencias, pues las dos cabezas visibles del poder, el primer ministro y el presidente, habían salido de las urnas y, por tanto, ambas representaban la voluntad popular. El nuevo presidente no ocultaba que su deseo era sustituir el régimen parlamentario de Turquía por uno

presidencialista, como el de Estados Unidos y, por mucho que la Constitución se interpusiese en su camino, él ya actuaba como si lo fuera. Ya habría tiempo de cambiar la ley.

Así, Erdoğan estableció en palacio un equipo de asesores encargados de doce áreas temáticas que actuaban como Gobierno en la sombra. Estos, en coordinación con personas de su absoluta confianza designadas como enlaces para ministros, viceministros o secretarios de Estado, servían para transmitir de manera efectiva las directrices del presidente a cada cartera gubernamental, puenteando la jerarquía administrativa. Erdoğan quería tener atado en corto al Gobierno, controlar de manera meticulosa cada decisión política que se tomaba. Para ello era necesario contar con la cooperación del primer ministro, en cuyas manos seguían residiendo, al menos legalmente, las facultades ejecutivas.

El hasta entonces presidente, Abdullah Gül, era uno de los principales candidatos a suceder a Erdoğan como primer ministro, siguiendo el modelo del tándem Putin-Medvédev, que se alternaron en la Presidencia y el Ejecutivo de Rusia para que el primero pudiera mantener el control sobre los asuntos de Estado. Sin embargo, pese a la fama de «notario» que se había ganado Gül en la jefatura de Estado por limitarse a ratificar todas las leyes que le enviaba Erdoğan sin solicitar apenas revisiones, entre los dos antiguos camaradas habían comenzado a fraguarse profundas diferencias. Erdoğan sabía que, si lo colocaba al frente del Ejecutivo, Gül no se limitaría a ser el hombre de paja que necesitaba para sacar adelante su proyecto presidencialista. Así pues, obró con suma astucia para cerrar todas las puertas al regreso de un Gül que aún despertaba admiración entre ciertos cuadros del AKP.

Erdoğan convocó el congreso extraordinario en el que el AKP elegiría a su sucesor al frente del partido y del Gobierno el 27 de agosto de 2014, un día antes de que concluyese el mandato de Abdullah Gül, haciendo legalmente imposible que este pudiese participar, pues, al asumir el cargo de presidente, había tenido que romper el carnet del partido por imperativo constitucional. «Fue una jugada maestra de Erdoğan y el gran punto de inflexión. Así acabó con las facciones que podrían haberse aglutinado en torno a Gül y haberlo retado por el control del partido», sostiene el periodista Ruşen Çakır. Libre de contrincantes, Erdoğan seleccionó a Ahmet Davutoğlu, el académico pausado,

sin carisma y de profundas creencias islamistas que había ejercido hasta entonces como ministro de Exteriores. El congreso del AKP lo ratificó por aclamación, y Erdoğan pudo despedirse formalmente del partido sabiendo que lo dejaba todo atado y bien atado.

Gül, viendo cómo le robaban ante sus narices la posibilidad de regresar a la política por la puerta grande, se mostró resignado ante uno de sus colaboradores: «[Postularme] habría causado un conflicto entre ambos. No podemos entendernos. Y eso no haría ningún bien al país. Dos acróbatas no pueden actuar en la misma cuerda».⁴ Durante su etapa como presidente, Gül había respetado las reglas del juego manteniéndose al margen de la gestión del partido. Erdoğan, al contrario, las utilizaría cuando le conviniesen: aun asumiendo el ceremonioso y teóricamente imparcial puesto de jefe de Estado, aun rompiendo su carnet del AKP, seguiría controlando los resortes del partido. Él era un presidente distinto.

Davutoğlu lo comprobaría desde el minuto cero como primer ministro. Su capacidad de maniobra era extremadamente escasa. Y las pocas propuestas que hizo por iniciativa personal (por ejemplo, un paquete legislativo destinado a mejorar la transparencia gubernamental y abordar la preocupación de los ciudadanos por la corrupción) se estrellaron contra el veto de Erdoğan. «No está funcionando lo suficiente el mecanismo de consulta y coordinación entre la Presidencia y el primer ministro», se quejó Erdoğan en un encuentro. Durante el año siguiente, Davutoğlu vería como el presidente confeccionaba a su medida la lista de candidatos a las elecciones y le impedía elegir a algunos de sus más estrechos colaboradores para el comité central del AKP. Si quería dirigir la formación islamista, si quería ser primer ministro, tenía que hacerlo con las reglas y el equipo impuestos por Erdoğan. Davutoğlu figuraba, pero no mandaba.

Ni siquiera eso bastó. Pese a ser tildado de «marioneta» por la oposición, Erdoğan se dio cuenta de que no era lo suficientemente maleable. Davutoğlu se acercó demasiado a los planteamientos de la Unión Europea, no defendía con suficiente ahínco la reforma presidencialista de la Constitución que deseaba Erdoğan y se mostraba demasiado tibio, casi contemporizador, con los enemigos, reales o inventados, contra los que el presidente turco blandía su espada. El 29 de abril de 2016, Davutoğlu fue depuesto al estilo de

los jerarcas soviéticos: subió a un avión en Catar y al aterrizar se dio cuenta de que le habían segado la hierba bajo sus pies. Mientras volaba, y después de una serie de nombramientos que no habían gustado al presidente, el comité central del AKP despojó a Davutoğlu de la facultad de designar a los secretarios provinciales del partido. Al mismo tiempo, apareció un misterioso blog —según se sabría más tarde, gestionado por miembros del entorno del yerno de Erdoğan, Berat Albayrak— en el que se acusaba a Davutoğlu de haber «traicionado al jefe» vendiéndose «a Occidente y sus caballos de Troya» e impidiendo la transición hacia el presidencialismo, lo que abrió la veda para que la prensa progubernamental disparase a matar contra Davutoğlu. Con su poder de maniobra dentro del partido reducido prácticamente a cero y la campaña mediática en contra, Davutoğlu se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que el harakiri político. Dimitió. Sería sustituido por Binali Yıldırım, el eterno ministro de Transportes y Comunicaciones, el que coordinaba a través de las licitaciones de obras públicas el entramado empresarial en el que el AKP cimentaba su poder. Un hombre aún más gris, aún más dócil que su antecesor. Erdoğan había dado un paso más: ya no se conformaba con la lealtad, exigía pleitesía.

Paso a paso, el AKP dejaba de ser esa formación conservadora, o islamodemócrata, o islamista, que había sido para convertirse cada vez más en un partido erdoğanista: las ideas del líder como ideología máxima. En ese proceso, la formación, que había nacido como escisión de un pequeño partido extremadamente ideológico para pasar a convertirse en un partido de masas, y que se había hecho adulta difuminando sus aristas ideológicas, como el resto de partidos *catch-all* del Viejo Continente, se transformaba ahora en un partido de caudillo. En un partido de revolución permanente, en el que los cuadros debían demostrar continuamente su adhesión a los principios del movimiento y del líder, su fidelidad por encima de la de sus camaradas. Era eso o ser relevados de sus funciones. Porque el AKP era ya un partido capaz de devorar no solo a sus hijos, sino incluso a sus padres.

LOS BORRADOS

Como Abdullah Gül, como Davutoğlu, otros dirigentes de primera hora fueron apartados del partido: Ali Babacan, quien fuera el preciado ministro-negociador de la adhesión a la Unión Europea; los ministros y presidentes del Parlamento Cemil Çiçek y Mehmet Ali Şahin; el dos veces ministro Hüseyin Çelik... Otros fueron expulsados sin honor. O incluso borrados.

Yaşar Yakış, veterano diplomático y ministro de Exteriores en el breve primer Gobierno del AKP (2002-2003), no podía explicárselo. Así lo expresaba en la primavera de 2016:

Una cosa es que me expulsen del partido. Pero ¿borrarme de la lista de miembros fundadores? No me parece muy legal. Ser miembro fundador de un partido no es un estatus que puedas dar o quitar a alguien: es un hecho histórico. Hubo una evolución desde un partido democrático a uno más controlado por Erdoğan. Quizás esta evolución comenzó el primer día y no nos dimos cuenta. Cuanto más ganaba o menos obstáculos tenía, más aumentaba su control.

El nombre de Yaşar Yakış, el de Gül y el de otros dos dirigentes fueron eliminados de la web oficial del partido, que detallaba quiénes habían contribuido a fundar el AKP. Una medida que recordaba a aquellas fotos en blanco y negro de la Revolución rusa de las que, una vez iniciado el estalinismo, se borró la figura de León Trotski. Quien controla el presente controla el pasado, quien controla el pasado controla el futuro. Como en la novela *1984*.

Claro que esta conquista del partido no fue un proceso lineal. Hubo protestas. Desde su posición de vice primer ministro, Bülent Arınç, que aventaja en seis años de edad y militancia islamista a Erdoğan, criticó en varias ocasiones el modo en que el nuevo presidente turco se inmiscuía en política. A inicios de 2015, en una nada velada advertencia a Erdoğan, se pronunciaba: «Hemos estado en política junto a nuestro presidente durante largo tiempo. Vamos por la misma senda, aunque nuestro estilo, sentimientos e ideas puedan ser diferentes. Aún no hemos dicho “el emperador está desnudo”, pero quizás llegue el día en el que lo digamos». No pudo: tres meses después perdía su cargo en el Gobierno y su escaño de diputado.

Poco a poco, la voz pausada pero rotunda de Arınç fue desapareciendo de los medios. Y el veterano islamista adquirió el aire de un visir destronado y forzado a un exilio interior.

Antes me llamaban para intervenir en canales de televisión tres o cuatro veces por semana. Ahora se han alejado. A esas personas que antes me perseguían pidiéndome entrevistas, a veces las llamo y les digo que tal tema que está de actualidad lo controlo bien y que me gustaría intervenir en su programa para hablar sobre ello. Me dicen que sí, que de acuerdo, pero que antes tienen que consultarlo con la dirección. Las respuestas tardan semanas, meses en llegar, y al final dicen que la dirección prefiere que no vaya.

La tarde de mayo de 2017 en que se produjo esta entrevista, el sol de Ankara se filtraba tamizado por las celosías de madera de las ventanas, dando un aspecto más noble y antiguo al palacete, recién construido, que le habían adjudicado. Él, que lo había sido casi todo en la política turca —diputado en cinco legislaturas, fundador y dirigente del AKP, presidente del Parlamento y ministro—, ahora se parecía a aquellos miembros de la dinastía otomana recluidos en mansiones alejadas de la corte para cerrarles la vía en la sucesión al trono. En sus palabras se percibía cansancio y resentimiento. Especialmente hacia la nueva clase de arribistas que se había adueñado del partido que a él tanto esfuerzo le costó levantar, los mismos tipos que unos años atrás lo trataban con reverencia y ahora lanzaban sobre él todo tipo de vituperios y acusaciones de traición. Los mismos que se habían rendido en pleitesía hacia el nuevo líder: «Éramos un partido del “nosotros”, pero nos hemos convertido en un partido del “yo”».

Desde luego, a Erdoğan no se le pueden negar dotes tácticas. Tanto dentro del partido como en el ejercicio de gobierno ha forjado diversas alianzas que, tras exprimir al máximo, ha terminado por desechar. Lo hizo con los intelectuales, los liberales y las minorías religiosas en su primera legislatura para superar las cortapisas del aparato estatal kemalista; posteriormente, con la cofradía de Fethullah Gülen para neutralizar al Ejército y a los jueces; luego acusó a los gülenistas de ser una organización terrorista empeñada en dañar a las gloriosas Fuerzas Armadas, y se acercó a los kurdos a fin de obtener suficientes apoyos parlamentarios para modificar la Constitución y aparcar al

resto de la oposición para, finalmente, atacarlos hasta machacarlos. «Erdoğan es una persona muy pragmática, y decide según la coyuntura», sostiene el periodista Ruşen Çakır. «Escoge a sus socios de acuerdo con los intereses del momento, busca salvar los muebles día a día, y por eso cambia constantemente de aliados y de enemigos, por eso está en una batalla constante.»

Algo parecido ocurrió dentro del AKP con unas incorporaciones externas ordenadas por Erdoğan. Como la de Süleyman Soylu, presidente de un partido centroderechista extraparlamentario y que había llegado a acusar al presidente turco de querer convertirse en un «sultán», o la de Tuğrul Türkeş, diputado opositor e hijo del coronel Alparslan Türkeş, fundador del MHP, el gran rival a la derecha del AKP. El caso más llamativo fue el de Numan Kurtulmuş, antiguo compañero de militancia en el Fazilet de Erbakan pero que se había ido con el viejo maestro al Saadet, que llegó a dirigir durante dos años, hasta una sonada pelea en el partido —con sillas volando en el Congreso ante las cámaras— que acabó en escisión en 2010. Kurtulmuş fundó su propio partido islamista, el HAS, desde el que criticaba la corrupción rampante del Gobierno, solo para aceptar, dos años más tarde, una propuesta de fusión con el AKP y asumir la cartera de vice primer ministro. El mismo cargo —siempre había media decena de vice primeros ministros— lo recibió Türkeş, mientras que Soylu saltó de la nada al comité central del partido y luego se convirtió en el todopoderoso titular del Interior, al mando de la temida Policía. La táctica de entregar tanto poder a recién llegados en lugar de dárselo a gente que había trabajado en el AKP durante años surtía efecto: los nuevos fichajes sabían pagar su deuda transformándose en leales erdoğanistas con el celo propio del converso. Y los viejos militantes se veían en la necesidad de demostrar continuamente su lealtad en una competición sin fin por mantener el favor del líder.

La nueva *nomenclatura* que se hizo fuerte en el AKP a partir de 2013 o 2014 era una generación «codiciosa, eclipsada por el dinero y corrupta», según denuncia el periodista Yavuz Baydar, completamente alejada de esos principios «morales» que en el pasado abanderaban los islamistas. En su entorno más cercano, Erdoğan se rodeó de asesores bastante más jóvenes que él, de unos treinta o cuarenta años, «especialmente inexpertos e incultos», como se queja en privado un diplomático. Personas que deben su cargo

exclusivamente a sus dotes como profesionales de la zalamería. «Erdoğan siempre ha tenido potentes equipos de asesores», explica Ruşen Çakır; «quizás el peor de toda su carrera sea el actual».

«Nos han dicho que hoy Erdoğan tiene pocos asesores que le hablen claro. Que algunos tienen incluso miedo a mencionarle cosas que no le gusta escuchar», consultamos a un antiguo estrecho colaborador del presidente.

«¿Algunos? ¿Les han dicho que solo algunos?», responde él con sorna. «Cuando yo ejercía, solo había cuatro personas que podíamos hablarle sin miedo. Los demás lo temían. Hoy, Erdoğan tiene setenta y dos asesores jefe y ciento diez asesores rasos. Está rodeado de jóvenes para los que él es Dios. Y no son capaces de enfrentarse a él.»

Su equipo de trabajo se ha transformado en un coro obsecuente que se limita a repetir las opiniones del Gran Líder. Y esa tónica se extiende al entramado mediático, político y empresarial progubernamental, que compite entre sí por halagar como el que más al presidente. Ejemplos sobran, desde aquellos que se refieren a él como el «gran maestro» o el «califa del mundo islámico» hasta un libro que lo define como el «ídolo de la juventud» y el «sol de una era»; el columnista que asegura que su «palabra mágica» basta para solventar conflictos; el diputado que proclama que Erdoğan porta en sí «los atributos de Alá», o el que opina que tocarlo «equivale a una plegaria».

LAS CONSPIRACIONES EN PALACIO

El Palacio de las Cinco Colinas ha sido equipado con medidas punteras de seguridad: protección contra escuchas, micrófonos ocultos y ciberataques; un búnker dos pisos bajo tierra para evitar ataques químicos o nucleares, y un centro de mando y vigilancia con 143 monitores a través de los cuales Erdoğan puede acceder a los circuitos cerrados de televisión de todo el país y a las imágenes de los drones de seguridad, así como controlar el tráfico de internet y telefónico mediante los datos que suministra la Autoridad de Telecomunicaciones. También posee acceso a información de los servicios

secretos —a pesar de que, formalmente, estos dependen del primer ministro— y puede seguir en directo las operaciones militares del Ejército y la Gendarmería.⁵

No podía ser de otra forma en un presidente obsesionado por el control y los complots. Revestido de un manto de cuasi infalibilidad y con colaboradores incapaces de señalarle los errores que comete, al presidente le resulta difícil encajar los reveses propios de la actividad política. Si el pueblo lo adora, si las políticas son las correctas, la única explicación para el fallo tiene que ser la confabulación de los poderosos enemigos que acechan a Turquía. Cuando todo el país se quedó sin electricidad casi un día entero en marzo de 2015, en lugar de investigar las deficiencias de la red de distribución, las culpas fueron a parar a un «ciberataque»; si la lira se hunde, es obra del «*lobby del interés*», y si la imagen internacional de Turquía se resiente, el responsable es un misterioso «*lobby robot*». Esa conspiranoia se extiende a los medios de comunicación cercanos a Erdoğan, dedicados a producir artículos y documentales cuyo repetitivo argumento es que Turquía vive una época dorada bajo el mandato del Gran Líder. Si no asume un mayor liderazgo mundial, aseguran, se debe a las confabulaciones urdidas por las grandes potencias, en alianza con los enemigos internos. En Turquía, como en otras partes de los Balcanes y de Oriente Próximo, las teorías de la conspiración son deporte nacional. Erdoğan y sus asesores lo saben. Y lo explotan.

Se podría pensar que se trata de un simple elemento discursivo para convencer a las masas —y lo es— pero, a fuerza de repetición, los propios autores de esta narrativa han terminado por creerla a pies juntillas. «Por desgracia, no son teorías de la conspiración —expresa convencida Canan Kalsın, dirigente del AKP—. Hay gente que planea golpes de Estado y gente que se organiza dentro del Estado mediante estructuras paralelas. El AKP ha llegado hasta aquí luchando duro contra estas tramas. Pero hemos salido más reforzados después de cada enfrentamiento.»

Quizás el caso más paradigmático de los conspiranoicos que rodean a Erdoğan sea el de Yiğit Bulut, un periodista que llegó a pedir la ilegalización del AKP en 2007 pero que, tras ser contratado como asesor del mandatario, se convirtió en ardiente defensor de su causa. Para Bulut, «el planeta carece de

líderes fuertes. Hay dos líderes y medio en el mundo», alegaba en 2013. «Uno es Recep Tayyip Erdoğan, el segundo es Putin y el otro medio es Obama.» Es por ello, sostenía Bulut, que desde el exterior se trama el asesinato a distancia de Erdoğan, «a través de métodos como la telequinesis». En otra ocasión decía: «Desde hace años, tengo dos pistolas y cientos de balas; los enemigos externos o internos no podrán poner una mano sobre nuestro presidente sin antes matarme».

Este tipo de afirmaciones, si bien son acogidas con mofa por los medios internacionales, no se toman a la ligera en el AKP —su vicepresidente, Mustafa Şentop, asegura tener pruebas de «operaciones de inteligencia extranjeras» contra la economía turca y la vida del presidente— y dan muestra del ambiente que se respira en palacio. Una de las más de mil habitaciones de Beştepe contiene un laboratorio destinado a analizar la presencia de venenos y material radioactivo en la comida del presidente porque, según explica su médico, Cevdet Erdöl, «los asesinatos ya no se llevan a cabo con armas, sino envenenando la comida de forma secreta». ⁶ Incluso, en uno de sus viajes a Estados Unidos, el equipo de seguridad de Erdoğan hizo detener el aire acondicionado de todo el hotel en el que se alojaba por temor a que los conductos fuesen utilizados para inocular algún veneno, virus o bacteria con el que asesinar al líder turco.

Esta obsesión, rayana en la manía persecutoria, se acentuó a raíz de las protestas de Gezi que, según explica un asesor aún en el cargo, en la Presidencia se tomaron como «una operación de desestabilización contra el presidente dirigida por las cancillerías occidentales». Y también se debió a las investigaciones de corrupción que, entre finales de 2013 e inicios de 2014, llegaron a amenazar a su propia familia. Dado que las acusaciones procedían de sus antiguos aliados gülenistas, el miedo a la traición se acrecentó en Erdoğan, que reforzó los mecanismos para evitar el disenso en la cúpula del Estado y del partido, dos instancias cada vez más imbricadas entre sí. Cualquier crítica, cualquier indicio de desacuerdo se toman inmediatamente como una confabulación. «Nada funciona sin él, ni el sistema judicial, ni el aparato de Estado. Ya solo hay un órgano de decisión: el propio Erdoğan», arguye el politólogo Cengiz Aktar. «Ha construido un sistema en el que es cada vez más y más poderoso. Pero también en el que está cada vez más solo.»

Fuera de Beştepe, los actos multitudinarios en honor del Gran Líder se multiplican, y el rumor de las masas entusiastas reverbera entre las paredes del inmenso palacio, repetido y ampliado por el coro de papagayos en que se han convertido sus colaboradores, que a la vez se empeñan en ocultar cualquier tipo de crítica a su gestión. Sirva un ejemplo: cuando, en marzo de 2016, Erdoğan acudió a Washington, media docena de manifestantes se congregó en el exterior de su hotel para denunciar la represión y el autoritarismo en Turquía al grito de «¡Erdoğan, terrorista!». Los guardaespaldas trataron primero de apartar a golpes a quienes protestaban pero, obligados por un agente estadounidense a guardar decoro, se lanzaron a proferir un grito sordo y monocorde que apagase los eslóganes e impidiese que estos alcanzasen los finos oídos de Erdoğan.

«Su figura se ha elevado tanto, se ha engrandecido tanto, que a su alrededor todos han empequeñecido», describe su exasesor Reha Çamuroğlu. Y, desde la altura, Erdoğan comenzaba entonces a dejar de discernir entre la realidad y la ficción.

EL TRAJIDOR

Hay expectación en el Parlamento. El líder del Partido Democrático de los Pueblos (HDP), Selahattin Demirtaş, se prepara para iniciar la rutinaria alocución a su partido, compuesto por una treintena de diputados. Todos accedieron al hemicycle en 2011 presentándose como independientes, pues la formación de la izquierda kurda, que en ese momento utilizaba las siglas BDP, no podía aspirar a superar el umbral del 10 %. La suma de sus votos se situaba más bien en el 6 o 7 %. «Pero esto va a cambiar», anuncia Demirtaş: en las elecciones de junio de 2015, el HDP se presentará con su propio logo para saltar la barrera y duplicar sus escaños. Es una apuesta histórica. Un juego a todo o nada.

El hombre que ha prometido hacerlo posible sube al estrado. Anuncia que va a dar el discurso más breve de la historia de la república. Es 17 de marzo de 2015. Selahattin Demirtaş se ajusta el micro:

—Señor Recep Tayyip Erdoğan: mientras exista el HDP, mientras sobre esta tierra respire alguien del HDP, no serás presidente. No te haremos presidente. No te haremos presidente. No te haremos presidente.

Truenan los aplausos de la bancada. Recep Tayyip Erdoğan lleva ya medio año en la jefatura de Estado, pero todo el mundo entiende a qué se refiere el joven político: a la apuesta del mandatario de convertir su simbólico cargo en una presidencia ejecutiva de amplios poderes. Tiene motivo Demirtaş para lanzar este guante, pues hace meses que los mentideros de Ankara especulan sobre una alianza entre el HDP y el AKP para cumplir este sueño de Erdoğan.

La guerrilla del PKK lleva dos años en profundo silencio. Dos años sin tiroteos, sin explosivos detonando en las carreteras, sin entierros ceremoniosos de soldados. A Demirtaş se le cree su rotunda condena de la violencia. Se le cree dispuesto a hacer lo imposible para acabar de una vez con la guerra, poner fin a reivindicaciones secesionistas y abrir una nueva etapa, con los kurdos integrados en la nación turca como ciudadanos con plenos derechos, incluido el de ver su idioma reconocido como cooficial y el de no llamarse «turcos» (*Türk*) sino «de Turquía» (*Türkiyeli*). Se le cree un hombre de paz.

Esa paz, tras treinta años de disparos, solo la puede firmar una persona: Recep Tayyip Erdoğan.

Erdoğan no tiene nada contra los kurdos. En su visión del mundo, las etnias no importan. No participa del etnocentrismo con tintes racistas al que se adhieren muchos votantes de la derecha. Sí, ha utilizado la imaginería de los mitos de Asia Central para atraer a ese sector, pero su ideal es el Imperio otomano: todo el territorio unido bajo la bandera del islam. Los kurdos pueden perfectamente integrarse en este concepto. Con su idioma, por supuesto: la visión de Erdoğan llega mucho más lejos que únicamente la Anatolia turcoparlante. Abarca todo el mundo musulmán. Con Turquía a la cabeza. Una Turquía dirigida por él mismo, con plenos poderes.

Esos plenos poderes solo se los puede dar un partido: el HDP.

Los socialdemócratas laicos del CHP jamás pasarán por el aro, y los ultranacionalistas del MHP, tampoco. Precisamente porque su ideología no es tan distinta, porque deben pelear por los mismos votos, han decidido que no pueden respaldar a Erdoğan si quieren seguir existiendo como partido. Pero el HDP sí puede: tiene su granero de voto seguro; tiene todo que ganar y poco que perder.

LA PRIMAVERA KURDA DE LA PAZ

El proceso había empezado más de dos años antes. El último día de 2012, Yalçın Akdoğan, asesor de Erdoğan, apareció en televisión para confirmar que el Gobierno había abierto contactos con Abdullah Öcalan en su celda de la

isla de İmralı para iniciar un proceso de paz. Quien fundó la guerrilla kurda, quien lanzó en 1984 la lucha armada del PKK, quien la dirigió con mano de hierro durante décadas desde su exilio en Damasco también debía ser quien, veintinueve años más tarde, le pusiera fin.

La iniciativa siguió a un verano caliente, el más sangriento de los últimos años, en el que cayeron 140 soldados, policías y gendarmes bajo las balas y los explosivos del PKK, y en el que, seguramente, perdieron la vida cientos de guerrilleros. Según el análisis de Akdoğan, se trataba del último gran órdago del PKK para provocar un levantamiento popular al estilo de la Primavera Árabe y desencadenar, así, una guerra civil. Fracasó. Era el momento de negociar. Y el Gobierno del AKP tenía intención de que esta vez fuera la definitiva. Estaba fresco en la memoria el intento de 2009, cuando ocho militantes del PKK habían descendido de su cuartel general en las montañas Kandil (norte de Irak) y se habían entregado como gesto de buena voluntad. El acuerdo era que no fuesen arrestados al llegar a Turquía. El problema fue que ocurrió lo contrario: fueron recibidos en olor de multitud nada más traspasar el puesto fronterizo de Habur. Siguió una especie de paseo triunfal por pueblos kurdos, donde se les homenajó como valientes guerreros. Demasiado para la derecha nacionalista turca, que puso el grito en el cielo y salió a la calle a protestar. El Gobierno del AKP no tuvo otra: abortó la iniciativa y arrestó a los militantes.

Esta vez no iban a pecar de ingenuos, prometió Akdoğan: «Seamos realistas, hacemos un gran esfuerzo, pero no creo que sea correcto decir que habrá resultados dentro de tres o cinco meses. Nuestro objetivo no es que las armas callen, sino que se abandonen». Tres días más tarde, dos diputados del BDP pudieron visitar por primera vez a Öcalan en la cárcel. Había empezado un proceso histórico.

Pero el 10 de enero de 2013, alguien penetró en el Centro de Información del Kurdistán en París y asesinó de un tiro en la nuca a dos mujeres de alto rango en el PKK y a una voluntaria. El Gobierno turco condenó el asesinato y ofreció sus condolencias. Erdoğan opinó que podía tratarse de una «provocación» para hacer descarrilar el proceso de paz, y la prensa turca progubernamental aireó sospechas de un ajuste de cuentas dentro del PKK. En el bando kurdo, pocos dudaban de que el servicio secreto turco, el MIT,

estuviera implicado en ello, convicción compartida por la Policía francesa. Pero nadie parecía tener claro si era un golpe a traición para debilitar al PKK antes de negociar o un sabotaje interno contra los propios jefes del MIT. El único detenido, Omer Güney, un ciudadano turco que negaba su implicación, moriría en prisión preventiva en diciembre de 2016, un mes antes de iniciarse el juicio.

El proceso no descarriló. Los cuerpos de las tres mujeres fueron repatriados a Turquía y enterrados en ceremonias multitudinarias, con la asistencia de numerosos diputados del BDP y alguna bandera del PKK, ante un respetuoso silencio del Gobierno y la prensa aliada. La siguiente semana, el Parlamento aprobó el uso de la lengua kurda en los tribunales. Las visitas del BDP a Îmralı se repetían y los diputados llevaban cartas de Öcalan a Kandil con el visto bueno de Ankara. El 21 de marzo de 2013, el escenario estaba preparado. Un millón de personas se congregó en una explanada de Diyarbakır para celebrar el Nouruz, la fiesta de la primavera kurda.

La foto de Öcalan —aquí lo llaman Apo, su nombre de guerra— preside todos los carteles entre un mar de banderas de rojo, amarillo, verde. Música a todo volumen. De miles de gargantas se eleva un grito, una y otra vez: «*Newroz pîroz be!*» («¡Celebremos el Nouruz!»). Pero también otro: «*Biji Serok Apo!*» («¡Viva nuestro líder Apo!»), la frase por la que aún se puede ir a la cárcel en Turquía. No ahora, no aquí: la policía está lejos, a un kilómetro, en las primeras casas de la barriada que se intuye en el horizonte. Sin casco y sin empuñar el fusil lanzador de botes de humo. Es el primer Nouruz en paz, anuncia un diputado. Está la plana mayor del activismo kurdo. Hay invitados de Irak, Siria, Irán, de lo que el presentador llama Kurdistán Sur, Kurdistán Oeste, Kurdistán Este. La tribuna está flanqueada por gigantescos retratos de Apo. El clímax de la jornada será la lectura de la carta que ha enviado desde la cárcel.

Son cinco folios, leídos primero en kurdo, después en turco. Contienen una larga reflexión sobre la historia de Mesopotamia, sobre el papel de los kurdos en la fundación de Turquía, sobre las «intervenciones imperialistas» que establecieron las fronteras modernas. Pero todo esto queda atrás, asegura Öcalan:

Nunca luchamos contra una raza, religión, confesión o un grupo determinado, nunca lo haremos: nuestra lucha siempre fue contra la opresión, la ignorancia, la injusticia. Y hoy despertamos a una nueva Turquía, a un nuevo Oriente Medio, a un nuevo futuro.

[Aplausos.]

Una puerta se abre desde el proceso de la resistencia armada hacia el proceso de la política democrática. Hemos llegado a un punto en el que decimos: hagamos callar las armas, dejemos hablar a las opiniones y las políticas. La sangre gotea de esta tierra, sin importar que sea de origen turco, kurdo, laz o circasiano. Yo mismo, ante millones de personas como testigos, declaro que empieza una nueva era: las armas callan, la política está en auge. Es hora de que nuestras entidades armadas se retiren de la frontera.

Esta última frase es la que recorrerá el mundo. Es la única que va más allá de una arenga general: transmite una orden de Öcalan a los comandantes de la guerrilla, que dirigen los combates en Turquía desde los montes Kandil, en el noreste de Irak. Es el fin de la guerra. Así lo interpreta el millón de personas que aplaude en la explanada y levanta los dedos en señal de victoria.

«Basta de guerra», «Es hora de dejar atrás los combates», opinan todos. Otra cosa es lo mucho que queda por hacer. «Para asumir la paz, hace falta sentirse parte de Turquía», dice Ferhat, un estudiante de Historia de Diyarbakır, y eso llegará «solo cuando los kurdos puedan vivir libremente su cultura, estudiar en su idioma». Hay avances: hablar kurdo en la calle ya no es un acto casi clandestino, como en los noventa; la televisión estatal TRT6 emite en esta lengua, y los colegios del segundo ciclo han comenzado a ofrecer el kurdo como asignatura optativa. Eso en teoría, porque aún no hay prácticamente profesores. Con una asignatura no vale, en esto coinciden los activistas kurdos: la escolarización plena en el idioma materno es una condición irrenunciable. «Además, el kurdo debe poder usarse de forma normal en la burocracia, al menos en las regiones kurdas», exige İnan Kızılkaya, portavoz del BDP, en la oficina del partido en Diyarbakır. Es cierto que este año ha entrado en vigor una ley que permite al acusado utilizar ante el tribunal «el idioma que asegure dominar mejor», pero los gastos del traductor corren de su cuenta. Hasta entonces, hablar en kurdo ante los jueces se castigaba como desacato.

Y acusados kurdos hay muchos. Más de nueve mil activistas, concejales y alcaldes del BDP han sido detenidos en los últimos cuatro años bajo acusación de «colaboración con una organización terrorista». Ninguno es sospechoso de haber cometido actos violentos, sino únicamente de haber expresado opiniones que coinciden con las del PKK. «Liberarlos es lo primero que debe hacer el Gobierno», exige Kızılkaya. Además, hay que reducir al menos hasta el 5 % el umbral electoral. Y, finalmente, Abdullah Öcalan debe ser puesto en libertad, o, al menos, debe pasar a «arresto domiciliario».

«Öcalan es un símbolo. El PKK no lo es: sus dirigentes no tienen autoridad sin la palabra de Öcalan. Él ha hablado, y el pueblo lo escuchó y aplaudió en la fiesta», vaticina el periodista kurdo Naci Sapan en Diyarbakır. No habrá peligro de escisiones en la guerrilla.

El comandante militar del PKK, Murat Karayılan, acusa recibo. Da orden a las unidades guerrilleras agazapadas en Turquía de que se mantengan «inactivas» en sus posiciones, aunque no ordena todavía la retirada. Y el mismo día del Nouruz destina un mensaje propio a la población kurda de Siria, prometiendo «insuflar vida a la nueva época iniciada por Apo». Pero añade un detalle que preconfigurará otro conflicto. «El salto adelante que ha dado Apo abre la vía para una lucha igual de exitosa en Kurdistán Occidental», dice Karayılan. La expansión del PKK hacia el país vecino siempre había sido una línea roja en Ankara y un supuesto motivo de intervención militar, aunque en este momento se pasa por alto: la paz está en marcha. Se ve.

Hay algo que convierte este Nouruz en histórico. Algo que no ocurrió. El ritual de la guerra: cada año, tras acabar los bailes en la explanada, grupos de jóvenes encendían hogueras en medio de las avenidas de Diyarbakır para saltarlas. Desplegaban pancartas de Öcalan. La policía actuaba con presteza: chorros de agua y botes de gas lacrimógeno. Las abuelas lanzaban limones por la ventana para que los chavales que corrían por la calle pudieran calmar los efectos del gas. Las chicas, aún ataviadas para la fiesta con cintas rojas, amarillas y verdes, rompían adoquines para proveer de proyectiles a los más atrevidos. Todos jugaban a la guerra. Había detenidos, heridos, algún muerto. Eso era el Nouruz. Ahora, Naci Sapan gira la pantalla del ordenador y muestra

la fotografía que simboliza el Nouruz de 2013. En la esquina de una calle periférica, en la orilla del inmenso campo cubierto de banderas y pancartas que se adivina en el horizonte, hay cuatro o cinco policías sentados alrededor de una mesita. Beben té. No sucede nada. «Nada», dice el periodista. «Esto es algo histórico.»

LA RUPTURA

Han pasado dos años desde entonces. Dos años sin disparos, sin muertos. Quedan tres meses para la cita con las urnas en la que Erdoğan quiere revalidar la mayoría parlamentaria e ir más allá: para aprobar en la asamblea la enmienda constitucional que transforme Turquía en un régimen presidencialista, necesita una mayoría de dos tercios, 367 de los 550 escaños. Lejos de los 327 que posee el AKP en esos momentos. Por de pronto, no alcanza tampoco una alianza con los 35 diputados del BDP-HDP, aunque poco falta. Para convocar un referéndum de reforma de la Constitución bastan 330 votos en el hemiciclo, y el respaldo de los votantes kurdos estará asegurado si, junto al cambio presidencialista, se propone borrar de la carta magna el denostado artículo 66, que define como «turcos» a todos los ciudadanos de la república. Paz por papeletas. ¿Trato hecho?

No consta que nadie en el movimiento kurdo aceptase explícitamente este trato, aunque es llamativo cómo el (ex)marxista Öcalan subrayó en su carta el papel del islam como factor unificador en Turquía, muy en la línea de Erdoğan. La idea flotaba en el aire, y gran parte de la izquierda turca daba el acuerdo por hecho, o eso se deduce del extraño silencio de las regiones kurdas durante las protestas de Gezi: no se produjo la oleada de solidaridad que podría haber hecho ingobernable el país y obligado a Erdoğan a dimitir. Era obvio que el mismo BDP, que ondeaba banderas en Estambul, colocaba altavoces para los conciertos rebeldes y coreaba «¡Tayyip: dimisión!», había dado consigna en el sureste de mantener un perfil moderado o bajo. ¿Para no arriesgarse a un incendio de dimensiones incalculables que podría haber dado al traste con el proceso de paz? Tal vez era preferible una paz con Erdoğan que una Turquía sin Erdoğan y sin paz.

En todo caso, parece seguro que Erdoğan daba el trato por hecho. Y se llevó una amarga decepción. El día que el Parlamento escuchó el discurso más breve de su historia, Selahattin Demirtaş se ganó a la izquierda de Turquía. Ganó la apuesta: el HDP obtendría el 13,1 % de los votos en las elecciones del 7 de junio, saltando la barrera electoral con una holgura insospechada. Pero ese mismo día, Demirtaş también destruyó el proceso de paz.

Así lo dijo cuatro meses más tarde Yalçın Akdoğan, el asesor de Erdoğan convertido entonces en vice primer ministro. «El HDP hizo volar por los aires el proceso», aseguró a la prensa. «La frase de “No te haremos presidente” fue una provocación, frustró el proceso de paz.» El HDP, declaró, solo pensaba en términos electorales:

Se dijeron: «Si mostramos enemistad a Erdoğan, podremos superar el umbral electoral». Vale, ¿y qué pasa con el proceso de paz? En eso no pensaron. Sacrificaron a sabiendas el proceso de paz. Todo el tiempo utilizan el nombre de Öcalan. Que Öcalan está en contra del sistema presidencialista, que Öcalan está en contra del AKP... Es todo mentira. Si Öcalan viera a los del HDP, los correría a escobazos.

El propio Erdoğan lo corroboró el mismo día:

Nuestro Gobierno tenía una intención sincera. En las elecciones [locales] del 30 de marzo [de 2014], vimos que hubo quien se aprovechaba del proceso de paz. No dieron nada a cambio del proceso. Más tarde, en las elecciones generales, nos dimos cuenta de que sufrimos pérdidas. La realidad es esa. No era posible ir avanzando en el proceso de paz con quienes atentaban contra la unidad de la nación y la fraternidad.

La unidad de la nación bajo su mando unificado, quería decir, obviamente, el presidente. Porque el HDP había abandonado totalmente la idea de un Estado kurdo independiente o siquiera una región autónoma. El término *özerklik* ('autonomía') seguía formando parte de su vocabulario político pero, si se preguntaba a algún dirigente del HDP por el significado preciso de la palabra, las respuestas eran muy vagas o se resumían en dar un mayor margen de autonomía a los ayuntamientos. Nadie, en todo caso, trazó nunca un mapa para delimitar una región concreta que pudiera tener un Gobierno autónomo al estilo de España. Claro, en provincias como Hakkari, Mardin o aun Diyarbakır, la inmensa mayoría de la población es kurda, pero

¿qué hacer con Bingöl o Şanlıurfa? Y eso sin olvidar que, en número, la capital de cualquier Kurdistán siempre sería Estambul, ya que la ciudad acoge a más de dos millones de kurdos.

Los acuerdos de Dolmabahçe, un documento informal negociado en enero de 2015, tampoco recogían ninguna alusión a una región determinada. Eran lo más cercano a una solución definitiva de la cuestión kurda que se había alcanzado y, curiosamente, no contenían nada que no hubiera podido firmar cualquier partido nacionalista: aparte de afirmar la necesidad de «democratización», solo hacía vagas alusiones al «concepto de identidad» y acababa subrayando la voluntad de vivir en una «patria compartida». Supuestamente, se trataba de un texto redactado por el propio Öcalan, pero negociado al máximo nivel: a la sesión asistieron el propio Yalçın Akdoğan, el ministro del Interior, Efkan Ala, y Mahir Ünal, un alto cargo del AKP. Por parte del HDP, estaban los diputados Sırrı Süreyya Önder, Pervin Buldan e İdris Baluken. Más tarde, Akdoğan negaría que a Erdoğan se le hubiera informado del texto, pero así había sido, según reconstruyó el diario *Cumhuriyet*. Cuando, el 28 de febrero, Akdoğan y Önder dieron a conocer juntos los acuerdos, Erdoğan aún hablaba de un «llamamiento ansiado». El 24 de abril, un mes después del brevísimo discurso de Demirtaş, negó que jamás hubiese existido un acuerdo de Dolmabahçe. En otras palabras: para que Gobierno y guerrilla firmasen la paz, el HDP no debería haber actuado como un partido de oposición. Su deber era respaldar al AKP en las elecciones. Paz por papeletas. Pero no cumplió el trato: Selahattin Demirtaş era un traidor.

EL OTRO PUEBLO TURCO

¿Traidor o héroe? Para la izquierda, Selahattin Demirtaş es el nuevo ídolo. Incluso para los sectores kemalistas de la izquierda laica, que hasta anteaer consideraban al HDP el brazo político del terrorismo kurdo. Todo son simpatías con el joven partido del árbol verde y morado, que se presenta como ecologista y feminista. Y no habla de autonomía: habla de convivencia, de paz, de derechos humanos y sociales para todos. «Tengo claro que voy a votar al HDP: es el único que presenta un programa realmente distinto al del

Gobierno», asegura la profesora Şengül. Hay adhesiones públicas de escritores, artistas, académicos, periodistas. Los mítines del HDP acaban convirtiéndose en fiestas multitudinarias no solo en el sureste de Anatolia, su feudo de siempre, sino también en Estambul. Ondeán banderas de todos los colores, pero destacan algunas rojas: la enseña nacional turca, impensable hasta ayer en un mitin kurdo. Pocas, pero suficientes para confirmar el giro del HDP hacia un partido con vocación nacional.

En los mítines del AKP apenas hay risas, y nadie baila en corro. Aunque acuden cientos de miles de personas, predominan los hombres. Hay parejas mayores y unas cuantas mujeres en el nicab negro, símbolo de la estricta corriente wahabí que, si bien no ha hecho acto de presencia entre los miembros del Gobierno, sí es una visión cada vez más habitual en las convocatorias respaldadas por el AKP. Y en la tribuna, la estrella no es el primer ministro y jefe oficial del partido, Ahmet Davutoğlu: es Erdoğan. Las citas se categorizan en su agenda oficial como «encuentro con los ciudadanos» o como inauguración de algún tipo, porque la Constitución exige al presidente —todavía— neutralidad y equidistancia hacia todos los partidos. Pero el propio Erdoğan emplea la primera persona cuando habla del AKP. «Nosotros no presentamos como candidatos a un teólogo en un sitio y a un gay en otro», dice, azotando lo que considera oportunismo por parte del HDP.

Este «nosotros» se traduce a menudo en «los musulmanes», una etiqueta que reivindica el presidente blandiendo un Corán traducido al kurdo y arremetiendo contra «zoroastras, ateos y traidores», o, directamente, contra una conspiración de «periodistas, armenios y homosexuales». «Hemos empezado a construir una nueva Turquía, pero tenemos enfrente a una coalición de la antigua Turquía», truena.

«Son las elecciones más críticas de mi generación, y pueden cambiar el destino de Turquía.» Así de rotundo es Sercan Çelebi. Este empresario de apenas treinta años ha fundado una ONG de observadores electorales llamada Oy ve Ötesi (Votos y Más). Quiere cubrir cien mil de los 194.000 colegios electorales del país con observadores imparciales para evitar fraudes como los que se sospecha que se cometieron en las municipales de 2014. Cuenta con

casi cincuenta mil voluntarios. Dos de cada tres de ellos son mujeres, un dato llamativo en un país donde solo el 14 % de los diputados son de sexo femenino.

De entrada, el campo de juego no está equilibrado. Erdoğan multiplica las «inauguraciones», a veces varias al día, obligatoriamente transmitidas en directo por todas las televisiones. Añádanse los mítines de Davutoğlu y ya no queda tiempo físico en la televisión para más que, con suerte, algún discurso suelto del jefe de la oposición, Kemal Kılıçdaroğlu. El AKP, en cuyo nombre habla el presidente, recibe así un tiempo varias veces superior a todos los demás partidos juntos, lo cual es contrario a la ley. Casi a diario se registran quejas ante la Comisión Electoral, pero todas son rechazadas.

El 7 de junio de 2015, Turquía aguanta la respiración. La jornada transcurre tranquila, con incidentes mínimos, y una masiva participación (el 89 %). El atentado con bomba cometido dos días antes de los comicios por un militante del Dáesh contra un mitin del HDP en Diyarbakır, con cuatro muertos y decenas de heridos, es solo el último de una serie de agresiones contra el partido, pero no ha roto la paz. Demirtaş ha conseguido mantener la calma entre sus seguidores, y hasta el MHP, su acérrimo adversario, se ha desmarcado de la violencia. No hay nervios en las filas de los colegios: solo la convicción de cumplir con un deber cívico.

Cierran las urnas. Las cadenas de televisión compiten en actualizar cifras y proyectar diputados. La línea roja está en los 276 escaños, la mayoría absoluta. Pasada la medianoche, se desmoronan las últimas dudas: el AKP ha bajado siete puntos. Tendrá 258 diputados. No podrá gobernar.

NEGOCIACIÓN IMPOSIBLE

«La nación ha hablado. Yo dije que había que elegir entre la estabilidad y el caos. El pueblo ha elegido el caos. ¡Que le aproveche!», reacciona en Twitter un dirigente del AKP, Burhan Kuzu. ¿Vaticinio o aviso de lo que estaba por venir?

La desbordante alegría en la oposición se torna pronto en una satisfacción incómoda: por primera vez en trece años se ha conseguido impedir una mayoría absoluta del AKP, sí, pero... ¿ahora qué? Los 132 diputados del CHP y los 80 que obtienen tanto el MHP como el HDP no dejan mucho margen a la aritmética parlamentaria: o una alianza con el AKP, o un tripartito.

El mundo empresarial se muestra a favor de una gran coalición al estilo alemán: AKP-CHP. Eso daría estabilidad al país y confianza a los inversores, y permitiría sanear las cuentas públicas. El honrado Kemal Kılıçdaroğlu, con su carácter pragmático y azote de la corrupción, podría limpiar ciertos establos y enderezar la senda democrática sin peleas de gallos, esperan muchos. Otros apuntan que precisamente esto es lo que más teme el AKP: ceder poder sobre sus tinglados, abrir la cocina, exponerse al escrutinio público donde hasta ahora ha habido relaciones de confianza y beneficio. Una coalición AKP-HDP está descartada, visto el breve discurso de Demirtaş. Queda la opción AKP-MHP. Pero tiene un problema: Devlet Bahçeli pone como condición la renuncia de Erdoğan a sus sueños presidencialistas. Aunque sea por supervivencia propia, si quiere mantener la influencia del MHP, el poder se debe ubicar en el Parlamento, no en el palacio presidencial.

Las negociaciones entre bambalinas se estiran, pero no hay acuerdo. ¿Y el tripartito? CHP y HDP saben que exigiría una enorme mano izquierda, pero están dispuestos a intentarlo. Sin embargo, Devlet Bahçeli aborta ese sueño muy pronto: jamás votará en el mismo sentido que el HDP, declara el viejo líder nacionalista. Con esto mata incluso la última y muy débil esperanza en el callejón sin salida: un Gobierno en minoría de CHP y MHP, apoyado desde fuera por el HDP, sin un acuerdo formal de coalición. «No», dice Bahçeli: con estos ni por activa ni por pasiva.

Transcurre un mes y medio, se suceden las consultas, y aún nadie sabe quién gobernará Turquía. Entretanto, el caos se prepara para golpear.

DESCENSO AL CAOS

La soleada mañana del 20 de julio, un centenar de jóvenes izquierdistas kurdos y turcos se reúne en el jardín de un centro social de Suruç, una localidad a pocos kilómetros de la frontera de Siria, frente a Kobani. Coordinados por el HDP, planifican acudir a la ciudad kurdosiria, que apenas medio año antes ha resistido de forma casi legendaria el sitio de los yihadistas del Dáesh. A las doce en punto suena un estallido. Vuelan trozos de cuerpos humanos. Alguien se ha hecho detonar en medio de la muchedumbre. Hay treinta y tres muertos, aparte del suicida.

Por supuesto, el Gobierno condena el atentado. Pero, esta vez, el dolor no une. La prensa progubernamental más fanática deja entrever que las víctimas, al fin y al cabo, eran enemigos públicos.

La investigación da con el autor, un joven kurdo llamado Şeyh Abdurrahman Alagöz, oriundo de Adıyaman, en el sureste de Anatolia, afiliado al Dáesh. Pero también evidencia algo que provoca profundo malestar: resulta que, en su barrio, todo el mundo sabía que la milicia islamista reclutaba jóvenes. Al yihadista que puso la bomba en el mitin del HDP dos días antes de los comicios, miembro de la misma célula que Alagöz, su propio primo lo había denunciado a la policía al observar cómo se radicalizaba. Sin éxito. Los vecinos sabían que, durante meses, la bandera del Dáesh había ondeado en la Tetería Islámica de Adıyaman, donde un predicador adoctrinaba a los chicos, que luego se volvían huraños, solitarios, y pasaban los días leyendo el Corán y exigiendo a sus hermanas que se taparan con el velo. Más de uno acabó en Siria. Preparándose, como se supo más tarde, para un destino final en Turquía que el Gobierno podría haber previsto. Hasta un imam local lo denuncia: la Diyanet, el organismo oficial coordinador de las mezquitas, nunca había llegado a emitir un discurso que advirtiera contra la manipulación del Dáesh.

Para quienes habían visto pasar por la cárcel a generaciones de adolescentes por apenas algún grito a favor de la guerrilla kurda tenía que sonar poco creíble la respuesta que la policía daba a los familiares de un joven radicalizado cuando pedían que interviniera: si no había cometido ningún delito, no se lo podía arrestar. O, tal vez, temían en la izquierda, no interesaba detenerlos. ¿No había empleado el Estado turco las redes

ultraislamistas del Hizbullah kurdo para secuestrar, torturar y asesinar a militantes marxistas en los noventa? ¿Y qué era la telaraña del Dáesh en Adıyaman sino una especie de Hizbullah 2.0?

Pero lo que iba a cambiar el curso de la historia en Turquía ocurrió dos días más tarde. De noche y en silencio. Alguien entró en la casa de dos policías en la localidad de Ceylanpınar (provincia de Şanlıurfa) y los asesinó de un disparo en la cabeza. Al día siguiente, un comunicado emitido en la agencia kurda ANF, considerada portavoz oficiosa del PKK, reivindicaba el asesinato: «Esta mañana del día 22 de julio, sobre las seis, un equipo de luchadores Apocu ha llevado a cabo en Ceylanpınar una acción de castigo contra dos policías que colaboraban con la banda del Dáesh, en represalia por la masacre de Suruç».

El comunicado, cuya fuente no se podía poner en duda, causaba extrañeza. No solo por referirse a un «equipo Apocu», o seguidores de Apo, denominación utilizada escasísimas veces hasta entonces en comunicados del PKK, sino porque no constaban antecedentes de asesinatos de policías dormidos en la extensa hoja de atentados del PKK. La guerrilla había ejecutado más de una vez a soldados desarmados que iban de permiso o a policías que regresaban del trabajo, ya fuera a tiros, ya fuera colocando un explosivo en la ruta. Pero de ahí a un asesinato en el domicilio...

Una semana más tarde, efectivamente, un alto cargo del PKK, Demhat Agit, se retractó a medias en una entrevista con la BBC: «Eran unidades independientes del PKK. No tenían vínculos con nosotros: son fuerzas locales que se organizan internamente. Nosotros no tenemos reservas de reivindicar algo que hayamos hecho; si el PKK realiza una acción, la explica y, si es necesario, se hace una autocrítica».¹ Pero Agit no explicó cómo una «unidad independiente» pudo cometer un asesinato de este calibre en pleno proceso de paz y con el alto el fuego vigente contra dos agentes de bajo rango de los que no parecía siquiera verosímil que tuvieran relación con el Dáesh. Tampoco pidió perdón.

El daño estaba hecho. La policía empezó a detener a numerosos supuestos simpatizantes del PKK. El 25 de julio, las Fuerzas Aéreas lanzaron una amplia incursión en Irak con bombardeos contra la retaguardia del grupo armado en los montes Kandil. Los militantes empezaron a ametrallar coches de

policía —incluso de Tráfico— en Diyarbakır, a disparar lanzagranadas contra patrullas militares y a sabotear oleoductos. En menos de dos semanas, la guerra, desterrada con tanta voluntad dos años antes, entre música y bailes de Nouruz, estaba de vuelta. Una guerra sin cuartel.

LA GUERRA LLEGA A LAS CIUDADES

«El primer ministro en funciones de un Gobierno en funciones lleva al país, paso a paso, a una enorme guerra —clamó Selahattin Demirtaş—. Estas no son políticas del Estado, sino del palacio. El palacio ha fundado un Estado propio aparte.» También Kılıçdaroğlu acusó a Erdoğan de «jugar con el futuro de Turquía». Pragmático como siempre, desplegó sus últimas cartas: estaría dispuesto a una gran coalición con el AKP, «aun consciente del alto precio por pagar», a fin de impedir un nuevo escenario de guerra. Fue un último intento de pacto, y a punto estuvo de lograrlo. Davutoğlu era «sincero» en su interés en forjar un Ejecutivo islamo-socialdemócrata. «Me dijo que pasaríamos a la historia», explicaría Kılıçdaroğlu años más tarde.² Pero Erdoğan impuso su veto. Es más, cuando Davutoğlu, ante la imposibilidad de formar Gobierno, devolvió el mandato al presidente en agosto, este se negó a entregarlo, como exigía la ley, a Kılıçdaroğlu. Dejó correr los últimos días de plazo sin ejercer sus funciones, y el 24 de agosto convocó nuevas elecciones para el 1 de noviembre. Había sido la legislatura más corta de la historia de Turquía.

Mientras tanto, la guerra arreciaba. El PKK optó por abandonar su tradicional estrategia de guerrilla y llevó el conflicto a las ciudades. Se levantaron barricadas y trincheras en barrios de Nusaybin, Diyarbakır o Cizre para impedir el paso a la policía. Los jóvenes que se hallaban a su cargo alegaban que se trataba de un movimiento popular y espontáneo para protegerse de las detenciones indiscriminadas que llevaban a cabo las fuerzas de seguridad y para reivindicar el autogobierno local. El objetivo real era otro.

«La táctica de la guerra revolucionaria popular, que consiste en trasladar los combates a las ciudades, era algo que el PKK llevaba tiempo planeando. Cuando intervino en la defensa de Kobani, el apoyo al PKK se incrementó, y

eso llevó a la organización a pensar que los habitantes de los barrios kurdos podrían levantarse contra Turquía, igual que los kurdos de Siria lo habían hecho contra el Dáesh. Fue un error», sostiene el periodista kurdo Mahmut Bozarlan. La experiencia adquirida los años anteriores en Siria e Irak luchando contra los yihadistas —de los que copiaron tácticas en la lucha calle por calle y el manejo de explosivos— permitió a los insurgentes kurdos anotarse un par de victorias en los primeros meses del conflicto. Con apenas un centenar de militantes atrincherados en cada localidad (muchos de ellos, adolescentes), mantenían atareados a numerosos efectivos policiales.

La respuesta del Gobierno central fue aplastarlos. Envío a las Fuerzas Armadas y a las unidades de Operaciones Especiales a sitiar los barrios y localidades rebeldes y acabar con la insurgencia como fuese menester. Si hacía falta, entrando con tanques y reduciendo los edificios a escombros mediante la artillería. Se iniciaba una etapa de inusitada violencia, que se prolongaría durante un año y que dejaría varios cientos de miles de desplazados internos y más de dos mil muertos, un sexto de ellos, civiles. «Esta nueva estrategia del PKK aumenta las bajas de las fuerzas de seguridad, sí, pero también las propias y las de los civiles. Y la gente, al final, ha reprochado al PKK que le lleve el conflicto a sus calles. El apoyo al AKP ha descendido entre los kurdos, pero también se ha visto dañada la imagen del HDP y del PKK», opina İlyas Akengin, director del diario *Tigris Haber* de Diyarbakır. La primera víctima de la guerra fue precisamente el HDP: su discurso integrador y pacifista quedaba ahogado en sangre. Cada sargento acribillado por el PKK en una emboscada equivalía a una urna con votos quemada. Pero el caos no quedaba ahí.

El 10 de octubre, a cuatro semanas de la repetición de los comicios, una enorme manifestación se congregó frente a la estación de tren de Ankara. Las pancartas exigían la paz y el cese de los combates entre las fuerzas de seguridad y el PKK. Entre los convocantes figuraba la confederación DİSK, una de las tres grandes centrales sindicales del país, así como asociaciones profesionales, cámaras de arquitectos y colegios médicos de signo progresista. El HDP respaldaba la marcha, a la que asistían también varios diputados del CHP. A las 10:04, un estallido desgarró la calma. Segundos después, otro. Dos suicidas se habían inmolado.

«Escuchamos muy cerca una tremenda explosión. Nos tiramos al suelo y quizás por eso no nos alcanzaron los trozos de metal y metralla de la segunda explosión, que ocurrió poco después», relata un testigo. «Luego hubo mucho pánico: la gente gritaba, lloraba... Era imposible caminar sin tropezar con un trozo de carne humana.» En total, murieron 102 personas y más de cuatrocientas resultaron heridas. Era el atentado más letal de la historia del país. Sus autores, se descubriría más tarde, pertenecían a la misma célula que había cometido los ataques de Diyarbakır y Suruç.

El Gobierno lo condenó y declaró tres días de luto nacional. También lo hizo Erdoğan, pero matizó que no se distinguía en nada «de los actos de terror» del PKK. El ataque dolía, pero, como el de Suruç, no a todos por igual. Un presentador del canal de televisión público TRT se debatía entre sentimientos: «No se puede poner a todos los muertos en el mismo saco: tal vez algunos eran inocentes». Las víctimas ni siquiera cuentan con un memorial, ni con una mísera placa oficial: solo las recuerda, frente a la vieja estación de tren de la capital, un cartón plastificado, colocado por asociaciones civiles.

El 1 de noviembre, los votantes volvieron a las urnas. A grandes rasgos, con el mismo discurso que en junio. Pero ya sin la misma alegría, sin la misma ilusión. La psicóloga Gülan, que antes había votado al HDP, sellaba la papeleta del CHP. Aquel era un «voto prestado», aseguró, para que la joven formación superase la barrera, pues esa era la única manera de frenar al AKP, pero consideraba a los socialdemócratas «más razonables». El camino inverso lo hizo el músico Hakan: «Este verano, Erdoğan ha incendiado el país, y al final siempre acaban matando a los kurdos. Esto tiene que terminar ya. Por eso he dado mi voto al HDP». La madrugada arrojó un raspado 10,8 % para el partido de Demirtaş: salvó los muebles al volver a superar el umbral electoral. Pero la victoria era para el AKP: un 49,5 %, traducido en 317 escaños, una generosa mayoría absoluta. Los planes de Erdoğan habían vuelto a triunfar.

La pregunta que se hacían muchos —pero que nadie supo responder— era por qué el PKK le siguió el juego. Si el extraño atentado de Ceylanpınar no entraba en los planes de la guerrilla, ¿por qué no se retractó públicamente ni llamó a la calma? ¿Por qué hizo lo posible para desacreditar ante el público cualquier opción de paz? El HDP no supo responder a esta pregunta, quizás

consciente de que una parte decisiva de sus votos dependía de aquellos sectores kurdos que siguen considerando al PKK como abanderado de una heroica «resistencia».

Se puede concluir una respuesta: que el PKK sí firmó aquel trato con Erdoğan, el de paz a cambio de poder. Un pacto entre caballeros, entre una cúpula guerrillera crecida entre armas, nunca sometida a un escrutinio democrático, y un presidente con pretensiones hegemónicas, deseoso de dejar atrás toda votación en el Parlamento. Un pacto en el que no tenía cabida la democracia; una democracia para todos los ciudadanos de Turquía, la que buscaba Selahattin Demirtaş.

IMPERATOR

Diez y media de la noche de un viernes; 15 de julio de 2016. Tras ocho meses caracterizados por los atentados del Dáesh y grupos afines al PKK en las principales ciudades, por el enfrentamiento sin cuartel en las regiones kurdas y por un conflicto abierto con Moscú a causa del derribo de un caza ruso en la frontera con Siria, la actualidad parece conceder una tregua. Hace calor en Estambul, y el verano se adivina tedioso. La noticia más destacada de la semana ha sido una reunión de la Unesco para ampliar la lista de lugares patrimonio de la humanidad. Quien aún no está de vacaciones planifica sus escapadas a la playa. Suena un teléfono.

—Dicen que han cortado el puente del Bósforo. Con tanques.

Un cintillo rojo en la pantalla de un canal de noticias informa de que el primer puente sobre el Bósforo ha sido bloqueado por unidades militares. ¿Un operativo antidroga? ¿Alerta roja por el Dáesh? ¿Un simulacro? Porque... no va a ser un golpe de Estado, ¿verdad?

Desde Ankara comienzan a llegar noticias de cazas militares que sobrevuelan la capital. Rumores no confirmados hablan de tiroteos en los alrededores del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. A las 23:05, el primer ministro turco, Binali Yıldırım, entra en el directo de la cadena CNN Türk a través de una llamada telefónica para confirmar los peores presagios: «Es un levantamiento».

Pasados quince minutos de la medianoche, el canal público de radiotelevisión TRT interrumpe su emisión: el edificio ha sido tomado por los militares golpistas. Obligan a la presentadora a leer un comunicado en el que se presentan —sin divulgar sus identidades— como Junta por la Paz en la

Patria; declaran que el presidente Erdoğan «incurre en ceguera, aberración y hasta traición», y anuncian la imposición de la ley marcial en todo el país. En respuesta, muchos diputados acuden al Parlamento, donde improvisan una sesión de emergencia que culmina con la emisión, por parte de los cuatro partidos —AKP, CHP, MHP, HDP—, de una declaración de firme rechazo a la asonada y de respaldo al orden constitucional.

Poco después, tras varias horas de ausencia en las que todo el país se pregunta dónde está el presidente, el rostro de Erdoğan aparece en CNN Türk y NTV. Habla a través de la cámara de un teléfono móvil desde un hotel en Marmaris (suroeste de Turquía), donde se halla de retiro estival. Pide al pueblo tomar las calles para oponerse al golpe. Al rato, un conocido timbre llena la oscuridad de la noche: desde los minaretes de las mezquitas se levanta una letanía quejumbrosa. A las fórmulas religiosas sigue una exhortación a salir a la calle para luchar contra los golpistas. Al mismo tiempo, millones de ciudadanos reciben en sus teléfonos móviles un mensaje de texto, firmado por el presidente, en el que les pide lo mismo.

Muchos hacen caso: pronto, las redes sociales difunden las primeras imágenes de civiles —casi todos, hombres— rodeando a los soldados, enfrentándose a los tanques. Las sedes locales del AKP y las delegaciones municipales sirven de lugar de reunión y coordinación. Una muchedumbre avanza en el puente del Bósforo. «Caminamos durante dos horas, pero a mí me parecieron cinco minutos. Sentía que mis pies no tocaban el suelo. Era como si una fuerza divina nos empujase, como si Dios nos hubiese dado valor para enfrentarnos a los soldados», relata Ahmet Alkılıç, un constructor de mediana edad que responde a la llamada de Erdoğan. Al llegar al puente, se lanzan a la carrera hacia los soldados en una carga heroica a la vez que disparatada, pues son civiles desarmados frente a militares con fusiles. «Las balas silbaban a nuestro alrededor, así que nos echamos al suelo. Luego pararon, nos levantamos y volvimos a avanzar.» Entonces, los soldados abren fuego y, esta vez, no al aire, sino contra la muchedumbre. Delante de Ahmet, los manifestantes de las primeras filas comienzan a caer, abatidos «como fichas de dominó». Hay varios muertos. A Ahmet, herido de gravedad en la cabeza, lo evacúan en una moto.

Los cazas vuelan rasantes sobre Ankara y Estambul, rompiendo la barrera del sonido a cada rato, lo que genera un indecible estruendo que no pocos confunden con explosiones. En Estambul, todo se queda en el susto; en la capital, no: los aviones bombardean una academia de Policía, matando a diecisiete agentes. A las 2:42 cae una bomba sobre el Parlamento y los diputados se refugian en el sótano, pero no hay muertos. Mientras tanto, generales de alto rango comparecen en diversas televisiones para asegurar que sus unidades no participan en el golpe y que los alzados son una minoría. A las 3:00, los uniformados se retiran de la TRT y la emisora vuelve a su actividad habitual. Casi a la vez, otra brigada golpista toma al asalto la redacción de CNN Türk en Estambul, solo para abandonarla al cabo de cuarenta minutos. Crece la confusión. Circulan imágenes de policías llevándose presos a soldados golpistas.

Una multitud creciente acude al aeropuerto Atatürk de Estambul, uno de los mayores de Europa, que lleva horas paralizado y en manos de los golpistas. En cambio, Sabiha Gökçen, el segundo aeropuerto de la metrópolis turca, sigue funcionando: la policía ha frenado los ocho tanques cuando se acercaban, y los soldados se han entregado. Al ver llegar a la marea humana, también los alzados en Atatürk inician la retirada. De esta forma, a las 3:20 aterriza el primer avión en el aeródromo: es la nave presidencial. Según la versión difundida posteriormente, Erdoğan escapa del hotel en Marmaris poco después de convocar a la prensa, hacer su llamamiento en televisión y posar para unas fotos, solo momentos antes de la llegada de un comando golpista destinado a asesinarlo. Poco después de las 0:42 vuela en helicóptero al aeropuerto de Dalaman, adonde han llevado el avión presidencial. A la 1:40 despegue rumbo a Estambul, con la identidad del aparato camuflada como un vuelo regular de pasajeros. Por el camino aparecen dos F-16 de los golpistas, pero no disparan. Otros dos cazas, estos leales, se acercan para protegerlo. Al llegar al destino, la torre de control de Atatürk sigue apagada.

—¿Puede usted aterrizar sin comunicación de radio, a oscuras? — pregunta el presidente, y el piloto responde que poder, puede...

—Aunque es arriesgado.

—Hágalo —ordena Erdoğan.

Vitoreado por las masas ante el aeropuerto, el presidente improvisa un discurso y se muestra confiado, casi eufórico. «Esto es traición», dice a los golpistas. «Lo pagaréis caro si dirigís las armas contra quienes os las entregaron.» A su lado está su yerno, Berat Albayrak, ministro de Energía, con la frente perlada de sudor, pero sonriente. Erdoğan hace entonces la declaración más críptica de la noche: «Este levantamiento es un gran regalo de Dios para nosotros, porque así se limpiará el Ejército».

En ese momento queda claro que el golpe ha fracasado. Todavía hay escaramuzas en las calles, pero es obvio que el grueso del Ejército ha permanecido leal al Ejecutivo y ha retomado el control aéreo. Han cesado los estallidos sónicos. Amanece. Ya es de día. El reloj marca las seis pasadas cuando un caza rebelde sobrevuela el palacio presidencial en Ankara, aquel complejo de mil habitaciones, y lanza una bomba. Impacta en una zona verde fuera de los límites del edificio. Mueren cinco transeúntes. Minutos después, los soldados del puente del Bósforo deponen las armas. La muchedumbre se abalanza sobre ellos. Se filman escenas de venganza y linchamientos.

Mientras se rinden los últimos sublevados atrincherados en algunos barracones, el Gobierno toma la primera medida: destituye de forma fulminante a 2.745 jueces. Despoja de su cargo a cinco de los veintidós miembros de la cúpula del poder judicial. Y envía a la policía a detener a 140 magistrados del Tribunal Supremo. El presidente de esta corte promete «castigar a todos los traidores».

Porque ya se sabe quiénes son. Lo ha dicho Erdoğan en el aeropuerto: el golpe es obra de los seguidores de Fethullah Gülen. Los militares «recibieron órdenes de Pensilvania», afirmó. «Ya dijimos antes que FETÖ era terrorista, y ahora se ha demostrado que son una organización armada.» FETÖ son las siglas de Organización Terrorista de Fethullah, término que el Gobierno utilizaba desde que fue acuñado en un informe de la Policía en febrero de 2015. Durante más de un año, la «T» parecía una atribución arbitraria: aunque Gülen había exhortado a sus seguidores a prepararse para tomar el poder, no se le conocía ni una sola prédica en la que abogara por el uso de la violencia. Ahora resultaba que sí: 248 personas murieron esa madrugada. Entre ellas había ciento ochenta civiles, sesenta y dos policías y seis militares. Esta lista de «mártires» solo incluye a los leales al orden constitucional. Cuántos

militares sublevados fallecieron esa noche no se sabrá nunca. La mañana del golpe, el Ejército aseguraba que había habido 104 muertos en las filas rebeldes. Horas más tarde, el primer ministro, Binali Yıldırım, afirmaba que eran veinticuatro. Al día siguiente, el Ministerio de Exteriores hablaba de «más de cien».

LAS INCÓGNITAS DEL GOLPE

No es la única duda. Una sublevación militar no es exactamente una novedad en Turquía: aparte de los tres golpes clásicos de 1960, 1971 y 1980 y el «posmoderno» de 1997, hubo tentativas infructuosas en 1962, 1963, 1969 y 1971. Pero todos tenían algo en común: nacieron de la conciencia del Ejército de ser los guardianes del legado de Atatürk, obligados a vigilar que la nación no se apartara del camino marcado. En 2016, nadie sabe cuál es exactamente la ideología de los golpistas. Desde su base en Pensilvania, la cofradía gülenista se ha apresurado a desmentir toda implicación, y del brevísimo comunicado leído en televisión no se saca nada en claro, aunque la efímera Junta Militar que trató de tomar el poder el 15 de julio utilizó un nombre (Yurtta Sulh, Paz en la Patria) que recoge un lema kemalista. ¿Gülenistas disfrazados de sus archienemigos?

Lo más extraño es que de repente no ha sido nadie. Nadie da la cara. El general de máximo rango detenido durante la asonada, Akın Öztürk, asegura que pasaba por ahí de casualidad y que intentó convencer a los sublevados de deponer las armas. Niega rotundamente ser simpatizante de la cofradía. Conforme se desarrollen los juicios, algunos acusados reconocerán haber participado en el golpe por el bien de la patria, pero rechazarán todo vínculo con Gülen. Cabe pensar en la posibilidad de que algunos oficiales criptogülenistas hayan arrastrado a otros de convicciones kemalistas sin aclararles su ideario. En un primer momento sorprende porque, a diferencia de la infiltración de la cofradía en Judicatura y Policía, destapada años atrás, su presencia en el aparato militar era mucho más secreta.

El principal indicio para el Gobierno es la detención de un teólogo, Adil Öksüz, a escasa distancia de la base aérea militar de Akıncı (Ankara), de la que despegaron los cazas rebeldes. Al ser apresado de madrugada, le dijo a la policía que andaba inspeccionando terrenos para invertir. Pese a su inverosímil justificación, el juez de instrucción lo dejó en libertad apenas unas horas más tarde. Cuando los investigadores se convencieron de que el académico era un personaje clave, aquel que transmitía las órdenes de Gülen a sus seguidores en el Ejército, ya era tarde: el hombre se había esfumado.

Gülen admitió que Öksüz había sido estudiante suyo, pero rechazó «conclusiones sin sentido». Sí, tenía una foto con Öksüz, pero también tenía otra con Abdullah Gül de antes de que este ocupara un cargo público, y varias con Hakan Fidan, el todopoderoso jefe de los servicios secretos turcos, según aseguró.¹ Sin embargo, Öksüz no era el único civil gülenista detenido esa madrugada cerca de Akıncı: otros cuatro fueron capturados mientras huían del lugar. Y ¿quién, aparte de los gülenistas, habría tenido la capacidad de organizar un golpe, si los kemalistas del Ejército tampoco habían sido?

Lo de la capacidad queda en entredicho conforme se reconstruyen los sucesos de la noche. ¿De qué sirve bloquear un puente sobre el Bósforo, pero no el otro? Si los primeros tanques salen a la calle a las 21:30, ¿por qué los militares tardan más de dos horas en llegar a la sede de TRT, cuando la radiotelevisión pública es el primer objetivo en cualquier golpe? ¿Por qué la abandonan antes de que la derrota sea evidente? ¿Por qué ocupar después CNN Türk, pero no NTV, otro canal de noticias 24 horas con una enorme audiencia? ¿A quién se le ocurre bombardear el Parlamento, sede y símbolo de la soberanía nacional? ¿Por qué, horas después de fracasar el golpe, aún llega un caza para lanzar una bomba sobre el palacio presidencial, sin siquiera acertar?

Pero, sobre todo, ¿por qué retrasan el intento de capturar al jefe de Estado? Aunque se había mantenido en secreto el lugar de las vacaciones de Erdoğan, la prensa local de Marmaris estaba al tanto y, el mismo día del golpe, el tabloide opositor *Sözcü* había publicado un reportaje fotográfico en el que detallaba el complejo hotelero, el chalé y las medidas de seguridad adoptadas. También el edecán del presidente, detenido como parte de la trama, sabía de la localización. Sin embargo, a los comandos encargados de capturar

o matar al presidente no se les facilitaron las coordenadas hasta las 2:00 de la madrugada, cuando despegaron sus helicópteros de la provincia de Esmirna. A Marmaris llegaron a las 3:20, cuando Erdoğan ya estaba aterrizando en Estambul. El propio líder de los comandos, el general de brigada Gökhan Şahin Sönmezateş, reconoció durante el juicio que la operación fue una chapuza y se preguntó por qué sus superiores la dirigieron así.

Otra duda: ¿por qué dar un golpe un viernes por la noche, cuando toda la ciudad está en la calle y las carreteras, repletas de coches, en lugar de hacerlo al amparo de la madrugada, como siempre? La teoría más repetida es que los planes golpistas habían sido descubiertos, lo que obligó a adelantar la fecha y ejecutar una estrategia todavía inmadura. Según una fuente de seguridad, el Gobierno había recibido catorce advertencias en los seis meses previos sobre posibles tramas golpistas en el seno de las Fuerzas Armadas. En un principio, el golpe de Estado habría sido planeado para inicios de agosto, justo antes del Consejo Militar Supremo en el que —era un secreto a voces— el Ejército iba a ser purgado de militares opuestos a Erdoğan. Pero ya la semana anterior al levantamiento se practicaron detenciones de militares presuntamente gülenistas y se corrió la voz de que, a finales de julio, habría más arrestos. Por tanto, se fijó la fecha y hora elegida para dar el golpe a las 3:00 de la madrugada del 16 de julio, pero hubo de adelantarse una vez más porque, de nuevo, se descubrió el pastel.

El misterio aún rodea el cómo y el cuándo se enteró el Gobierno turco de la asonada. Según la versión de Erdoğan, lo alertó su cuñado: «Me llegaron noticias de que había un intento de golpe. Primero me avisó mi cuñado. Al principio no me lo tomé en serio. Pero luego, al confirmarlo los servicios secretos y otros canales, dimos los pasos necesarios». El cuñado, Ziya İlgen, relató que, efectivamente, al vivir a orillas del Bósforo, había visto pasar los tanques hacia el puente y había llamado a Tayyip *bey*. Esto significa que, hasta alrededor de las diez de la noche, el presidente no estuvo al tanto de nada. Tampoco el primer ministro: salió de su oficina de trabajo en Estambul a las 21:30, cruzó el puente diez minutos antes de que fuese ocupado, llegó a casa en el barrio asiático de Tuzla y solo a partir de entonces se enteró del golpe por llamadas de amigos.

Lo curioso es que frente a esta versión oficial existe otra, difundida por las propias Fuerzas Armadas en su web al día siguiente del golpe. A través de un oficial, los servicios secretos turcos supieron del plan golpista a las 14:30 del 15 de julio, casi siete horas antes de que los tanques salieran a la calle. Dos horas después, el jefe de los servicios secretos, Hakan Fidan, alertó al jefe del Estado Mayor, Hulusi Akar, pero este tardó más de tres horas en emitir una alerta a sus unidades en la que prohibía a los aviones militares y a los blindados salir de los cuarteles. A las 18:30, Fidan se presentó en el despacho de Akar, con quien estuvo reunido durante dos horas y media, tras lo cual se marchó a su oficina con total normalidad. En torno a las once de la noche, Akar fue secuestrado por los golpistas y llevado a la base de Akıncı. Lo que nadie supo explicar fue por qué, entre las cinco de la tarde y las diez y media de la noche, a Fidan no se le ocurrió poner al tanto de los sucesos ni al presidente ni al primer ministro. O por qué, si lo hizo, ambos falsearon su relato de los eventos.

El analista militar Metin Gürcan enumera tres posibles explicaciones para la extraña actuación de Fidan y Akar: «Una, son unos incompetentes. Dos, infravaloraron la capacidad de acción de los golpistas. Tres, demostraron una clara falta de cálculo al pensar: “Dejémosles actuar, y así expondremos a los gülenistas del Ejército y los atraparemos con las manos en la masa”». ² Esto suscita un nuevo interrogante: ¿por qué Fidan y Akar siguieron en sus puestos y no fueron imputados, ni siquiera por negligencia?

Ante el cúmulo de incoherencias, parte de la ciudadanía empezó a hacerse preguntas. ¿Está la defensa de la patria realmente en manos de una pandilla de ineptos? Si el total de militares implicados, como dice la versión oficial, alcanzaba 8.651 hombres, es decir, un 1,5 % del total de los miembros de las Fuerzas Armadas, mientras que el resto del Ejército se mantuvo fiel a la Constitución, ¿por qué hubo que lanzar a los civiles contra los tanques? No faltó quien lo tildó de «golpe falso» para justificar cualquier nueva medida contra la oposición, un «autogolpe». El *hashtag* #teatro recorrió las redes sociales mientras los cazas aún surcaban el cielo. Pero es difícil encajar a los 248 muertos —entre ellos, un estrecho colaborador y viejo amigo de Erdoğan— en esta hipótesis: sería un crimen de dimensiones espantosas.

En la oposición parlamentaria prefirieron hablar de un «golpe controlado» o, como lo expresó Kemal Kılıçdaroğlu, un «golpe preventivo». Subyace la idea de que sí había células en las Fuerzas Armadas, a todas luces parte de la red gülenista, que estaban sopesando la opción de dar un golpe de Estado, y que el Gobierno, al tanto de sus intenciones, permitió que la asonada se produjera, o quizás incluso la facilitara haciéndoles creer que disponían de más apoyo del que tenían realmente. Pero nadie sabe nada. Los partidos de la oposición, todos con las credenciales de haber aguantado bajo las bombas en aquella aciaga noche, pidieron una investigación parlamentaria y llevaron la votación al hemiciclo. El AKP, con su mayoría, votó en contra: no habría investigación. La ausencia de una prensa y una Justicia independientes impediría, además, que en los años siguientes se esclarecieran estas incógnitas. El misterio continúa. El relato es uno: la orgullosa nación turca derrotó a los traidores golpistas apoyados por malignas fuerzas extranjeras.

LA DEMOCRACIA DEL CINCUENTA POR CIENTO

La asonada duró veinticuatro horas, pero sus consecuencias fueron mayores, según dicen algunos, que las de cualquier golpe de la historia de Turquía, quizás con la excepción del de 1980, de infausta memoria. Esta vez no se ejecuta a nadie, pues la pena de muerte se abolió en 2002, pero las masas que vitorean a Erdoğan no tardan en pedirla a gritos. En las «fiestas por la democracia», como se califican las vigilias contra el golpismo que siguen al 15-J, improvisan horcas de las que cuelga un muñeco con las facciones de Gülen. Erdoğan responde a sus hinchas anunciando en cada ocasión: «Si el pueblo lo pide, firmaré la pena capital». Es un trampantojo: para ello habría que modificar la Constitución y, dada la oposición del CHP y el HDP, solo podría hacerse mediante un referéndum. Si llegara a aprobarse, cosa nada segura, no podría aplicarse de forma retroactiva a los golpistas.

Pero ¿a quién le importan los detalles? Turquía se halla en estado de embriaguez: ha ganado la democracia, ha ganado Erdoğan. La plaza de Taksim está hasta la bandera por primera vez desde la revuelta de Gezi. Hay dos inmensas pantallas de plasma, música atronadora, un monumento con los

nombres de los 248 «mártires» vigilado por la efigie de un soldado. En la plaza reparten gratis agua, té, dulces, bocadillos. Ante los puestos, larguísimas colas. «Cada noche vienen treinta mil personas», estima Natali, empleada de una empresa que financia el puesto de bocadillos. «No hemos faltado un solo día, y estamos aquí hasta la hora del rezo, a las cinco de la mañana. Seguiré viniendo mientras Erdoğan lo diga», asegura Melek, una joven entregada a la causa que acude todas las noches a Taksim. El atractivo no es la comida: la mayor parte de quienes esperan su turno son de clase media, funcionarios o profesionales que podrían ir a cualquier restaurante. Si están aquí es por convicción. Hay muchas parejas: ellas, en su gran mayoría, de vestido y manga larga, pese al calor de verano, y con el preceptivo velo islamista, marca del AKP. No faltan siquiera mujeres con nicab, la prenda fundamentalista importada de Arabia Saudí.

En las pantallas que el Ayuntamiento ha colocado en la avenida İstiklal, frente a bares y tabernas, un anuncio subraya la misma idea. Una mano negra clava un hierro en una polea. Chirrían cadenas. La gran bandera de Turquía desciende planeando, tapa el sol, plegándose, arriada. Una voz de barítono llama a la ciudadanía. Y la ciudadanía abandona lo que se trae entre manos: campesinos, estudiantes, amas de casa, pastores, empresarios, obreros, desde campos, mares, calles y plazas, confluyen a la carrera en el mástil formando una pirámide humana. Un joven alcanza la punta del cabo roto, salta al vacío, y la bandera vuelve a erguirse, flota orgullosa. Así era el anuncio del AKP para la campaña electoral de 2014. La Comisión Electoral prohibió, días antes de los comicios, el uso de la bandera nacional para un *spot* de campaña: no se puede pedir el voto para un partido bajo el emblema de toda la nación. Los estrategias del AKP se limitaron entonces a borrar luna y estrellas del paño rojo. Pero ahora se vuelve a emitir la versión original, pues ya no hay elecciones: ha ganado la nación. El AKP ya es la nación. Melek lo expresa sin ambages: «Erdoğan es Turquía y Turquía es Erdoğan».

La parte de la nación que no es el AKP solo acude un día a Taksim, gracias a una convocatoria del CHP consensuada con el Gobierno. «Es la primera vez que podemos manifestarnos en Taksim en tres años», recuerda, feliz, el joven arquitecto Can, habitual de la plaza cuando era zona opositora. No ha querido acudir a las concentraciones de los seguidores de Erdoğan:

«Compartimos el antigolpismo, nos encontramos en la defensa de la democracia, pero ellos solo piensan en su propia democracia, son más nacionalistas y más religiosos». «No tengo mucho en común con ellos», dice otra joven, Rahsan. «Soy del otro cincuenta por ciento.»

Será el cincuenta por ciento de Erdoğan el que imprimirá su sello a Turquía. Pero, en los primeros meses tras la asonada, el enemigo a batir no está enfrente: está en las propias filas. Las purgas se suceden: instaurado el estado de emergencia el 20 de julio, la policía detiene, solo en el primer mes, a más de cuarenta mil personas bajo la acusación de vínculos golpistas, veinte mil de ellas se envían a prisión preventiva. Unos ochenta mil empleados son suspendidos de sus puestos en la función pública, casi cinco mil, despedidos, entre ellos, tres mil relacionados con el estamento castrense. Curiosamente, las Fuerzas Armadas son el cuerpo menos afectado por las consecuencias del golpe: en los primeros dos días fueron apartados 7.850 policías, pese a que fue este organismo el que recibió el primer impacto de los golpistas, y 15.200 profesores de colegio. Decenas de miles de personas se hallan, de un día a otro, sin empleo. A esto se añade el cierre de 35 hospitales, 1.061 escuelas, 823 residencias universitarias... Y sí, prácticamente todos tienen vínculos con la cofradía de Gülen o podrían tenerlos, o forman parte de un sector social en el que no sería raro que los tuvieran. La purga es ideológica: se dirige contra islamistas conservadores intelectuales. Contra el colectivo que hizo posible el ascenso del islam político turco moderno, el de Erdoğan. No es en la oposición donde tiemblan de miedo: es en el AKP.

Incluso Erdoğan hace su propio auto de fe: «Aunque no compartiese sus métodos, yo también, como muchos otros, los ayudé —se refiere a los gülenistas—. Como hablaban de Dios, nos mostramos tolerantes con ellos. Nos dijimos: “Tenemos cosas en común”. Pero la realidad es que durante mucho tiempo no vimos que esta estructura tenía otras intenciones». Erdoğan no responderá ante los tribunales por apoyar a futuros golpistas. Él se dirige a instancias más altas e implora: «Que el Señor y la nación nos perdonen».

Cualquier persona del ámbito del AKP puede ser sospechosa. ¿Quién no tiene en el armario un cadáver en forma de fotografía con Gülen o con alguno de sus seguidores destacados? ¿O una columna de opinión en algún diario gülenista? Con menos de esto basta para acabar entre rejas. Puede bastar con

haber comprado ese periódico. «Se acumulan indicios: a qué academia has ido, a qué periódico estás suscrito, si tienes tu dinero en Bank Asya...», enumera Elkan Albayrak, un abogado que defiende a decenas de jueces y fiscales encarcelados por supuestos vínculos con la cofradía. Lo cómico es que ese banco, buque insignia del conglomerado gülenista hasta su intervención en 2015, lo inauguró Tansu Çiller cuando era primera ministra, en un acto en el que participó Erdoğan, entonces alcalde de Estambul. El abogado reflexiona:

Al Gobierno le advertimos de que estaban apoyando a una secta peligrosa que se infiltraba en Policía y Judicatura, pero respondían siempre que eso eran calumnias. En sus redes se promocionaban y se protegían mutuamente, y quien era de la cofradía era intocable. Y ahora los llaman terroristas. Ahora, en la prensa hay un discurso de odio espantoso que vulnera los derechos humanos.

Al propio Albayrak le han preguntado en los juicios por qué defiende a «traidores». «Porque el trabajo jurídico tiene que continuar», responde. «No hago una defensa política, sino de los fundamentos del derecho.» Y estos fundamentos han dejado de respetarse: no hay pruebas contra ninguno de los miles de jueces y fiscales detenidos en la mañana del golpe, antes aun de que se rindiera el último soldado. «Les dicen: “Usted es miembro de la cofradía, y la cofradía organizó el golpe del 15 de julio, así que a usted se le acusa de golpista”.» Pero tampoco la acusación de vínculos con Gülen necesita demostrarse. «Tienen un registro de llamadas de teléfono de los últimos diez años. No son escuchas: solo ven a qué número llamó la persona y durante cuánto tiempo. Basta con haber hablado con alguien de la cofradía para ser acusado.» Hay casos en los que el número sospechoso es el de un repartidor de *pizza*. Y basta con menos: «Si yo soy de la cofradía, y por la señal del móvil ven que estabas sentado a cinco metros de mí en esta cafetería, pues suponen que hay relación». Pero en los escritos de acusación ni siquiera esto se concreta. Solo hay un cargo genérico («Pertinencia a FETÖ»), y luego una lista de cientos de nombres. Eso es todo. «¿Cómo puede un abogado preparar la defensa así?», se pregunta Albayrak.

El abogado no tiene miedo. En estos momentos, ser de la oposición — como es él— supone casi un salvoconducto. «Los propios diputados del AKP nos piden que le hagamos llegar sus preocupaciones al primer ministro. Ellos no se atreven a hablar por miedo a que los acusen de simpatizar con la cofradía», asevera Kemal Kiliçdarođlu. Al catedrático Candan Badem, de la Universidad de Tunceli, lo detienen por encontrar un libro de Fethullah Gülen en su despacho. Lo sueltan al cabo de veinticuatro horas. «Por una vez en la vida, ha servido de algo ser un ateo y marxista conocido», resume el docente ante la prensa. Si el golpe ha sido preparado como pretexto para una purga — para Albayrak, la duda persiste—, no se ha dirigido contra la oposición, sino contra los propios compañeros de viaje de Erdoğan. Al menos, el efecto es ese: ha hecho invulnerable al presidente en su propio campo.

El efecto es ese... al principio. Si uno pregunta a la izquierda, durante los primeros meses, si ha sido afectada por las detenciones masivas, la respuesta es: «Todavía no». Nadie se hace muchas ilusiones: el momento llegará. En la clase media liberal turca que se sabe del «otro cincuenta por ciento», quien puede empieza a enviar currículos al extranjero. Por si acaso. Aún, la vida en Estambul no ha cambiado. O no a primera vista. Los bares siguen abiertos en las calles alrededor de İstiklal, se bebe cerveza en las terrazas, se anuncian conciertos, se baila como si no hubiera un mañana. Pero algo es distinto: quienes componen este sector, delante de la barra o detrás de ella, tienen la sensación de que el país ya no es suyo.

Han terminado los quince días de la atronadora «fiesta de la democracia» en Taksim, pero ha quedado el poso. Quizás ese fuera el efecto más duradero del golpe, más allá de las purgas: la conquista de la calle, del espacio público. Porque, hasta entonces, las plazas, las manifestaciones, las banderas y pancartas eran de la izquierda, de los kemalistas, de los laicos. Erdoğan controlaba el poder, pero Taksim, el símbolo de Estambul, de Turquía, era de los otros. Precisamente por eso, Erdoğan podía mantener, aun tras quince años en el poder, su discurso de representar a los oprimidos, los excluidos, la sociedad pisoteada por «los de arriba». Porque la calle era de de los de siempre, de la élite laica. Ya no. Ahora, la calle es de Erdoğan y los suyos. Es, con tres años de retraso, el jaque mate a Gezi. La Nueva Turquía que tantas veces prometió Erdoğan por fin está aquí.

LA REFORMA PRESIDENCIAL

La victoria es de un hombre en exclusiva: ya no está la vieja guardia. Abdullah Gül, Bülent Arınç, Ahmet Davutoğlu han sido defenestrados. El sustituto de Davutoğlu, Binali Yıldırım, cumple fielmente su cometido: trabajar por la abolición de su propio cargo. La única vía para reformar la carta magna y convertir Turquía en un régimen presidencialista como pretende Erdoğan es un referéndum, porque la oposición tajante del CHP y el HDP hace imposible alcanzar en el hemiciclo los dos tercios necesarios: 367 escaños, lejos de los 317 del AKP, incluso sumando los cuarenta del MHP. Un referéndum de reforma constitucional, en cambio, se puede convocar con la aprobación de tres quintos del Parlamento: 330 escaños. Eso estará al alcance de la mano una vez que dé su visto bueno Devlet Bahçeli. El fallido golpe de Estado ha dejado el terreno listo para que los planes de Erdoğan avancen.

Bahçeli es el político que un año antes trataba al presidente turco de «canalla malvado», de «ladrón pillado con las manos en la masa» y de «amigo de traidores». El que se había negado a pactar con él tras las elecciones de junio de 2015 y que gritaba en un mitin: «El sistema de gobierno no se cambia, no se podrá cambiar. ¡Nunca soportaremos a un Hitler, un Stalin, un Gadafi de producción local, que lo sepa usted!». Pero, desde entonces, el viejo líder ultranacionalista ha cambiado de ideas: tras la intentona golpista, y amenazado en su partido por facciones que lo retan por el liderazgo, considera necesaria la «unidad nacional» o, más bien, la unidad de la derecha. En enero de 2017, la mayoría de su grupo parlamentario apoya la moción a favor del referéndum presentada al hemiciclo. En febrero, Erdoğan firma la reforma y el referéndum queda convocado para el 16 de abril, al tiempo que se abre el periodo de mítines.

Las encuestas vaticinan que uno de cada cinco votantes del AKP y dos de cada tres del MHP están en contra del sistema presidencialista. No alcanza para ganar. Se pone en marcha una apisonadora mediática: Erdoğan está en todos los programas, a todas horas. Dado que la carta magna aún exige al presidente ser equidistante de todos los partidos, sus apariciones se categorizan una vez más como «inauguraciones»: hospitales, instalaciones culturales, mezquitas, aulas universitarias, complejos deportivos, parques

públicos, centros comerciales, paradas de metro... o nada en concreto. Basta con un cartel al fondo que rece «Ceremonia de inauguración», sin más. Sus discursos, sin embargo, van al grano, exigen el «sí» a la reforma. «Este sistema nos tiene con las manos atadas. ¿Romperemos estas ataduras el 16 de abril?», truena el mandatario ante sus seguidores. Convierte el referéndum en una causa nacional, a la par que la guerra de Independencia (1919-1923) o la resistencia al golpe: «El 15 de julio, esta nación frenó a pecho descubierto los tanques, los cazas F-16, los helicópteros. Ahora viene el 16 de abril. El “sí” será una repetición de aquello». Los discursos, todos y cada uno de ellos, se emiten en directo en todos los grandes canales de televisión. No es raro el día que hay tres, cada uno de una hora de duración. Los huecos entre medias los rellena Binali Yıldırım, con menos oratoria pero eslóganes calcados. La oposición se queja de que, por ley, la información televisiva debe dedicar atención proporcional a todos los partidos. La solución: un decreto emitido al amparo del estado de emergencia despoja al Consejo Electoral Supremo de su capacidad de sancionar las emisoras que incumplan la ley. Emitir una incesante campaña por el «sí» sigue siendo ilegal, pero ya no puede castigarse.

En el otro bando, el líder de la oposición, Kemal Kılıçdaroğlu, multiplica sus intervenciones, pero representan una gota en el océano frente al oleaje de presidente, ministros, consejeros y portavoces que cada día llenan los telediarios. El HDP está fuera de juego: a principios de noviembre de 2016, la policía arrestó a Selahattin Demirtaş y Figen Yüksekdağ, copresidentes de la formación prokurda, y a otros diez diputados. El motivo era, cómo no, los «vínculos con el PKK», aunque no había acusaciones concretas (y seguiría sin haberlas para Demirtaş incluso un año después). La medida era posible porque, en mayo de 2016, el Parlamento había votado —con el respaldo de parte del CHP y de todo el MHP— levantar la inmunidad de todo diputado acusado de algún delito en ese momento. La medida afectó a 138 parlamentarios, pero en la práctica perjudicaba solo al HDP: casi cualquier discurso de sus miembros se interpretaba como delito de enaltecimiento del terrorismo. A la vez, el Gobierno destituyó a los alcaldes de este partido en decenas de municipios y los reemplazó por funcionarios fieles al AKP. En

vísperas del plebiscito, había en prisión preventiva trece parlamentarios y cerca de cinco mil dirigentes municipales y concejales de la formación kurda, incluidos 82 alcaldes.

Hasta el rechazo del HDP a la reforma sirvió de palanca a Erdoğan: si el HDP estaba en contra de la reforma, eso era porque los terroristas del PKK estaban en contra y, por supuesto, también la cofradía de Gülen; un cóctel al que Yıldırım agregó incluso el Daesh (que nunca había prestado atención al asunto). En otras palabras: si todos los terroristas pedían el «no», la única opción para un ciudadano decente era votar «sí». Qué triste que un partido histórico como el CHP se alinease con terroristas, lamentaba Erdoğan: «¡Hey, Kılıçdaroğlu! Los de Kandil, el PKK, FETÖ dicen “no”. Usted está con ellos. Los que se quieren, se juntan. De eso se trata».

Pronto toda Europa se alinearía con ese frente enemigo. Primero, Alemania, donde viven unos tres millones y medio de personas de origen anatolio, de los que casi uno y medio tienen la ciudadanía turca y pueden votar; un caladero nada despreciable en un plebiscito que las encuestas vaticinaban muy ajustado. Era allí donde Erbakan fundó su movimiento, el Millî Görüş, que hoy controla más de quinientas mezquitas en Alemania. A estas se añaden otras 960 bajo dominio de la DİTİB, una asociación islámica controlada directamente por la Diyanet, el «ministerio» de Religión turco. Quien manda en ella es «un asesor de la embajada turca al que envían desde Ankara cada dos años y que no habla alemán; prefieren que no se integre», según resume el periodista Günter Wallraff. Algo similar ocurre en los países vecinos. El resultado: en las elecciones presidenciales de 2014, que Erdoğan ganó con el 52 % de los votos, un 68 % de los turcos de Alemania votó por el Reis. En Bélgica, el 70; en Holanda, el 78, y en Austria, el 80 %: cifras comparables únicamente a las circunscripciones más conservadoras de Anatolia Oriental.

El dato también esclarece en parte la férrea oposición de gran parte de la población alemana y austríaca a la ambición turca de entrar en la Unión Europea, una oposición recogida por numerosos políticos: creen que los turcos que conocen de Berlín o Viena representan socialmente, culturalmente, al país candidato. Incluso es habitual escuchar el argumento: «Si estos, que llevan décadas viviendo con nosotros, son así —en referencia a su

fundamentalismo religioso, exacerbación de valores *morales* como la virginidad de las hijas, el uso del velo, el rechazo de libertades personales o la adhesión incondicional a Erdoğan—, ¿cómo no serán los de Turquía?». En realidad, los turcos de Alemania y Austria, más que ser el puente de entendimiento que algunos políticos europeos les pidieron que fuesen, hacen de baluarte y muro entre las sociedades de Europa central y Turquía, mucho menos diferentes entre sí.

Para Erdoğan, en cambio, eran una bienvenida fuerza de choque que iba a aplaudir en masa los mítines de sus ministros en Alemania. Pero, en la primera semana de marzo de 2017, las autoridades alemanas, excusándose en formalismos técnicos y motivos «de seguridad», cancelaron varios encuentros previstos. Mevlüt Çavuşoğlu, el ministro de Exteriores, acabó dando un encendido discurso... desde el balcón del consulado turco de Hamburgo. Dos días más tarde, Suiza anuló un mitin suyo en Zúrich, y Austria se apuntó a la medida. El 11 de marzo, Holanda le negó permiso para aterrizar en Róterdam, donde había convocado otro encuentro popular. Finalmente, fue la ministra de Asuntos Sociales, Fatma Betül Savaş Kaya, quien llegó a la cita en coche desde Alemania. Su convoy fue retenido por la policía holandesa poco antes de llegar al consulado turco. Una manifestación de apoyo a la ministra fue dispersada por la policía montada.

Las imágenes de manifestantes desarmados agredidos por perros policiales ocuparon durante días las portadas de la prensa turca. Los discursos de Erdoğan no ahorraban adjetivos: «racistas», «remanentes nazis», «fascistas». Hasta Kılıçdaroğlu tuvo que interrumpir su campaña por el «no» para alinearse con el Gobierno en la tensión y confirmar que, también para él, aquella carga policial era «una agresión contra Turquía». No ayudó que, al mismo tiempo, los movimientos kurdos de Alemania —ideológicamente cercanos al HDP, pero siempre más escorados hacia la lucha armada— pasearan pancartas con la efigie de Abdullah Öcalan y banderas del PKK por las ciudades alemanas y suizas, por mucho que teóricamente estuviese prohibido. «A los terroristas les permiten hacer campaña; a nuestros ministros, no», se quejaba la calle turca. La antes tan cortejada Unión Europea, invocada por Erdoğan para justificar las reformas legales que pusieron coto al poderío del Ejército, ahora se había convertido en enemigo.

La estrategia dio resultado. Erdoğan llegó a la jornada del 16 de abril con la imagen de un líder heroico que hacía frente a un enemigo superior en número: PKK, FETÖ, nazis y fascistas alemanes, holandeses, austríacos, Occidente entero. Ellos tenían la fuerza; él, la razón. Un padre de familia de treinta años opinaba al salir del colegio electoral: «He votado “sí” porque hay que cambiar el sistema. Hemos sido cercanos a Europa durante mucho tiempo y no ha sido beneficioso. Con la reforma, seremos adversarios de Europa y más fuertes».

Las urnas certifican un nuevo triunfo. Extremamente ajustado, pero suficiente: un 51,4 % vota «sí». El camino hacia el poder supremo queda allanado para Erdoğan. Como en la antigua Roma, que respondió a las crisis sociales y políticas de la república con la centralización del poder en manos del emperador. Las instituciones de la avejentada democracia turca se ven superadas por los acontecimientos, pero son ellas, los propios mecanismos de la república, las que hacen germinar el nuevo sistema político. Con la reforma constitucional aprobada, pese a que quede más de un año para su entrada en vigor, Erdoğan es ya mucho más que un jefe de Estado, mucho más que el presidente de una república: es el *imperator*.

EPÍLOGO

Corrían los últimos compases del verano de 2005 y el viejo sueño de iniciar las negociaciones de acceso a la Unión Europea parecía abortado. Varios Estados miembro se negaban a dar luz verde si Turquía no hacía una serie de concesiones que Erdoğan no estaba en disposición de ofrecer. El entonces primer ministro se sumió en el pesimismo.

Tras un acto fuera de la capital, su convoy se dirigía a Ankara por las sinuosas carreteras de la Anatolia rural. Erdoğan telefoneó a sus diputados para comunicarles la fatal noticia: el proceso de adhesión había terminado antes de empezar. «No puede ser, lo siento», les dijo.

Cüneyd Zapsu, por entonces su asesor, viajaba con él en el mismo vehículo:

Yo también me puse a llamar a todo el mundo. Al embajador de Estados Unidos, a uno de los hombres de Schröder [el entonces canciller alemán], al embajador británico... No me lo había pedido Erdoğan, lo hice por mi cuenta, porque, si no hacía algo, esto estaba acabado. Pasábamos por un monte cuando telefoneó Condoleezza Rice [la entonces secretaria de Estado de Estados Unidos]. Había poca cobertura y Erdoğan pidió detener el coche para escuchar mejor. Habló con Condi, colgó, se bajó del coche y comenzó a caminar por el campo.

Andaba absorto, sin rumbo. Los guardaespaldas y asesores comenzaron a ponerse nerviosos: tenía que asistir a una reunión en Ankara al cabo de dos horas y aún quedaba más de una de camino. «¡Tayyip *bey!*!», le gritó Zapsu. «¡Regrese, dese prisa, tenemos que seguir!» Pero el Reis no hizo caso. Continuó caminando. Los policías y Zapsu intentaron alcanzarlo: «¡Que no hay tiempo!» Pero Erdoğan siguió avanzando hasta llegar a una casucha. Llamó a la puerta. Abrió una anciana.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Erdoğan. Ella se le quedó mirando.

—No, no lo sé.

—Soy el primer ministro.

—¡Aaah!

Ella lo invitó a pasar. Él la abrazó. «Cuando los vi abrazados, me enfadé mucho. Teníamos una reunión. Llegábamos tarde», rememora Zapsu. «Pero luego me dije: “No lo interrumpas, está todo bien, necesita cargarse de energía”.» La anciana los invitó a té, les sirvió rodajas de sandía, charlaron durante una hora.

El tiempo pasaba y nos daba igual. Luego seguimos el camino y él estaba mucho más relajado, estaba bien. Llegamos a la reunión con el embajador británico [entonces el Reino Unido ejercía la presidencia rotatoria de la UE]. Negociamos toda la noche y, finalmente, de madrugada, llegamos a un acuerdo. El ministro de Exteriores voló a Bruselas, firmó y todo salió bien.

Erdoğan es así. Vuelve loco a la policía, al servicio secreto, se salta el protocolo para poder acercarse a la muchedumbre. Los guardaespaldas se desesperan. ¿Y si le ocurre algo? A él le da igual: confía en las masas. Es como una estrella pop. Como Michael Jackson. Eso es lo que no entiende Occidente. La gente ama a Erdoğan. Y cuando lo atacan están atacando a una parte muy grande de Turquía.

Y viceversa. Erdoğan no puede vivir sin esas muestras de amor de un pueblo que, efectivamente, lo ama con pasión. «Es un hombre que nació y creció en este barrio, que respiró el mismo aire que respiramos nosotros, y por eso nos comprende», asegura Resmiye, vecina de Kasımpaşa. «Gracias a él puedo pensar en grande y soñar con que mi hijo también llegue lejos.» El líder islamista les ha «devuelto el orgullo» a personas humildes y religiosas como esta ama de casa, que en el pasado eran vistas por encima del hombro: «Es difícil explicar con palabras el amor que siento por él, pero me gustaría que el mundo entero pudiese sentirlo».

LAS ELECCIONES DE 2018

Erdoğan necesita sentirse querido. Por eso se rodea de gente que lo adora y por eso vuelve, una vez tras otra, a las urnas. Es su terreno de juego preferido. Desde 1994 ha ganado todos los procesos electorales a los que se ha

enfrentado: seis elecciones generales, cuatro municipales, dos presidenciales y tres referéndums.

La última de estas citas llegó por sorpresa. La anunció en la primavera de 2018, solo unos días después de repetir por enésima vez que no, que las elecciones generales no se iban a adelantar, sino que se celebrarían como estaba previsto, en noviembre de 2019. El 18 de abril, tras reunirse con el líder ultranacionalista Devlet Bahçeli, salió al estrado para anunciar que sí, que quedaban convocadas al cabo de dos meses, el 24 de junio, en el plazo más breve que permitía la ley. Y, como preveía la nueva Constitución, se elegiría a la vez al Parlamento y, en urna aparte, al presidente.

Era un golpe estratégico para pillar a la oposición a contrapié, evitaba que el incipiente deterioro de la economía socavara su imagen de eficaz gestor y echaba un salvavidas a Bahçeli. El MHP acababa de sufrir una escisión, capitaneada por la veterana diputada y exministra Meral Akşener, y la nueva formación, bautizada İYİ Parti (Buen Partido), amenazaba con llevarse al agua los votantes de la derecha laica. Bahçeli ya era un aliado imprescindible para Erdoğan, y el adelantamiento permitía a la Comisión Electoral tachar al İYİ de las papeletas por falta de implantación.

Esta vez, la oposición supo reaccionar. El CHP prestó quince diputados a Akşener y el İYİ pudo formar bancada en el Parlamento y registrarse para las elecciones. Cuando Erdoğan y Bahçeli anunciaron una coalición electoral — gracias a una ley enmendada ex profeso para salvar al MHP—, el CHP e İYİ hicieron otro tanto, metiendo en el barco incluso al Saadet, los herederos de Necmettin Erbakan. Además, el candidato presidencial del CHP, Muharrem İnce, supo movilizar a sus bases con un discurso populista y combativo que rivalizaba con la oratoria de Erdoğan.

Sin embargo, el 24 de junio, las urnas hablaron: Erdoğan volvió a ganar en primera vuelta con el 52,6 % de los votos. El reparto de escaños sufría solo ligeras modificaciones. El AKP perdió la mayoría absoluta, pero los 49 escaños del MHP, ya aliado incondicional, lo remediaron. El espejo en el que se miraba Turquía era el de siempre. Akşener salvó los muebles gracias a su alianza con el CHP y entró en el Parlamento con 43 escaños. El HDP kurdo también volvió a superar el umbral. Nada había cambiado, y precisamente eso le había dado a Erdoğan el poder para que todo cambiase.

Frente a países donde los procesos electorales son una farsa destinada a refrendar al régimen, Turquía sí se toma en serio las elecciones. El tablero está amañado, es cierto. Erdoğan controla los medios de comunicación, silencia a la oposición, amedrenta a la sociedad civil, encarcela a sus rivales y abusa de los recursos e instituciones del Estado..., pero lo que el día de la votación sale de las urnas es un reflejo más o menos fiel de la voluntad popular. Se haya forjado esta como se haya forjado.

No se trata solo del amor que Erdoğan despierta en prácticamente la mitad del país, sino también de que la sociedad turca es en su mayoría políticamente conservadora y nacionalista. La derecha ha ganado todas las elecciones democráticas, excepto cuatro (1961, 1973, 1977 y 1999), y las formaciones progresistas, sumando los resultados de todas ellas, jamás han alcanzado siquiera el 43 % de los votos. En los comicios de junio de 2018, los partidos de derechas —tanto progubernamentales como opositores— recibieron el apoyo de más del 65 % de los votantes.

El único punto débil de la victoria de Erdoğan era que en el Parlamento —si bien ya despojado de casi todo su poder bajo el nuevo sistema presidencialista— había quedado a merced de la ultraderecha. «Devlet Bahçeli es el gran vencedor de las elecciones. Si no hubiese pedido el voto para Erdoğan, este no habría logrado la reelección como presidente en la primera ronda», sostiene Özer Sencar, director de la empresa demoscópica MetroPoll. Si se les pregunta a nacionalistas que apenas tres años atrás se oponían a Erdoğan por qué lo han votado, responden: «Porque ahora aplica las políticas que hemos defendido siempre» o «Porque respeta la filosofía del MHP».

En su cambiante juego de alianzas, Erdoğan ha adoptado el nacionalismo chovinista refundiéndolo con sus ideas islamistas en una versión aún más conservadora que la síntesis turco-islámica impulsada por la Junta Militar en los años ochenta. «Ya desde que empezaron a colaborar hace un año, los burócratas del MHP han ascendido en la Administración», se quejaba un periodista cercano a la facción liberal del AKP. En la Policía han ascendido agentes ultranacionalistas, en sustitución de los gülenistas purgados. Y en el

Ejército han llegado al mando generales de ideas extremadamente nacionalistas, la misma facción que daba con sus huesos en la cárcel durante los juicios de Ergenekon de la pasada década.

RESPIRAMOS EN VUESTROS CUELLOS

El discurso ultranacionalista que tanto se reprochaba a la oposición una década atrás («Turquía es un país rodeado de enemigos») es ahora parte intrínseca de la propaganda gubernamental. En esta narrativa, Erdoğan es quien mantiene a raya a estos enemigos, pero también el pueblo llano, inmolándose por la noble causa de la nación. Y del islam.

El martirio se glorifica en la televisión —los funerales de los soldados caídos en combate, los «mártires», se transmiten en directo— y en las escuelas.

—¿Se puede desear ser mártir? —pregunta el niño a su padre.

—¡Claro que sí! ¿Quién no va a querer ganarse el paraíso? —responde este.

—¡Ojalá yo también pudiese ser mártir! —dice una pequeña niña.

—Tú no puedes ir al Ejército —se burla su hermano.

—Si tanto lo deseas, Dios te concederá ese honor —promete su madre.

Ambos diálogos corresponden a unas viñetas publicadas en la revista infantil que la Diyanet, la Dirección de Asuntos Religiosos del Gobierno, reparte entre alumnos de escasa edad. Erdoğan protagonizó una escena similar con una niña de no más de ocho años, uniformada como un militar, a la que deseó el martirio «si Dios quiere». Ocurrió durante la ofensiva lanzada en enero de 2018 para conquistar el enclave de Afrín, en el extremo noroeste de Siria. Esta región, de población kurda y controlada por la milicia de las Unidades de Protección Popular (YPG), que ya dominaba casi todo el norte del país, llevaba tiempo siendo una espina clavada en el costado de Turquía. La operación turca en Siria Escudo del Éufrates, iniciada en 2016 bajo la guisa de ser una campaña contra el Dáesh, había conseguido frenar el intento de YPG de conectar Afrín con sus dominios al este de Kobani. La siguiente intervención, bautizada Rama de Olivo, sometió Afrín en apenas dos meses.

Se trataba de algo más que de una operación preventiva contra el archienemigo kurdo: también fue una apuesta para obtener un papel más activo en Siria y, sobre todo, fue una excelente oportunidad para exaltar los ánimos nacionalistas y convertirse en el héroe que defendía Turquía contra sus enemigos, retomando directamente la bandera de la guerra de la Independencia de 1923.

El enemigo tomaba la forma monstruosa e informe de un conglomerado PKK-YPG-Dáesh-FETÖ. No se puede distinguir entre grupos terroristas, repetían los discursos del Gobierno y, además, están todos aliados entre sí. Y quien está en contra de luchar contra los terroristas, contra la guerra de Afrín, es un traidor a la patria. Cientos de personas que se atrevieron a criticar la intervención militar en las redes sociales o trataron de organizar protestas contra lo que consideraban un plan imperialista de su Gobierno fueron detenidas. «Debéis saber que, allá donde salgáis a la calle, las fuerzas de seguridad estarán respirando en vuestros cuellos», les avisó Erdoğan.

«En contraste con los primeros años del AKP en el poder, Erdoğan ha hecho ahora que su supervivencia política dependa más del miedo que de la esperanza, inculcando a sus seguidores una mentalidad de asedio y diseminando absurdas y xenófobas teorías de la conspiración, que son ampliamente creídas», opina el analista Gareth Jenkins.¹ Su modo de gobernar es una combinación de amor y terror. Y de absoluto control.

El Estado, la «Nueva Turquía», ha sido reorganizado tras el referéndum de 2017 y las elecciones de 2018. Las tareas del Gobierno han sido centralizadas en palacio, y el nuevo presidente tiene la potestad de legislar mediante decretos sin supervisión parlamentaria. También controla, de manera indirecta, quién se sienta al frente de cada tribunal. Además, convoca periódicamente en palacio a los *muhtar*, alcaldes de barrio o aldea, a los que ha pedido ser sus ojos y sus oídos en la lucha contra los traidores.

Parecida función tiene el partido. «Somos los que hacemos de puente entre los ciudadanos y el Estado», explica Hakan Kılıç, un programador informático que dirige la organización del AKP en el barrio estambulí de Küçük Piyale, de unos nueve mil habitantes. «Visitamos a los vecinos puerta a puerta y nos interesamos por su situación. Entre los comerciantes, tenemos a cientos de simpatizantes que nos informan de las necesidades de cada

persona.» De las necesidades... o de las actividades subversivas. Porque el pueblo ha aprendido a reconocer a los traidores entre sus filas y no necesita ya ni a las fuerzas de seguridad para enfrentarse a ellos.

LA ESTRATEGIA DEL LINCHAMIENTO

El 2 de enero de 2017, el modisto Barbaros Şansal aterrizó en Estambul. Al pie de la escalerilla del avión no le esperaba solo la policía: también había una muchedumbre enfurecida y varios empleados del aeropuerto, que lo apalearon brutalmente sin que los agentes hicieran mucho por impedirlo. Şansal había sido deportado del norte de Chipre tras publicar en las redes sociales un duro alegato contra el Gobierno turco, en el que deseaba a su país que se «ahogase en su propia mierda».

La estrategia del linchamiento tiene cierta tradición en Turquía, desde los pogromos contra los judíos de Tracia en los años treinta o contra los griegos en los cincuenta hasta las masacres de alevíes e izquierdistas en los setenta y noventa. El escritor turco Tanıl Bora mantiene que en Turquía existe un «régimen del linchamiento» y que la tolerancia de los Gobiernos hacia este tipo de actos sugiere una «oficialización» de esta práctica.

No solo Şansal ha sido objeto de linchamiento en los últimos años. Los han sufrido también las oficinas del diario *Hürriyet* y del periódico turcochipriota *Afrika*, el periodista Ahmet Hakan y numerosas sedes del HDP. Suele seguir un patrón: Erdoğan señala el objetivo y la turbamulta dispara. Zafer Yörük, experto en psicología social, sostiene:

Es un reflejo del estado mental en el que se encuentra la sociedad turca, conmocionada por las experiencias traumáticas vividas durante los últimos años. Busca un chivo expiatorio. Y lo encuentra en un discurso gubernamental muy emocional, que carece de argumentaciones racionales y se basa en demonizar a las identidades que en cada momento considera su enemigo, sean los que protestaban en Gezi, los gülenistas, los kurdos o los periodistas críticos.

En internet, el linchamiento lo llevan a cabo los conocidos como AK Trolls, un ciberejército que se estima en seis mil integrantes y que está directamente vinculado al AKP. Varias fuentes —desde un asesor del

expresidente Gül hasta un estudio sobre las interacciones de las diferentes cuentas— sitúan en el centro de la dirección de los AK Trolls a Mustafa Varank, un veterano colaborador del presidente que fue nombrado ministro de Industria y Tecnología tras las elecciones de 2018.²

Las bases del AKP han cambiado. Antaño, la calle, la manifestación pública, era para los jóvenes, los melenudos, los *çapulcu*. Ellos, los votantes de Erdoğan, eran honrados trabajadores, esforzados comerciantes, padres de familia, gente de ley y orden. Pero con la revuelta de Gezi las dinámicas cambiaron. Como reacción a la toma de parques y plazas, Erdoğan envió a sus seguidores a defender la calle. El espacio público ya no era de esos pijos liberales: ahora era de ellos.

Los votantes del AKP se convirtieron en militantes movilizados y, en muchos casos, organizados directamente por el partido. En este contexto han surgido organizaciones como los Hogares Otomanos u Operaciones Especiales Populares (HÖH), en muchos casos de comportamiento violento y cuyo objetivo es defender a Erdoğan. A la vez se han relajado las normas sobre posesión de armas y han aparecido noticias sobre el entrenamiento militar de civiles y *muhtar*, lo que ha llevado a la oposición a denunciar que Erdoğan trata de crear milicias leales, como tradicionalmente han hecho los autócratas de Oriente Próximo.

ENEMIGOS EN TODAS PARTES

No parece verosímil que Erdoğan haya jugado nunca con la idea de recuperar realmente el título de «sultán», no solo por extemporáneo, sino también porque este término, sin connotación religiosa pero sí de poder absoluto, casi siempre lo han utilizado sus enemigos, sobre todo desde la prensa europea, y muy raramente sus seguidores. Más estrafalaria aún es la idea —que también se ha evocado alguna vez en Europa— de que Erdoğan podría tener intención de poner en la agenda política el concepto del califato, es decir, el título que designa al líder de todos los musulmanes como «sucesor del Profeta». Un título que dejó de tener significado real en la generación del propio Mahoma y solo fue recuperado, con su sentido político, por los sultanes otomanos a partir

de 1774, para gestos diplomáticos ante sus aliados o adversarios europeos — el imperio zarista, primero; el británico, después—, pero sin que tuviera ninguna eficacia a la hora de impedir las rebeliones de las poblaciones musulmanas dentro del propio imperio.

De hecho, es con Atatürk —el mismo que abolió el sultanato y el califato — con quien le gusta ahora compararse a Erdoğan. Como Atatürk, él también libra una guerra de la independencia contra las fuerzas que pretenden aniquilar Turquía. Y, consecuentemente, trata de imponer un culto a la personalidad como el que se inició con el padre de la república. Los retratos de Erdoğan, de grandes dimensiones, aparecen por doquier. Su bigote ralo, antaño ridiculizado frente a los poblados mostachos tradicionales, es imitado por funcionarios y ministros. Su chaqueta de cuadros se ha convertido en pieza de moda. Incluso sus errores pasan a ser norma: su pronunciación incorrecta del acrónimo árabe del Estado Islámico (Dáesh) como *deash* se ha impuesto como nomenclatura oficial del grupo yihadista en Turquía.

Pero en un punto va más allá que Atatürk: si el fundador acuñó el lema de «Paz en casa, paz en el mundo» como una consigna de no interferencia, Erdoğan recupera la conciencia de dirigir una nación líder, una superpotencia islámica que debe reunir a todos los países de mayoría musulmana bajo una postura geoestratégica común, con la religión como factor aglutinante.

Pero las promesas de *grandeur* que tan bien venden entre el público turco apenas tienen ya reflejo real. A la última toma de posesión de Erdoğan, solo acudieron los jefes de Estado o de Gobierno de algunos Estados africanos y asiáticos de segunda fila. De América, únicamente el presidente venezolano, Nicolás Maduro. De la Unión Europea, el presidente búlgaro y el autoritario Viktor Orbán, de Hungría. De los países árabes, nadie más que el emir de Catar.

El expansionismo de Turquía (la invasión del noroeste de Siria, las nuevas bases militares en Sudán, Somalia y Catar) asusta a sus posibles socios árabes. Las fantasías imperiales otomanas viven solamente en la mente de Erdoğan y en la caja de resonancia en la que se han convertido los medios turcos. Al otro lado, la relación con la Unión Europea y Estados Unidos pasa

por su peor momento, y la represión en Turquía, que ha llevado a la cárcel a ciudadanos europeos y estadounidenses, ha desembocado en sanciones de Washington y Berlín contra Turquía.

Mientras tanto, Ankara corteja a Rusia, encantada de fracturar la OTAN, pero sin fiarse tampoco del aliado, pues sus posiciones están enfrentadas en numerosos teatros internacionales, desde Siria hasta el Cáucaso o Ucrania. Erdoğan juega la carta de que Turquía, como los grandes bancos, es *too big to fail*, demasiado importante para dejarla escapar, pues de su voluntad dependen los flujos migratorios hacia Europa, y para Washington continúa siendo un aliado clave en Oriente Medio gracias a su geografía y sus bases militares.

Pero, como un don Quijote islamista empeinado en derribar gigantes recortados en papel de dólar, Erdoğan continúa con la espada en alto, acumulando enemigos. Su última cruzada ha sido contra los mercados internacionales.

ERDOĞAN CONTRA LA ECONOMÍA

«Si Donald Trump ha instalado a su hija y a su yerno en la Casa Blanca como consejeros, ¿por qué no voy a hacerlo yo también?» Un razonamiento de este tipo debió de pasar por la cabeza de Erdoğan cuando, tras ser reelegido en 2018, decidió poner al frente del nuevo superministerio del Tesoro y Finanzas a su yerno Berat Albayrak, pese a que el mundo de los negocios, al unísono, le reclamaba mantener a una figura respetada internacionalmente. No. Colocó a su yerno, alguien del que sabía que acataría todas sus órdenes. Fue un gesto gratuito. Un puñetazo sobre la mesa: «Aquí mando yo». Pero no contó con lo fácilmente que se asusta el dinero.

Los inversores corrieron a vender sus acciones en la Bolsa de Estambul y a llevarse miles de millones de liras a lugares más seguros. «Está perdiendo toda credibilidad», lamentaba un alto directivo de banca. La lira encarriló desplome tras desplome, convirtiendo una divisa que en 2005 pretendía jugar de igual a igual con el euro y el dólar en un papel cada vez más barato: en los primeros nueve meses de 2018, perdió más de un tercio de su valor.

La economía había sido uno de los fuertes del AKP hasta entonces. Las grandes dosis de beneficencia estatal y las magnas obras públicas habían ido acompañadas siempre de una política económica ortodoxa: el déficit presupuestario y la deuda pública se mantenían a niveles más bajos que los de los alumnos más aventajados de la Unión Europea. En los círculos económicos internacionales, los ministros titulares de Finanzas y Economía, personas como Ali Babacan o Mehmet Şimşek (formados en las escuelas del pensamiento neoliberal), eran garantía de que Turquía era un país fiable para la inversión. El Gobierno profundizaba en las recetas que había introducido Turgut Özal en los ochenta y que le reclamaba la Unión Europea: apertura de la economía al exterior, liberalización de sectores cerrados y privatización de activos públicos para atraer al capital extranjero necesario para equilibrar el elevado déficit por cuenta corriente que tradicionalmente arrastra el país. Porque, pese a tener una industria de exportación sólida, esta se dedica sobre todo al ensamblaje, y necesita importar materias primas, piezas, energía e incluso patentes y tecnología, lo que la hace muy dependiente de los precios en los mercados mundiales.

En las primeras dos legislaturas del AKP, los inversores adquirieron bancos, fábricas, plantas de producción, financiaron proyectos energéticos... Pero, a medida que la confianza en el Gobierno y en la imparcialidad de su sistema judicial se redujo, también lo hizo la inversión productiva. Todavía llegaban flujos de *hot money*, un capital mayormente especulativo que encontraba en Turquía un país que ofrecía a la vez estabilidad y buenos réditos en un momento en el que los países más desarrollados reducían prácticamente a cero los tipos de interés para combatir la recesión. Los flujos de capital servían de combustible para mantener la economía en marcha y permitían posponer las tareas pendientes: una reforma fiscal que incrementa la base de cotizantes y distribuya las cargas impositivas de manera más justa, la lucha contra la economía sumergida, el aumento de la productividad industrial, la capacitación de los trabajadores. El dinero del extranjero potenciaba la concesión de créditos e hipotecas, aupando el consumo y el ladrillo, las dos bazas a las que Erdoğan había jugado sus fichas, en detrimento de una

economía más productiva. El problema de este tipo de inversión es que basta un clic de ratón para que se evapore, y mucho más cuando la música que toca el Gobierno deja de gustarle.

A partir de 2014, a medida que los tipos de interés en Estados Unidos volvieron a subir, los mercados emergentes sufrieron una sangría: la inversión financiera regresaba a casa. Y Turquía lo notó especialmente, dado que desde 2013, y más acusadamente a partir de 2015, Erdoğan comenzó a tomar las riendas de la política económica y monetaria, destejando los principios que hasta entonces la habían guiado. El tipo de interés se convirtió en su caballo de batalla.

Existe cierto consenso en que, en momentos de expansión económica, elevar los intereses es una medida efectiva para reducir la inflación, ya que fomenta el ahorro —tradicionalmente bajo en Turquía— y modera el consumo. También atrae la inversión extranjera y refuerza el valor de la moneda nacional. Pero para Erdoğan, los tipos de interés son «la madre y el padre de todos los males» y «un instrumento de explotación», y son ellos la causa de la inflación. Hay un punto ideológico en su cruzada contra los intereses —el Corán los prohíbe—, pero existe también un motivo más prosaico: elevar los intereses hace más costosas las hipotecas y dificulta colocar el creciente *stock* de vivienda que poseen las empresas constructoras, hace bajar el consumo y aumenta el desempleo.

El presidente turco no se cansa de repetir sus teorías en discursos públicos, e incluso en un encuentro con inversores de la City londinense en mayo de 2018. El economista turco Emre Deliveli relata:

En esa charla, los inversores esperaban de él que dijera las cosas que querían oír, y no el discurso público que a un presidente se le perdona en época electoral para ganar votos. Pero no lo hizo. Hasta ahí, los inversores, gente que mueve miles de millones al día, habían dudado de si Erdoğan se creía lo que decía sobre la economía o era todo un *show*. Pero cuando, en el almuerzo, cerrado a la prensa, les seguía contando su teoría de que las subidas del tipo de interés incrementan la inflación, empezaron a pensar que estaba majara. Y que había que salir pitando de Turquía.

Encerrado en su círculo, Erdoğan sigue en sus trece: las dificultades que sufre la economía turca no pueden ser sino conspiraciones de sus enemigos. En un intento de estar en misa y repicando, dice respetar las reglas del libre mercado, pero al mismo tiempo quiere controlar la economía. Intenta lanzar Estambul como un Singapur mediterráneo a la vez que se proclama contrario al imperialismo económico y los especuladores. Cabe preguntarse, por tanto, si la burbuja que amenaza a la economía turca es solo financiera o es también la burbuja en la que habita el hombre que traza el futuro del país.

EL SÍNDROME DE HIBRIS

Habrá un día en el que Erdoğan deje de estar al mando. ¿Qué sucederá entonces? ¿Herederá una sola persona su monumental aparato de control? ¿O será desmontado? ¿Qué ocurrirá con sus seguidores? La tan ansiada «generación pía», alejada del pensamiento crítico, imbuida de valores más religiosos y nacionalistas, educada por el AKP, ¿se sentirá huérfana? Algo más de veinticinco millones de turcos, el 30 % de la población, jamás ha conocido en su vida un Gobierno que no sea el del AKP. Cerca del 60 % nunca ha votado en unas elecciones que no haya ganado Erdoğan. El líder turco, por tanto, tiene todo a su favor para perpetuarse hasta allá donde le sea humanamente posible.

Erdoğan ha sido siempre un apostador, un táctico. Probablemente nunca haya sido un demócrata real, aunque hubo un tiempo en el que ejerció como tal. Fue azote del militarismo cuando la situación lo requería y aliado del estamento castrense cuando le interesó, del mismo modo que ha sido favorable a la globalización y contrario a ella, padrino de los movimientos islamistas del orbe musulmán y nacionalista turco. Erdoğan ha sabido leer el espíritu de los tiempos, y ahora se siente cómodo en su nuevo traje populista, en sintonía con el auge de la nueva derecha.

Da igual cómo se vista, dan igual los giros y las contradicciones, porque él se siente llamado a una misión histórica, es el *dava* o la causa, de tintes mesiánicos. Si Erdoğan dijo que el golpe de Estado de 2016 fue «un regalo de Dios», es quizás porque cree literalmente que lo fue, según arguye Shadi

Hamid, autor del libro *Islamic Exceptionalism*.³ Su fe en el destino es inquebrantable. Desde hace décadas ha visto cada ascenso en los peldaños de su carrera política como un voto de confianza del pueblo, pero también como parte de un plan divino donde él mismo tiene asignado un papel primordial.

No es tan raro que lo piense: cada vez que Erdoğan ha apostado por la fuerza, por romper la baraja, ha ganado. Pero lo más preocupante es que cada respuesta ha necesitado de mayor violencia que la anterior. «El camino de la represión es muy peligroso», advierte el profesor Cengiz Aktar, «porque es una vía de no retorno». El presidente ha logrado aferrarse y mantener el poder, sí, pero con un grave coste: polarizar la sociedad turca de una manera no vista en décadas. Frente a la mitad de Turquía que lo ama, está la mitad de Turquía que lo odia. Este, junto con la economía, es el principal punto débil del sistema que Erdoğan ha construido a su imagen y semejanza, aunque él no está dispuesto a verlo. Como a Ícaro, le ciega el mismo sol hacia el que se dirige. *Après moi, le déluge.*

Se trata de lo que los antiguos griegos llamaban el «mal de hibris»: la incapacidad de controlar las pasiones que llevan a la desmesura y a transgredir los límites impuestos por los dioses. Ascender sin freno perdiendo el contacto con la realidad. Ícaro, Sísifo, Lucifer. El analista İzzetin Önder, citando los estudios del neurólogo David Owen sobre la presencia de este síndrome en figuras políticas, individualiza algunos de los factores aplicables a Erdoğan: la obsesión narcisista con la propia imagen; la identificación de los intereses del país con los propios; el sentimiento de tener que responder no en los tribunales, sino únicamente ante Dios y ante la historia, y una soledad creciente.⁴

¿Qué ha quedado de aquel compasivo y piadoso muchacho lleno de sueños? Hay quienes creen que, tras todo el ornato del que se cubre, sigue siendo el mismo. Otros opinan que, ebrio de poder, se ha vuelto loco y está dispuesto a llevarse el país por delante. Podría ser el vértigo, el miedo a tener que andar lo desandado. O la certeza de que, en el momento en el que pierda algo de poder, sus adversarios se lanzarán sobre él. Solo le resta huir. Huir hacia delante, hacia arriba. Hasta que el sol derrita las alas de cera modeladas por las ansias de revancha de un niño que vendía roscas de pan y pegaba patadas al balón en las empinadas cuestas de su barrio.

AGRADECIMIENTOS

Los dos autores tenemos una inmensa deuda de gratitud con Doğan Tılıç, compañero, amigo y mentor de ambos desde su posición como corresponsal de la Agencia EFE en Ankara. No solo nos ha enseñado sobre este país y sobre el periodismo mucho de lo que sabemos, sino que por su honradez personal es para nosotros —además de para muchos periodistas turcos— un ejemplo a seguir.

Este libro no hubiera sido posible sin la paciencia de las decenas de personas que aceptaron nuestras entrevistas, tanto en el transcurso de su redacción como para los artículos que escribimos anteriormente. Vaya también un agradecimiento a nuestros compañeros de la Agencia EFE, *El País*, *El Periódico de Catalunya* y demás medios con los que colaboramos, pues algunas de las historias que contamos no podríamos haberlas descubierto de no haber sido por nuestro trabajo para ellos. Igualmente, nuestro conocimiento del país se ha visto mejorado por las largas conversaciones mantenidas con los colegas y amigos que, en la última década larga, han pasado por Estambul, especialmente, pero no solo, Lluís Miquel Hurtado, Daniel Iriarte, Imanol Ortega y Lara Villalón.

Por último debemos un sincero agradecimiento a nuestros editores de Península, Ana Camallonga y Ramon Perelló, que confiaron desde el primer momento en el proyecto, y a Jael Masllorens, Laura Quero Pastor, Alejandro Luque y Daniel Mourenza por haber leído y corregido el manuscrito con tanto cuidado, algo que, sin duda, ha mejorado el texto final.

GLOSARIO DE SIGLAS Y CONCEPTOS

AKP: Partido de la Justicia y el Desarrollo (Adalet ve Kalkınma Partisi). Fundado en 2001 y dirigido por Erdoğan (derecha islamista).

ANAP: Partido de la Madre Patria (Anavatan Partisi). Fundado en 1983 por el conservador Turgut Özal y activo hasta 2002 (centroderecha).

AP: Partido de la Justicia (Adalet Partisi). Activo entre 1961 y 1980, dirigido por Süleyman Demirel (derecha).

BDP: Partido Paz y Democracia (Barış ve Demokrasi Partisi). Partido de la corriente izquierdista y nacionalista kurda, fundado en 2008 para reemplazar sus precursores ilegalizados: el DTP, el HADEP y el DEHAP, sustituido en 2012 por el HDP, aunque todavía permanece activo en las provincias kurdas.

Bey: trato de respeto similar al de «señor» o «don» en español.

Cemaat: significa ‘comunidad’, y es el nombre con el que se conoce popularmente a la cofradía de Fethullah Gülen.

CHP: Partido Republicano del Pueblo (Cumhuriyet Halk Partisi). Partido fundado en 1923 por Mustafa Kemal Atatürk. Principal formación opositora desde 2002, actualmente dirigida por Kemal Kılıçdaroğlu (centroizquierda).

Çarşaf: vestimenta negra que envuelve a la mujer por completo, dejando libre solo ojos y nariz. Común en la época otomana, el *çarşaf* ha sido recuperado por los sectores islámicos más fundamentalistas.

Dáesh: Estado Islámico de Irak y del Levante (ad-Dawlah al-Islāmiyah fī ‘l-‘Irāq wa-sh-Shām). Organización yihadista escindida de Al Qaeda en 2013 que llegó a controlar extensos territorios en Irak y Siria y que cometió varios atentados de envergadura en Turquía.

Derin devlet: Estado profundo. Nombre con el que se conoce a una supuesta estructura extraoficial en las cloacas del Estado que persigue acabar con movimientos rebeldes kurdos o izquierdistas.

Dershane: academia privada que prepara a los alumnos turcos para los exámenes de ingreso en la universidad o el funcionariado.

Diyanet: Dirección de Asuntos Religiosos, dependiente del Gobierno y que controla las mezquitas e imames de Turquía.

DP: Partido Demócrata (Demokrat Parti). Activo entre 1946 y 1960, dirigido por Adnan Menderes (derecha).

DSP: Partido de la Izquierda Democrática (Demokrat Sol Partisi). Fundado por Bülent Ecevit en 1985. A partir de 2002 entró en decadencia.

DYP: Partido de la Recta Vía (Doğru Yol Partisi). Activo de 1983 a 2002. Fundado por Süleyman Demirel y dirigido durante años por la primera ministra Tansu Çiller (centroderecha).

Ergenekon: mítico valle en Asia Central, supuesta cuna de los turcos. Nombre dado a un macroproceso contra militares acusados de golpismo (2007-2013).

Ezan: llamada a la oración, que las mezquitas emiten cinco veces al día.

Fazilet o FP: Partido de la Virtud (Fazilet Partisi). Partido islamista, activo entre 1997 y su ilegalización en 2001, seguido por el Saadet y el AKP.

FETÖ: siglas utilizadas por el Gobierno turco para referirse a la cofradía de Fethullah Gülen y que abrevian el supuesto nombre en turco de Organización Terrorista de Fethullah.

Gecekondu: barrio de chabolas erigido en Estambul durante el éxodo rural, a partir de la segunda mitad del siglo XX. Gezi: parque en el centro de Estambul, adyacente a la plaza Taksim, donde tuvo lugar una amplia protesta de sectores laicos y de izquierda en verano de 2013.

Gülenista: seguidor del predicador islamista Fethullah Gülen o perteneciente a su cofradía, llamada Hizmet (el Servicio), Cemaat (la Comunidad) o, por sus detractores, FETÖ.

HDP: Partido Democrático de los Pueblos (Halkların Demokratik Partisi). Partido izquierdista, votado sobre todo por la población kurda. Fundado en 2012 como heredero del BDP. Dirigido hasta 2017 por Selahattin Demirtaş.

Hiyab: velo que oculta el pelo y el cuello de la mujer y expresa adherencia al islam político. En Turquía se conoce como *türban*, y es popular entre las seguidoras del AKP.

Hizbullah: Partido de Dios. Movimiento armado islamista radical que operó en las regiones kurdas de Turquía en la década de 1990, enfrentado al PKK. Sin relación con el homónimo partido libanés.

Hizmet: significa ‘servicio’, y es el nombre con el que los seguidores de Fethullah Gülen se refieren a su cofradía.

Hoca (pronunciado «hodcha»): significa ‘maestro’. Forma de dirigirse a un profesor o a un dirigente espiritual. Apodo del líder islamista Necmettin Erbakan.

Hocaefendi: significa ‘señor maestro’ o ‘venerado maestro’. Forma especialmente respetuosa para dirigirse a un líder espiritual, empleada a menudo por los seguidores de Fethullah Gülen para referirse a su maestro.

Iftar: cena que se realiza a partir de la puesta de sol durante el mes de ramadán para poner fin al ayuno diurno. Suele ser un acto de encuentro social, a menudo público.

İYİ o İyi Parti: Buen Partido. Formación de centroderecha creada en 2017 como escisión del MHP y dirigida por la exministra Meral Akşener.

JITEM: siglas de una unidad secreta de la Gendarmería turca que secuestraba y mataba a opositores en las regiones kurdas, sobre todo en la década de 1990.

Kemalista: seguidor del pensamiento del fundador de la Turquía laica y nacionalista, Mustafa Kemal Atatürk.

MHP: Partido de Acción Nacionalista (Milliyetçi Hareket Partisi). Fundado en 1969, y dirigido por Devlet Bahçeli desde la década de los noventa (ultraderecha nacionalista).

Millî Görüş: Visión Nacional. Movimiento político-religioso islamista. Iniciado por Necmettin Erbakan en 1969, y fundamento ideológico de varios partidos políticos.

MNP: Partido del Orden Nacional (Millî Nizam Partisi). Primera formación abiertamente islamista de Turquía, fundada en 1970 por Necmettin Erbakan e ilegalizada en 1971.

MSP: Partido de Salvación Nacional (Millî Selamet Partisi). Sucesor del MNP. Fundado en 1971 e ilegalizado en 1980 (derecha islamista).

Nicab: vestimenta negra que cubre a la mujer por completo, dejando a la vista únicamente los ojos. Originario de Arabia Saudí, se está popularizando en Turquía en los sectores islamistas radicales.

Nurcu: discípulo del teólogo turco-kurdo Said Nursi (1875-1960).

PKK: Partido de los Trabajadores de Kurdistán (Partiya Karkerên Kurdistan). Grupo armado kurdo considerado terrorista por Turquía, la UE y Estados Unidos.

Refah o RP: Partido del Bienestar (Refah Partisi). Partido islamista fundado por Erbakan en 1983, ilegalizado en 1998.

Reis: palabra de origen árabe que significa ‘capitán’ o ‘jefe’. Apodo que dan a Erdoğan sus seguidores.

Saadet o SP: Partido de la Felicidad (Saadet Partisi). Partido continuador de las ideas del político Erbakan frente a la escisión renovadora que representó el AKP en 2001.

Sharía: ley islámica, basada en versos del Corán y en sus interpretaciones teológicas.

Tarikat: cofradía religiosa islámica.

Türban: véase «hiyab».

YPG: Unidades de Protección Popular (Yekîneyên Parastina Gel). Milicias kurdas de Siria que desde 2011 controlan gran parte del norte del país. Vinculadas al PKK.

NOTAS

1. Las declaraciones de ciudadanos privados cuyo origen no se cita explícitamente han sido hechas a los autores durante la documentación para este libro o durante el ejercicio de su labor periodística. Tampoco se cita la fuente cuando se trata de declaraciones públicas de políticos y autoridades en discursos en abierto o ruedas de prensa.

2. Resumen autobiográfico de su vida, publicado en su antigua página web, a la que ya no hay acceso. Se encuentra citado en varias obras y desperdigado en diversas webs, como esta: <<http://kirklareli39.blogcu.com/recep-tayyip-erdogan-hayati/2931129>>.

3. Nevzat Çiçek, «Şapka yüzünden Rize’de idamlar bugün yapıldı!», *Timetürk*, 12 de diciembre de 2012. Disponible en: <<http://www.timeturk.com/tr/2012/12/12/sapka-yuzunden-rize-bugun-bombaladi.html>>.

4. Ruşen Çakır y Fehmi Çalmuk, *Recep Tayyip Erdoğan, Bir Dönüşüm Öyküsü*, Metis, Estambul, 2001, p. 16.

5. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 17.

6. Cemal Dindar, *Bi'at ve Öfke*, Telos, Estambul, 2007.

7. Turquía se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial, si bien declaró la guerra a Alemania al final de la contienda, cuando la victoria aliada era ya un hecho. Pero, en 1942, cuando la situación se decantaba por el Eje, instituyó un impuesto de inspiración fascista que gravaba cuantiosamente la riqueza de las minorías cristiana y judía. Aquellos que no podían hacer frente al pago fueron internados en campos de trabajo en el este de Anatolia.

8. «The Impatient Builder», *Time*, 3 de febrero de 1958.

9. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 12.

10. Un buen relato del desarrollo de las bandas y las barriadas de emigrantes en Estambul (literario, eso sí), se puede hallar en la novela de Orhan Pamuk *Una sensación extraña*.

11. Lâle Tschudin, «Hayallerimde hep kabadayı erkekler vardı», 17 de junio de 2013.

12. Savaş Ay, «Tetik çeken amca ile tespih çeken bir baba büyüttü», *Sabah*, 14 de marzo de 2010, y Kutlu Esendemir, «Babasının ölümünden sonra annesiyle daha çok ilgilendi», *Habertürk*, 10 de octubre de 2011.

13. Adnan Berk Okan, «Başbakan Erdoğan'ın rol modelleri kimlerdi?», *Gazeteciler.com*, 11 de junio de 2013. Disponible en: <<http://www.gazeteciler.com/haber/babakan-erdoann-rol-modelleri-kimlerdi/224069>>.

14. Dindar, *op. cit.*, p. 40.

15. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 19.

16. Erdoğan, autobiografía, *op. cit.*

17. Metin Heper, «Comparing Turgut Özal and Recep Tayyip Erdoğan», *Insight Turkey*, vol. 15, n.º 2, 2013, pp. 141-156. Disponible en: http://file.insightturkey.com/Files/Pdf/15_2_2013_heper.pdf.

18. *Meydan*, 1 de octubre de 1994.

19. Hüseyin Besli y Ömer Özbay, *Recep Tayyip Erdoğan, Bir Liderin Doğusu*, Meydan, Estambul, 2010, p. 19.

20. Muhammet Kaçar, «Başbakan Erdoğan'ın İETT'deki yılları», *DHA*, 2 de abril de 2013.

21. «Didi de Tayyip Erdoğan'a hayranmış». *HABER7*, 9 de febrero de 2005. Disponible en: <<http://spor.haber7.com/spor/haber/75803-didide-tayyip-Erdoğana-hayranmis>>.

1. Fundado como Avrupa Millî Görüş Teşkilatları (AMGT), cambiaría su denominación por la de Islamische Gemeinschaft Millî Görüş (IGMG), su nombre actual. Su web es: <www.igmg.de>.

2. La academia en la que cursó estudios no fue vinculada a la Facultad de Empresa y Administración de la Universidad de Marmara hasta 1983. La universidad fue creada en 1982.

3. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 37.

4. *Meydan*, 30 de septiembre de 1994.

5. Revista *Sebil*, n.º 230, 5 de junio de 1980.

6. «Türbanın ardındaki öykü», *Hürriyet*, 21 de diciembre de 2006.

7. Entrevista a Emine Erdoğan (Gülbaran), publicada en *Elif Dergisi* el 13 de junio de 1994, y luego republicada en *Millî Gazete*.

8. Ruşen Çakır, «Yenilikçilerin arkasında KİM VAR?», *Milliyet*, 8 de julio de 2001.

1. Así lo explica Paul Henze en el documental *12 Eylül* (1998), dirigido por Mustafa Ünlü. Henze fue jefe de la misión de la CIA en Turquía entre 1974 y 1977, y asesor del presidente Jimmy Carter entre 1977 y 1980.

2. Entrevista a Kenan Evren en el documental *12 Eylül*, de Mustafa Ünlü.

3. Mehmet Ali Birand, en *12 Eylül*.

4. Luis Yáñez-Barnuevo, «Panorama de Turquía», *El País*, 12 de febrero de 1982.

5. Entrevista a Ümit Efe: «İç çamasırlarımızı süngüyle deliyorlardı», en *Cumhuriyet*, 24 de septiembre de 2010.

6. Yavuz Donat, «Al sana derin devlet», *Sabah*, 11 de febrero de 2007.

7. Derya Sazak, «Gözlerim bađlı sorgulandım», *Milliyet*, 19 de septiembre de 2010.

8. De los cuatro millones de afiliados sindicales que había en la Turquía anterior a 1980 (con una población de cuarenta y cinco millones de habitantes), se pasaría a los 700.000 actuales (por ochenta millones de habitantes). «12 Eylül'de darbe kime indi, arkasında kimler vardı?», *SoL Haber*, 12 de septiembre de 2010. Disponible en: <<http://haber.sol.org.tr/toplum/12-eylulde-darbe-kime-indi-arkasinda-kimler-vardi-209325>>.

9. Kerem Öktem, *Angry Nation: Turkey since 1989*, Zed Books, Nueva York, 2011, p. 62.

10. Devrim Sevimay, «Tarihi Itiraf» (entrevista a Graham Fuller), *Vatan*, 1 de noviembre de 2004.

11. Banu Eligür, *The Mobilization of Political Islam in Turkey*, Cambridge University Press, 2010, p. 115.

12. Öktem, *op. cit.*, p. 62.

13. Luis Matías López, «Turgut Ozal: “Turquía tiene una democracia real”», *El País*, 30 de marzo de 1985.

14. Thierry Zarcone, *El islam en la Turquía actual*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2005, p. 205.

1. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 50.

2. Çakır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 59. La anécdota, con algunos detalles ligeramente diferentes, también está referida en: Besli y Özbay, *op. cit.*, p. 90.

3. Besli y Özbay, *op. cit.*, pp. 62-65.

4. Zeynep Attikan, «Recep Tayyip Erdoğan'la ropörtaj», *Hürriyet*, 7 de noviembre de 1992.

5. Besli y Özbay, *op. cit.*, pp. 12-15.

6. Mehmet Metiner, «Dünden bugüne Tayyip Erdoğan», *Radikal*, 6 de julio de 2003.

7. Intervención de Erdoğan en el programa *Ceviz Kabuğu*, presentado por Hulki Cevizoğlu en la cadena HBB (21 de noviembre de 1994). Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=kR7TpUqcX7M>>.

8. Neşe Düzel, «Recep Tayyip Erdoğan röportajı», *Hürriyet*, 8 de enero de 1995.

9. Besli y Özbay, *op. cit.*, pp. 173-175.

10. Eligür, *op. cit.*, p. 193.

1. Öktem, *op. cit.*, p. 129.

2. «Tanığı ‘ikna odalarını’ anlatıyor», *Al Jazeera Türk*, 28/02/2013. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=k3UIUYimBgw>>.

3. De acuerdo con una encuesta del *think tank* TESEV, en 1999 se cubrían el cabello el 72,5 % de las turcas. En la década siguiente, esa cifra había descendido hasta el 61,3 %, según el mismo grupo (ambas encuestas citadas por el diario *Sabah* en una publicación del 4 de diciembre de 2007). La empresa demoscópica A&G ofrece resultados similares: un 64,2 % de las turcas se cubrían la cabeza en 2003 y un 61,4 %, en 2007 (ambos datos citados por Kanal D en septiembre de 2007). Otra empresa de sondeos, KONDA, elevaba el número hasta el 69,4 % (*Milliyet*, septiembre de 2007).

4. Nergihan Çelen, «Batı Çalışma Grubu'nun fişlediği mağdurlar CÇG'ye tepkili», *Zaman*, 10 de junio de 2008.

5. «Erdoğan'a 10 ay hapis», *Milliyet*, 22 de abril de 1998.

6. akır y Çalmuk, *op. cit.*, p. 92.

7. «Erdoğan: İmam Hatip'ten Başbakanlığa ve Köşk adaylığına», *T24*, 1 de julio de 2014.
Disponible en: <<https://t24.com.tr/haber/recep-tayyip-erdogan-kimdir,262881>>.

8. Besli y Özbay, *op. cit.*, p. 195.

9. Jonathan Rugman, «Portrait: World's most wanted», *The Guardian*, 25 de noviembre de 1998.

10. Öktem, *op. cit.*, p. 113.

11. Fue el llamado «caso del billón perdido» («*Kayıp Trilyon davası*», en turco), en referencia a un billón de liras turcas antiguas, equivalentes a un millón de liras nuevas.

12. Besli y Özbay, *op. cit.*, p. 278.

1. Franz Douglas, «Turkey, Well Along Road to Secularism, Fears Detour to Islamism», *The New York Times*, 8 de enero de 2002.

2. Mehmet Metiner, «Dünden bugüne Tayyip Erdoğan», *Radikal*, 6 de julio de 2003.

3. Javier Cercas, *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009, p. 351.

4. Eric Edelman, «Turkish P.M. Erdoğan Goes to Washington: How Strong a Leader in the Face of Strong Challenges?» (cable de la Embajada de Estados Unidos en Ankara), WikiLeaks. Disponible en: <https://wikileaks.org/plusd/cables/04ANKARA348_a.html>.

5. Ante la negativa del PPE de aceptar al AKP como miembro de pleno derecho, el partido de Erdoğan abandonó la gran coalición democristiana en 2014 para unirse a la Alianza de Conservadores y Reformistas en Europa (ACRE), fundada por el Partido Conservador británico y la formación polaca Ley y Justicia.

6. Öktem, *op. cit.*, p. 135.

7. VV. AA., *Turkey Transformed: Authoritarianism and Islamization Under the AKP*, Bipartisan Policy Center, Washington, octubre de 2015, p. 43. Disponible en: <<https://bipartisanpolicy.org/wp-content/uploads/2015/10/BPC-Turkey-Transformed.pdf>>.

8. Murat Yetkin, «Erdoğan's dilemma on the AKP's anniversary», *Hürriyet Daily News*, 14 de agosto de 2017.

1. Datos del estudio «Türkiye’de Dindarlık» de la Universidad Sabanci (Estambul, 2009).

2. Hakan M. Yavuz, *Secularism and Muslim Democracy in Turkey*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009, p. 245.

3. Binnaz Toprak, «Las dos Turquías: islamismo, laicismo y democracia», *Vanguardia Dossier*, n.º 32, p. 13.

4. Eligür, *op. cit.*

5. European Stability Initiative, «New faces in the AKP». Disponible en: <http://www.esiweb.org/index.php?lang=en&id=244#gunay>.

6. Yavuz, *op. cit.*, p. 140.

7. Cuatro años más tarde, el Gobierno forzó a las fuerzas armadas a retirar el texto de su web. Aún se puede encontrar en diversas páginas de información de internet, por ejemplo: <<https://www.mynet.com/27-nisan-e-muhtirasi-tam-metni-110102212559>>.

8. Emine Özcan, «Yargıç: Ülkem Söz Konusuysa Hukuk Mukuk Dinlemem», *Bianet.org*, 28 de noviembre de 2007. Disponible en: <<https://bianet.org/bianet/ ifade-ozgurlugu/103209-yargic-ulkem-soz-konusuysa-hukuk-mukuk-dinlemem>>.

1. Nombre modificado para respetar la privacidad de la fuente.

2. Ahmet Őık, *Paralel Yürüdük Biz Bu Yollarda*, Postacı Yayınevi, Estambul, 2014, p. 28 (nota 1).

3. Kemal Göktaş, «70'li yıllar devlete 'Sızıntı'» *Cumhuriyet*, 8 de agosto de 2016.

4. Zarcone, *op. cit.*, p. 225.

5. Şık, *op. cit.*, p. 63.

6. Los principales medios de comunicación de la Comunidad de Fethullah Gülen en la década de 1990 eran el diario *Zaman*, los canales de televisión Samanyolu y Mehtap, las revistas *Sizinti* y *Aksiyon* y la agencia de noticias Cihan. Más tarde, con la llegada de los islamistas del AKP al Gobierno, se añadiría el diario en inglés *Today's Zaman*, los rotativos *Bugün* y *Millet* y los canales de televisión Bugün TV y Kanaltürk.

7. Öktem, *op. cit.*, p. 129.

8. Pınar Doğan y Dani Rodrik, «Fethullah Gülen, the Jews and Hypocrisy», *Balyoz Davası ve Gerçekleri*, 5 de noviembre de 2012. Disponible en: <https://balyozdavasivegercekler.com/2012/11/05/fethullahgulen-the-jews-and-hypocrisy/#_ftn4>.

9. Dexter Filkins, «Turkey's Thirty Year Coup», *The New Yorker*, 17 de octubre de 2016.

10. Filkins, *op. cit.*

11. Entre 1989 y 1991, el ministro del Interior era Abdülkadir Aksu, miembro de una cofradía *nurcu*, aunque no de la facción gülenista. Durante esos años, aprobó reformas que facilitaron la entrada de los miembros de las *tarikats* en el cuerpo de Policía. Aksu volvería a ocupar la cartera del Interior en el primer Gobierno de Erdoğan (2003-2007).

12. Filkins, *op. cit.*

13. Varias de esas conversaciones se pueden encontrar en YouTube. Por ejemplo: <https://www.youtube.com/watch?v=8ULyfEmFvAE> y https://www.youtube.com/watch?v=G_NBEq0fLAW.

14. La primera solicitud de una Green Card (la tarjeta de residencia en Estados Unidos) le fue denegada por el servicio de seguridad interior, que no consideró a Gülen el erudito de talla internacional que decía ser. Tras muchos esfuerzos de presión en Washington y en Ankara, un tribunal estadounidense dio por buena la apelación del equipo legal del Hocaefendi, en parte gracias a la intercesión de un antiguo embajador de Estados Unidos, Morton Abramowitz, y dos exagentes de la CIA, George Fidas y Graham Fuller. Varios cables del Departamento de Estado revelados por WikiLeaks se refieren al caso. Por ejemplo: <https://wikileaks.org/plusd/cables/05ISTANBUL1336_a.html>.

15. Göktaş, *op. cit.*

16. Gareth H. Jenkins, *Between Fact and Fantasy: Turkey's Ergenekon Investigation*, Central Asia-Caucasus Institute/Silk Road Paper, Washington/ Estocolmo, 2009, p. 10.

17. Dani Rodrik, *The Plot Against the Generals*, p. 3.

18. Dexter, Filkins, «The Deep State», *The New Yorker*, 12 de marzo de 2012.

19. Rodrik, *op. cit.*, pp. 17-19.

20. Manuscrito del libro *İmamın Ordusu*, de Ahmet Şık, consultado en 2011.

21. VV. AA., *Turkey Transformed*, *op. cit.*, p. 47.

1. Meral Tamer, «Başbakan'ın 6 ayrı Davos serüveni (2)», *Milliyet*, 21 de enero de 2010.

2. Utiliza la expresión *monşer*, construcción derivada del francés *mon cher* ('querido'), que se utiliza en turco de forma despectiva para designar a los señoritos de la élite y que denota una copia extrema de los modos occidentales.

1. Nombres cambiados por los autores para proteger la identidad de las entrevistadas.

1. Kbra Par, «Yalçın Akdođan'dan samimi aıklamalar», *Habertürk*, 26 de mayo de 2015.

2. Nombre modificado para proteger la identidad del entrevistado.

3. Estas compañías operan a través de Estados considerados paraísos fiscales como la Isla de Man y Malta, según ha denunciado la oposición. Craig Shaw, «Erdogan family's offshore secrets spread to firms in Isle of Man and Malta», *TheBlackSea.eu*, 29 de noviembre de 2017. Disponible en: <<https://theblacksea.eu/malta-files/article/en/erdogan-offshore-update>>.

4. Mehul Srivastava; Benjamin Harvey, y Ercan Ersoy, «Erdoğan's Media Grab Stymies Expansion by Murdoch, Time Warner», *Bloomberg*, 4 de marzo de 2014.

5. Por ejemplo: <<https://www.youtube.com/watch?v=0VgKoX3uiww>>. Erdoğan y los implicados tacharon dichas grabaciones de montaje, pero hechos posteriores confirmaron la veracidad de lo que se cuenta en ellas.

6. «9 Soruda Sabah-atv satışı», *Diken.com.tr*, 13 de febrero de 2014. Disponible en: <http://www.diken.com.tr/9-soruda--abah--av--saisi/>.

7. Se desprende de los correos electrónicos hackeados a Albayrak y de su intercambio de misivas con sus antiguos compañeros en el *holding* Çalık. Los correos se pueden consultar en WikiLeaks: <<https://wikileaks.org/berats-box/>>. Un artículo elaborado sobre el tema es: Craig Shaw y Zeynep Sentek, «Turkish President Erdoğan's son-in-law in off-shore tax scheme», *TheBlackSea.eu*, 19 de mayo de 2017. Disponible en: <<https://theblacksea.eu/malta--files/article/en/erdogans--son--in--law-off-shore--ax--sceme>>.

8. Esra Çeviker Gürakar y Tuba Bircan, «Political Connections and Public Procurement in Turkey: Evidence from Construction Work Contracts», Economic Research Forum, octubre de 2016, *working paper* n.º 1053, pp. 7-10.

9. William Armstrong, «Esra Gürakar on cronyism in public procurement in Turkey», *Hürriyet Daily News*, 8 de julio de 2017.

10. Yılmaz fue ministro de Transportes y Comunicaciones de 2002 a 2016, con excepción de los periodos previos a las elecciones generales (cuando la ley turca exige que dimita el titular de esta y otras carteras claves para el desarrollo de los comicios), y además durante casi dos años entre 2013 y 2015, puesto que concurrió como candidato a la alcaldía de Esmirna.

11. «Yüzde 10 itirafı», *Sözcü*, 4 de febrero de 2014.

12. Del millar de webs bloqueadas en 2008, se pasó a cerca de 80.000 en 2015, según datos de Engelliweb, una página dedicada a registrar el número de sitios web censurados. La mayoría de los cierres de webs (93,5 %) fueron decretados por la Autoridad de Telecomunicaciones (TIB), un organismo regulador en principio independiente, pero en la práctica vinculado al Ministerio de Transportes y Comunicaciones. Solo el resto se hizo siguiendo sentencias judiciales.

13. Pinar Tremblay, «Media mogul declares his ‘masculine love’ to Erdoğan», *Al Monitor*, 22 de mayo de 2015. Disponible en: <<https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/05/turkey-media-mogul-declares-his-masculine-love-to-erdogan.html>>.

14. Yasemin Çongar, «‘Millî’ gazetecilik ve ‘gayrimillî’ hislerim», *Taraf*, 21 de octubre de 2011.

15. Yavuz Baydar, *The Newsroom as an Open Air Prison: Corruption and Self-Censorship in Turkish Journalism*, Shorenstein Center, 2014, pp. 38-39.

16. La conversación, grabada ilegalmente, fue filtrada a las redes sociales al cabo de unos meses. Una transcripción se puede hallar aquí: <<http://t24.com.tr/haber/erdogandan-haberturke-bahcelinin-sozlerini-vermeye-ne-gerek-var,250241>>.

17. Esta conversación fue igualmente grabada ilegalmente, y filtrada a las redes sociales pocos meses después. Se puede escuchar aquí: <<https://www.youtube.com/watch?v=hHBJgxDIP4>>. Una transcripción se puede hallar aquí: <<http://t24.com.tr/haber/basbakan-rezillik--amussuzluk-ddi-milliyetin-patronu-telefonda-agladi,252758>>.

1. Como la Cátedra Bediüzzaman Said Nursi en la John Carroll University (jesuita) de Ohio.

2. Declaraciones de Ahmet Şık a Agencia EFE, 19 de diciembre de 2013.

3. «Ejecutivo y Judicatura turca siguen enfrentándose por los casos de corrupción», Agencia EFE, 7 de enero de 2014.

4. Una transcripción del audio puede hallarse aquí: <<http://t24.com.tr/haber/kilicdaroglu-grup-toplantisinda-konusuyor,251956>>.

1. Las cifras proceden del Tribunal de Cuentas y corresponden al primer año fiscal de palacio. Las cifras han sido transformadas a euros al cambio de julio de 2015. Sinan Tartanoğlu, «Saray para yutuyor», *Cumhuriyet*, 11 de octubre de 2016. Sobre el fondo reservado: «Turkish government's misuse of discretionary fund», *Sol*, 16 de enero de 2018. Disponible en: <<https://news.sol.org.tr/turkish-governments-misuse-discretionary-fund-173869>>.

2. «OSCE slams use of public funds for Turkish PM Erdoğan's presidential campaign», *Hürriyet Daily News*, 01 de agosto de 2014.

3. En un mensaje publicado en la red social Twitter:
<<https://twitter.com/timurkuran/status/787353433510641664>>.

4. Fulya Özerkan y Stuart Williamson, «Book revelations thrust Turkey ex-leader back into limelight», AFP, 19 de junio de 2015.

5. Hasta la reforma presidencialista que entró en vigor en 2018, cuando los servicios secretos pasaron a depender de la Presidencia de la República.

6. Ceylan Yeginsu, «In Turkey, Testing the President's Food Not for Taste, but for Poison», *The New York Times*, 4 de marzo de 2015.

1. Mahmut Hamsici, «Kandil: Çözüm süreci yeniden başlatılabilir, zor değil», *BBC Türkçe*, 29 de julio de 2015. Disponible en: <https://www.bbc.com/turkce/haberler/2015/07/150728_kandil_roportaj>.

2. «Davutođlu koalisyon yapmak istedi, Erdoğan engelledi», *Yurt*, 13 de junio de 2018.
Disponible en: <<http://www.yurtgazetesi.com.tr/gundem/davutoglu-koalisyon-yapmak-istedi-erdogan-engelledi-h97233.html>>.

1. Leela Jacinto, «Gulen admits meeting key figure in Turkey coup plot, dismisses Erdoğan's 'senseless' claims», *France 24*, 19 de julio de 2017. Disponible en: <<http://www.france24.com/en/20170718-gulen-admits-meeting-key-man-turkey-coup-plot-dismisses-erdogan-senseless-claims>>.

2. Metin Gürcan, «Turkey trial seeks to account for six critical hours during coup», *Al Monitor*, 30 de mayo de 2017. Disponible en: <<https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2017/05/turkey-trial-to-uncoverwhat-happened-failed-coup-night.html>>.

1. Gareth H. Jenkins, «Illusion's End: Erdoğan and Turkey's Coming Economic Chill», *The Turkey Analyst*, 20 de junio de 2018. Disponible en: <<https://www.turkeyanalyst.org/publications/turkey-analyst-articles/item/602will-the-kurdish-question-secure-erdo%C4%9Fans-re-election?.html>>.

2. «Online Harassment of Journalists: Attack of the Trolls», Reporters Sans Frontières, 25 de julio de 2018.

3. Shadi Hamid, «How Much Can One Strongman Change a Country?», *The Atlantic*, 26 de junio de 2017.

4. David Owen y Jonathan Davidson, «Hubris syndrome: an acquired personality disorder? A study of US Presidents and UK Prime Ministers over the last 100 years», *Brain*, vol. 132-5, 1 de mayo de 2009, pp. 1396-1406.

La democracia es un tranvía
Andrés Mourenza y Ilya Topper

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Sébastien Thibault

© Andrés Mourenza Urbina, 2019

© Ilya U. Topper, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2019

ISBN: 978-84-9942-823-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.

www.newcomlab.com

Andrés Mourenza · Ilya U. Topper

LA DEMOCRACIA ES UN TRANVÍA

El ascenso de Erdoğan
y la transformación de Turquía



PENÍNSULA HUELLAS